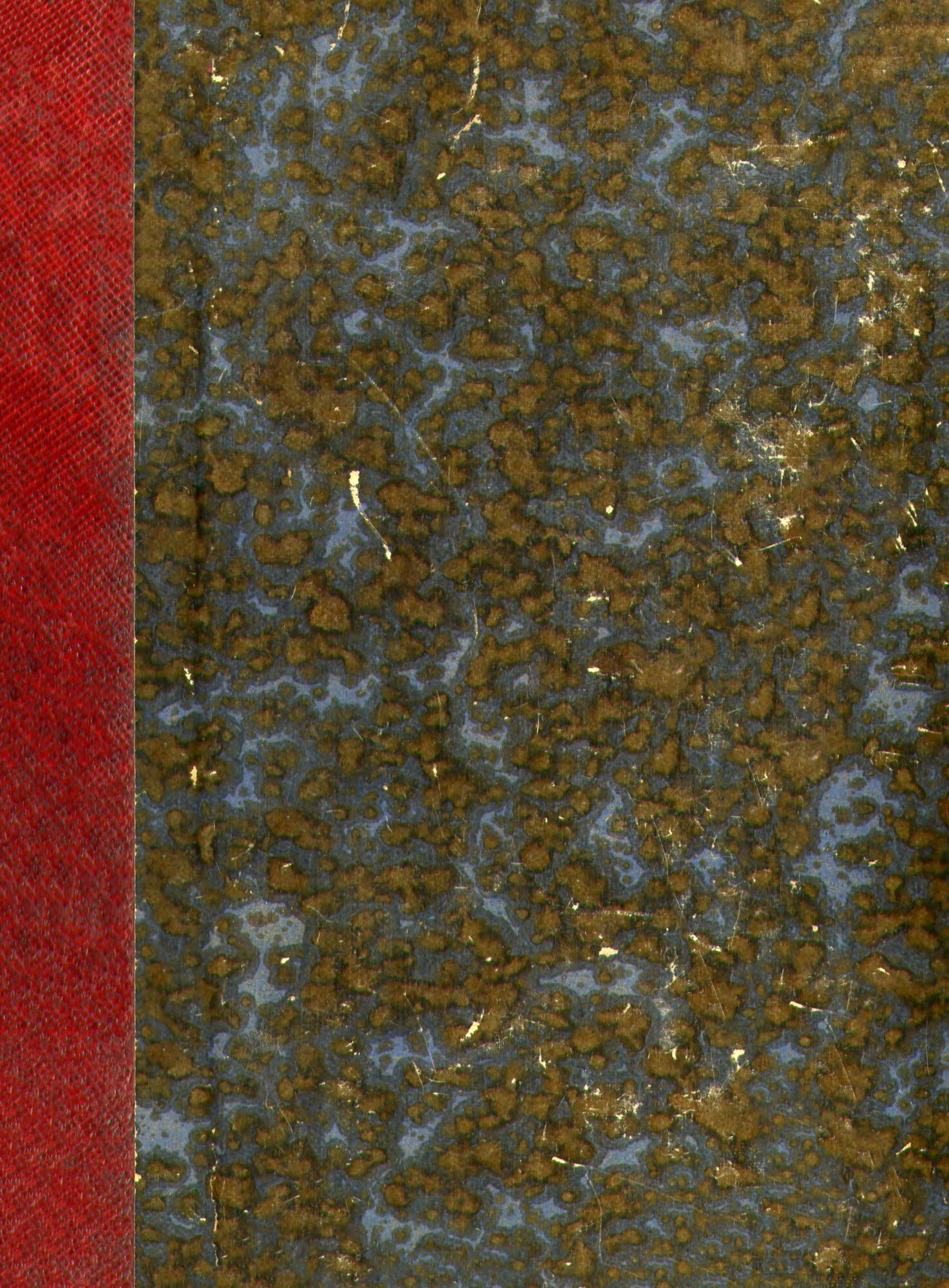






José Eustasio Rivera.

La Vorágine.



Editorial de Cromos.
Luis Tamayo & Co.
Bogotá.

Es propiedad del autor.

Querido Gonzalo:

Recibe con estas páginas
el mas cordial abrazo de
tu amigo y colega.

José Eustasio Rivera

Bogotá, Dedicatoria. nov. 26. 1924

Al eximio literato y poeta doctor don Antonio Gómez Restrepo.

PROLOGO

Señor Ministro:

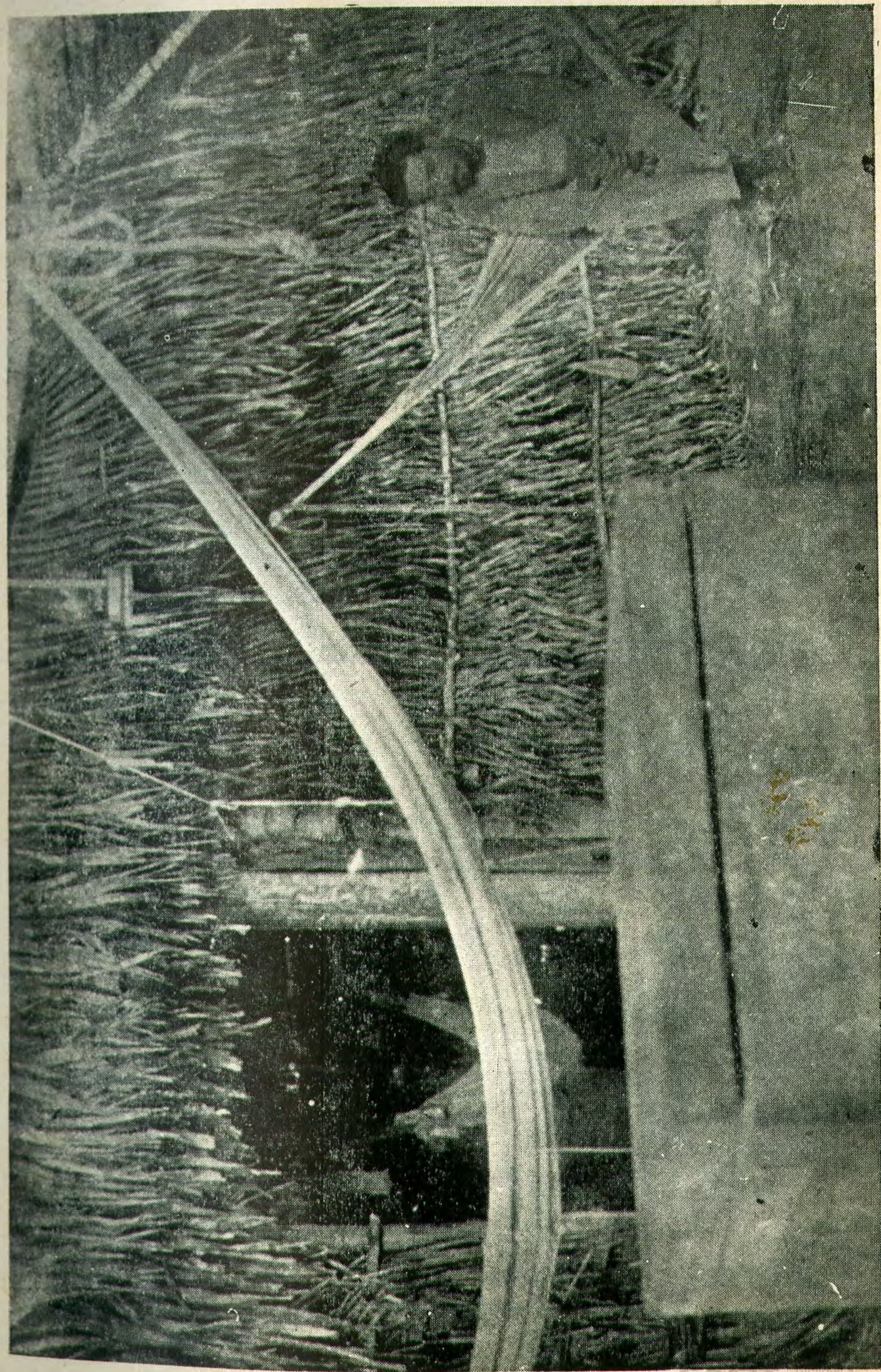
De acuerdo con los deseos de S. S. he arreglado para la publicidad los manuscritos de Arturo Cova, remitidos a ese Ministerio por el Cónsul de Colombia en Manaos.

En esas páginas respeté el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor, subrayando únicamente los provincialismos de más carácter.

Creo, salvo mejor opinión de S. S., que este libro no se debe publicar antes de tener más noticias de los caucheros colombianos del Rio Negro o Guainía; pero si S. S. resolviera lo contrario, le ruego que se sirva comunicarme oportunamente los datos que adquiriera para adicionarlos a guisa de epílogo.

Soy de S. S. muy atento servidor,

JOSE EUSTASIO RIVERA.



Arturo Cova, en las barracas del Guaracú.

(Fotografía tomada por la madona Zoraida Ayram).

..... «Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí apenas mi planta descendió al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensen en mi fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara, vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación».

(Fragmento de la carta de Arturo Cova).



Un cauchero.

LA VORÁGINE



El cauchero Clemente Silva.

PRIMERA PARTE

Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar, y me lo ganó la Violencia. Nada supe de los deliquios embriagadores, ni de la confianza sentimental ni de la zozobra de las miradas cobardes. Más que el enamorado, fui siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica. Con todo, ambicionaba el don divino del amor ideal, que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara sobre mi cuerpo como la llama sobre el leño que la alimenta.

Cuando los ojos de Alicia me trajeron la desventura, había renunciado ya a la esperanza de sentir un afecto puro. En vano mis brazos—tediosos de su libertad—se tendieron ante muchas mujeres implorando para ellos una cadena. Nadie adivinaba mi ensueño. Seguía el silencio en mi corazón.

Alicia fue un amorío fácil: se me entregó sin vacilaciones, esperanzada en el amor que buscaba en mí. Ni siquiera pensó casarse conmigo en aquellos días en que sus parientes fraguaron la conspiración de su matrimonio, patrocinados por el cura y resueltos a someterme por la fuerza. Ella me denunció los planes arteros. «Yo moriré sola, decía: mi desgracia se opone a tu porvenir»-

Luégo, cuando la arrojaron del seno de su familia y el Juez le declaró a mi abogado que me reduciría a la cárcel, le dije una noche, en su escondite, resueltamente: Cómo puedo desampararte? Huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor.

Y huimos!

* * *

Aquella noche, la primera de Casanare, tuve por confidente al insomnio.

Al través de la gasa del mosquitero, en los cielos ilímites, veía parpadear las estrellas. Los follajes de las palmeras que nos daban abrigo enmudecían sobre nosotros. Un silencio infinito flotaba en el ámbito, azulando la transparencia del aire. Al lado de mi *chinchorro*, en su angosto catrecillo de viaje, Alicia dormía con agitada respiración.

Mi ánima atribulada tuvo entonces reflexiones agobiadoras: ¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo y tus primicias de celebridad? Insensato! El lazo que a las mujeres te une lo anuda el hastío. Por un orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esta criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca, pues lo lleva uno mismo. Saciado el antojo, ¿qué mérito tiene el cuerpo que a tan caro precio adquiriste? Porque el alma de Alicia no te ha pertenecido nunca, y aunque ahora recibas el calor de su sangre y sientas su respiro cerca de tu hombro, te hallas, espiritualmente, tan lejos de ella como de la constelación taciturna que ya se inclina hacia el horizonte.

En aquel momento me sentí pusilánime. No era que mi energía desmayara ante la responsabilidad de mis actos, sino que empezaba a invadirme el fastidio de la manceba. Poca cosa hubiera sido el poseerla, aun a cambio de las mayores locuras; ¿pero después de las locuras y de la posesión?...

Casanare no me aterraba con todas sus leyendas espeluznantes. El instinto de la aventura me hacía desear todo aquello, seguro de que saldría ileso de las pampas libérrimas y de que alguna vez, en desconocidas ciudades, sentiría la nostalgia de los pasados peligros. Pero Alicia me estorbaba como un grillete. Si al menos fuera más arriscada, menos bisoña, más ágil! La pobre salió de Bogotá en circunstancias aflictivas: no sabía montar a caballo, se congestionaba al rayo del sol, y cuando a trechos prefería caminar a pie, yo debía imitarla pacientemente, cabestreando las cabalgaduras.

Nunca dí pruebas de una mansedumbre semejante. Yendo fugitivos, avanzábamos lentamente, incapaces de torcer la vía para esquivar el encuentro con los transeúntes, campesinos en su mayor parte, que se detenían a nuestro paso interrogándome conmovidos: Patrón, ¿por qué va llorando la niña?

Era preciso pasar de noche por Cáqueza, en previsión de que las autoridades nos detuvieran. Varias veces intenté reventar el alambre del telégrafo, enlazándolo con la soga de mi caballo; pero desistí de tal empresa por el deseo íntimo de que alguien me capturara y, librándome de Alicia, me devolviera esa libertad del espíritu que nunca se pierde en la reclusión. Por las afueras del pueblo pasamos a prima noche, y desviando luégo hacia la vega del río, entre ruidosos cañave-

rales que de paso descogollaban nuestros jamelgos, nos guarecimos en una ramada donde funcionaba un trapiche. Desde lejos lo sentimos gemir, y por el resplandor de la hornilla donde se cocía la miel cruzaban intermitentes las sombras de los bueyes que movían el mayal y del chicuelo que los espoleaba. Unas mujeres aderezaron la cena y le dieron a Alicia un cocimiento de yerbas para calmarle la fiebre.

Allí permanecimos una semana.

*
* *

El peón que envié a Bogotá a caza de noticias, me las trajo azorantes. El escándalo ardía, avivado por las murmuraciones de mis malquerientes; comentábase nuestra fuga y los periódicos usufructuaban el enredo. La carta del amigo a quien me dirigí pidiéndole su intervención, tenía este remate: «¡Los prenderán! No te queda más refugio que Casanare. ¿Quién puede imaginar que un hombre como tú se vaya al desierto?»

En la misma tarde me advirtió Alicia que pasábamos por huéspedes sospechosos. La dueña de casa le había preguntado si éramos hermanos o esposos legítimos o meros amigos, y la instó con zalemas a que le mostrara algunas de las monedas que hacíamos, caso de que las hiciéramos, *en lo que no había nada de malo, dada la tirantez de la situación*. Al siguiente día partimos antes del amanecer.

—¿No crees, Alicia, que vamos huyendo de un fantasma cuyo poder se lo atribuimos nosotros mismos? No sería mejor regresar?

—Tanto me hablas de eso, que estoy convencida

de que te canso! Para qué me trajiste? Porque la idea partió de tí! Véte, déjame! Ni tú ni Casanare merecen la pena!

Y de nuevo se echó a llorar.

El pensamiento de que la infeliz se creyera desamparada me movió a tristeza, porque ya me había revelado el secreto de su destino. Querían casarla con un viejo terrateniente en los días en que me conoció. Ella se había enamorado, cuando impúber, de un primo suyo, paliducho y enclenque, con quien estaba en secreto comprometida; luego aparecí yo, y alarmado el vejete por el riesgo de que le birlara la prenda, multiplicó las cuantiosas dádivas y estrechó el asedio, ayudado por la parentela entusiástica. Entonces, Alicia, como única liberación, se lanzó a mis brazos.

Mas no había pasado el peligro: el viejo, a pesar de todo, quería casarse con ella.

—Déjame, volvió a decir, arrojándose del caballo. De tí no quiero nada! Me voy a pie, a buscar por estos caminos un alma caritativa! Infame, nada quiero de tí.

Yo que he vivido lo suficiente para saber que no hay cordura en replicarle a una mujer airada, permanecí mudo, agresivamente mudo, en tanto que ella, sentada en el suelo, con mano convulsa arrancaba puñados de yerba.

—Alicia, esto me prueba que no me has querido nunca.

—Nunca!

Y volvió los ojos hacia otra parte.

Quejóse luego del descaró con que la engañaba:

—¿Crees que no advertí tus persecuciones a la muchacha de allá abajo? Y tanto disimulo para seducir-

la! Y alegarme que la demora obedecía a quebrantos de mi salud. Si esto es ahora, qué será después? Déjame! A Casanare, jamás, y contigo, ni al cielo!

Ese reproche contra mi infidelidad me ruborizó. No sabía qué decir. Hubiera deseado abrazar a Alicia, agradeciéndole sus celos con un abrazo de despedida. Si quería que la dejara, tenía yo la culpa?

Y cuando me desmontaba a improvisar una explicación, vimos venir por el tendido de la pendiente a un hombre que galopaba en dirección a nosotros. Alicia, conturbada, se agarró de mi brazo.

El sujeto apeándose a corta distancia, avanzó con el hongo en la mano.

—Caballero, permítame una palabra.

—Yo? repuse con voz enérgica.

—Sí, sumercé. Y terciándose la ruana, me alargó un papel enrollado. Es que lo manda ~~el~~ notificar mi padrino.

—Quién es su padrino?

—Mi padrino el Alcalde.

Esto no es para mí, dije, devolviendo el papel, casi sin haberlo leído.

—No son, pues, susmercedes los que estuvieron en el trapiche?

—Absolutamente. Voy de Intendente a Villavicencio y esta señora es mi esposa.

Al escuchar tales afirmaciones, permaneció indeciso. Yo creí, balbuceó, que eran susmercedes los acuñadores de las monedas. De la ramada estuvieron mandando razón al pueblo para que la autoridad los notificara, pero mi padrino estaba en el campo, pues sólo abre la Alcaldía los días de mercado. Recibió también varios telegramas, y como ahora soy Comisario....

Sin dar tiempo a más aclaraciones, le ordené que acercara el caballo de la señora. Alicia, para ocultar su palidez, velóse el rostro con la gasa de su sombrero. El importuno nos veía partir sin pronunciar palabra; mas, de repente, montó en su yegua y acomodándose en la enjalma que le servía de montura, nos flanqueó sonriendo:

—Sumercé, firme la notificación para que mi padrino vea que cumplí. Firme como Intendente.

—Tiene usted una pluma?

—No, pero adelante la conseguimos. Es que, de lo contrario, el alcalde me archiva.

—Cómo así? respondile sin detenerme.

—Ojalá sumercé me ayude, si es cierto que va de empleado. Tengo el inconveniente de que me achacan el robo de una novilla y me trajeron preso, pero mi padrino me dio el pueblo por cárcel; y luego, a falta de Comisario, me hizo el honor a mí. Yo me llamo Pepe Morillo Nieto y por mal nombre me dicen *Pipa*.

El cuatrero, locuaz, caminaba a mi diestra relatando sus padeceres. Pidióme la maleta de nuestra ropa y la atravesó en la enjalma, sobre sus muslos, cuidando de que no se cayera. «No tengo, dijo, con que comprar una ruana decente, y la situación me ha reducido a vivir descalzo. Aquí donde susmercedes me ven, este sombrero tiene más de dos años, y lo saqué de Casanare».

Alicia, al oír esto, volvió hacia el hombre los ojos asustadizos. «Ha vivido usted en Casanare?» le preguntó.

—Sí, sumercé, y conozco el Llano y las caucherías del Amazonas. Mucho tigre y mucha culebra he matado con la ayuda de Dios.

A la sazón encontrábamos arrieros que aguijaban sus recuas. El *Pipa* les suplicaba: «Háganme el bien y me prestan un lápiz para una firmita».

—No «cargamos» eso.

—No vuelva a hablarme de Casanare en presencia de la señora, le dije en voz baja. Siga usted conmigo, y en la primera oportunidad me da a solas los informes que puedan ser útiles al Intendente.

El dichoso Pepe habló cuanto pudo, derrochando hipérbolos. Pernoctó con nosotros en las cercanías de Villavicencio, convertido en paje de Alicia, a quien distraía con su verba. Y esa noche se *picureó* robándome mi caballo ensillado.

*
* *

Mientras mi memoria se empañaba con estos recuerdos, una claridad rojiza se encendió de súbito. Era la fogata de insomne reflejo, colocada a pocos metros de los chinchorros para conjurar el acecho del tigre y otros riesgos nocturnos. Ahora, arrodillado ante ella como ante una divinidad, don Rafo la soplaba con su resuello.

Entre tanto continuaba el silencio en las melancólicas soledades, y en mi espíritu penetraba una sensación de infinito que fluía de las constelaciones cercanas.

Y otra vez volví a recordar. Con la hora desvanecida se había hundido irremediablemente la mitad de mi sér, y ya debía iniciar una nueva vida, distinta de la anterior, comprometiendo el resto de mi juventud y hasta la razón de mis ilusiones, porque cuando reflorieran ya no habría quizás a quien ofrendarlas o dioses desconocidos ocuparían el altar para el cual se desea-

ron. Alicia pensaría lo mismo, y de esta suerte, al par que me servía de remordimiento, era el lenitivo de mi congoja, la compañera de mi pesar, porque ella iba también, como la semilla en el viento, sin saber a dónde y miedosa de la tierra que la esperaba.

Indudablemente, era de carácter apasionado: de su timidez triunfaba a ratos la decisión que imponen las cosas irreparables. Dolíase otras veces de no haberse tomado un veneno. «Aunque no te ame como tú quieres, decía, dejarás de sér para mí el hombre que me sacó de la inexperiencia para entregarme a la desgracia? Cómo podré olvidar el papel que has desempeñado en mi vida? Cómo podrás pagarme lo que me debes? No será enamorando las campesinas de las posadas ni haciéndome ansiar tu apoyo para abandonarme después. Pero si esto es lo que piensas, no te alejes de Bogotá, porque ya me conoces. Tú responderás!»

—Y sabes que soy ridículamente pobre?

—Demasiado me lo repitieron cuando me visitabas. El amparo que ahora te pido no es el de tu dinero, sino el de tu corazón.

—Por qué me imploras lo que me apresuré a ofrecerte de manera espontánea? Por tí dejé todo, y me lancé a la aventura, cualesquiera que fuesen los resultados. Pero tendrás valor de sufrir y confiar?

—No hice por tí todos los sacrificios?

—Pero le temes a Casanare.

—Le temo por tí.

—La adversidad es una sola, y nosotros seremos dos! Tal fue el diálogo que sostuvimos en la casucha de Villavicencio la noche que esperábamos al Jefe de la Gendarmería. Era éste un *quidam* semicano y rechon-

cho, vestido de kaki, de bigotes ariscos y aguardentosa catadura.

—Salud, señor, le dije en tono despectivo cuando apoyó su sable en el umbral.

—Oh, poeta! Esta chica es digna hermana de las nueve musas! No sea egoísta con los amigos!

Y me echó su tufo de anetol en la cara.

Refregándose contra el cuerpo de Alicia al acomodarse en el banco, dijo cogiéndola de las muñecas: Qué pimpollo! Ya no te acuerdas de mí? Soy Gámez y Roca, el General Gámez y Roca! Cuando eras niña te sentaba en mis piernas.

Y probó a sentarla de nuevo.

Alicia, inmutada, estalló: Atrevido, atrevido! Y lo empujó lejos!

—Qué quiere usted? gruñí cerrando las puertas. Y lo degradé con un salivazo.

—Poeta, qué es esto? Corresponde así a la hidalguía de quien no quiere echarlo a prisión? Déjeme la muchacha porque soy amigo de sus papás y en Casanare se le muere! Yo le guardaré la reserva. El cuerpo del delito para mí, para mí! Déjemela, para mí!

Antes que terminara, con esguince colérico le zafé a Alicia uno de sus zapatos, y lanzando al hombre contra el tabique, lo acometí a golpes de tacón en el rostro y en la cabeza. El borracho, tartamudeante, se desplomó sobre los sacos de arroz que ocupaban el ángulo de la sala.

Allí roncaba media hora después cuando Alicia, don Rafo y yo huímos en busca de las llanuras interminas.

* * *

—Aquí está el café, dijo don Rafo, parándose delante del mosquitero. Despabídense, niños, que estamos en Casanare!

Alicia, nos saludó con tono cordial y ánimo limpio: Ya quiere salir el sol?

—Tarda todavía: el carrito de las estrellas apenas va llegando a la loma. Y nos señaló don Rafo la cordillera diciendo: Despidámonos de ella porque no la volveremos a ver. Solo quedan llanos, llanos y llanos.

Mientras apurábamos el café nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a tierra removida, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en las frondas de los moriches. A veces, bajo la transparencia estelar, cabeceaba alguna palmera humillándose hacia el oriente. Un regocijo inesperado nos henchía las venas, a tiempo que nuestros espíritus, dilatados como la pampa, palpitaban agradecidos de la vida y de la creación.

—Es encantador Casanare, repetía Alicia. No sé por qué causa, apenas pisé su suelo, aminoró la zozobra que me inspiraba.

—Es que, dijo don Rafo, esta tierra lo alienta a uno para gozarla y para sufrirla. Aquí hasta el enfermo cercano a la sepultura anhela besar el suelo en que va a podrirse. Es el desierto, pero nadie se siente solo: son nuestros hermanos el sol, el viento y la tempestad. Ni se les teme ni se les maldice.

Al decir esto, me preguntó don Rafo si era tan buen jinete como mi padre, y tan enérgico en los peligros.

—Lo que se hereda no se hurta, respondí jactancioso, en tanto que Alicia, con el rostro iluminado por el fulgor de la hoguera, sonreía confiada.

Don Rafo era mayor de sesenta años y había sido compañero de mi padre en alguna campaña. Todavía conservaba ese aspecto de dignidad que denuncia a ciertas personas venidas a menos. Su barba canosa, sus ojos tranquilos, su calva luciente, convenían a su estatura mediana, contagiosa de simpatía y benevolencia. Cuando oyó mi nombre en Villavicencio y supo que sería detenido, fue a buscarme con la buena nueva de que Gámez y Roca le había jurado interesarse por mí. Desde nuestra llegada, hizo compras para nosotros, atendiendo los encargos de Alicia, y le prometió ser nuestro baquiano de ida y de regreso, al presente, anticipando su viaje, y después, a su vuelta de Arauca, llegando por nosotros al hato de un cliente suyo, en donde pensaba dejarnos por pocos meses.

Casualmente hallábase en Villavicencio de salida para Casanare. Después de su ruina, viudo y pobre, les cogió apego a los llanos, y con dinero de un yerno suyo los recorría anualmente, como ganadero y mercader ambulante, al por menor. Nunca había comprado más de cincuenta reses, y ahora arreaba unos caballos hacia las fundaciones del bajo Meta y dos mulas cargadas de chucherías.

—Se reafirma usted en la confianza de que estamos ya libres de las pesquisas del General?

—Sin duda ninguna.

—Qué susto nos dió ese canalla, comentó Alicia. Pien- sen ustedes que yo temblaba como el azogue. Y aparecerse a la media noche! Y decir que me conocía! Pero se llevó su merecido.

Don Rafo tuvo para mi osadía un aplauso feliz: era yo el hombre para Casanare!

Mientras hablaba, iba desmaneando las bestias y poniéndoles los cabezales. Ayudábale yo en la faena, y pronto estuvimos listos para la marcha. Alicia, que nos alumbraba con la linterna, suplicó que esperásemos la salida del sol.

—Con que el mentado Pipa es un zorro llanero? pregunté a don Rafo.

—El más astuto de los salteadores: varias veces prófugo, tras de curar sus fiebres en los presidios, vuelve con mayores arrestos a ejercer la piratería. Ha sido capitán de indios salvajes, y sabe idiomas de varias tribus, y es boga y vaquero.

—Y tan disimulado y tan hipócrita y tan servil, apuntaba Alicia.

—Tuvieron ustedes la fortuna de que les robara una sola bestia. Por aquí andará...

Alicia me miraba nerviosa, pero calmó sus preocupaciones con las anécdotas de don Rafo.

Y la aurora surgió ante nosotros: sin que advirtiéramos el momento preciso, empezó a flotar sobre los pajonales un vapor sonrosado que ondulaba en la atmósfera como una muselina ligera. Las estrellas se adormecieron, y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció un celaje de incendio, una pincelada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba recién nacida hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso volar, las guacamayas multicoloras. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del estero y de la palmera, fluía un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación. Mientras tanto, en el arrebol que abría su palio inconmensurable, dardó el primer

destello solar, y, lentamente, el astro, inmenso como una cúpula, ante el asombro del toro y la fiera, rodó sobre las llanuras enrojeciéndose antes de ascender al azul.

Alicia, abrazándose llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!

Luégo nosotros, prosiguiendo la marcha, nos hundimos en la inmensidad.

Poco a poco el regocijo de nuestras lenguas fue cediendo al cansancio. Habíamos hecho copiosas preguntas que don Rafo atendía con autoridad de conocedor. Ya sabíamos lo que eran una mata, un caño, un zural, y por fin Alicia conoció los venados. Pastaban en un estero hasta media docena, y al ventearnos enderezaron hacia nosotros las orejas esquivas.

—«No gaste usted los tiros de su revólver», ordenó don Rafo. «Aunque vea los bichos cerca, están a más de quinientos metros. Fenómenos de la región».

Dificultábase la charla, porque don Rafo iba de puntero, llevando «de diestro» una bestia, en pos de la cual trotaban las otras en los pajonales retostados. El aire caliente fulgía como una lámina de metal y bajo el espejeo de la atmósfera, en el ámbito desolado, insinuábase a lo lejos la masa negruzca de un monte. Por momentos se oía la vibración de la luz.

Con frecuencia me desmontaba para refrescar las sienes de Alicia, frotándolas con un limón verde. A guisa de quitasol llevaba sobre el sombrero una chalina blanca, cuyos extremos empapaba en llanto cada vez que la afligía el recuerdo de su mamá. Aunque yo fingía no reparar en sus lágrimas, inquietábame el tinte

de sus arreboladas mejillas, miedoso de la congestión. Mas imposible sestar bajo la intemperie asoleada: ni un árbol, ni una gruta, ni una palmera.

—«¿Quiéres descansar?» le proponía preocupado; y sonriendo me respondía:

—«Cuando lleguemos a alguna sombra! Pero cúbrete el rostro. ¡Cómo te va quemando la resolana!

Hacia la tarde, parecían surgir en el horizonte ciudades fantásticas. Las negruzcas matas de monte provocaban el espejismo, perfilando en el cielo azul los penachos de sus palmares, por sobre las cúpulas de las ceibas y los copeyes, cuyas floraciones de bermellón evocaban las manchas de los tejados.

Los caballos que iban sueltos, orientándose en la llanura, empezaron a galopar a considerable distancia de nosotros. Ya ventearon el *bebedero*, observó don Rafo. No llegaremos a la mata antes de media hora; pero allí calentaremos el *bastimento*.

Rodeaban el monte unos pantanos inmundos, llenos de fango, cuya superficie recorrían avecillas acuáticas que chillaban balanceando la cola. Después de un gran rodeo, y casi por opuesto lado, penetramos en la espesura, costeano el tremedal, donde abrevábanse las caballerías que iba yo maneando en la sombra. Limpió don Rafo con su machete las malezas cercanas a un árbol enorme, agobiado por festones amarillentos, de donde llovían, con espanto de Alicia, gusanos verdosos e inofensivos. Puesto el chinchorro, le estiramos el mosquitero para que se defendiera de la lluvia importuna y de las abejas que se le enredaban en el cabello, ávidas de chuparle el sudor. Humeó luégo la hoguera consoladora y nos devolvió la tranquilidad.

Metía yo al fuego la leña que me aventaba don Rafo, mientras Alicia me ofrecía su ayuda.

—Esos oficios no te corresponden a ti.

—No me impacientes, ya ordené que descanses, y debes obedecer!

Resentida por mi actitud, empezó a mecerse, al impulso que su pie le imprimía al chinchorro. Mas cuando fuimos a buscar agua, me rogó que no la dejara sola.

— Vén, si quieres, le dije. Y siguió tras de nosotros por una trocha medio borrada.

La laguneta de aguas amarillosas estaba cubierta de hojarascas flotantes. Por entre ellas nadaban unas tortuguillas llamadas *galápagos*, asomando la cabeza rojiza; y aquí y allá los caimanejos nombrados *cachirres* exhibían sobre la nata del charco grasiento sus ojos sin párpados. Garzas meditabundas, sostenidas en un solo pie, con picotazo repentino arrugaban la charca tristísima, cuyas evaporaciones maléficas flotaban bajo los árboles como un velo mortuario. Partiendo una rama corta, me incliné para barrer con ella las basuras del agua, pero don Rafo me detuvo, rápido como el grito de Alicia. Había asomado sus nudos un *güío* gigante, corpulento como una viga, que a los tiros de mi revólver se hundió removiendo el pantano y rebasándolo en las orillas.

Y regresamos con los calderos vacíos.

Presa del pánico, Alicia se reclinó temblorosa bajo el mosquitero. Tuvo vahídos, pero la cerveza le aplacó las náuseas. Con espanto no menor, comprendí lo que le pasaba, y, sin saber cómo, abrazando a la futura madre, lloré todas mis desventuras.

* * *

Al verla dormida, me aparté con don Rafael y sentándonos sobre una raíz del árbol, le escuché sus consejos inolvidables:

No convenía, por ahora, advertirla del estado en que estaba; pero debía rodearla de todos los cuidados posibles. Haríamos jornadas cortas y regresaríamos a Bogotá antes de tres meses. Allí las cosas cambiarían de aspecto.

Por lo demás, los hijos, legítimos o naturales, tenían igual procedencia y se querían lo mismo. Cuestión del medio. En Casanare así acontecía.

El ambicionó en un tiempo hacer un matrimonio brillante, pero el destino le marcó una ruta imprevista: la joven con quien vivía en aquel entonces llegó a superar a la esposa soñada, pues, juzgándose inferior, se adornaba con la modestia y siempre se creyó deudora de un exceso de bien. De esta suerte, él fue más feliz en el hogar que su hermano, cuya compañera, esclava de los pergaminos y de las mentiras sociales, le inspiró el horror a las altas familias, hasta que regresó a la sencillez favorecido por el divorcio.

No había que retroceder en la vida ante ningún conflicto, pues sólo afrontándolos de cerca se ve si tienen remedio. Era verdad que no se le escapaba el escándalo de mis parientes si yo me echaba a cuestras a Alicia o la llevaba al altar. Mas no había que mirar tan lejos, porque los temores van más allá de las posibilidades. Nadie me aseguraba que yo había nacido para casado, y aunque así fuera, ¿quién podría darme una esposa distinta de la que la suerte me señalara? Y Ali-

cia ¿en qué desmerecía? ¿No era inteligente, bien educada, sencilla y de origen honesto? ¿En qué código, en qué escritura, en qué ciencia había aprendido yo que los prejuicios priman sobre las realidades? ¿Por qué era yo mejor que otros, sino por mis obras? El hombre de talento debe ser como la muerte, que no reconoce categorías ¿Por qué ciertas muchachas me parecían más encumbradas? ¿Acaso por un irreflexivo consentimiento del público que me contagiaba su estulticia; acaso por el lustre de la riqueza? ¿Pero ésta, que suele nacer de fuentes oscuras, no era también relativa? :No resultaban misérrimos nuestros potentados en parangón con los de fuera? ¿No llegaría yo a la dorada medianía, a ser relativamente rico? En este caso ¿qué me importarían los demás, cuando vinieran a buscarme con el incienso? Usted no tiene más que un problema sumo, a cuyo lado huelgan todos los otros: adquirir dinero para sustentar la modestia decorosamente. Lo demás viene por añadidura.

Callado, escarmenaba mentalmente las razones que oía, separando la verdad de la exageración. Don Rafo, le dije, yo miro las cosas por otro aspecto, pues las conclusiones de usted, aunque fundadas, no me preocupan ahora: están en mi horizonte, pero están lejos. Respecto de Alicia, el más grave problema lo llevo yo, que sin estar enamorado, vivo como si lo estuviera, supliendo mi hidalguía lo que no puede dar mi ternura, con la convicción íntima de que mi idiosincrasia caballeresca me empujará hasta el sacrificio, por una dama que no es la mía, por un amor que no conozco.

Fama de rendido galán gané en el ánimo de muchas mujeres, gracias a la costumbre de fingir, para que mi

alma no se sienta sola. Por todas partes fui buscando en qué distraer mi inconformidad, e iba de buena fé, anheloso de renovar mi vida y de rescatarme a la perversión; pero dondequiera que puse mi esperanza hallé un lamentable vacío, embellecido por la fantasía y repudiado por el desencanto. Y así, engañándome con mi propia verdad, creí conocer todas las pasiones, y sufrí el hastío de ellas, y prosigo desorientado, caricaturando el ideal para sugestionarme con el pensamiento de que estoy cercano a la redención. La quimera que persigo es humana, y bien sé que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor. Mas han pasado los días y se va marchitando mi juventud sin que mi ilusión reconozca su derrotero; y viéndome entre mujeres sencillas, no he encontrado la sencillez, ni entre las enamoradas el amor, ni la fe entre las creyentes. Mi corazón es como una roca cubierta de musgo, pero allí nunca falta una lágrima. Hoy me ha visto usted llorar, no por la flaqueza de ánimo, que bastante rencor le tengo a la vida: lloré por mis aspiraciones engañadas, por mis ensueños desvanecidos, por lo que no fui, por lo que ya no seré jamás!

Paulatinamente iba levantado la voz y comprendí que Alicia estaba despierta. Me acerqué cauteloso y la sorprendí en actitud de escuchar.

—¿Qué quieres? le dije. Y su silencio me desconcertó.

Fue preciso continuar la marcha hasta el morichal vecino, según la opinión de don Rafo, porque la mata era peligrosa en extremo: a muchas leguas en contorno, sólo en ella encontraban agua los animales y de noche acudían las fieras. Salimos de allí, paso a paso, cuando la tarde empezó a suspirar, y bajo los últimos arreboles

nos preparamos para la queda. Mientras don Rafo encendía fuego, me retiré por los pajonales a amarrar los caballos. La brisa del anochecer refrescaba el desierto, y de repente, en intervalos desiguales, llegó a mis oídos algo como el sollozo de una mujer. Instintivamente pensé en Alicia, que acercándose me preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Reunidos después, sentíamos la sollozante quejumbre vueltos hacia el lado de donde venía, sin que acertáramos a descifrar el misterio: una palmera de macanilla, fina como un pincel, obedeciendo a la brisa, hacía llover sus flecos en el crepúsculo.

Ocho días después divisamos la fundación de La Maporita. La laguna próxima a los corrales se doraba al sol. Unos mastines enormes vinieron a nuestro encuentro, con ladridos desaforados, y nos dispersaron las bestias. Frente al *tranquero* de la entrada donde se asoleaba un bayetón rojo, exclamó don Rafo, empinándose en los estribos:

—Alabado sea Dios.

—...y su madre santísima, respondió una voz de mujer.

—¿No hay quien venga a espantar estos perros?

—Ya va.

—¿La niña Griselda?

—En el caño.

Complacidos observábamos el aseo del patio, lleno de caracuchos, siemprevivas, habanos, amapolas y otras plantas del trópico. Alrededor de la huerta daban fresco los platanales, de hojas susurrantes y rotas, dentro del

cercos de guadua que protegía la vivienda, en cuyo caballete lucía sus resplandores un pavo real.

Por fin, una mulata decrepita asomó a la puerta de la cocina, enjugándose las manos en el ruedo de las enaguas.

—¡Chite, uise!, gritó, tirando una cáscara a las gallinas que escarbaban la éra. *Prosigan*, que la niña Griselda se ta bañando. ¡Los perros no muerden, ya mordieron!»

Y volvió a sus quehaceres.

Sin testigos, ocupamos el cuarto que servía de sala, en donde no había otro menaje que dos chinchorros, una barbacoa, dos banquetas, tres baúles y una máquina *Singer*. Alicia, sofocada, se mecía ponderando el cansancio, cuando entró la niña Griselda, descalza, con el *chingue* al brazo, el peine en la crencha y los jabones en una *totuma*.

—Perdone usted, le dijimos.

—Tienen a sus órdenes el *ranchito* y la persona. ¡Ah! ¿también vino don Rafael? ¿Qué hace en la ramáa?

Y saliendo al patio, le decía familiarmente:

—Trascordao, ¿se le volvió a olvidá el cuaerno? Estoy *entigrecía* contra usted. No me salga con esas porque peleamos.

Era una hembra morena y fornida, ni alta ni pequeña, de cara regordeta y ojos simpáticos. Se reía enseñando los dientes anchos y albísimos, mientras que con mano hacendosa exprimía los cabellos goteantes sobre el corpiño desabrochado. Volviéndose hacia nosotros interrogó:

—¿Ya les trajeron café?

—Se pone usted en molestias...

—¿Tiana, Bastiana, qué hubo?

Y sentándose en el chinchorro, al lado de Alicia preguntábale si los diamantes de sus zarcillos eran *legales* y si traía otros para vender.

—Señora, si le gustan...

—Se los cambio por esa máquina.

—Siempre avispada para el negocio, dijo don Rafo.

—¡Náa! Es que nos estamos recogiendo pa dejá la tierra.

Y con acento cálido refirió que Barrera había venido a llevar gente para las caucherías del Vichada.

—Es la ocasión de mejorá: dan alimentación y cinco pesos por día. Así se lo he dicho a Franco.

—¿Y qué Barrera es el enganchador? preguntó don Rafo.

Narciso Barrera, que ha tréido mercancías y *morroco-tas* pa dá y convidá.

—¿Se creen ustedes de esa ficha?

—Cáyese don Rafo. Cuidao con desanimá a Fidel! Si le tá ofreciendo plata anticipáa y no se resuelve a dejá este pegujal! Quere má a las vacas que a la mujé! Y eso que nos cristianamos en Pore, porque sólo éramos casaos militarmente.

—Alicia, mirándome de soslayo, se sonrió.

—Niña Griselda, ese viaje puede resultar un percance.

—Don Rafo, el que no arriesga no pasa el má. Ora díganme ustées si valdrá la pena un enganche que los ha entusiasmao a tóos. Porque ayí en el ható no va a queá gente. Ha tenío que bregáles el viejo pa que le ayuden a terminá los trabajos de ganao. Nadie quere hacer náa. Y de noche tienen unos *joropos*!... Pero supónganse: tando ahí la Clarita... Yo le prohibí a Fidel

que se quede ayá, y no me hace caso. Dende el lunes se jué. Mañana lo espero.

—¿Dice usted que Barrera trajo mucha mercancía? Y la dá barata?

—Sí, don Rafo. No vale la pena que usté abra sus petaquitas. Ya todò el mundo ha compraó. A que no me trajo los cuaernos de las moas cuando má los menesto? Tengo que yevá ropa de primera.

—Por ahí le traigo úno.

—¡Dios se lo pague!

La vieja Sebastiana, arrugada como un higo seco, de cabeza gris y brazos temblones, nos alargó sendos pocillos de café amargo que ni Alicia ni yo podíamos tomar y que don Rafo saboreaba vertiéndolo en el platillo. La niña Griselda se apresuró a traer una miel oscura que sacaba de un garrafón, para que endulzáramos la bebida.

—Muchas gracias, señora.

—¿Y esta buena moza es su mujé? ¿Usté es el yerno de don Rafo?

—Como si lo fuera.

—¿Y ustées también son *tolimas*?

—Yo soy de ese Departamento; Alicia, bogotana.

—Parece que usté juera pa algún joropo, según tá de cachaca. ¡Qué bonito traje y qué buenos botines! ¿Ese vestío lo cortó usté?

—No, señora, pero entiendo algo de modistería. Estuve tres años en el colegio asistiendo a la clase.

—¿Me enseña? ¿No es verdá que me enseña? Pa eso compré máquina. Y miren qué lujo de telas las que tengo aquí. Me las regaló Barrera el día que vino a ver-nos. A Tiana, también le dio. ¿Onde tá la tuya?

—Colgá en la percha. Ora la treigo.

Y salió.

La niña Griselda, entusiasmada porque Alicia le ofrecía ser su maestra de corte, se zafó de la pretina las llaves y, abriendo el baúl, nos enseñó unas telas de colores vivos.

—¡Esas son etaminas comunes!

—Puros cortes de sea, don Rafo. Barrera es rasgaísimo. Y miren las vistas del fábrico en el Vichada, a onde quiere yevarnos. Digan imparcialmente si no son una preciosidá esos edificios y si estas fotografías no son primorosas. Barrera las ha repartío por toas partes. Miren cuántas tengo pegáas en el baúl.

Eran unas postales en colores. Se veían en ellas, a la orilla montuosa de un río, casas de dos pisos, en cuyos barandales se agrupaba la gente. Lanchas de vapor humeaban en el puertecito.

—Aquí viven má de mil hombres y tóos ganan una libra diaria. Ayá voy a poné asistencia pa las peonáas. Supónganse cuánta plata cogeré con el solo amasijo! Y lo que gane Fidel...? Miren, estos montes son los caucales. Bien dice Barrera que otra oportunidad como esta no se presentará.

—Yo lo que siento es tar tan cascáa; si no, me iba también detrás de mi zambo, dijo la vieja acurrucándose de nuevo en el quicio.

—Aquí ta la tela, añadió, desdoblando una zaraza roja.

—Con ese traje parecerás un tizón encendido.

—Blanco, me replicó: Pior es no parecer náa.

—Andá, ordenóle la niña Griselda, búscáale a don Rafo unos *topochos* maúros pa los cabayos. Pero primero

decíle al Miguel que se deje de tar echao en el chinchorro, porque no se le quitan las fiebres: que le saque el agua a la *curiara* y le ponga cuidao al anzuelo a vé si los *caribes* se tragaron ya la carnáa. Puée que haya *afilao* algún *bagrecito*. Y dános vos algo de comé, que estos blancos yegan de lejos. Venga pa acá, niña Alicia, y aflójese la ropa. En este cuarto nos quearemos las dos.

Y parándose ante mí, agregó con picaresco descaro: ¡Me la yevo! ¿Ustées ya separaron cama?

Verdadera lástima sentí por don Rafael ante el fracaso de su negocio. Tenía razón la niña Griselda: todos se habían provisto de mercancías.

Sin embargo, dos días después de nuestra llegada, vinieron del ható unos hombres enjutos y pálidos, cuyas monturas—húmedas ahora—disimulaban su mal aspecto con el bayetón que los jinetes dejaban colgante sobre las rodillas. Del otro lado del monte pidieron a gritos la *curiara*, y, creyendo no ser oídos, hicieron disparos de winchester. Vista la tardanza, sin desmontarse, lanzaron sus cabalgaduras al caño y lo cruzaron trayendo las ropas amarradas en la cabeza.

Llegaron. Vestían calzones de lienzo, camisa suelta llamada *lique* y anchos sombreros de felpa castaña. Sus pies desnudos oprimían con el dedo gordo el aro de los estribos.

—Buen día... prorrumpieron con voz melancólica entre la algazara de los perros.

—Ojalá que nos hubieran matao, por tá de chistosos, exclamó la niña Griselda.

—Era pa la curiara...

—¡Qué curiara! Este no es paso rial.

—Venimos a vé la mercancía...

—Sigán, pero dejen sus *rangos* afuera.

Los hombres se apearon, y con las mismas cerdas que les servían de rendaje amarraron los trotones bajo el *samán* de la entrada y avanzaron con los bayetones al hombro. Alrededor del cuero en que don Rafo había extendido la chuchería se acluclillaron indolentes.

—Miren los diagonales extras; aquí están unos cuchillos garantizados; fíjense en esta faja de cuero, con funda para el revólver, todo de primera clase.

—¿Trajo quinina?

—Muy buena, y píldoras para las *calenturas*.

—¿A cómo el hilo?

—Diez centavos madeja.

—¿No la da en cinco?

—Llévela en nueve.

Todo lo fueron tocando, examinando, comparando, casi sin hablar. Para saber si una tela desteñía, se empapaban en saliva los dedos y la refregaban. Don Rafael con la vara de medir les señalaba todo, agotando los encomios para cada cosa. Nada les gustó.

—¿Me deja en veinte riales esa navaja?

—Llévela.

—Le doy por los botones lo que le dije.

—Tómelos.

—Pero me encima la aguja pa prendélos.

—Cójala.

Así compraron bagatelas por dos o tres pesos. El hombre de la carabina, desanudando la punta de su pañuelo, alargó una morrocota:

—Páguese de tóo, es de veinte dólares.

Y la hizo retintinear contra el acero del arma.

—¡A vé los trueques!

¿Por qué no compren el restico?

—A esos precios no se alcanza ni con la carabina. Vaya usté al ható pa que vea cosas regaláas.

—¡Adió, pué!

Y montaron.

—Hola, socio, dijo regresando el de peor estampa: nos mandó Barrera a quitáte la mercancía, y es mejó que te largués con éya. Quedás notificado: ¡lejos con éya! Si no te la quitamos ahora, es por lo poquita y lo cara!

—¿Y quitarla por qué? indagó don Rafo.

—¡Por la competencia!

—Cres tú, infeliz, que este anciano está solo? prorrumpí empuñando un cuchillo, entre los aspavientos de las mujeres.

—Mirá, repuso el hombre: Por sobre yo, mi sombrero. Por grande que sea la tierra, me quea bajo los pies. Con vos no me toy metiendo. Pero si querés, pa vos también hay!

Espoleando el potro, me tiró a la cara los objetos comprados y galopó con sus compañeros a lo largo de la llanura.

Esa noche, como a las diez, llegó Franco a la casa. Aunque la embarcación se deslizaba sin ruido sobre el agua profunda, los gozques la sintieron y al instante cundió el alarma.

—Es Fidel, es Fidel, decía la niña Griselda, trope-

zando en nuestros chinchorros. Y salió al patio en *camisola*, envuelta desde la cabeza en un pañolón oscuro, seguida de don Rafael.

Alicia, asustada, en tinieblas, empezó a llamarme desde su cuarto:

—Arturo, ¿sentiste? Ha llegado una gente!

—Sí, no te afanes, no vengas! Es el dueño de casa.

Cuando en franela y sin sombrero salí al aire libre, iba un grupo bajo los platanales llevando un hachón encendido. La cadena de la curiara sonó al atracar y desembarcaron dos hombres armados.

—¿Qué ha pasado por aquí? dijo uno, abrazando a la niña Griselda.

—¡Náa, náa! ¿Por qué te aparecés a semejante hora?

—¿Qué huéspedes han llegado?

—Don Rafael y dos compañeros, hombre y mujer.

Franco y don Rafo, después de un abrazo amistoso, regresaron con los del grupo hacia la cocina.

—Me vine alarmadísimo porque esta noche al yegar al hato con la torada, supe que Barrera había mandado una comisión. No querían prestarme cabayo, pero apenas comenzó la *juerga* me traje la curiara de ayá. ¿A qué vinieron esos forajidos?

—A quitarme el *chucho*, repuso humildemente don Rafo.

—¿Y qué pasó, Griselda?

—¡Náa! Si má, hay camorra, porque el *guatecito* se les encaró, *cachiblanco* en mano. ¡Un horror! Nos hizo chiyá!

—Seguí pa dentro, agregó la patrona, pálida, trémula, y mientras les dan el trago de café, guindá tu chinchorro en el correor porque toy en el cuarto con la *doña*.

—De ningún modo: Alicia y yo nos alojaremos en la ramada, dije avanzando hacia el corrillo.

—Usté no manda aquí, replicó la niña Griselda. Venga conozca a este yanero, que es el mío.

—Servidor de usted, repuse devolviendo el abrazo.

—Cuenta conmigo! Basta que usted sea compañero de don Rafael.

—Y si vieras con qué trozo de mujé se ha enyugao! Coloráita que ni un *merey*! Y las manos que tiene pa cortá la sea, y lo modosa pa enseñá!

—Pues manden a sus nuevos criados, repetía Franco.

Era trigueño y pálido, de cenceña estatura, y acaso mayor que yo. Cuadrábale el apellido al carácter y su fisonomía y sus palabras eran menos elocuentes que su corazón. Las facciones proporcionadas, el acento y el modo de dar la mano advertían que era hombre de buen origen, no salido de las pampas sino venido a ellas.

—Usted es oriundo de Antioquia?

—Sí, señor. Hice algunos estudios en Bogotá, ingresé luego en el ejército, me destinaron a la guarnición de Arauca y de allí deserté por un disgusto con mi Capitán. Desde entonces vine con Griselda a limpiar este rancho, que no dejaré por nada en la vida. Y recalco: Por nada en la vida!

La niña Griselda, con mohín amargo, permaneció muda. Como advirtiera que estaba en traje de alcoba, se fue con el pretexto de vestirse, llevando dentro de la mano ahuecada la luz de una vela.

Y no volvió más.

Mientras tanto, la vieja Tiana hacía llamear el fogón de tres piedras, sobre las cuales pendía un alambre para colgar el caldero o la *marma*. Al tibio parpa-

dear de la lumbre nos sentamos en círculo sobre raíces de guadua o sobre calaveras de caimán, que servían de banquetas. El mocetón que llegó con Franco me miraba con simpatía, sosteniendo entre las rodillas desnudas una escopeta de dos cañones. Como sus ropas estaban húmedas, desarremangóse los calzoncillos y los oreaba sobre las pantorrillas de nudosos músculos. Llamábase Antonio Correa y era hijo de Sebastiana, tan cuadrado de espaldas y tan fornido de pecho, que parecía un ídolo indígena.

—Máma, dijo rascándose la cabeza: cuál jue el entrometío que llevó al ható el chisme de la mercancía?

—Eso no tié náa de malo: avisando se vende.

—Sí, pero qué jué a hacé ayá la noche que yegaron estos blancos?

—¡Yo qué sé! Lo mandaría la niña Griselda.

En esta vez fue Franco quien hizo el mohín. Después de corto silencio indagó:

—Mulata, cuántas veces ha venido Barrera?

—Yo no he reparao. Yo vivo ocupáa aquí en mi cocina.

Saboreado el café y referido por don Ráfo algún incidente de nuestro viaje, repreguntó Franco, obedeciendo a su obstinada preocupación:

—¿Y el Miguel y el Jesús qué han estado haciendo? Buscaron los marranos en la sabana? ¿Compusieron el tranquero de los corrales? ¿Cuántas vacas ordeñan?

—Sólo dos de ternero grande. Las otras las hizo soltá la niña Griselda porque ya empieza a habé plaga y los zancúos matan las crías.

—¿Y dónde están esos flojos?

—Miguel, con calentura. No sé quié hace el remedio:

Son cinco hojitas de borraja, pero arrancáas de pa arriba, porque de pa abajo, prócen vómito. Ahí le tengo el cocimiento, pero no lo traga. Y eso que ta enviajao pa las caucherías. Se la pasa jugando naipes con el Jesús, y ese sí que ta perdió por irse!

—Pues que se larguen desde ahora, en la curiara del ható, y no vuelvan más. No tolero en mi posada ni chismosos ni espías. Mulata, asómate al *caney* y díles que desocupen: que ni me deben ni les debo!.

Cuando salió Sebastiana, preguntó don Rafael por la situación del ható: Era verdad que todo andaba *manga por hombro*?

—Ni sombra de lo que usted conoció. Barrera lo ha trastornado todo. Ayá no se puede vivir. Mejor que le prendieran candela.

Refirió después, que los trabajos se habían suspendido porque los vaqueros se emborrachaban y se dividían en grupos para toparse en determinados sitios de la llanada, donde, a ocultas, les vendían licor los áulicos de Barrera. Unas veces dejaban matar los caballos, entregándolos estúpidamente a los toros; ótras, se dejaban coger de la soga, o al *colear* sufrían golpes mortales; muchos se volvían a *juerguear* con Clarita; éstos derrengaban los rangos apostando carreras, y nadie corregía el desórden ni normalizaba la situación, porque ante el señuelo del próximo viaje a las caucherías ninguno pensaba en trabajar cuando estaba en visperas de ser rico. De esta suerte, ya no quedaban caballos mansos sino potrones, ni había vaqueros sino enfiestados; y el viejo Zubieta, el dueño del ható, borracho y gotoso, ignorante de lo que pasaba, espernancábase en su chinchorro a dejar que Barrera le ganara

dinero a los dados, a que Clarita le echara aguardiente con su propia boca, a que la peonada del enganchador sacrificara hasta cinco reses por día, desechando, al desollarlas, las que no parecieran gordas.

Y para colmo, los indios guahibos de las costas del Guanapalo, que flechaban reses por centenares, asaltaron la fundación del Hatico, llevándose a las mujeres y matando a los hombres. Gracias a que el río detuvo el incendio, pero hasta no sé qué noche, se veía el lejano resplandor de la candelada.

—¿Y qué piensa usted hacer con su fundación? pregunté.

—¡Defenderla! Con diez jinetes de vergüenza, bien en carabinados, no dejaremos indio con vida.

En ese instante volvió Sebastiana:

—Ya se jugaron.

—Máma, cuidao se yevan mi tiple.

—Que si no manda razón ninguna.

—Sí: al viejo Zubieta que no me espere. Que le siga dirigiendo la vaquería cuando me dé mejores yaneros.

En pos de la mulata salimos al patio. La noche estaba oscura y ya empezaba a lloviznar. Franco nos siguió a la sala y se tendió en la barbacoa. Afuera los que se marchaban, cantaron a dúo:

«Corazón, no seás caballo,
aprendé a tener vergüenza;
al que te quiera, querélo,
y al que no, no le hagás fuerza».

Y la pala del remo en la onda y el repentino rebotar de la lluvia apagaron el eco de la tonada.

Pasé mala noche. Cuando menudeaban los gallos conseguí quedarme dormido. Soñé que Alicia iba sola, por una sabana lúgubre, hacia un lugar siniestro donde la esperaba un hombre, que podía ser Barrera. Agazapado en los pajonales iba espiándola yo, con la escopeta del mulato en balanza; mas cada vez que intentaba tenderla contra el seductor, se convertía entre mis manos en una serpiente helada y rígida. Desde la cerca de los corrales, don Rafo agitaba el sombrero exclamando: ¡Véngase! ¡Eso ya no tiene remedio!

Veía luego a la niña Griselda, vestida de oro, en un país extraño, encaramada sobre una peña de cuya base fluía un hilo lento y blancuzco de caucho líquido. A lo largo de él lo bebían gentes innumerables echadas de bruces. Franco, erguido también sobre un promontorio de carabinas, amonestaba a los sedientos con este estribillo: «Infelices, detrás de estas selvas está *el más allá!*». Y al pie de cada árbol se iba muriendo un hombre, en tanto que yo recogía sus calaveras para exportarlas en grandes lanchones por un río silencioso y oscuro.

Volvía a ver a Alicia, desgredada y desnuda, huyendo de mí por entre las malezas de un bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. Llevaba yo en la mano una hachuela corta, y, colgado al cinto, un recipiente de metal. Me detuve ante una encina llena de flores, que parecía un árbol de caucho, y empecé a picarle la corteza para que escurriera la goma. ¿Por qué me sacas la sangre?» exclamó una voz muriente. «Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita».

Agitado y sudoroso desperté como a las nueve de la mañana. El cielo, después de la lluvia anterior, res-

plandecía lavado y azul. Una brisa discreta suavizaba los grandes calores.

—Blanco, aquí tá su desayuno, murmuró la mulata. Don Rafo y los hombres montaron, y las mujeres tan bañándose.

Mientras que yo me desayunaba, sentóse en el suelo y comenzó a ajustar con los dientes la cadenita de una medalla que llevaba al cuello. «Resolví ponerme esta prenda porque ta bendita y es milagrosa. A vé si el Antonio se anima a yevarme. Por si me dejare desamparáa, le di en el café el corazón de un pajarito llamao *piapoco*. Puée irse muy lejos y corré tierras; pero onde oiga cantá otro pájaro semejante, se pondrá triste y tendrá que volverse, porque la *guiña* ta en que viene la pesaumbre a poné de presente la patria y el rancho y el queré olvidao, y tras de los snspiros tiée que encaminarse el suspiraor o se muere de pena. La medaya también ayúa si se le cuelga al que se despíe»

—Y Antonio pretende ir al Vichada?

—Quén sabe. Franco no quiere irse, pero la mujé ta enviajáa. Antonio hace lo que diga el hombre.

—Y los muchachos porqué se fueron?

—El hombre no los aguantó má. Ta malicioso. El Jesús jue al ható una noche, no a yamá a Barrera sino a decíle que no arrimara porque no se podía. Eso jué tóo. Pero el hombre es avispao y los despachó.

—¿Barrera viene frecuentemente?

—Yo no sé. Si acaso habla con la Griselda es en el caño, porque eya, en achaque del anzuelito, anda remolona con la curiara. Barrera es mejó que el hombre; Barrera es una oportunidá. Pero el hombre es *atravesao* y la mujé le tiée mieo dende lo aconteció en

Arauca. Le soplaron que el Capitán andaba tras de eya y le madrugó: con dos puñaláas tuvo!

En ese momento, interrumpiéndonos el palique, avanzaban en animado trío Alicia, la niña Griselda y un hombre elegante, de botas altas, vestido blanco y fieltro gris.

—Ahí ta don Barrera. ¿No lo quería conocé?

—«Caballero, exclamó inclinándose: doble fortuna es la mía, que, impensadamente, me pone a los pies de un marido tan digno de su bella esposa».

Y sin esperar otra razón, besó en mi presencia la mano de Alicia. Cogiendo luégo la mía, añadió zalame-ro: «Alabada sea la diestra que ha esculpido tan bellas estrofas. Regalo de mi espíritu fueron en el Brasil, y me producían la nostalgia de mi país ausente, porque es privilegio de los poetas encadenar al corazón de la patria los hijos dispersos y crearle súbditos en tierras extrañas. Fui exigente con la fortuna, pero nunca aspiré al honor de declararle a usted, personalmente, mi admiración sincera».

Aunque estaba prevenido contra ese hombre, confieso que fui sensible a su adulación y que sus palabras templaron el disgusto que me produjo su cortesanía con mi garbosa daifa.

Pidiénos perdón por entrar en la sala con botas de campo, y, después de averiguar por la salud del dueño de casa, me suplicó que le aceptara una copa de whisky. Ya había advertido yo que la niña Griselda traía la botella en sus manos.

Cuando Sebastiana colocó sobre la barbacoa los po-

cillos y el hombre se inclinó a colmarlos, observé que éste llevaba al cinto un lindo revólver y que la botella no estaba llena.

Alicia, mirándome, se resistía a tomar.

—Otra copita, señora. Ya se convenció usted de que es licor suave.

—¡Cómo! dije ceñudo. ¿Tú también has bebido?

—Insistió tanto el señor Barrera... Y me ha regalado este frasco de perfume, agregó, sacándolo del cestillo donde lo tenía oculto.

—Un obsequio insignificante. Perdóneme usted, lo traía especialmente...

—Pero no para mi mujer. ¡Quizás para la niña Griselda! Acaso ya ustedes se conocían?

Absolutamente, señor Cova: la dicha había sido adversa conmigo.

Alicia y la niña Griselda enrojecieron.

—Supe, aclaró el hombre, que ustedes estaban aquí, por noticias de unos mozuelos que llegaron anoche al hato. Inmenso pesar me causó la nueva de que seis jinetes, ladrones sin duda, habían pretendido expropiar en mi nombre una mercancía; y tan pronto como amaneció, tomé el camino para venir a presentarles mis respetuosas protestas contra el atentado incalificable. Y ese whisky y ese perfume, ofrendas humildes de quien no tiene, fué de su corazón, más que ofrecer, estaban destinados a corroborar la antigua adhesión que les profeso a los dueños de casa.

—Oyes, Alicia? Dáale ese frasco a la niña Griselda.

—Y luego no son también ustedes dueños de este rancho? apuntó la patrona, con voz resentida.

—Como tales los considero yo, porque donde quie-

ra que ustedes lleguen, son, por derecho de simpatía, amos de cuanto los rodea.

Apesar de mi semblante agresivo, el hombre no se desconcertó; mas dióle a su discurso un giro diverso: Sucedian ahora tantas cosas en Casanare que daba grima pensar en lo que llegaría a convertirse esa privilegiada tierra, fuerte cuna de la hospitalidad, la honradez y el trabajo. Pero con los asilados de Venezuela que la infestaban como dañina langosta, no se podía vivir. Cuánto había sufrido él con los voluntarios que se le ofrecían pidiendo enganche. Tantos se le presentaban explotando la condición de los desterrados políticos, y eran vulgares delincuentes, prófugos de penitenciarías. Mas era peligroso rechazarlos de plano, en previsión de algún desmán. Indudablemente, a esta clase pertenecían los que pretendieron desvalijar a don Rafael. Jamás llegaría a indemnizarlo la empresa del Vichada de tantos disgustos! Era verdad, y sería ingratitud no reconocerlo y proclamarlo, que le había hecho distinciones honrosas. Primero lo envió al Brasil, residencia de los principales accionistas, con un gran cargamento de caucho, y ellos allí le rogaron que aceptara la gerencia de la explotación; mas la rehusó por carecer de aptitudes. ¡Ah! Si entonces hubiera adivinado que yo andaba por esas tierras! Si yo quisiera indicarle un candidato, con cuánto orgullo propondría su nombre; y si ese candidato quisiera irse con él, en la seguridad de que sería nombrado...

—Señor Barrera, interrumpí: Jamás tuve noticia de que en el Vichada hubiera empresas de la magnitud de la suya.

—¡Mía, no; mía, no! Soy un modesto empleado a

quien sólo le pagan dos mil libras anuales, fué de gastos.

Audazmente, fijó en mí sus ojos sobornadores, pasó por su rostro un pañuelo de seda, acaricióse el nudo de la corbata y se despidió, encareciéndonos una y otra vez que saludáramos a los caballeros ausentes y les transmitiéramos su protesta contra el abuso de los salteadores. Sin embargo, él pensaba volver otro día a presentarla personalmente.

La niña Griselda lo acompañó hasta el caño y allí se detuvo más tiempo del que requiere una despedida.

—¿De dónde salió este sujeto? dije con tono brusco, encarándome a Alicia, apenas quedamos solos.

—Llegó a caballo por aquella costa, y la niña Griselda lo pasó en la curiara.

—¿Tú lo conocías?

—No.

—¿Te parece interesante?

—No.

—¿Resuelves aceptar el perfume?

—No.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Y rapándole el frasco del bolsillo del delantal, lo estrellé con furia en el patio, casi a los pies de la niña Griselda que regresaba.

—Cristiano, usted ta loco, usted ta loco!

Alicia, entre humillada y sorprendida, abrió la máquina y empezó a coser. Hubo momentos en que sólo se oía el ruido de los pedales y el charloteo del loro en la estaca.

La niña Griselda, comprendiendo que no debía abandonarnos, dijo, sonreída y astuta:

—Esos caprichos de este Barrera sí que me hacen gracia. Ora se le ha *encajado* la idea de conseguí unas esmeraldas y les ha puesto el ojo a las de mis *candongas*. ¡De las orejas me las robaría!

No sea que se las lleve con su cabeza, repliqué, realzando la sátira con una carcajada eficaz.

Y me fui para los corrales, sin escuchar las alarmadas disculpas:

—Bien hace en no discutir conmigo porque se la yervo ganáa!

Trepado en la *talanquera* daba desahogo a mi acritud, bajo el rayo del sol, cuando vi flotar a lo lejos, por encima de los morichales, una nube de polvo, ondulosa y lenta. A poco, por el lado opuesto, divisé la silueta de un jinete que, desalado, cruzaba a saltos las ondas pajizas de la llanura, volteando la soga y revolviéndose presuroso. Un gran tropel hacía vibrar la pampa, y otros vaqueros atravesaron el banco, antes que la yeguada apareciera a mi vista, de cuyo grupo desbandábase a veces alguna potranca cerril, loca de juventud, quebrándose en juguetones corcovos. Oía ya claramente los gritos de los jinetes que ordenaban abrir el tranquero; y apenas tuve tiempo de obedecerles cuando se precipitó en el corral el atajo, nervioso, bravío, resoplador.

Franco, don Rafael y el mulato Correa se apearon de sus trotones jadeantes, que, sudando espuma, refregaban contra la cerca las cabezas estremecidas.

—Egoístas, por qué no me convidaron?

—El que primero madruga, comulga dos veces. Ya lo veremos enlazar en otra ocasión.

En tanto que aseguraban las puertas de los reducidos liándoles gruesos atravesaños, acudieron las mujeres a contemplar por entre los claros del «palo a pique», la yeguada pujante, que se revolvía en círculo, ganosa de atropellar el encierro. Alicia, que traía en la mano la tela de su labor, chillaba de entusiasmo al ver la confusión de ancas lucientes, crines huracanadas, cascos sonoros. «¡Aquél para mí! ¡Este es el más lindo! ¡Miren el otro cómo pateala!» Y de los ijares convulsos, del polvo pisoteado y de los relinchos rebeldes, ascendía un hálito de alegría, de fuerza y brutalidad!

Correa estaba feliz

—¡Cogimos el resabiao! Es aquel *padrote* negro, criño, de pata blanca! Se le yegó su día, y más vale que no hubiera nació! No he visto zambo que no le tenga mieo, pero ya dirán ustées si tumba al hijo e mi máma!

—Mulato condenao, que vas a hacé? gruñó la vieja. ¿Pensás que ese cabayo te ha parío?

Estimulado por nuestra presencia, le dijo a Alicia:

—Le voy a dedicá la faena. Apenas almuercen me monto!

Y como percibiera el olor de la esencia derramada en el patio, dilató las ventanillas de la nariz repitiendo:

—¡Ah...! Güele a mujé, güele a mujé!

No quiso almorzar. Echóse a la boca un puñado de plátano frito, deshilachó un trozo de carne y remojó la lengua con café *cerrero*. Mientras tanto, entre el refunfuno de Sebastiana, montura al hombro, salió a esperarnos en el corral.

—También fuimos parcos en el comer, por la exaltación de ánimo, agravada con la novedad del espectáculo próximo. Alicia, en breve rezo mental, le encomendaba a Dios al mulato.

—¡Hombres! plañía Bastiana: No vayan a dejá que esa bestia me mate al *motoso*!

Sacamos las sogas, de cuero peludo, y unas maneas cortas, llamadas «sueltas», de medio metro de longitud, en cuyos extremos se abotonaban gruesos anillos de fi-que trenzado.

Como el potro esquivaba los lazos, agachándose entre el tumulto, ordenó Franco dividir la yeguada para lo cual se abrió el tranquero de la corraleja contigua. Cuando el caballo quedó solo, atrevió las manos contra la cerca, a tiempo que el mulato lo *arropó* con la soga. Grandes saltos dio el animal, agachando la maculada cerviz en torno de la horqueta del *botalón* donde humeaba la cuerda vibrante; y al extremo de ella se colgó colérico, ahorcándose en un hipo angustioso, hasta caer en tierra, desfallecido y pataleador.

Franco sentósele en el ijar y cogiéndolo por las orejas le dobló sobre el dorso el gallardo cuello, mientras que el mulato le enjaquimaba después de ajustarle las sueltas y de amarrarle un rejo en la cola. De esta manera lo sometían, y en vez de cabestrearlo por la cabeza, lo tiraban del rabo, hasta que el infeliz, debatiéndose contra el suelo, quedó fuera de los corrales. Allí lo vendamos con la *testera* y la montura le oprimió por primera vez los lomos indómitos.

En medio del vociferante trajín soltaron las yeguas, que se adueñaron de la llanura; y el semental, pues-

to de frente hacia la planicie, temblaba receloso y enfurecido.

Al tiempo de zafarle las maneas, gritó el jinete:

—Máma, a vé el escapulario!

Franco y don Rafael requirieron sus cabalgaduras, más el domador impidió que le sujetaran el potro:

—Quédense atrás, y si quiere voltearse, échenle rejo pa evitá que me coja debajo.

Luégo, entre los gritos de Sebastiana, se guindó la reliquia en el cuello, santiguóse, y con gesto rápido destapó el animal.

Ni la mula cimarrona que manotea espantada si el tigre se le monta en la nuca; ni el toro salvaje que se ladea recorriendo el circo apenas le clavan las banderillas, ni el manatí que siente el arpón, gastan violencia igual a la de aquel potro cuando recibió el primer latigazo. Sacudióse con berrido iracundo, coceando la tierra y el aire en desaforada carrera, ante nuestros ojos despavoridos, en tanto que los amadrinadores lo perseguían, sacudiendo las ruanas. Describió grandes pistas a brincos tremendos, y tal como se viera corcovear un centauro, subía en el aire, pegada a la silla, la figura del hombre, como un torbellino del pajonal, hasta que sólo se vio a lo lejos la nota blanca de su camisa.

Al caer de la tarde volvieron. Las palmeras los saludaban con tremulantes genuflexiones.

Llegó el potro quebrantado, sudoroso, molido, sordo a la fusta y al aguijón. Ya sin taparlo, le quitaron la silla, maneáronlo a golpes y quedó inmóvil y solo a la vera del llano.

Gozosos abrazámos a Correa.

—¿Qué opinan de mi *patojo*? repetía Sebastiana orgullosa.

—A él se le debe todo, apuntó Franco. Tuvo la idea de ofrecerles la mejor fiesta de Casanare. Por casualidad encerramos las yeguas del ható y cogimos ese potro, que es mío y de ustedes. Ya vieron lo que pasó.

Al venir la noche, aquel rey de la pampa, humillado y maltrecho, despidióse de sus dominios, bajo la luna llena, con un relincho desolador.

Confieso, arrepentido, que en aquella semana cometí un desaguisado. Dí en enamorar a la niña Griselda, con éxito escandaloso.

En los días que Alicia tuvo fiebres le produgué a la pobre las atenciones más delicadas; mas ahora, consultando mi conciencia, comprendo que el regocijo de barajarme con la patrona en los cuidados de la enfermería, me importaba tanto como la enferma.

La niña Griselda pasó una vez cerca de mi chinchorro y con mano insinuante la cogí del cuadril. Cerrando el puño, hizo ademán de abofetearme, miró hacia donde Alicia dormía y me sacudió con un cosquilleo:

—Poca pena, ya sabía que eras alebrestao.

Al inclinarse sobre mi pecho, sus zarcillos columpiados hacia adelante le golpeaban los pómulos.

—¿Estas son las esmeraldas que ambiciona Barrera?

—Sí, pero dejálas pa vos.

—¿Cómo podría quitarlas?

—Así, dijo, mordiéndome bruscamente la oreja. Y, ahogada en risa, me dejó solo. Luégo, con el dedo en la boca, regresó para suplicarme: ¡Que no lo vaya a sabé mi hombre! ¡Ni tu mujé!

Sin embargo, la lealtad dominó mi sangre y con desdén hidalgo puse en fuga la tentación. Yo, que venía de regreso de todas las voluptuosidades, iba a injuriar el honor de un amigo, seduciendo a su esposa, que para mí no era más que una hembra, y una hembra vulgar? Mas en el fondo de mi determinación corría una idea mentora: Alicia me trataba ya, no sólo con indiferencia, sino con mal disimulado desdén. Desde entonces comencé a apasionarme por ella y hasta me dio por idealizarla.

Parecióme haber sido miope ante la distinción de mi compañera. En verdad no es linda, mas por donde pasa, los hombres sonríen. Placíame, sobre todo otro encanto, el de su mirada tristonza, casi despectiva, porque la desgracia le había contagiado su sér de una reserva dolorosa. En sus labios discretos apaciguábase la voz con un dejo de arrullo, con una acentuación elocuente, a tiempo que sus grandes pestañas se tendían sobre sus ojos de almendra oscura, con un guiño confirmador. El sol le había dado a su cutis un tinte levemente moreno, y, aunque era carnosa, me parecía más alta, y los lunares de sus mejillas más pálidos.

Cuando la conocí, me dio la impresión de una niña apasionada y ligera. Ahora llevaba el nimbo de su pesadumbre digna y sombríamente, por la certeza de la futura maternidad. Un día provoqué la suprema revelación, y casi con enojo repuso: «No te da pudor?»

Trajeada de olanes claros, era más fresca con su sencillo descote y con su peinado negligente, en cuyos rizos parecía aletear la cinta de seda azul, anudada en forma de mariposa. Cuando se sentaba a coser, tendía-me yo en el chinchorro frontero, aparentando no repa-

parar en ella, pero mirándola a hurtadillas; y llenábame de impaciencia la frialdad de su trato, a tal punto, que repetidas veces la interrogué colérico: Pero no estoy hablando contigo?

Avido de conocer la causa de su ratraimiento llegué a pensar que estuviera celosa, e intenté hacer una leve alusión a la niña Griselda, con quien manteníase en roce chocante.

—Qué te dice de mí la patrona?

—Que eres inferior a Barrera.

—Cómo! En qué sentido?

—No sé.

Esta revelación salvó definitivamente el honor de Franco, porque desde ese momento la niña Griselda me pareció detestable.

—Inferior porque no la persigo?

—No sé.

—Y si la persiguiera?

—Que responda tu corazón.

—Alicia, dime, has visto algo?

—Qué ingenuo eres! Todas se enamoran de tí?

Me provocó en ese instante, viendo mi orgullo herido, desnudarme los brazos y gritarle una y otra vez: Imbécil, pregunta quien me dio estos mordiscos!

Don Rafo apareció en el umbral.

* * *

Venía del hato, a donde fue esa mañana a ofrecer los caballos. Franco y la niña Griselda, que lo acompañaron, regresarían por la tarde. El se vino pronto, aprovechando la curiara, para consultarme un negocio y requerir mi consentimiento. El viejo Zubieta daba

al fiado mil o más toros, a bajo precio, a condición de que los cogiéramos, pero exigía seguridades y Franco arriesgaba su fundación con ese fin. Era la oportunidad de asociarnos: la ganancia sería cuantiosa.

Gozoso le dije a don Rafo: «Haré lo que ustedes quieran!» Y agregué estrechando a Alicia contra mis labios: «Ese dinero será para tí!»

—Yo daré mis caballos como aporte y volaré a Arauca a exigir la cancelación de algunas deudas. Podré reunir hasta mil pesos, y con esa suma se harán, en parte, los gastos de saca. Además, empeñada la fundación, el viejo cerrará el negocio con Franco, de cuyos servicios necesita siempre, y más ahora que la ganadería está paralizada por el desorden de los vaqueros.

—Tengo aún treinta libras en mi bolsillo. Aquí están, aquí están! Sólo restaré algo para ciertos gastos de Alicia y para pagar nuestra permanencia en esta casa.

—Muy bien! Marcharé dentro de tres días, y aquí me tendrán a fines del mes entrante, antes de las grandes lluvias, porque ya el invierno se acerca. A fines de junio llegaremos a Villavicencio con el ganado. Luego, a Bogotá! a Bogotá!

Cuando Alicia y don Rafael salieron al patio, abrió sus alas mi fantasía:

Me ví de nuevo entre mis condiscípulos, contándoles mis aventuras de Casanare, exagerándoles mi repentina riqueza, viéndolos felicitarme, entre envidiosos y sorprendidos. Los invitaría a comer a mi casa, porque ya para entonces tendría una, propia, de jardín cercano a mi cuarto de estudio. Allí los congregaría para leerles mis últimos versos. Con frecuencia, Alicia

nos dejaría solos, urgida por el llanto del pequeñuelo, llamado Rafael, en memoria de nuestro compañero de viaje.

Mi familia, realizando un antiguo proyecto, se radicaría en Bogotá; y aunque la severidad de mis padres los indujera a rechazarme, les mandaría a la nodriza con el pequeño los días de fiesta. Al principio se negarían a recibirlo, mas luego, mis hermanas, curiosas, alzándolo en sus brazos, exclamarían: «Es el mismo retrato de Arturo!» Y mi mamá, bañada en llanto, lo mimaría gozosa, llamando a mi padre para que lo conociera; mas el anciano, inexorable, se retiraría a sus aposentos, trémulo de emoción.

Poco a poco, mis buenos éxitos literarios irían conquistando el indulto. Según mi madre, se me debía tener lástima. Después de mi grado en la facultad se olvidaba todo. Hasta mis amigas, intrigadas por mi conducta, disimularían mi pasado con esta frase: Esas cosas de Arturo....!

—Venga usted acá, señador, exclamó don Rafo, a saborear el último brandy de mis alforjas. Brindemos los tres por la fortuna y por el amor.

Ilusos! Debimos brindar por el dolor y la muerte!

* * *

El pensamiento de la riqueza se convirtió en esos días en mi dominante obsesión, y llegó a suggestionarme con tal poder, que ya me creía un ricacho fastuoso, venido a los llanos para dar impulso a la actividad financiera. Hasta en el acento de Alicia encontraba la despreocupación de quien cuenta con el futuro, sostenido por la abundancia del presente. Verdad que

ella seguía enclaustrada dentro de su misterio, más yo me agasajaba con esta seguridad: son extravagancias de mujer rica.

Cuando Fidel me avisó que el contrato se había perfeccionado, no tuve la menor sorpresa. Parecióme que el administrador de mis bienes me estaba rindiendo un informe sobre el modo acertado como había cumplido mis órdenes.

—Franco, esto saldrá a pedir de boca! ¡Y si el negocio fallara, tengo mucho con qué responder!

Fidel entonces, por vez primera, me averiguó el objeto de mi viaje a las pampas. Lúcidamente, ante la posibilidad de que mi compañero hubiera cometido alguna indiscreción, respondí: «No habló usted con don Rafael?» Y añadí, después de la negativa: «¡Caprichos, caprichos! Se me antojó conocer a Arauca, bajar al Orinoco y salir a Europa. Pero Alicia está tan maltratada, que no sé qué hacer! Además el negocio no me disuena. Haremos algo».

—Pena me da que esta *pechugona* de Griselda trate de convertir en modista a la señora de usted.

—Despreocúpese. Alicia encuentra distracción en practicar lo que le enseñaron en el colegio. En nuestra casa divide el tiempo entre la pintura, el piano, los bordados, los encajes...

—Sáqueme de una duda: ¿Los cabayos de don Rafo se los dio usted?

—¡Ya se sabe cuánto lo estimo! Me robaron el mejor, ensillado, y todo el equipaje.

—Sí, me contó don Rafo... Pero quedan algunos buenos.

—Regulares; los de nuestras monturas.

—Al viejo Zubieta le gustarán. Qué casualidad esta del negocio, con un hombre tan desconfiado! Probablemente nos hizo el ofrecimiento en previsión de que Barrera «se le atravesara». Nunca había vendido semejante cosecha. Les respondía a los compradores: Si ya no tengo qué vender! Sólo me quedan cuatro bichitos! Y para estimularlo a la venta, se le debían depositar, con pretexto de que las guardara, las libras destinadas al trato, en la seguridad de que el oro se quedaría allí. Una vez tuvo esa táctica un *saquero* de Sogamoso, hombre corrido y negociante avisado, quien, para ganarse la voluntad del abuelo, duró borracho con él varios días. Mas cuando fueron a separar la torada, tendió Zubieta su bayetón fuera de los corrales y desanudó la mochila del cliente, advirtiéndole: «A cada torito que salga, écheme aquí una morrocotica, porque yo no entiendo de números». Agotado el depósito, insinuó el *reinoso*: «¡Me faltó dinero! ¡Fíeme los animalitos restantes». Zubieta sonrió: «Camaráa, a usted no le falta dinero; es que a mí me sobra ganao!»

Y recogiendo el bayetón regresó irreductible.

Satisfecho de mi fortuna, escuchaba la anécdota.

—Franco, le dije golpeándole el hombro: ¡No se sorprenda usted de nada! El viejo sabe lo que hace. Habrá oído mi nombre...!

—¡Veleta, veleta, cómo tas de cambiao!

—Hola, niña Griselda, ¿qué es ese tuteo?

—¿Tas *entona* por el negocio? Pa morrocotas, el Vichada. Yeváme. Quiero irme con vos!

Se echó a abrazarme, pero la aparté con el codo.

Ella vaciló sorprendida:

—¡Ya sé, ya sé! Le tenés *terronera* a mi marío!

—Le tengo aversión a usted!

—¡Desagradeció! La niña Alicia no sabe náa. Sólo me encargó que no te creyera.

—Qué dice usted? Qué dice usted?

—Que el yanero es el sincero; que al serrano, ni la mano.

Pálido de cólera, entré a la sala.

—Alicia, no me agrada tu compañerismo con la niña Griselda! Puede contagiarte su vulgaridad! No conviene que sigas durmiendo en su cuarto!

—Quiéres que te la deje sola? ¿No respetarás ni al dueño de casa?

—¡Escandalosa! ¿Vuelven ya tus celos ridículos?

La dejé llorando y me fui al caney. La vieja Tiana prendía remiendos en la camisa del mulato, que, semi-desnudo, esperaba la obra tendido en un cuero.

—Blanco, refrésquese en ese chinchorro. Ta haciendo un caló de agua!

En vano pretendí conciliar el sueño. Me importunaba el cacareo de una gallina que escarbaba en el zarzo, mientras sus compañeras, con los picos abiertos, acezaban a la sombra, indiferentes al requiebro del gallo que venía a arrastrarles el ala.

—¡Estas condenáas no dejan ni dormí!

—Mulata, le dije: ¿Cuál es tu tierra?

—Esta onde me hayo.

—¿Eres colombiana de nacimiento?

—Yo soy únicamente yanera, del lao de Manare. Dicen que soy craveña, pero no soy del Cravo; que pau teña, pero no soy del Pauto. Yo soy de todas estas

yanuras! ¡Pa qué mas patria, si son tan beyas y dilatáas? Bien dice el dicho: ¡Onde ta tu Dios? ¿Onde te salga el sol!

—¿Y quién es tu padre?, le pregunté a Antonio.

—Mi máma sabrá.

—¡Hijo, lo importante es que hayás nació!

Conteniendo la risa, indagué:

—Mulato, te vas al Vichada?

—Tuve cautivao unos días, pero lo supo el hombre y me *empajó*. Y como dicen que son montes y más montes, onde no se puée andá a cabayo, eso pa qué! A mi me pasa lo que al ganao: solo quero los pajonales y la libertá.

—Los montes, pa los indios, agregó la vieja.

—A los *pelaos* también les gusta la sabana: que lo diga el daño que hacen. En qué no se ve uno pa enlazá un toro! Necesita hayarse bien remontao y que el potro empuje. Y eyos los cogen de a pié, a carrera limpia, y los desjarretan uno tras otro, que da gusto! Hasta cuarenta reses por día, y se tragan una, y las demá pa los *zamuros* y los *caricares*. Y con los cristianos también son atrevíos: al dijunto Jaspe le salieron de junto al cabayo, y lo cogieron de estampía y lo envainaron! Y no valió gritarles, y, de aposta, andábamos desarmaos, y eyos eran como veinte y echaban flecha pa toas partes!

La vieja, apretándose el pañuelo que llevaba en las sienes, terció en esta forma:

Era que el Jaspe los persiguía con los vaqueros y con el perraje. Onde mataba uno, prendía candela y hacía que se lo taba comiendo asao, pa que lo vieran

los fugitivos o los vigias que atalayaban sobre las copas de los moriches.

—Máma, jue que los indios le mataron a él la familia, y como pua quí no hay autoridá, tié uno que desenrearse solo. Ya ven lo que pasó en el Hatico: *macetearon* a tóos los racionales y toavía humean los tizones. Blanco, hay que apandiyarnos pa echarles una buscáa!

—No, no! Cazarlos como a fieras? Eso es inhumano!

—Pues lo que usté no haga contra eyos, eyos lo hacen contra usté.

—No contradigás, zambo alegatista! El blanco es más léido que vos. Preguntále más bien si masca tabaco y dale una mascáa.

—No, gracias, viejita. Eso no es conmigo.

—Ahí tan remendaos tus *chiros*, díjole al mulato, aventándole la camisa. Ora rompélos en el monte! Ya trujiste la *vengavenga*? Cuánto hace que te la han solicitao!

—Si me da café, la treigo.

—Y qué es eso de *vengavenga*?

—Encargos de la patrona. Es la cascarita de un palo, que sirve pa enamorá!

* * *

Mi sensibilidad nerviosa ha pasado por grandes crisis, en que la razón trata de divorciarse de mi cerebro. Apesar de mi exhuberancia física, mi mal de pensar, que ha sido crónico, logra debilitarme de continuo, pues ni durante el sueño quedo libre de la visión imaginativa. Frecuentemente, las impresiones logran su máximun de potencia en mi excitabilidad, pero una im-

presión suele degenerar en la contraria a los pocos minutos de recibida. Así, con la música, recorro la gama del entusiasmo para descender luégo a las más refinadas melancolías; de la cólera paso a la transigente mansedumbre, de la prudencia a los arrebatos de la insensatez. En el fondo de mi ánimo acontece lo que en las bahías: las mareas suben y bajan con intermitencia.

Los excitantes alcohólicos son repudiados por mi organismo, aunque saben llevar el marasmo a las penas. Las pocas veces que me embriagué, lo hice por ociosidad o por curiosidad: para matar el tedio o para conocer la sensación tiránica que bestializa a los bebedores.

El día que don Rafo se separó de nosotros sentí un vago pesar, un augurio de males próximos, una certidumbre de ausencia eterna. Yo participaba, al ver que se iba, del entusiasmo de nuestra empresa, cuyo programa empezaba a cumplirse con las gestiones encomendadas a dicho socio. Pero a la manera que la bruma asciende a las alturas iluminadas, sentía subir en mi espíritu el vaho de la congoja humedeciendo mis ojos. Y bebí con ahinco las copas que precedieron a la partida.

Así, por un momento, reconquisté la animación velidosa; pero mi mente seguía deprimiéndose con el eco tenaz de los sollozos de Alicia cuando le dijo a don Rafael en un abrazo desesperado: «Desde hoy quedaré en el desierto!»

Yo entendí que ese desierto tenía algo qué ver con mi corazón.

Recuerdo ahora que Fidel y Correa debían acompañar al viajero hasta el propio Tame, en previsión de que los secuaces de Barrera lo despojaran. Allí contratarían vaqueros remontados para nuestra cogienda, y no

podían tardar más de una semana en volver a la Ma-
porita.

«En sus manos queda mi casa,» había dicho Franco, y yo acepté la comisión con disgusto. ¿Por qué no me llevaban a sus faenas? ¿Imaginarían que era menos hombre que ellos? Quizás me aventajaban en destreza, pero nunca en audacia y fogosidad.

Ese día les cobré un repentino resentimiento, y, loco de alcohol, estuve a punto de gritar: «El que cuida a dos mujeres, con ambas se acuesta!»

Cuando partieron, entré a la alcoba a consolar a Alicia. Estaba de bruces sobre su catre, oculto el rostro en los brazos, hipante y llorosa. Me incliné por acariciarla, y apenas hizo un movimiento para alargarse el traje sobre las piernas. Luégo rechazóme con brusquedad: Quitá! Sólo me faltaba verte borracho!

Entonces, en su presencia, le dí un abrazo a la patrona. «No es verdad que tú si me quieres? Que sólo he tomado dos copitas?»

—Y si las bebieras con cáscara de quinina, no te darían calenturas.

—Sí, amor mío! Lo que tú quieras! lo que tú quieras!

Indudablemente, fue entonces cuando salió con la botella hacia la cocina y le puso la vengavenga. Pero yo, a los pies de Alicia, me quedé profundamente dormido.

Y esa tarde no bebí más.

* * *

Desperté con el alma ensombrecida por la tristeza, huraño y nervioso. Miguel había llegado del hato en

un potro *coscojero* de falsa rienda, y mantenía conversación en el caney con Sebastiana:

—Vengo a yevá mi gayo y a vé si Antonio me presta su tiple.

—Aquí el que manda ahora es el blanco. Pedíle permiso pa cogé tu poyo. El requinto no lo puéo prestá no tando su dueño.

El hombre se me acercó tímidamente: —Ese gayito es mío, y lo quero poné en cuerda pa las riñas que vienen. Si me lo deja yevá, espero que escurezca pa cogélo en el palo.

El recién venido me pareció sospechoso. —No mandó razón ninguna el señor Barrera?

—Pa usté, no.

—Para quién?

—Pa naide.

—Quién te vendió esa montura?, dije, reconociendo la mía, la misma que me robaron en Villavicencio.

—Se la *mercó* el señó Barrera a un guate que vino del interiό, hace dos semanas. Dijo que se la vendía, porque el cabayo se lo había matao una culebra.

—Y cómo se llama el que la vendió?

—Yo no lo vi. Apenas escuché el cuento.

—Y tú acostumbras usar la silla de Barrera?, rugí, cogiéndolo de la nuca. Si no me confieras dónde está él, dónde quedó escondido, te trituro a palos! Pero si eres leal a mi pregunta, te daré el gallo y el tiple y un par de libras.

—Suélteme, pa que no malicén que le confieso.

Lo llevé hacia la corraleja, y me dijo: —Quedó agazapao en la otra oriya del monte, porque no vido la señal convenía, es decir, el bayetón extendió en el

tranquero, por el lao rojo. Por eso me mandó con la recomendade que si no había peligro, desensiyara el rango y lo esperara. El vendrá con la noche, y yo, como aviso, quedé de tocáله tiple, pero no he poído hablá con la mujé.

—No le digas nada!

Y lo obligué a desensillar.

Ya había oscurecido, y sólo en el límite de la pampa diluía el crepúsculo su huella sangrienta. La vieja Tiana salió de la cocina, llevando encendido el mechero de *kerosén*. Las otras mujeres rezaban el rosario, con murmullo lúgubre. Dejé al hombre en espera y me fuí al cuartucho de Antonio por el requinto. A oscuras lo descolgué de la percha y saqué la escopeta de dos cañones.

Acabado el rezo, me presenté con las manos vacías ante la niña Griselda:

—Un hombre la espera en el patio.

—Ah! Miguelito! Vino a buscá el tiple?

—Sí. Es bueno prestárselo. Lléveselo usted. En ese rincón está.

Cuando salió, pretendí, en vano, descubrir en los ojos de Alicia alguna complicidad. Estaba fatigada, quería recogerse temprano.

—No apetece ver la salía de la luna?, propuso Sebastiana.

—No, dije. La llamaré cuando sea tiempo.

Y con disimulo cogí la botella bajo la ruana. Serenamente, sin que en mi rostro se delatara el propósito trágico, le advertí a la niña Griselda apenas regresó:

—Sebastiana puede quedarse aquí, en la sala. Yo

guindaré mi chinchorro en el corredor del caney. Necesito aire fresco.

—Eso sí es bien pensao. Con estos calores no se puée dormí, observó la mulata.

—Si querés, propúsole la patrona, dejá la puerta de par en par.

Al oír esto, sentí una maligna satisfacción. Dí las buenas noches acentuando estas frases: Miguel me ofreció cantar un *corrido*. No tardaré en acostarme.

Al breve rato apagaron la luz.

* * *

Mi primer cuidado fue mirar si en el patio estaban los perros. Los llamé en voz baja, anduve por todas partes con extraordinaria cautela. Nada! Afortunadamente se habrían marchado con los viajeros.

Llegué al caney, orientado por el tabaco del hombre.

—Miguelito, quiéres un trago?

Devolvióme la botella escupiendo:

—Qué amargo ta ese ron.

—Díme: con quién tiene cita Barrera?

—No sé bien con cuál es.

—Con ambas?

—Así será.

El corazón empezó a golpearme el pecho, como un redoblante. En mi garganta se ahogaba, seca, la voz.

—Barrera es un caballero muy generoso?

—Es de *chuzo*. Dice que da cuanta mercancía quera el solicitante, lo hace firmá en un libro y le entrega cualquier retazo diciendo; «Lo demá se lo tengo en el Vichada.» Yo le he perdío la voluntá.

—Y cuánto dinero te dió?

—Cinco pesos, pero me cogió recibo por diez. Me tiée

ofrecía una muda nueva, y nada me ha dao. Así con
tóos. Ya despachó una gente a San Pedro de Arimé-
na, pa que alisten bongos en el Muco. El hato ha que-
dao casi solo. Hasta el Jesús se largó ya, pero pasan-
do por Orocué con una razón del viejo Zubieta.

—Basta, basta! Toma el requinto y pónte a cantar.

—Toavía es temprano.

Esperamos casi una hora. La idea de que Alicia me
fuera infiel llenábame de cóleras súbitas, y para no es-
tallar en sollozos me mordía la manos.

—Usté piensa matá al hombre?

—No, no! Sólo quiero saber a qué viene.

—Y si es a toparse con su mujercita?

—Tampoco.

—Pero eso le quedaría feo a usté.

—Crees tú que debo matarlo?

—Esas son cosas tuyas. Lo que ha de tené es cui-
dao con yo. *Aguítelo* en la talanquera, porque me voy
a poné a cantá.

Le obedecí. A poco, me dijo:

—No se emborrache. Póngale pulso a la puntería.

Por encima de la platanera tendió más tarde la lu-
na un reflejo indeciso, que se fue dilatando hasta en-
volver toda la inmensidad. El tiple elevó su rasgueo
melancólico en el preludio de la tonada:

Pobrecita palomita,
que el gavián la cogió;
aquí va la sangrecita
por donde se la llevó.

Con el alma puesta en los ojos, tendía yo la esco-
peta hacia el caño, hacia los corrales, hacia todas par-

tes. El pavo, desde la cumbrera de la cocina, hirió la
noche con un destemplado grito. Afuera, en alguna sen-
da del pajonal, aullaron los perros.

Aquí va la sangrecita
por donde se la llevó.

Las mujeres encendieron luz en el cuarto. La vieja
Tiana, como un ánima en pena, asomó al umbral:

—Hola, Miguel: La niña Griselda que dejés dormí.

El cantador enmudeció y fue luégo a buscarme.

—Se me olvidó decíle que yo taba obligao a yevar-
le la curiara. Me voy. Cuando volvamos, tírele al de
adelante. Si le pega, yo se lo echaré a los caimanes y
acabáas son cuentas!

Lo ví alejarse en la embarcación, sobre el agua en-
lunada, donde los árboles tendían sus sombras inmóvi-
les. Entró luégo en la zona oscura del charco, y sólo
percibí el cabrilleo del canaleta, rútilo como cimitarra
anchurosa.

Esperé hasta la madrugada. Nadie volvió.

Dios sabe lo que hubiera pasado!

* * *

Al rayar el día, ensillé el caballo de Miguel y puse
la escopeta en el zarzo. La niña Griselda, que andaba
con un cubo rociando las matas, me observaba inquieta.

—Qué tas haciendo?

—Aguardo a Barrera, que amaneció por aquí.

—Exagerao! Exagerao!

—Oiga, niña Griselda: Cuánto le debemos?

—Cristiano! Qué me decís?

—Lo que oye. La casa de usted no es para gentes

honradas. Ni a usted le conviene echarse en el pajonal teniendo su barbacoa.

—Ponéle freno a tu lengua! Tás bebío.

—Pero no con el licor que le trajo Barrera.

—Acaso fue pa mí?

—Quiere usted decir que fue para Alicia?

—Vos no la podés obligá a que te quiera ni a que te siga, porque el cariño es como el viento: sopla pa cualquier lao.

Al oír esto, con alterna premura, chupé la botella y bajé el arma. La niña Griselda salió corriendo. Empujé la puerta. Alicia, a medio vestir, estaba sentada en el catre.

—¿Comprendes lo que está pasando por tí? Vístete! Vámonos! Aprisa! Aprisa!

—Arturo, por Dios!...

—Me voy a matar a Barrera en presencia tuya!

—Cómo vas a cometer ese crimen!

—No llores! Te dueles ya del muerto?

—Dios mío: Socorro!...

—Matarlo! Matarlo! Y después a ti, y a mí y a todos! No estoy loco! Ni tampoco digan que estoy borracho! Loco? No! Mientes! Loco, no! Quítame ese ardor que me quema el cerebro! Dónde estás? Tiéntame! Dónde estás?

Sebastiana y la niña Griselda se esforzaban por sujetarme.

—Calma, calma, por lo más querío! Soy yo. No me conocés?

Me echaron en un chinchorro, y pretendieron coserlo por fuera; mas con pataleo brutal reventé las cabuyas, y, agarrando a la niña Griselda del moño, la arrastré hasta el patio.

—«Alcahueta! alcahueta!» Y de un puñetazo en el rostro, la bañé en sangre.

Luégo, en el delirio vesánico, me eché a reír. Diverbíame el zumbido de la casa, que giraba en rápido círculo, refrescándome la cabeza. «Así, así! Que no se detenga porque estoy loco!» Convencido de que era un águila, agitaba los brazos y me sentía flotar en el viento, por encima de las palmeras y de las llanuras. Quería descender para levantar en mis garras a Alicia, y llevarla sobre una nube, lejos de Barrera y de la maldad. Y subía tan alto, que contra el cielo me porraceaba, y el sol me quemaba el cabello y yo respiraba su resplandor.

Cuando la convulsión hizo crisis, intenté caminar, pero sentía correr el suelo bajo mis plantas, en sentido contrario. Apoyándome en la pared, entré en la sala vacía. Todos habían huído! Tenía sed, y de nuevo apuré la botella. Recogí el arma, y para enfriarme las mejillas las oprimía contra los cañones. Triste porque Alicia me desamparaba, empecé a llorar. Luégo declamé a gritos:

—No le hace que me dejes solo! Para eso soy hombre rico! Nada quiero de ti, ni de tu muchacho, ni de nadie! Ojalá que ese bastardo te nazca muerto! Ni será hijo mío! Lárgate con el que se te antoje! Tú no eres más que una querida cualquiera.

Después hice varios disparos.

—¿Dónde está Franco, que no sale a defender a su hembra? Aquí me tiene! Yo vengaré la muerte del Capitán! Al que se presente, lo mato! A Barrera no, a Barrera no, para que Alicia se vaya con él! Se la cambio por brandy, por una botella no más!

Y recogiendo la que tenía, monté en el potro, me tercié la escopeta y partí a escape por el llano impasible, dando a los aires este pregón enronquecido y diabólico:

—Barrera, Barrera! Alcohol, Alcohol!

* * *

Media hora después, los del hato me vieron pasar. Del otro lado del caño me gritaban y me hacían señas. Por el vado que me indicaron hostigué el potro, y salí al patio, dispersando la gente a pechadas, entre una algarabía de protestas.

—A ver! Quién manda aquí? Por qué se esconde Barrera? Que salga!

—Y colgando la escopeta en la montura, salté desarmado. Todos esperaban perplejos. Algunos sonrieron mirándose.

—Guá! chico! Qué quieres tú?

Tal dijo una mujercilla halconera, de rostro envilecido por el colorete, cabellos oxigenados y brazos flacuchos, puestos en jarras sobre el cinturón del traje vistoso.

—Quiero jugar a los dados! Nada más que jugar! En este bolsillo traigo las libras!

Y tiré unas a lo alto, y se regaron en el suelo.

Entonces oí la voz carrasposa del viejo Zubieta, que ordenaba desde el cuarto contiguo:

—Clarita, al cabayero, que siga.

Acaballado en el chinchorro, pero tendido de espaldas, estaba el hacendado, de barriga protuberante, ojos de lince, cara pecosa y pelo rojizo. Alargándome sus

dos manos, que además de ser escabrosas parecían hinchadas, hizo rechinar entre los bigotes una sonrisa:

—Cabayero, dispense que no me púeo enderezá!

—Yo soy el socio de Franco, el cliente de los mil toros, y si quiere, se los pagaré de contado!

—¡Asina, sí; asina, sí! Pero usted debe cogélos porque el zambaje que tengo ta de a pie, y no sirve pa náa.

—Yo conseguiré mis vaqueros, bien montados, y no dejaré que me los sonsaquen para el Vichada.

—Me gusta usted. ¡Eso ta bien hablao!

Salí a meter mis aperos y vi a Clarita, cuchicheando con mi enemigo, mientras que con una totuma le echaba agua en las manos. Al verme, se escondieron tras de la casa.

—¿Qué ladrón recogió el oro que tiré aquí?

—«Yo te lo guardo», replicó un hombre, en quien reconocí al de winchester, que pretendió quitarle la mercancía a don Rafael. «¡Ora sí podemos arreglá lo del otro día! ¡Sinvergüenza, ora sí me topás!»

Adelantóse amenazante, mirando hacia el punto donde su patrón estaba escondido, como en espera de una orden. Sin darle tiempo, lo aplasté de una sola trompada!

Barrera acudió exclamando:

—Señor Cova, ¿qué pasa? Venga usted acá. ¡No haga caso de los peones! Un caballero como usted...

El ofendido fue a sentarse contra el pretil y sin apartar de mí los ojos, se enjugaba la sangre de las narices.

Barrera lo reprendió con dictados crueles: «¡Malcriado, atrevido! ¡El señor Cova merece respeto!» Mas a

tiempo que me invitaba a penetrar en el corredor, prometiendo que el oro me sería devuelto religiosamente, el hombre desensilló mi caballo, guardóse la escopeta y yo me olvidé del arma. La gente hacía comentarios en la cocina.

En el cuarto, Clarita estaría refiriéndole al viejo lo que pasaba, porque enmudecieron al verme.

—¿El cabayero se regresa hoy?

—No, amigo Zubieta. ¡No se me antoja! ¡Vine a beber y a jugar; a bailar y a cantar!

—Es un honor que no merecemos, afirmó Barrera. El señor Cova es una de las glorias de nuestro país.

—¿Y gloria, por qué? interrogó el viejo. ¿Sabe montá? ¿Sabe enlazá? ¿Sabe toreá?

—¡Sí, sí! grité. ¡Lo que usted quiera!

—«¡Asina me gusta, asina me gusta!» Y se agachó hacia el cuero de tigre que tenía bajo el chinchorro. «Clarita, dános unos «brándises», dijo indicándole el garrafón.

Barrera, para no beber, salió al corredor, y a poco, vino alargándome un puñado de oro.

—Estas monedas son de usted.

—¡Miente! Desde ahora son de Clarita.

Ella las recibió sonriendo y me dio las gracias con este cumplido: ¡Aprendan! ¡Es una dicha encontrar cabayeros!

Zubieta se quedó pensativo. Por fin mandó que acercaran la mesa, y, cuando vaciamos otras copas, señaló un morralito suspendido de un cuerno en la pared fronteriza:

—Clarita, dános *las muelas de Santa Polonia*.

Clarita puso los dados sobre la mesa.

* * *

Indudablemente, mi nueva amiga me favoreció aquella noche en ese juego plebeyo, desconocido para mí. Tiraba yo los dados con nerviosidad y a veces caían bajo el chinchorro. Entonces el viejo, entre carcajadas y toses, le preguntaba: «¿Me ganó? ¿Me ganó?» Y ella, ladeando la farola, le respondía: «Eché *cen*as. Es un chico de suerte».

Barrera, simulando delicada confianza en las palabras de la mujer, confirmaba sus decisiones; pero vivía celoso de que no escaseara el licor. Clarita, ebria, me apretaba la mano al descuido; el viejo, ebrio, tarareaba una canción obscena; mi rival, por encima de la luz temblorosa, me sonreía irónico; yo, seminconsciente, repetía las *paradas*. En la puerta del cuartucho los peones seguían el juego, con interés.

Cuando quedé dueño de casi todo el montón de frisoles que representaban un valor convenido, Barrera me propuso jugarlos en *paro*, vaciando las morrocotas de su chaleco. «Tire por mitad, cien toros», exclamó el vejete, dando fuertes golpes contra la mesa. Entonces noté que los zapatos de mi adversario pisaban los de Clarita, y tuve el presentimiento de que llegaba el fraude.

Con frase feliz decidí a la mujer:

—Esto lo jugaremos en compañía.

Ella extendió al instante sobre el montoncillo de granos las manos avaras. El rubí de su anillo se encendió en sangre.

Zubieta maldijo su suerte cuando lo venció mi jugada.

—Ahora con usted, le dije a Barrera, sonando los dados.

Recogiólos sin inmutarse, y, mientras los agitaba, cambiándolos, pretendió distraernos con un encomio de baja ley. Pero al lanzarlos sobre la mesa, los atrapé de un solo golpe:

—¡Canalla, estos dados son falsos!

Trabóse de súbito una reyerta y la lámpara rodó al suelo. Hubo gritos, amenazas, imprecaciones. El viejo cayó del chinchorro, pidiendo auxilio. Yo, a oscuras, esgrimía los puños a diestra y siniestra, hacia cualquier sitio donde oyera la voz de un hombre. Alguien hizo un disparo, ladraron los perros, rechinaba la puerta con el afán del ahuyentado tumulto, y la ajusté de un empujón, sin saber quién quedaba adentro.

Barrera exclamó en el patio: ¡Ese bandido vino a matarme y a robar al señor Zubieta! ¡Anoche me estuvo *puesteando*! Gracias a Miguel, que se opuso al crimen y me denunció la asechanza! ¡Prendan a ese miserable! ¡Asesino, asesino!

Yo, desde adentro, le lanzaba atrevidos insultos, y Clarita, conteniéndome, suplicaba:

—¡No salgas, no salgas porque te acribiyan!

El viejo gimoteaba espantado:

—No me deje solo, no me deje solo! ¡Cuidao con encender luz!

Cuando me ayudaron a echar el cerrojo, sentí que mis dedos estaban húmedos. Tenía una puñalada en el brazo izquierdo.

Con nosotros quedó encerrada una persona que me puso en las manos un winchester. Al sentir que me buscaba, intenté cogerla, pero, susurrando, me repetía: «¡Cuidao con yo! Soy el tuerto Mauco, amigo de tóo el mundo!»

La turba agresiva rodeó la puerta, y yo, sin permanecer en un solo punto, perforaba las tablas a tiros, iluminando la estancia con el relampagueo de los fogonazos. Al fin terminó la agresión. Quedamos sumidos en el más pavoroso silencio y mi oído acechante dominaba la oscuridad. Por los huecos que abrieron mis balas observé con sigilosa pupila. Hacía luna y el patio estaba desierto.

Mas por instantes recogía el rumor de voces y risotadas, que venían quién sabe de dónde. El dolor de la herida empezó a rendirme y el vértigo del alcohol acabó por echarme a tierra. Allí me desangré hasta que Dios quiso, entre el pánico de mis compañeros, que en algún rincón se decían: «Parece que ese hombre está agonizando».

—¡Agua, agua! ¡Estoy herido! ¡Me muero de sed!

Al amanecer, abrieron el cuarto y me dejaron solo. Desperté con desmayada dolencia a los gritos que daba el dueño del hato, reprendiendo a la peonada por indolente, pues no quiso salvarlo de la batahola.

—¡Gracias al guate, repetía, gracias al guate! estoy contando el cuento! El tenía razón, los daos eran falsos y con eyos me había estafao mi plata ese trampo del Barrera. Aquí topé uno bajo la mesa! Convénzase. Tiene azogue por dentro.

—No podíamos arrimá por los tiros.

—Y quién hirió a Cova?

—¿Quién sabrá?

—Vayan a decirle al Barrera que no lo quiero aquí; que pa eso tié sus toldos, que se quede ayá. Que si

no sabe pa qué son los caminos; que el guate ta aquí con la carabina!

Clarita y el tuerto Mauco vinieron en mi socorro trayendo un caldero de agua caliente. Descosieron la manga de la camisa para quitármela sin lastimar el tímido brazo, y luego humedeciendo los bordes de la tela semipegada, descubrieron la herida, pequeña pero profunda, abierta sobre el músculo cercano al hombro. La lavaron con aguardiente, y, antes de extenderle la cataplasma, el tuerto, con unción ritual, exclamó: Pongan fé, porque la voy a rezá.

Admirado observaba yo a aquel hombruco, de color terroso, mejillas fofas y labios amoratados. Puso en el suelo, con cuidadosa solicitud, el bordón en que se apoyaba y encima de él su sombrero grasiento de alas roídas que tenía como cinta un mazo de cabuyas a medio torcer. Por los rotos de sus harapos se le veían las carnes hidrópicas, principalmente el abdomen, escurrido en rollo sobre el empeine. Volvió, parpadeando, hacia la puerta el ojillo tuerto, para regañar a los muchachos que se asomaban.

—¡Esto no es cosa de juego! Si no han de poné fé, lárguense, porque se pierde la virtud!

Los gandules permanecieron fervorosos como en un templo, y el viejo Mauco, después de hacer en el aire algunos signos de magia, masculló una retahila que se llamaba «La oración del justo juez».

Satisfecho de su ministerio, recogió el sombrero y el palo, y dijo inclinándose sobre el cuero de toro donde me hallaba tendido: No se deje *acochiná* del dolor. Yo lo curo presto: con otra rezáa tiene.

Miré con asombro a Clarita como para indagar la

certidumbre de cuanto estaba pasando. Era una convencida creyente, que manifestaba un respeto fanático. Para ahuyentar mis dudas, expuso:

—¡Guá! Chico, Mauco sabe de medicina. Es el que mata las gusaneras, rezándolas. Cura los animales y las personas.

—No sólo eso, añadió el vejete orgulloso. Sé muchas oraciones pa tóo. Pa topá las reses perdías, pa sacá entierros, pa hacerme invisible a los enemigos. Cuando el reclutamiento de la guerra grande me vinieron a cogé, y me les convertí en una mata de plátano. Una vez me apañaron antes de acabá el rezo y me encerraron en una pieza, con doble yave; pero me volví hormiga y me picurié. Si no hubiera sío por yo, quién sabe qué nos hubiera aconteció en la gresca de anoche. Yo tuve listo pa evaporarme cuando se entraran, y taparlos a tóos con mi neblina. Apenas supe que usted estaba herío, le recé la oración del *sana que sana* y la hemorragia se le contuvo.

Lentamente fui cayendo en una quietud sonámbula, en un vago deseo de dormir. Las voces se iban alejando de mis oídos y los ojos se me llenaron de sombra. Tuve la impresión de que me hundía en un hoyo profundo, a cuyo fondo no llegaba jamás.

Un sentimiento de rencor me hacía odioso el recuerdo de Alicia, la responsable de cuanto pasaba. Si alguna culpa podía corresponderme en el trance calamitoso, era la de no haber sido severo con ella, la de no haberle impuesto a toda costa mi cariño y mi autoridad. Así, con la sinrazón de este razonamiento, envenenaba mi ánimo y enconaba mi corazón.

¿Verdaderamente me habría sido infiel? ¿Hasta qué punto le había mareado el espíritu la seducción de Barrera? ¿Habría existido esa seducción? ¿A qué hora pudo llegarle la influencia del otro? Las palabras reveladoras de la niña Griselda, no serían mensaje de astucia para decidirme en su favor, calumniando a mi compañera? Tal vez había sido yo injusto y violento; pero ella me debía perdonar aunque no le pidiera perdón, porque le pertenecía con mis cualidades y defectos, sin que le fuera dable hacer distingos en mi persona. Agregábase en mi descargo que la vengavenga me llevó a la locura. ¿Cuándo en mi sano juicio le di motivos de queja? Entonces, ¿por qué no venía a buscarme?

Parecíame a ratos verla llegar, bajo su sombrero de lánguidas plumas, tendiéndome los brazos entre sollozos: «¿Qué desalmado te hirió por causa mía? ¿Por qué estás tendido en el suelo? ¿Cómo no te dan una cama?» Y anegándose el rostro en lágrimas se sentaba a mi cabecera, dándome por almohada sus muslos trémulos, peinando hacia atrás mis cabellos, con mano amorosa y enternecida.

Alucinado por la obsesión, me reclinaba sobre Clarita, apartándome al reconocerla.

—Chico, ¿por qué no descansas en mis rodiyas? ¿Quieres más limonada para la fiebre? ¿Te cambio el vendaje?

A veces sentía la tos impaciente de Zubieta en el corredor:

—Mujé, quitáte de ahí que acalorás al enfermo. ¡Ni tu marío que juera!

Clarita se alzaba de hombros.

¿Y por qué aquella mujer no me desamparaba, sien-

do una escoria de lupanar, una sobra del bajo placer, una loba ambulante y famélica? ¿Qué misterio redimía su alma cuando me consentía con avergonzada ternura, como cualquiera mujer de bién, como Alicia, como todas las que me amaron?

Alguna vez me preguntó cuántas libras me quedaban en el bolsillo. Eran pocas, y las guardó en el seno; mas en un momento que nos dejaron solos, me leyó un papel al oído: «Zubieta te debe doscientos cincuenta toros; Barrera, cien libras y yo te tengo guardadas veintiocho».

—Clarita, tú me has dicho que mi ganancia en el juego estuvo exenta de dolo. Todo eso es para ti, que has sido tan buena conmigo.

—Chico, ¿qué estás diciendo? No creas que te sirvo por interés. Yo sólo quiero volver a mi tierra, a pedirles perdón a mis padres, a envejecer y morir con eyos. Barrera quedó de costearme el viaje hasta Venezuela, y, en compensación, abusa de mí sin más medida que su deseo. Zubieta dice que se quiere casar conmigo y yevarme a Ciudad Bolívar, al lado de mis viejecitos. Yo, confiada en esta promesa, he vivido borracha casi dos meses, porque él me amonesta con su norma invariable: «¿Cuál será mi mujé? La que me acompañe a bebé».

«En estas fundaciones me dejó botada el Coronel Infante, guerrillero venezolano que tomó a Caicara. Ayí me rifaron al *tresiyo*, como una simple cosa, y fui ganada por un tal Puentes, pero Infante me descontó al liquidar el juego. Después lo derrotaron, tuvo que asilarse en Colombia y me abandonó por aquí.

«Antier, cuando yegaste a cabayo, con la escopeta

al arzón, atropheyando la gente, caída la gorra sobre la nuca, te me pareciste a mi hombre. Luégo simpatiqué contigo desde que supe que eres poeta.

Mauco entraba a rezarme la herida y yo tuve el tino de aparentar que creía en la eficacia de sus oraciones. Sentábase en el chinchorro a mascar tabaco, royéndolo de una rosca que parecía tasajo reseco, e inundaba el piso de salivazos sonoros. Después me daba informes sobre Barrera:

—Se la pasa metío en el toldo, afiebrao. Sólo me pregunta que hasta cuándo va a quearse usté aquí. ¡Quén sabe pa qué cosas le tará haciendo usté *mal tercio!*

—¿Por qué no ha vuelto Zubieta a ocupar su chinchorro?

—Porque es alertao y teme otra *chirinola*. Duerme en la cocina y se tranca por dentro.

—¿Y Barrera no ha vuelto a La Maporita?

—Las calenturas no lo dejan pará.

Esta afirmación me aquietaba el espíritu, porque vía celoso de Alicia y hasta de la niña Griselda misma. ¿Qué estarían haciendo? ¿Cómo calificarían mi conducta? ¿Cuándo vendrían por mí?

El primer día que tuve fuerzas para levantarme, suspendí mi brazo con un pañuelo, a manera de cabestrillo, y me asomé al corredor. Clarita barajaba los naipes junto al chinchorro donde el viejo dormía la siesta. La casa, pajiza y a medio construir, desaseada como ninguna, apenas tenía habitable el tramo que ocupaba yo. La cocina, de paredones cubiertos de hollín,

defendía la entrada con un barrial, formado por las aguas que derramaban las cocineras, sucias, desarrapadas y sudorosas. En el patio, desigual y fragoso, se secaban al sol, bajo el zumbido de los moscones, los cueros de las reses sacrificadas, y de ellos desprendía un *zamuro* tiras sanguinolentas. En el caney de los vaqueros vigilaban, amarrados sobre sus perchas, los gallos finos, y en el suelo refocilábanse los perros y los lechones.

Sin ser visto, me acerqué al tranquero. En los corrales, de gruesos troncos clavados, la torada prisionera se trasijaba de sed. Detrás de la casa dormían unos gañanes sobre un bayetón extendido encima de las basuras. A poco trecho, en la costa del caño divisábanse los toldos de mi rival, y en el horizonte, hacia la fundación de la Maporita, perdíase la curva de los morichales... ¡Alicia estaría pensando en mí!

Clarita, al verme, acudió con su sombrilla de muaré blanco:

—Chico, el sol puede irritarte la herida. Vénte a la sombra. ¡No vuelvas a cometer despropósitos semejantes!

Y sonreía exhibiendo sus dientes llenos de oro.

Como intencionalmente, me hablaba en voz alta, el viejo, al oírla, se incorporó:

—¡Asina me gusta! ¡Los jóvenes no deben vivir encamaos!

Sentéme sobre la viga que servía de pretil y avoqué el meditado interrogatorio:

—¿A cómo piensa darnos las reseccitas?

—¿Cuáles serán?

—Las de nuestro negocio con Franco.

—Con él, propiamente, no quedamos en náa. La fundación que da en prenda vale muy poco. Pero como usted las paga de *relance*, será bueno cogelas, si tiene cabayos, y después les ponemos precio.

Clarita interrumpiéndolos:

—¿Y cuándo le das a Cova las doscientas cincuenta que te ganó?

—¿Cómo! ¿Que doscientas cincuenta?

Enderezándose luego hacia mí arguyó:

—Y si usted hubiera perdido, con qué había pagao? Enséñeme las libritas que trujo.

—¿Qué es eso? replicó la mujer: ¿Acaso el único rico eres tú? ¡El que pierde, paga!

El viejo hundía los dedos entre las mallas de su chinchorro. De repente, propuso:

—Mañana es domingo, y me da el desquite en las riñas de gayos.

—¡Muy bien!

«Mi admirado señor Cova:

«Qué poder maléfico tiene el alcohol, que humilla la razón humana abajándola a la torpeza y al crimen? Cómo pude comprometer la condición mansa de mi temperamento en un altercado que enloqueció mi lengua, hasta ofender de palabra la dignidad de usted, cuando sus merecimientos me imponen un vasallaje enaltecedor que me llena de orgullo?

«Si pudiera, públicamente, echarme a sus pies para que me pisoteara antes de perdonarme las reprobables ofensas, créame usted que no tardaría en implorarle esa gracia; mas como no tengo derecho ni de ofrecerle esa

satisfacción, héme aquí, cohibido y enfermo, maldiciendo los pasados ultrajes, que, por fortuna, no alcanzaron a salpicarle siquiera la merecida fama de que goza.

«Como estoy envilecido por mis desaciertos, mientras usted no me dignifique con su benevolencia, no ha de parecerle extraña la condición lamentable en que a usted llego, convertido en un mercachifle común, que trata de introducir en los dominios de la poesía la propuesta de un negocio burgués. Es el caso—y perdóname usted el atrevimiento—que nuestro buen amigo el señor Zubieta me debía sumas de consideración, por dinero prestado y por mercancías, y me las pagó con unos toros que se hallan en el corral, y que yo recibí entonces en la expectativa de que usted pudiera necesitarlos. Véalos, pues, y si algún precio se digna ponerles, sepa que mi mayor ganancia será la de haberle sido útil en algo.

«Besa sus pies, fervorosamente, su desgraciado admirador,

Barrera».

Delante de Clarita me fue entregada esta carta. El chicuelo que la trajo me veía palidecer de cólera y se fue retirando cautelosamente, ante la tardanza de la respuesta.

—Diga usted a ese desvergonzado que cuando se encuentre a solas conmigo sabrá en qué pára su adulación!

Mientras tanto, Clarita releía el papelucho.

—Chico, nada te dice de lo que te debe, ni de la puñalada, ni del disparo; porque él fue quien te hirió. Aquel día, al verte yegar, guardóse el revólver y en-

grasó el estilete. *Ojo de garza* con el Miyán, el hombre a quien le pegaste en el patio: ese tiene órdenes terminantes. Y sabes tú que Zubieta nada le debe al caucho por sumas prestadas? Este le dio a guardar unas morrocotas, en la confianza de que yo se las robaría; pero el viejo las enterró. Después lo estafó con los dados que tú conoces. Cada mañana me pregunta: «Ya le sacaste las amariyas? De ayí te daré para el viaje. Bien se conoce que no deseas volver a tu extraordinario país». Ese hombre tiene planes siniestros. Si tú no hubieras estado aquí...

—Dáme la carta para mostrársela al viejo.

—No le digas nada, que él es muy astuto. Comprende que Barrera es peligrosito y, para distraerlo, le entregó la torada que se haya en el corral; mas porque no pueda sacarla, mandó a esconder los cabayos. Apenas le dejó los peores en alquiler, después de enviar emisarios a todas partes con la noticia de que este año no le vendería ganados a nadie. Como Barrera se enteró de eyo, el viejo, para desmentirlo, hizo un simulacro de negocio con Fidel Franco, pero no pudo advertirle que era una simple treta contra su huésped.

—¿De suerte que no nos venderá ganado ninguno?

—Parece que ha congeniado contigo.

—¿Cómo haré para ganarme toda su voluntad?

—Es muy senciyo. Soltar el ganado que le dio a Barrera. Con solo asustarlo romperá los corrales.

—Me ayudarás esta noche a la empresa?

—Cuando te dé la gana. Bastará que yo, con este vestido blanco, me asome al tranquero para que la torada *barajuste*. Lo importante es que no mueran atro-

peyados los peones que están en vela, en contorno de los encierros. Afortunadamente se retiran temprano.

—¿Y podrán descubrirnos?

—Absolutamente. Los pocos hombres y mujeres que no sehan enganchado, se van a los toldos a jugar naipes, tan pronto como el viejo se «encocina». Yo también iré, para alejar falsos testimonios; y cuando calcules que ya vuelvo, me esperas en el corredor con la piel de tigre que Zubieta tenía en la sala, bajo su chinchorro abandonado. Nos vamos por entre la platanera y la sacudimos sobre el corral.

Después, el que pudiera vernos diría: Esos se levantaron al fragor del tropel.

Sepulté en mi ánimo el ardid vengativo, como puede guardarse un alacrán en el seno: a cada instante se despertaba para clavarme el aguijón.

Ya cuando en la tarde se reclinó en las praderas, regresaron los vaqueros con la torada. Habíanla llevado al pastoreo vespertino, de gramales profusos y charcas inmóviles, donde, al abrevarse, borraban sus bellos la imagen de alguna estrella crepuscular. Venía adelante el rapaz que servía de puntero, acompasando al trotecito de su yegua la tonada pueril que amansa los ganados salvajes. Seguíanlo en grupos los toros de venerable testa y enormes cuernos, solemnes en la cautividad, hilando una espuma en la trompa, entrecerrados los ojos que enrojece, con repentino fuego, la furia. Detrás, al paso de sus rocines y entre el eco de silbidos monótonos, avanzaba la fila de los peones, al flanco del rodeo formidable y letárgico.

Lo encerraron de nuevo, con maña paciente, cuidadosos de la dispersión. Oíase apenas el melancólico sonsonete del guía, más eficaz que el toque de cuerno en las majadas de mi tierra. Corrieron las trancas y las liaron con pesados rejos. Y cuando oscureció, encendieron alrededor del corral unas fogatas de boñiga seca, para aquerenciar el rebaño, que absorto miraba las candelas y el humo en medio del apacible rumiar y al amparo de las constelaciones tranquilas.

Mientras tanto, yo meditaba en nuestro plan de la media noche, en pugna con el temor que me enfriaba las sienes, arrugando mis cejas. Mas la certidumbre de la venganza, la posibilidad de causarle a mi enemigo algún mal, ponía viveza en mis ojos, ingenio en mis palabras y ardencia en mi decisión.

A eso de las ocho, el tuerto Mauco protestó contra las hogueras porque le trasnochaban los gallos de riña. Como nadie quiso apagarlas, los llevó a mi cuarto.

—Démeles posaita, que los poyos son güenos. ¡Pero si se desvelan, se vuelven náa!

Mas tarde, el hato quedó en silencio. Sobre los pajonales vecinos tendían su raya luminosa las lámparas de los toldos.

Clarita volvió casi ebria.

—¡Animo chico, y sígueme!

Llegámos a la cerca de los corrales por el lado del platanal. Un vasto reposo adormecía a la manada. Afuera estornudaban los caballos de los veladores. Entonces Clarita, trepada en mi rodilla, sacudió la piel de tigre sobre el tranquero.

Súbito, el ganado empezó a remolinear, entre un espantado choque de cornamentas, apretándose contra la

valla del encierro, como vertiginosa marejada, con ímpetu arrollador. Alguna res quebró su pecho contra la puerta, y al instante murió pisoteada por el tumulto. Los vigías empezaron a cantar, acudiendo con sus caballos, y la torada se contuvo; mas pronto volvió a remecerse en aborascadas ondas, crujió el tranquero, hubo berridos, empujones, cornadas. Y así como el derrumbe descuaja montes y rebota por el desfiladero satánico, rompió el grupo mugiente los troncos de su prisión y se derramó sobre la llanura, bajo la noche pálida, con un estruendo de cataclismo, con una convulsión de embravecido mar.

La peonada y el mujerío acudieron con lámparas, pidiendo socorro. Hasta Zubieta, siempre encerrado, averiguaba a gritos qué sucedía. Los perros siguieron el barajuste, cloquearon las gallinas medrosas y los zamuros de la ceiba vecina hendieron la sombra con vuelos entorpecidos.

En los portillos de la corraleja quedaron destripadas diez reses, y, más lejos, cuatro caballos. Clarita vino con estos pormenores a encarecerme la reserva de nuestra complicidad.

Cuando coloqué en su antiguo sitio la piel de tigre, todavía retumbaba el desierto.

Al siguiente día me levanté después de los comentarios al suceso nocturno y de las bravatas del viejo, que disimulaba con blasfemias su regocijo interior: «¡Maldita sea! Yo no tengo la culpa de que el ganao barajustara. Díganle al Barrera que vaya a cogerlo, si tiene bagajes pa remontá la gente. ¡Pero que me pague

primero los cabayos que se malograron! ¡Maldita sea!»

—El señó Barrera quié vení pa acá a discutí con usted lo de anoche.

—Aquí no puée acercarse, porque el guate anda armao y no quero más disgustos en mis propiedaes.

—Se me pone, observaba uno, que jué la ánima del dijunto Julián Hurtao la que se presentó en pleno corral, y por eso la toráa barajustó. Alguno de los velaores vio una figura blanca sobre la cerca, del lao onde dicen que dejó el entierro.

—Puée ser verdá.

—Sí, porque ya otra noche se nos apareció, con una linternita en la mano, hacia la oriya de la sabana, caminando sin pisar el suelo.

—¿Y por qué no le preguntaron, de parte de Dios, qué quería?

—Porque apagó la lucecita, y casi quedmos privados.

—Bandíos, rugió Zubieta: Ustedes jueron entonces los que tuvieron cavando entre las raíces del algarrobo. ¡Ojalá los tope yo en esas vagabunderías pa echarles bala!

Cuando salí al patio, había mucha gente reunida, pero Barrera no estaba allí. Dándolas de inocente, me asomé al corral, donde unos hombres descuartizaban las reses muertas.

—No valió, decía uno, que yo me le pusiera adelante al ganao, corriendo de estampía y cantándole en la oscuridá pa vé si lo apaciguaba. Fui hasta muy lejos, y, gracias a mi potro, no morí atropeyao.

Momentos después, al regresar a la casa, vi que Clarita les vendía ron, en un coquillo labrado, a los de

la junta. Había hombres desconocidos, y debajo de sus bayetones les cantaban los gallos. Quiénes discurrían cazando apuestas a la tapada, o les afilaban las espuelas a los campeones, o con buches de aguardiente les rociaban el costado, alzándoles el ala. Amarrados en las cuerdas y escarbando el suelo, desafiábanse los rivales de plumajes vistosos y cuellos congestionados. Por fin, Zubieta tomó un carbón y trazó en el piso del caney un círculo irregular. Colocóse en su asiento, recostándolo a una columna, frecuentó la botella, y con áspera risotada propuso:

—¡Voy cien toretes al *requemao* contra el *canaguay*!

Clarita, detrás del grupo, movió la cabeza para indicarme que no apostara. Pero yo, con insolvente arrogancia, avancé diciendo: ¡Escojo el pollo y voy las doscientas cincuenta reses que le gané a los dados!

El viejo se corrió.

Entonces dijo un sujeto, entrecerrando el puño:

—Eche diez toros contra las libras que tengo aquí, o contra el resto que hay en mi faja.

Zubieta tampoco aceptó. Pero el hombre replicaba porfiado:

—«¡Mire, patrón, son *aguilitas* y *reinitas* pa su entierrito de la *topochera*!»

—¡Mentís! Pero si el oro es legítimo, te lo cambio por monea de papel.

—No le jalo.

—Prestame una libra pa reconocerla.

Observóla el viejo por todas partes, con hambrientos ojos, palpó el grabado, hízola sonar y luego la llevó a los dientes. Satisfecho, gritó:

—¡Pago! ¡Ta ida la pelea contra el *canaguay*!

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

—Pero con la condición de que el tuerto Mauco se largue, porque me puée rezá el poyo.

—¡Yo qué rezo ni qué náa!

No obstante, lo hicieron salir del grupo, refunfuñando, y lo encerraron en la cocina.

Los *careadores* levantaron los gallos, chupáronles las espuelas y las frotaron con limón, a contentamiento del público. Luégo, a la voz del juez de pelea, los enfrentaron dentro del círculo.

El gallero gritaba, agachado sobre el palenque:

—¡Hurra, poyito! ¡Al ojo, que es rojo; a la pierna, que es tierna; al ala, que es rala; al pico, que es rico; al pescuezo, que es tieso; al codo, que es godo; a la muerte, que esa es mi suerte!

Miráronse los contendores con ira, picoteando la arena, esponjando sobre el dorso rasurado y sanguíneo la gorguera de plumas tornasoladas y temblorosas. Con simultáneo revuelo, en un resplandor azul, lancearon el vacío, por encima de sus cabezas, esquivas a la punzada y al aletazo. Rabiosos, entre el vocerío de los espectadores que ofrecían *gabelas*, se acometieron una y otra vez, se cosían a puñaladas, se prendían jadeantes; y donde agarraba el pico, entraba la espuela, con tesón homicida, entre el centelleo de los plumajes, entre el salpique de la sangre ardorosa, entre el ruido de las monedas en el estadio, entre la ovación palmoteada que hizo la gente cuando vio rodar al canaguay con el cráneo abierto, sacudiéndose bajo la pata del vencedor, que, erguido sobre el moribundo, saludó la victoria con un clarineo triunfal.

En ese momento palideció: Franco pasó el tranquero, seguido de varios jinetes.

Zubieta no se impresionó menos al ver a los recién llegados. Arrastrando el paso les salió al encuentro:

—¿Y ustées, camaráas, pa onde bueno caminan?

—Para aquí no más, dijo Franco apeándose.

Y me abrazó con efusión.

—De mi rancho, ¿qué noticias me das? ¿Qué te pasó en el brazo?

—¡Nada, nada! ¿Acaso no vienes de La Maporita?

—Salímos directamente de Tame; pero desde ayer le ordené al mulato Correa que extraviara hacia mi casa y se viniera contigo, trayendo los cabayos. Este abrazo te lo manda don Rafael. Siguió su viaje sin complicaciones, gracias a Dios. ¿Dónde podemos desensiyar?

—Aquí, en el caney, respondió Zubieta. Y les gritó a los jugadores: ¡Váyanse lejos con su vagabundería porque *menesto* la ramáa!

Ellos, recogiendo sus gallos, salieron en dirección a los toldos, con jaleo de triples y de maracas. Y los vaqueros desensillaron.

—¿Verdad que anoche hubo barajuste?

—¿Por qué lo decís?

—Desde esta mañana vimos partidas de ganado que corrían solas. Y pensámos: ¡o barajuste, o los indios! Pero ahora que pasámos por los corrales...

—¡Sí! Barrera me dejó ir el rodeo. No sé cómo remediará, sin cabayos...

—Nosotros nos comprometemos a cogerle las reses que quiera, según lo que él nos pague, repuso Franco.

—Yo no permito más correteos en mis sabanas, porque los bichos se *mañosean*.

—Quería decir que como desde mañana empezaremos la cogienda de los toros que negociamos...

—¡Yo no he firmao documento con náide, ni recuerdo de trato ninguno!

Al decir esto, se golpeaba la pierna.

Cuando el viejo ocupó su hamaca, vino el gallero perdidoso y nos dijo:

—Dispensen que los interrumpa.

—Echáme pa acá las libras que te gané.

—De eso quería tratarle: al canaguay lo volvieron loco, al canaguay le dieron quinina, porque desde ayer el tuer-to Maucó mercó las píldoras en los toldos, y usted mismo las revolvió con granos de maíz. El señor Barrera quiso que yo apostara contra usted, a pesar de lo sucedió, pa probarle que tampoco hace juego legal y que no debe seguirlo desacreditando delante del señor Cova.

—Eso lo arreglarán después, interrumpió Franco, sacudiendo al amostazado vejete. ¡Lo importante es que me aclare ahora mismo lo del negocio, porque usted se equivoca si piensa que puede jugar conmigo!

—Franquito, ¿venís a matarme?

—Vengo a coger el ganado que me vendió, y para eso traje vaqueros. ¡Lo cogeré, cueste lo que cueste! ¡Y si no, que nos yeve el judas!

Los vaqueros, ganosos de un nuevo espectáculo, se agruparon alrededor del chinchorro. Al verlos, exclamó Zubieta:

—Señores, sírvanme de testigos que me taba chancando.

Y cadavérico, porque Franco tenía revólver, se volvió hacia mí con párpados húmedos:

—¡Guate, por Dios! ¡Yo te pago tus resecitas! ¡Fran-

quito, no me hablés de ese modo, que me asustás!

El intruso, que presumía de leguleyo, advirtió:

—¡La legalidá es pa tóos! Págueme también al señor Barrera, y quedamos en paz. El ta de salía pal Vichada, y usted es responsable de la demora y de los perjuicios.

Con energúmena reprimenda estalló el anciano, colocándose al lado mío:

—¡Juyero, juyero! ¿No sabés quénes tan aquí? ¿Qué res que te saquemos a palos? ¿Por qué te mezclás con estos cabayeros, que son mis clientes y amigos queríos? ¡Decíle a tu Barrera que *no me sobe*, porque éstos me hacen respetá!

Y, apoyándose en nuestros hombros, le asestó un puntapié.

Cuando Franco me vio la herida y le conté lo que había pasado, cogió el winchester para desafiar a Barrera y salió corriendo. Clarita lo contuvo en el patio.

—¿Qué vas a hacer? Nosotros tomamos ya venganza. Y le refirió lo del barajuste.

Al ver la decisión de aquel hombre leal, que arriesgaba su vida por mí, sobrecogíme de remordimiento y quise confesarle lo sucedido en La Maporita, para que me matara.

—Franco, le dije: Yo no soy digno de tu amistad. Yo le pegué a la niña Griselda!

El, desconcertado, se ahogó en estas voces: ¿Alguna falta que te cometió? ¿A tu señora? ¿A ti?

—¡No, no! Me emborraché y las ofendí a ambas, sin motivo alguno. Hace ya siete días que no las veo. ¡Dispara contra mí esa carabina!

Tirándola al suelo, se echó en mis brazos: «Tú debes tener razón, y si no la tienes, te la concedo».

Y nos separámos sin decir una palabra más.

Entonces Clarita me estrechó la mano: ¿Por qué no me habías dicho que tienes señora?

—Porque de ella no debemos hablar los dos.

Quedóse pensativa, con la vista baja, volteando entre sus dedos el cordón de una llave. Después me la ofreció diciendo: ¡Ahí te queda tu oro!

—Yo te lo regalé, y si no lo aceptas como obsequio, déjalo en pago de tus solicitudes durante mi enfermedad.

—¡Ojalá que te hubieras muerto!

La vi alejarse hacia la cocina, donde los músicos bebían *guarapo*. Desde allí, para que yo la oyera, acentuó: ¡Díganle a Barrera que siempre me voy con él!

Y, despechada, empezó a bailotear un *bunde*, alzándose el traje más arriba de las rodillas, entre cuchufletas y palmoteos.

Mi corazón, libertado del peso de la inquietud, comenzó a latir ágilmente. Ya no me quedaba otra congoja que la de Alicia, pero cuán dulce era el pensamiento de la reconciliación, que se anunciaba como un aroma de sementera, como una lontananza del amanecer. De todo nuestro pretérito sólo quedaría perdurable la huella de los pesares, porque el alma es como el tronco del árbol, que no guarda memoria de las floraciones pasadas sino de las heridas que le abrieron en la corteza. Pero, cuitados o dichosos, debíamos serlo en grado sumo, para que más tarde, si la fatalidad nos apartaba por diversos caminos, nos aproximara el recuerdo, al hallar abrojos semejantes a los que un día nos

sangraron, o perspectivas como las que otrora nos sonrieron, cuando teníamos la ilusión de que nos amábamos y de que nuestro amor era inmortal.

Hasta tuve deseos de confinarme para siempre en esas llanuras fascinadoras, viviendo con Alicia en una casa risueña, que levantaría con mis propias manos a la orilla de un caño de aguas opacas, o en cualquiera de aquellas colinas minúsculas y verdes donde hay un pozo glauco al lado de una palmera. Allí de tarde se congregarían los ganados, y yo, fumando en el umbral, como un patriarca primitivo de pecho suavizado por la melancolía de los paisajes, vería las puestas de sol, en el horizonte remoto donde nace la noche; y libre ya de las vanas aspiraciones, del engaño de los triunfos efímeros, limitaría mis anhelos a cuidar de la zona que abarcaran mis ojos, al goce de las faenas campesinas, a mi consonancia con la soledad.

¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que le dice al peñón la onda que se despide, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. Allí en esos campos soñé quedarme con Alicia, a envejecer entre la juventud de nuestros hijos, a declinar ante los soles nacies, a sentir fatigados nuestros corazones entre la savia vigorosa de los vegetales centenarios, hasta que un día llorara yo sobre su cadáver o ella sobre el mío.

Franco dispuso que yo no fuera a las sabanas porque podía gangrenarse mi brazo si se enconaba la ci-

catriz. Además, los potros escaseaban y era mejor destinarlos a los vaqueros reconocidos. Este razonamiento me llenó de amargura.

Salieron del hato quince jinetes a las dos de la madrugada, después de apurar el sorbo de café tinto tradicional. Al lado de las monturas, sobre el ijar derecho de las caballerías, colgaba en amplio rollo la sogá llanera, cuyo extremo se anudaba a las colas de los trotones. Cada vaquero llevaba su bayetón, extendido sobre los muslos, para defenderse del toro en los lances frecuentes, y el cuchillo pequeño de nariguitar. Franco me dio el revólver, pero colgó su winchester del borrén de la silla.

Volvió luego a rendirme el sueño. ¡Ah, si hubiera sentido lo que entonces debió de pasar!

A poco de salir el sol, llegó el mulato Correa con los caballos de don Rafael, ayuntados uno tras otro. Le salí al encuentro, por delante de los toldos, y vi que Barrera se estaba afeitando. Clarita, sentada sobre un baúl, le sostenía el espejo con ambas manos. Sin contestarles el saludo, me puse al estribo del mulato y entramos en la corraleja.

—¿Viste a Alicia, qué recado me traes?

—Con eya no pude verme porque taba yorando a puerta cerráa. La niña Griselda les mandó esta maleta de ropa, será pa que se le presenten mudaos. A tóo momento se asoma, a vé si ustedes yegan. Taba arreglando petacas y dijo que hoy se venían pa acá.

Esta noticia me tornó jovial. ¡Por fin mi compañera vendría a buscarme!

—¿Y llegarán en la curiara?

—La patrona hizo dejá tres cabayos.

—¿Y te preguntaron ellas por mí?

—Mi máma me dijo que usté le iba a yená al hombre la cabeza de cuentos.

—¿Y sabían lo de mi brazo?

—¿Qué le pasó? ¿Lo tumbó alguna bestia?

—Una heridita, pero ya estoy bien.

—¿Y ónde me tiene mi *morocha*?

—¿Tu escopeta? Debe estar en los toldos con mi montura. Véte a reclamarlas.

Al quedar solo, una duda lancinante me conmovió: ¿Barrera habría vuelto a La Maporita? Yo lo hacía vigilar por Mauco a mañana y noche; ¿pero el tuerto me diría la verdad? Y pensé: puesto que Barrera se está afeitando, es porque sabe que Alicia llega. Tal vez sí; tal vez no.

Pero Alicia sabría conducirse. Además, aquel hombre me tenía miedo. ¿Por qué no apartaba yo mi pensamiento de su persona y me hundía de lleno en el augurio de la visita feliz? Si Alicia me buscaba, era obedeciendo al amor, y vendría a reconquistarme, a hacerme suyo para siempre, entre azorada y puntillosa. Con apagado acento, con tono de reconvención, me reprocharía mis faltas; y para hacérmelas mayores, se ayudaría de aquel gesto inolvidable y habitual con que sellaba su boca, contrayendo los labios para llenar de gracia los hoyuelos de sus mejillas. Y queriendo perdonar, me advertiría que era imposible el perdón, aunque la enmienda superara al propósito y a la súplica.

Por mi parte, pondría también en juego mi habilidad para retardarle el instante del beso gemebundo y conciliador. Desde la orilla del caño le alargaría la mano ceremoniosa para que saliera de la curiara, cuidan-

do de que advirtiera el cabestrillo de mi brazo enfermo, y negándome después a la urgencia de sus preguntas: ¿Estás herido? ¿Estás herido?

—No es nada grave, señora. ¡Me apena tu palidez!

Lo mismo haría al acercármele a su caballo, si venían por tierra.

Pensé exhibírmele cual no me vio entonces: con cierto descuido en el traje, los cabellos revueltos, el rostro ensombrecido de barba, aparentando el porte de un macho almizcoso y trabajador. Aunque Mauco solía desollarme la cara con su navaja de tajar cueros, tomé la resolución de no ocuparlo aquel día, para distinguirme de mi rival.

Luégo decidí irme del hato sin esperar a las mujeres, y aparecer una tarde, confundido con los vaqueros, trayendo a la cola del potrejón algún toro iracundo, que me persiguiera bufando y me echara a tierra la cabalgadura, para que Alicia, desfallecida de pánico, me viera rendirlo con el bayetón y mancornarlo de un solo coleo, entre el anhelar de la peonada atónita!

El mulato volvió de los toldos con el arma y con la montura.

—El señó Barrera quedó apenao. Que no sabía que estas cosas taban ayá. Les entendí que mandarían gente a cogé los bichos que se les jueron.

—Te prohíbo esa compañía. Si no quieres ir solo, iré contigo.

—¿Onde le dijeron que anochecían?

—En Matanegra.

—Pero don Fidel me indicó la vega del Pauto. Me voy porque me coge la noche y se me riega la brigáa,

—Guárda esta ropa en aquella pieza y tráeme la carabina. Vamos a cualquier parte. Yo te acompañaré.

Fui a la cocina a despedirme de Zubieta. Llamélo varias veces. Nadie respondió.

Cuando íbamos tan distantes del hato que sólo se advertían los airones de sus palmeras, el mulato se desmontó a cargar la escopeta.

—Siempre es bueno andá prevenío. Pólvora poca y munición hasta la boca.

—¿A qué obedece tu precaución?

—Puée alcanzarnos la gente del hombre. Por eso repetí que íbamos a la vega del Pauto, pa que lo oyeran los mucharejos que componían las puertas de los corrales. Ora cogemos ponde usté dijo.

Habríamos caminado tres leguas más, cuando volvió a apartarme del pensamiento de Alicia:

—Yo quero consultarle mi caso, y perdone. La Clarita *me ha puesto el ojo*.

—¿Estás enamorado de ella?

—Esa es la consulta. Hace quince días me echó este floreo: ¡Qué negrito tan bien jormao! ¡Asina me provoca uno!

—Y tú ¿qué respondiste?

—Me dio vergüenza...

—¿Y después?

—Eso también va con la consulta: me propuso que colgáramos al viejo Zubieta y nos juyéramos pa lejos.

—¿Y por qué? ¿Cómo? ¿Para qué?

—Pa que diga ónde tiée el oro enterraó.

—¡Imposible! ¡Imposible! Esa es una sugestión de Barrera.

—Cabalmente, porque él me dijo después: Si este mulatito se vistiera bien, cómo quedara de plantao y qué mujeres las que topara. Yo sé de una personita que lo quiere mucho.

—¿Y qué respondiste?

—¡«Esa personita con usted duerme»! Asina se las eché, pero el maldito no se ofende por náa. Se puso a desbarrá contra Zubieta diciendo que no le pagaba al zambaje su trabajo; y que cuando se le ocurría darle a uno alquito, sacaba los daos pa descamisarlo al juego. Y esa sí es la verdá.

Como me iba sofocando el calor, le ordené al mulato que me llevara a algún estero donde pudiera saciar la sed.

—Puaquí no topamos agua en ninguna parte. Onde hay un jagüey jamoso es al lao de aqueyos médanos.

Empezámos a atravesar unos terronales inmensos de tierra tan reseca y endurecida, que limaba los cascos de las cabalgaduras. Y era necesario avanzar por allí, pues los zurales laberínticos tendían a los lados sus redes de acequias exhaustas, conocidas sólo del tigre y de la serpiente.

El bebedero era una poceta de agua salobre y turbia, tan espesa como el jarabe, ensuciada por los cuadrúpedos de la región. Al verla, sentí una repugnancia instintiva, pero Correa me sedujo con el ejemplo. Agachóse sobre el estribo, y de entre las patas de los caballos sitibundos sacó su cuerno rebosante.

—Tápelo con el pañuelo pa que le sirva de cedazo.

Así lo hice varias veces, sacudiendo los animalillos que hervían pegados en el revés de la tela húmeda.

—Blanco, puaquí anda gente forastera. Aquí ta el

raastro de una mula herráa, y eso no es de ley en estas sabanas onde no hay piedra.

El mulato tenía razón, porque a poco trecho del pozo columbramos dos puntos que se movían a distancia.

—Esas son personas que andan perdías.

—Parece más bien ganado.

—Le apuesto a que son racionales.

Probablemente nos habrían visto, porque se enderezaron hacia nosotros. Ya percibíamos el paraguas rojo del que venía adelante, afligiendo la mula con los estribos, envuelto en una sábana enorme, a la manera de las matronas rurales. Los esperamos bajo un moriche de egoísta sombra, con curiosidad y recelo.

Mientras Correa remudaba los bagajes, llegaron los sujetos desconocidos, saludándonos a grandes voces:

—«¡Favor a la justicia, que anda extraviada!»

—Ora y siempre, respondió el mulato ingenuo.

—Muéstrennos el camino del Hato Grande. ¡Este doctor es juez de Orocué, y yo, su secretario interino, por añadidura baquiano.

Al oírlo, le averigué si ese funcionario era el que firmaba José Isabel Rincón Hernández; e hice esta pregunta porque del tal yo sabía que de peoncejo de carretera ascendió a músico de banda municipal y luego a juez de Circuito de Casanare, donde sus abusos lo hacían célebre.

—¡Sí! respondió el emparaguado. Yo soy el doctor y este que les hablaba es un simple escribiente.

El tísico rostro del señor Juez era bilioso como sus espejuelos de celuloide y repulsivo como sus dientes llenos de sarro. Simiescamente risible, apoyaba en el hombro su quitasol para enjugarse el pescuezo con una

toalla, maldiciendo los deberes de la justicia que le imponía tantos sacrificios, como el de viajar mal montado por tierras de salvajes, en inevitable comercio con gentes ignorantes y mal nacidas, dándose al riesgo de los indios y de las fieras.

—Llévennos ahora mismo, ordenó con acento declamador—revolviendo el mulengue—al hato infernal donde un tal Cova, comete crímenes cuotidianos; donde mi amigo, el potentado Barrera, corre serios peligros en su vida y hacienda; donde el prófugo Franco abusa de mi criterio tolerante, que sólo le exige conducta correcta y nada más. ¡Pónganse ustedes, incondicionalmente, al servicio de la justicia y cámbiennos estas bestias por otras mejores!

—Se equivoca usted, señor, tanto en sus conceptos, como en el camino que está buscando. Ni el hato queda por aquí, ni las personas que nombra son todas como usted piensa, ni mis caballos bienes mostrencos.

—Sepa usted, irrespetuoso joven, replicóme airado, que por un celo plausible nos aventurámos solos en estas pampas. El posta que me envió Zubieta clamando auxilio contra Barrera, fue seguido por otro de éste, para exigir caución contra el fascineroso Cova. Venimos a dispensar garantías, y ustedes se favorecen también con ellas, porque la justicia es como el cielo, que nos cubre a todos. Y si es verdad que el empireo nos cobija de balde, no es menos cierto que las relaciones de los humanos hacen necesario el sostenimiento unánime del bien común. Toda contribución es legal y pertenece al derecho público. Si no quieren ustedes servir de guías, entérenme una cuota equivalen-

te a lo que un baquiano de buena voluntad pidiera por su servicio.

—¿Nos decreta usted una multa?

—¡Irrevocable, sin apelación! afirmó el secretario. Considere que ahora no nos pagan los sueldos.

—Pues miren ustedes, repuse maleante: El hato está cerca, y nosotros vamos para Corozal. Descabecen aquella sabana, orillen luégo la mata de monte, crucen el caño, déjense ir por el esterón y desde allí divisarán la casa antes de media hora.

—¿Oyes? regañó el juez. ¡Lo que yo te decía! Tú me hiciste asolear por aquí, por rutas desacostumbradas, por pajonales trágicos, defraudando tus obligaciones de conocedor. ¡Te impongo una multa de cinco pesos!

Y después de reducirnos la nuestra al suministro de tabacos y fósforos, entraron en el horizonte, con rumbo contrario.

Correa me aclaró algunos detalles relativos al embrollo de Franco en Arauca. Un joven llamado Helí Mesa, que «actualmente vivía como colono en el caño Caracarate», vino una vez a La Maporita, y, mientras desyerbaban el conuco, le relató los sucesos como testigo presencial. Franco era Teniente de la Guarnición, y estableció su casa lejos del cuartel, a la orilla del río. El Capitán dio en perseguir a la niña Griselda, y, para cortejarla a su antojo, dejaba en servicio a su subalterno. Este, enterado ya de los propósitos de su jefe, abandonó el puesto y se fue una noche a su habitación. Nadie ha sabido qué pasaría a puerta cerrada. El Capitán apareció con dos puñaladas en pleno pe-

cho, y, debilitado por el desangre, murió de fiebres en la misma semana, después de hacerle declaraciones a la justicia favorables al acusado.

Ni el hombre ni su mujer fueron perseguidos jamás, aunque desaparecieron la misma noche de la desgracia. Sólo el juez de Orocué les expedía de motu proprio boletas de comparendo, equivalentes a letras de cambio, pues el oro corría a hablar por ellos, con tan descarada costumbre, que ya las órdenes judiciales se limitaban a decir: «Manden lo de este mes».

En tanto que departíamos por la estepa, un cefirillo repentino y creciente empezó a alborotar las crines de los caballos y a retozar con nuestros sombreros. A poco, unas nubes endemoniadas se levantaron hacia el sol, devorando la luz, y un cañoneo subterráneo estremecía la tierra. Correa me advirtió que se avecinaba el chubasco, y abreviamos las planicies a galope tendido, arreando la brigada, suelta, para que se defendiera con libertad. Buscábamos el abrigo de los montes lontanos, y salimos a una llanada donde gemían las palmeras, zarandeadas por el brisote con tan poderosa insolencia, que las hacía desaparecer del espacio, agachándolas contra el suelo, para que barrieran el polvo de los pastizales crispados. En las rampas, con disciplinada premura, congregábanse los rebaños, presididos por toros mugientes de desviadas colas, que se imponían al viento agrupando a las hembras cobardes y abriendo en contorno una brecha categórica y defensiva. Las aguas corrían al revés, y las bandadas de patos volteaban en las alturas, cual hojas dispersas. Súbito, cerrando las lejanías entre cielo y tierra, descolgó sus telones el nublado terrible, tajado por cen-

tellas, aturdido por truenos, convulsionado por borrascas que venían empujando a la oscuridad.

El huracán fue tan furibundo que casi nos desgajaba de las monturas, y nuestros caballos se detuvieron, dando las grupas a la tormenta. Rápidamente nos desmontamos, y, requiriendo los bayetones bajo la lluvia, nos tendimos de pecho entre el pajonal. Oscurecióse el ámbito que mediaba entre nosotros y las palmeras, de suerte que sólo veíamos una, de grueso tallo y de luegas alas, chispear como una yesca cuando el relámpago la encendía; y era bello y aterrador el espectáculo de aquella palmera heroica, que agitaba alrededor del hendido tronco las fibras de su penacho flamante, y moría en su sitio, sin humillarse ni enmudecer.

Cuando pasó la tromba sobre nosotros, advertimos que la brigada había desaparecido y cabalgamos para perseguirla. Calados, entre la ventolera procelosa, anduvimos leguas y leguas sin encontrarla, y caminando tras de la nube que corría como un muro negro, dimos con los peñones del ancho Meta. Desde allí mirábamos hervir las revolucionadas ondas, en cuyos crestones mojábanse los rayos en culebreo implacable, mientras que los barrancos de la ribera se desprendían con sus colonias de monte virgen, levantando columnas de agua, altísimas como los árboles derrumbados. Y era seguido el estruendo de la caída por el traqueteo de los bejucos, hasta que al fin giraba el bosque en el oleaje como la balsa de los espantos.

Después, entre yerbales llovidos donde las palmeras se iban enderezando con miedo, proseguimos la busca de la bestiada, y, vagando errantes, cayó la noche sobre nosotros. Mohíno, trotaba en pos de Correa, al par-

padeo de los postreros relámpagos, metiéndonos hasta la cincha en los inundados bajíos, cuando desde el comienzo de un ajarafe divisámos lejanas lumbres que parecían alegrar el monte. «¡Allí vivaquean nuestros compañeros, allí están!» Y alborozado, principié a gritarlos.

—¡Por Dios, por Dios, cierre la boca que son los indios!

Y otra vez nos alejámos por el ancho desierto oscuro, donde comenzaban a himplar las panteras, sin resolvernos a descansar, sin abrigo, sin rumbo, hasta que la aurora tardía abrió su alcázar de oro a nuestra esperanza desfalleciente.

Apenas aclaró el día, vimos unos vaqueros que traían por delante la madrina de bueyes amaestrados, indispensable en toda faena, pues sirve para aquietar los toros recién cogidos. Había salido el sol, y, sobre los grandes reflejos que extendía en la llanura, avanzaban las reses descopando la grama.

Entre los jinetes que nos saludaron no estaba Fidel, pero Correa los llamó por sus nombres, atropellándose en los detalles del repentino chubasco, de la desaparición de las bestias, del encuentro con los indígenas.

—Mano Ugenio, es la primera vez que me *embejuco* de noche en estas sabanas, y pa colmo, con este blanco tan resignao, que ni siquiera tiene los brazos güenos. Ya pensará que soy un zambo indecente.

—Eso nos pasa a tóos, mano Antuco: Yanero no bebe caldo ni pregunta por camino; pero con agua, trueno y relámpago no se puée garantizá.

—¿Y ustées andaban de *ojeo*? ¿Cómo les jue?

—Cochinamente. Nos alegramos de que yoviera y nos vinimos de tardecita. Toa la noche velámos sin que saliera ninguna punta, porque el ganao se asustó con la tronamenta y no quiso dejá el monte. A la madrugáa salió una manchita de pocas reses, pero no jue posible ojearla, aunque la madrina se portó bien, convidándola con mugíos. Entonces resolvimos echarle los rangos encima, pa vé qué cogíamos: era puro vacaje viejo y se perdió la carrera. Tóos enlazámos sin provecho ninguno, menos aquel zambito del interiό, que dejó esnucá el cabayo corriendo en la escuridá. Por eso viene a pie con la montura en las costiyas.

—Mano Tista, gritó Correa: Venga móntese en este potro, que yo quero desentumirme.

Porque no se creyera que las fatigas me acoquinaban, invoqué el recuerdo de Alicia para avivar el ánimo, y dije:

—Mano Sidorio, ¿cuántas reses cogieron ayer a lazo?

—Como cincuenta. Pero por la tarde *burriaron* los pescozones y casi hay *vaina* entre Miyán y Fidel.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Que Miyán se apareció con una gente a decí que menestaba los corrales de Matanegra, pa meté los toros del barajuste, porque venían a cogerlos como pudieran. Franco no quiso responderle ni jota, pero cuando vio que habían tréido perros, *le mentó la máma*. Mientras tanto, los otros, que andan por cierto muy mal montaos, se asomaron a la madrina y dijeron que los orejanos que taban cogíos eran los mismos que se le fueron a don Barrera, y querían quitarlos por juerza. Entonces nos

prendimos a *muecos* unos con otros, y Franco le tendió la carabina al propio Miyán.

—Y la gente de Barrera, ¿dónde echa sogas?

—Unos, se volvieron. Otros, andan por ahí, enmachetaos. Esto se pone feo. Y pa peor, ustées dejaron ir los cabayos.

—Lo malo no es eso, exclamó uno a quien nombraban mano Jabián; lo grave es que el Juez tá en el ható, según dijeron. Como que lo toparon *embarbascao*, y Miyán hizo que un vaquero lo encaminara hasta la vivienda. Y con la justicia no nos metemos, porque nos coge sin plata. Nosotros queremos irnos.

—¡Compañeros, yo les responderé de que nada pasa!

—¿Y quién responde por usted, que es al que busca la autoridad?

Fidel no se amilanó por el contratiempo, ni le hizo reprensión ninguna al mulato; hasta se alegró de ver que mi brazo herido regía las riendas. Opinó que la brigada se había devuelto a los comederos acostumbrados, y que en La Maporita la encontraríamos.

Lo noté rehacio a referirme lo de Millán. «Esa discusión no vale un comino. Además, en esta sabana caben muchísimas sepulturas; el cuidado está en que otros hagan de muertos y nosotros de enterradores». Así dijo sonriente; pero recibió sobresaltado la noticia de que los vaqueros querían dejarnos solos. «De seguro se irán, porque todos tienen cuentas con la justicia, porque todos roban ganado».

—¿Y a qué hora seguirá la cogienda? averigüele devorando mi almuerzo de carne asada, que cortaba yo mismo de la costilla chirriante al fuego.

—Sólo esperábamos la madrina. Fue un error llevarla al Guanapalo, sabiendo que por ahí ganadean los indios y que los rodeos se enmontan por dicha causa. Pero en este banco hay dos mil cachones a cual mejor. Los cabayos resisten todavía dos carreras, o sean treinta toros cogidos, porque el jinete que pierde lazo, paga una multa.

—Y los enviados de Barrera, ¿dónde se hallan?

—Míralos: en aquellos mogotes amanecieron. Esa gente no es del oficio, a excepción del Miyán, que *es una lanza* para el coleo. Ya les notifiqué hace poco tiempo que si el perraje me alborotaba la vaquería, se encomendaran al diablo y le llevaran saludes nuestras, porque al infierno los mandaríamos.

Entre tanto, los de la madrina la encaminaban llanura abajo, y la dejaron en un estero, pastoreada por dos rapaces. Al límite opuesto de un morichal, veíase una punta de toros, pastando al descuido. Nos fuimos abriendo en arco para caerles como un turbión, cuando oyéramos la señal de los caporales; pero las reses nos ventearon y corrieron hacia los montes, quedando sólo algún macho desafiador, que empinaba su cornamenta para amedrentar a la cabalgata.

Entonces lanzáronse los caballos sobre el desbande, por encima de malezas y comejenes, con vertiginosa celeridad, y los fugitivos se fatigaron bajo el zumbido de las lazadas, que cruzaban el aire, abiertas, para caerles sobre los *cachos*. Y cada vaquero enlazó su toro, desviándose hacia la izquierda, para que saltara a un lado de la montura el resto de la sogas enrollada, y el potro recibiera el templón en la cola, sin enredarse ni flaquear.

Brincaba en los matorrales la fiera indómita, al sentirse cogida, y se aguijaba tras del jinete ladeando la media luna de sus puñales. Con frecuencia le *toconeaba* el rocín, y éste se enloquecía corcoveando para derribar al cabalgador sobre las astas del enemigo. Entonces el bayetón prestaba su ayuda: o caía extendido para que el toro lo pisoteara mientras el potro se contentaba, o a manos del desmontado vaquero coloreaba como un capote, en las suertes desconcertantes sin espectadores y sin aplausos, hasta que la res, coleada, golpeara el suelo. Diestramente la maneaba, le hendía las narices con el cuchillo y por allí le pasaba la soga indócil, anudando sus dos extremos a la crin trasera del potrejón, para que el vacuno quedara sujeto por la ternilla en el vibrante seno de la cuerda doble. Así era conducido hasta la madrina, y ya cuando en ella se incorporaba, volvía el jinete sobre la grupa, soltaba un cabo de la soga brutal y la hacía salir a tiro-nes por la nariz atormentada y sanguinolenta.

Montaba yo alegremente un caballito coral, apasionado por las distancias, que al ver a sus compañeros abalanzarse sobre la grey, disparóse a rienda tendida detrás de ellos, con tan ágil violencia, que en un instante le pasó la llanura bajo los cascos. Adiestrado por la costumbre, dióse a perseguir un toro, barcino, y era de verse con qué pujanza le hacía sonar el freno sobre los lomos. Tiraba yo mi lazo una y otra vez, con mano inexperta; mas, de repente, el bicho revolviéndose contra mí, le hundió a la cabalgadura ambos cuernos en la verija. El jaco, desfondado, me descargó con rabioso golpe, y huyó enredándose en las entrañas, has-

ta que el cornúpeto embravecido lo últimó a pinchazos contra la tierra.

Advertidos del trance en que me veía, desbocáronse dos jinetes en mi demanda. Fugóse el animal por los terronales, Correa me dio su potro, y al salir desalado detrás de Franco, vi que Millán, con emuladora precipitud, tendía su caballo sobre la res; mas ésta, al inclinarse para colearla, le ensartó el cuerno por el oído, de parte a parte, desgajólo de la montura, y llevándolo en alto como un pelele, abría con los muslos del infeliz una trocha profunda en el pajonal. Sorda la bestia a nuestro clamor, trotaba con el muerto de rastra, y en horrible instante, pisándolo, le arrancó la cabeza de un sólo golpe, y empezó a defender el múmero tronco, a pezuña y cuerno, hasta que el winchester de Fidel, con doble balazo, le perforó la homicida testa.

Gritámos auxilio, y nadie venía; corrí a todas partes con la noticia, y a nadie encontraba. Al fin topé unos vaqueros que tenían unidos caballo y toro a los extremos de cada soga. Al verme, las cortaron con sus cuchillos para acudir a mi llamamiento.

Y corríamos más pálidos que el cadáver.

Cuando llegámos al sitio de la tragedia, llevaban hacia el monte los despojos del victimado, en la hamaquilla de un bayetón, que sostenían de las cuatro puntas. Franco tenía la camisa llena de sangre, y desfogaba a voces su agitación entre el grupo de los peones abatidos y silenciosos. El muerto, de espaldas sobre un moriche caído, estaba cubierto con una ruana, y todos esperábamos a que lo enfriara la rigidez.

Entonces fuimos algunos a buscar los restos de la cabeza entre las matujas atropelladas y en parte ninguna los descubrimos. Los perros, alrededor del toro yacente, le lamían la cornamenta.

A pleno sol, regresámos al montezuelo. Correa, con una rama, le espantaba al muerto las moscas. Franco, en un esterito próximo, se limpiaba los cuajarones. Los compañeros de Millán hacían proyectos para bailar el *velorio*.

—Lo que es yo, murmuraba uno, tuviera agracío si dende ayer se hubieran descogotao en nuestra presencia. Pero esto de decir que lo mató el toro, cuando oímos claramente los tiros, poco me suena. No había pa qué arrastrarlo y descabearlo. Esa crueldá sí ofende a Dios.

—¿No sabe usted cómo fue la desgracia?

—Sí, señó. El asesino, el toro; el muerto, Miyán; los cómplices, nosotros, y los inocentes, ustées. ¡Por eso me voy adelante con el aviso, pa que abran el hoyo y alisten música y trago y corten la mortaja pa quen la quera!

Así dijo, y, mascullando sus amenazas, se alejó a escape.

Yo no quería ver al difunto. Sentía repugnancia al imaginar aquel cuerpo reventado, incompleto, lívido, donde tuvo su albergue un alma enemiga y castigó mi mano en infausta fecha. Me perseguía el recuerdo de aquellos ojos colorados y rencorosos que me asaltaron por dondequiera, calculando si en mi cintura iba el revólver encapsulado. Aquellos ojos, ¿dónde cayeron? Colgarían de alguna breña, adheridos al frontal roto, vaciados, repulsivos y goteantes? ¿Qué sería de aque-

lla cabeza obtusa, centro de la malicia, filtro de la venganza, cubil de la maldad y del odio? Yo la sentí crujir al choque del cuerno curvo, que le asomó por la sien opuesta, mientras el sombrero embarboquejado saltaba lejos; la vi cuando el toro, al desprenderla de la cerviz, la aventó hacia arriba, como un balón. ¿Y qué se hizo? ¿Dónde sangraba? ¿Acaso la enterraría la fiera con sus pezuñas, cuando defendiendo el cadáver trilló el barzal.

Lentamente, el desfile mortuorio pasó ante mí: un hombre de a pie cabestreaba el caballo fúnebre, y los taciturnos jinetes venían detrás. Aunque el asco me fruncía la piel, rendí mi pupila sobre el despojo. Atravesado en la montura y con el vientre al sol, iba el cuerpo decapitado, entreabriendo las yerbas con dedos rígidos, como para agarrarlas por vez postrera. Tintineando en los calcañales desnudos, pendían las espuelas que nadie se acordó de quitar, y del lado opuesto, entre el paréntesis de los brazos, destilaba aguasangre el muñón del cuello, rico de nervios amarillosos, como raicillas recién sacadas. La bóveda del cráneo y la mandíbula que la sigue faltaban allí, y solamente el maxilar inferior reía ladeado, como burlándose de nosotros. Y esa risa sin rostro y sin alma, sin labios que la corrigieran, sin ojos que la humanizaran, me pareció vengativa y torturadora, y aun al través de los días que corren, me repite su mueca desde ultratumba y me estremece de pavor.

Más tarde cuando la comitiva empezó a fumar y la charla se hizo ruidosa, propuso Franco: Pues que se-

rá preciso suspender la cogienda por unos días, mientras se normaliza la situación, es bueno regresar en busca de los cabayos. Los vaqueros mejor montados, vengan acá; los otros, yeven la madrina detrás del muerto. Por ayá les caeremos antes de anocheecer.

Sólo siete peones obedecieron. Antes de separarnos de los restantes, le rogué a un muchacho que se adelantara a llevarles a las mujeres noticias nuestras, para evitar que Alicia se atormentara al divisar el cortejo triste, que en aquel momento entraba en el morichal de la lejanía, como pudiera hacerlo entre las columnatas de una basílica descubierta. Los bueyes del madrineo alargaban la procesión.

Aunque el mulato me señalaba las sabanetas donde la víspera anocheamos, fuéme imposible reconocerlas, por su semejanza con las demás; pero advertía el rastro del ventarrón en el desgredo de los ramajes, en los fulminados troncos de algunas palmeras, en el desgonce de los pastos vencidos. En tanto, el recuerdo del mutilado me acompañaba; y con angustia jamás sentida quise huír del llano bravío, donde se respira un calor guerrero y la muerte gusta montarse a la grupa de los cuartagos. Aquel ambiente de pesadilla enflaquecía mi corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molicie, al ensueño y a la quietud.

Destemplado por la zozobra, me atrasé de mis camaradas cuando los perros nos alcanzaron. De repente, la aulladora jauría, nariz al viento, circundó el perímetro de una laguna disimulada por altos juncos. Mientras los jinetes corrían haciendo fuego, vi que una tropa de indios se dispersaba entre la maleza, fugándose en cua-

tro pies, con tan acelerada vaquía, que apenas se adivinaba su derrotero por el temblor de los pajonales. Sin gritos y sin lamentos, las mujeres se dejaban asesinar, y el varón que pretendiera vibrar su arco, caía bajo las balas, apedazado por los molosos. Mas con repentina resolución surgieron indios de todas partes y cerraron contra los potros para desjarretarlos con sus macanas, y trabar lucha cuerpo a cuerpo con los jinetes. Diezmados en las primeras acometidas, desbandáronse a la carrera, en larga competencia con los caballos, hasta refugiarse en sus montes inexpugnables.

«Aquí, *Dóllar*, aquí *Martel*!» gritaba yo de estampía, defendiendo a un indio veloz que desconcertaba con sus corvetas a dos perros enfurecidos. Sin perderlo un instante, seguí la curva que describía, cuando lo vi regresar por la misma huella, gateando mañosamente, sin abandonar la sarta de sus pescados. Alto parme, se enmatorró, y yo, receloso de sus arrestos! paré las riendas. Mas de rodillas me abrió los brazos: «¡Señor Intendente, señor Intendente! ¡Yo soy el Pipa! ¡Piedad de mí!»

Y sin esperar que le respondiera, miedoso de la perrada, saltó a la grupa de mi alazán, abrazándome compungido:

—«¡Perdón, perdón! Ahora le refiero lo del caballo!»

Creyendo que el cuitado me maltrataba, acudieron los hombres en mi socorro, y Correa lo tiró al suelo de un culatazo; pero más se tardó en caer que en encaramarse de nuevo, exclamando: «Nosotros somos amigos! Yo soy el paje de la señora!»

—Miren a este come-ganao, capitán de la guajibera,

salteador de las fundaciones, a quien tantas veces hemos corrido. ¡Ora me las pagás de contao!

—¡Caballero, caballero! no se equivoque, no se precipite, no me confunda; fue que los indios me aprehendieron, me *empelotaron* y el señor Intendente me liberó. El me conoce mucho y su señora me necesita!

Como todos le achacaban los incendios en el Hatico, empezó a llorar a mares, consternado por la calumnia. Luégo, aferrándose a mis cuadriles, alzó sus piernas sobre las mías para que los perros no lo mordieran, fingiéndose avergonzado de estar desnudo. Y yo, que pasé de la sorpresa a la caridad, lo conduje en ancas, con rumbo al hato, entre la rebeldía de mis compañeros, que le auguraban la castración en represalia de sus delitos.

Apenas recobró la confianza, inició el cautivo su mentiroso discurso, que interrumpía para pedirme que les ordenara a los vaqueros adelantarse. «No lo hago por mí, decía, sino por usted: se les puede salir un tiro y nos atraviesan por las espaldas!»

Luégo, en el tono del amante que habla al oído, agregó: Cómo iba a ser posible que el señor Intendente llegara a su capital sin que le hicieran digno recibimiento? Estas minucias me desvelaban aquella noche, y monté en su caballo para llevar la noticia al pueblo, tan decidido a regresar pronto, que le dejé a usted mi yegua enjalmada. Pero al saber las fechorías que iban a hacerle, por la traída de la señora, eché cabeza de este modo: Si lo encarcelan, nadie me libra de mi padrino; si le registran el equipaje, se quedan con

todo; el caballo vale más que la potrancona, pero ambos a dos se los quitarán, y es preferible que yo dé mi trotadita por Casanare y regrese al fin del verano a entregar todo, rango y montura. Mas al bajar por estas sabanas, me salieron los vaqueros de un tal Barrera diciendo que yo andaba tras del ganado, y querían llevarme preso para el Hatico, y me robaron hasta el sombrero, y, por quedar a pie, los guahibos me cautivaron. Pero se me olvidaba preguntarle por la señora: ¿Cómo la tiene?

En cualquiera otra situación me habría divertido la pintoresca trama de sus disculpas; pero entonces, casi al anochecer, sólo quería alcanzar al muerto para impedir que Alicia lo contemplara.

Por las llanuras a media luz iban dos jinetes a paso lento.

Cuando los alcanzamos, sus caras no se veían, pero Franco los conoció: ¿Por dónde siguen los del cadáver?

—Los caporales resolvieron tirarlo al caño, porque no se aguantaba la *jedentina*. Después se jugaron hacia sus tierras pues no querían trabajar má.

—Nosotros tampoco lo acompañamos, dijeron unos.

—A mí no me gustan los sinvergüenza, y resuelvo quedarme solo. El que quiera sus jornales, siga conmigo.

Ellos pronunciaron esta gran frase:

—«Nosotros preferimos la libertá.»

—Pa qué lao cogieron los camaráas?

—Pa la costa del Guachiría.

—¡Adió, pué!

Y galoparon entre la noche.

Los cuatro restantes caminamos a toda prisa en busca del hato semiborroso, donde hacía guiños una can-

dela. Aunque el Pipa clamaba amparo, lo forcé a que se apeara. Y al trote, como un fantasma, nos perseguía en la oscuridad.

Un raro temor me escalofriaba cuando nos acercamos a los corrales. Desde allí advertimos que la rama estaba en silencio y que un gran fogón esclarecía el patio. Miré hacia los toldos y ya no los vi. Con súbita carrera llegué al tranquero y el encandilado potro se resistía a invadir la estancia. Mauco y unas mujeres se dirigieron hacia nosotros: «¡Por Dios! ¡Váyanse presto porque los cogen!»

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Alicia? ¿Dónde está Alicia?

—El viejo Zubieta duerme enterrao y nos tamos consolando con la candela.

—¿Qué ha sucedido? ¡Dímelo pronto!

—Que esa voláa les salió mal.

Hubo que amenazarlo para que hablara: Se había cometido un crimen el día anterior. Viendo que Zubieta no despertaba, empujaron la puerta de la cocina. Colgado por las muñecas en el lazo de su chinchorro balanceábase el vejete todavía vivo, sin poder quejarse ni articular, porque en la raíz de la lengua le amarraron una cabuya. Barrera no quiso verlo; mas cuando el Juez llegó al hato, le hizo declaraciones contra nosotros. Juró que en días anteriores habíamos amenazado al abuelo para que revelara el sitio de sus tesoros; que aquella noche, apenas la gente se fue a los toldos a divertirse, penetramos por la cumbrera y cometimos la atrocidad, distribuidos en varios grupos, para cavar simultáneamente en la topochera, en el cuartucho y en los corra-

les. El Juez hizo firmar a todos la consabida declaración y regresó esa misma tarde, custodiado por Barrera y todo su personal; y el occiso fue sepultado en una de aquellas excavaciones, debajo del mango grande, quizás encima de las tinajas de morrocotas, sin ponerle alpargatas nuevas, sin que le ajustaran las quijadas con un pañuelo, ni le rezaran el Santo Dios, ni le bailaran las nueve noches. Y para mayor desgracia, tenían que cuidar ellos de que los marranos no revolcaran la sepultura, pues ya una vez habían desenterrado un brazo del muerto y se lo tragaron entre chillidos.

Tan aturdido estaba yo con aquella historia, que no había reparado en que una de las mujeres era Bastiana. Al verla le grité con pálido acento:

—¿Dónde está Alicia? ¿Dónde está Alicia?

—¡Se fueron! ¡Se fueron y nos dejaron!

—¿Alicia? ¿Alicia? ¿Qué estás diciendo?

—¡Se la yevó la niña Griselda!

Apoyando los codos sobre el tranquero, comencé a llorar con un llanto fácil, sin sollozos ni contorsiones; era que la fuente de la desgracia, vertiéndose de mis ojos, aliviaba mi corazón de tan desconocida manera, que permanecí un momento insensible a todo. Miré con cara llorosa a mis compañeros, sin sentir pudor de mis lágrimas, y los veía que me consolaban, como en un sueño. Allí me rodeaban todos, y el Pipa se había apropiado uno de mis vestidos, y las mujeres asaban carne y Franco me exigía que me acostara. Mas cuando empezó a decir que Alicia y Griselda eran dos vagabundas y que con otras mejores las repondríamos, estalló mi despecho como un volcán, y, saltando al po-

tro, partí enloquecido para alcanzarlas y darles muerte donde estuvieran. Y en el vértigo del escape, me parecía ver a Barrera, descabezado como Millán, prendido por los talones a la cola de mi corcel, dejando miembros pegados en las malezas, hasta que, atomizado, desapareciera como el polvo de los desiertos.

Tan cegado iba por la iracundia, que sólo tarde advertí que galopaba detrás de Franco y que íbamos llegando a La Maporita. Era verdad que Alicia no estaba allí! En la hamaca de mi rival se tendería libidinosa, mientras yo, desesperado, desvelaba a gritos la inmensidad.

Entonces fue cuando Franco le prendió fuego a su propia casa.

La lengua del fósforo hizo vibrar los flecos de la palmita, abriéndose en ola sonante que llenó la comarca de cárdenos resplandores. Al momento, el platanal, chamuscado, aflojó sus hojas, y las chispas multiplicaron el estrago en la cocina y en el caney. A la manera de la víbora *mapanare* que vuelve sus colmillos contra la cola, la llamarada se retorció sobre sí misma, ahumando la limpidez de la noche, y empezó a disparar sus bombas en la llanura, donde el viento—aliado luciferino—le prestó sus alas a la candela.

Nuestros caballos, espantados, retrocedieron hacia el caño de aguas bermejas, y desde allí vi desplomarse la morada que brindó abrigo a mis sueños de riqueza y felicidad. Entre los muros de la alcoba que fue de Alicia se columpiaba el fuego como una cuna.

Idiotizado contemplaba el piélago asolador sin dar-

me cata de su peligro; mas cuando vi que Franco se alejaba de aquellos lares maldiciendo su despedida, clamé que nos arrojáramos a las llamas. Alarmado de mi demencia, recordóme que era preciso perseguir a las fúgitivas hasta vengar la ofensa increíble. Y corriendo, corriendo entre claridades demesuradas, observamos que la casa del ható también ardía y que la gente daba alaridos entre los montes.

La calurosa devastación campeaba en los pajonales de ambas orillas, culebreando en los bejuqueros, trepándose a los moriches y reventándolos con un retumbo de pirotecnia. Saltaban los cohetes llameantes a grandes trechos, hurtándole combustible a la línea de retaguardia, que tendía hacia atrás sus melenas de humo, ávida de abarcar los límites de la tierra y batir sus confalones flamígeros en las nubes. La devoradora falange iba dejando fogatas en los llanos ennegrecidos, sobre los cuerpos de los animales achicharrados, y en toda la curva del horizonte los troncos de las palmeras ardían como cirios mortuorios.

El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas agasajáronme la soberbia; y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva, aislándome del mundo que conocí, por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos!

Qué restaba de mis esfuerzos, de mi ideal y de mi ambición? Qué había logrado mi perseverancia contra la suerte? Dios me desamparaba y el amor huía!..

En medio de las llamas empecé a reír como Satanás!

SEGUNDA PARTE

Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, a manera de inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje vivo a la hora de tus crepúsculos angustiosos. Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? Aquellos celajes de oro y de murice con que se viste el angel de los ponientes, por qué no tiemblan sobre tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de todas las cordilleras! ¿Sobre qué sitio eruirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbró las hojarascas de tus senos húmedos!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles im-

ponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Déjame huír, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de todos los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejeo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esta ruta de lágrimas y de sangre, que recorrí en nefando día, cuando al capricho de una mujer me arrastré por los montes y los desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable, que sólo sonríe sobre las tumbas!

* * *

Olvidada sea la época miserable en que vagamos por el desierto en cuadrilla amenazadora, como los bandoleros de los caminos. Responsables de un crimen que no fue nuestro, desafiamos a la injusticia y nos acogimos a la enseña de la crueldad. ¿Quién osó desafiar el rencor bárbaro de mi pecho? Quién habría podido amansar nuestra rebelión? Las sendas múltiples de la pampa se precisaron en esos días con el galope de nuestros potros, y no hubo noche que no prendiéramos en distinto paraje la fugitiva llamarada del campamento.

Después, bajo unos moriches inextrincables, edificamos la ranchería. Allí amontonábanse los enseres que Mauco y la vieja Tiana salvaron de la ignición, y que pusieron en nuestras manos antes de irse para Orocué, en desempeño del espionaje. Mas no sabíamos qué suerte hubieran corrido. Fidel y el mulato, el Pipa y yo nos turnábamos cada día en atayalar sobre una palmera la presencia de alguna gente en el horizonte o el triángulo de humo que habíamos aceptado como señal.

Nadie nos buscaba ni perseguía! Nos habían olvidado todos.

Yo no era más que un residuo humano de las fiebres y los pesares. De noche, el hambre nos desvelaba como un vampiro, y porque ya venían las primeras lluvias, concertamos la dispersión para asilarnos en Venezuela. Pensé entonces que don Rafo estaría de regreso a La Maporita y que con él podríamos seguir hasta Bogotá. Muchos días lo esperamos en las llanuras que dan a Tame. Mas apenas declaró Franco que continuaría su vida nómada, no por receloso de la justicia ordinaria, sino por el peligro de que algún Consejo de

Guerra le castigara como desertor, desistí de la idea del viaje para mancomunarnos en el destierro y acabar ambos de igual manera, ya que una misma desventura nos había unido y no teníamos otro futuro que el fracaso final en cualquier país.

Y nos decidimos por el Vichada.

El Pipa nos condujo a las plataneras silvestres de Macucuana, sobre la margen del turbio Meta, después de la desembocadura del Guanapalo. Moraba en aquellos montes una tribu guahiba, semidomada, que convino en acogernos en su familia a condición de que admitiéramos el *guayuco*, respetáramos las *pollonas* y les ordenáramos a los winchesters *no echar truenos*.

Aparecióse una tarde el Pipa con cinco indianos, que se resistían a acercarse mientras no amarráramos los mastines. Acurrucados en la maleza se erguían cautelosos para observarnos, listos a fugarse al menor desliz, por lo cual el ladino intérprete fue conduciéndolos de la mano hasta nuestro grupo, donde recibían el advertido abrazo de paz con esta frase protocolaria: «*Cuñao, yo queriéndote mucho, perro no haciendo nada, corazón contento*».

Todos eran jóvenes y fornidos, de achocolatada cutis y hercúlea espalda, cuya membratura se estremecía temerosa de los fusiles. Los arcos y las aljabas habíanlos dejado entre la canoa, que iba a mecernos en la aventura, sobre las aguas desconocidas de un río salvaje, hacia refugios recónditos y temibles, a donde un fatum implacable nos expatriaba, sin otro delito que el de ser fuertes, sin otra mengua que la de ser desafortunados.

Había llegado el momento de licenciar para siempre nuestros caballos, que nos dieron apoyo en la adversidad. Ellos recobraban la pampa virgen y nosotros perdíamos lo que gozosos recuperaban, la zona donde sufrimos y batallamos inútilmente, comprometiendo la esperanza y la juventud. Cuando mi alazán sudoroso se sacudió al verse libre de la montura y galopó con relinchos trémulos en busca del bebedero lejano, me sentí indefenso y solo, y copié en mis ojos tristes todas las cosas, con la amargura del condenado a muerte que se resigna a su sacrificio y ve sobre los paisajes de su niñez arrebolarse el último sol.

Al descender el barranco que nos separaba de la curiara, torné la cabeza hacia el límite de los llanos, perdidos en una nébula dulce, donde las palmeras me despedían. Aquellas inmensidades me hirieron, y, no obstante, quería abrazarlas. Ellas fueron decisivas en mi existencia y se ingertaron en mi sér. Comprendo que en el instante de mi agonía se borrarán de mis pupilas vidriosas las imágenes más leales; pero en la atmósfera sempiterna por donde ascienda mi espíritu alejándose, estarán presentes las medias tintas de esos crepúsculos cariñosos, que, con sus pinceladas de ópalo y rosa, me indicaron ya sobre el cielo amigo la senda que sigue el alma hacia la suprema constelación.

La curiara, como un ataúd flotante, siguió agua abajo, a la hora en que la tarde alarga las sombras. Desde el dorso de la corriente columbrábanse las márgenes paralelas, de sombría vegetación y plagas hostiles. Aquel río, sin ondulaciones y sin espumas, era

mudo, tétricamente mudo como el presagio, y daba la impresión de un camino oscuro que se moviera hacia el vórtice de la nada.

Mientras proseguíamos silenciosos, principió a lamentarse la tierra por el hundimiento del sol, cuya vislumbre palidecía sobre las playas. Los más ligeros ruidos repercutieron entre mi sér, consustanciado a tal punto con el ambiente, que era mi propia alma la que gemía, y mi tristeza la que, a semejanza de un lente opaco, apenumbra todas las cosas. Sobre el panorama crepuscular fuese ampliando mi desconuelo como la noche, y lentamente una misma sombra borró los perfiles del bosque extático, la línea del agua inmóvil, las siluetas de los remeros....

Desembarcamos al comienzo de una barranca, suavizada por escalones que descendían al puertecito, en cuyo remanso se agrupaban unas canoas. Por un sendero lleno de barro, que se perdía entre el gramalote, salimos a una plazuela de árboles derribados, donde nos aguardaba el rancho pajizo, tan solitario en aquel momento, que vacilábamos en ocuparlo, sospechosos de alguna emboscada. El Pipa alegaba con los indios que a semejante vivienda nos condujeron, y nos trasmitía la traducción de la jerigonza, según la cual los de la ramada se dispersaron al notar que traíamos perros. Los bogas pedían permiso para dormir entre las curiaras.

Cuando los indígenas se marcharon uno tras otro, Fidel le ordenó a Correa que se acostara con el Pipa en la barbacoa, por si intentaba traicionarnos aquella noche; les quitó los collares a los cachorros, y, a oscuras, les mudó el sitio a nuestras hamacas.

Ofreciéndole mi costado a la carabina, me entregué al sueño.

El Pipa solía hacerme protestas de adhesión incondicional y acabó por relatarme la pavorosa serie de sus andanzas. Su mano sabía disparar la barbada flecha, en cuya punta iba ardiendo la pelota de *peramán*, que cruzaba el aire como un cometa, con el alido de la consternación y de los incendios.

Muchas veces, para librarse del enemigo, se aplanó en el fondo de las lagunas, como un caimán, y emergía sigiloso entre los juncos para renovar la respiración; y si los perros le nadaban por encima de la cabeza, buscándolo, los destripaba o los consumía, sin que los vaqueros pudieran ver otra cosa que el chapoteo de algunos juncos en el apartado centro de los charcones.

Adolescente apenas, vino a los Llanos cuando estaba en su auge el hato de San Emigdio y allí sirvió de *coquis* algunos meses. Trabajaba todo el día con los llaneros, y por la noche agregábase a sus fatigas la de acopiar la leña y el agua, prender el fuego y asar la carne. De madrugada, lo despertaban los caporales a puntapiés para que recociera el café cerrero; tras de tomarlo, se iban sin ayudarlo a ensillar la mañosa bestia o sin decirle hacia qué banco se dirigían. Y él, llevando de cabestro la mula de los calderos y de los víveres, trotaba por las estepas oscurecidas, poniendo oído a las voces de los jinetes, hasta orientarse y seguir con ellos.

Para colmo, la cocinera de la ramada le exigía coo-

perar en sus menesteres, y él, tizado y humilde como un guñapo, se resignaba a su situación. Mas una vez, al vaciar el *cocido* en la barbacoa, sobre las hojas frescas que habilitábanse de manteles, agrupáronse los peones con la presteza de hambrientos buitres, y él tendió, como todos, las desaseadas manos hacia la carne para trincar algún trozo con su *belduque*. El *arrimado* de la sirvienta, un abuelote de empaque torvo, que lo celaba estúpidamente y que ya lo había mondado con la correa de la cintura, comenzó a vociferar, con la boca llena, porque no se repetía presto la calderada. Como el coquis no se afanó por obedecerle, agarrólo de las orejas y le bañó la cara en caldo caliente. El muchacho, enfurecido, le rasgó el buche de un solo tajo, y la asadura del comilón se regó humeando en la barbacoa, por entre las viandas apetecidas.

El dueño del hato apresó al chicuelo, liándole garganta y brazos con un mecate, y mandó dos hombres a que lo mataran ese mismo día, abajo de las resacas del Yaguarapc. Por fortuna, pescaban allí unos indios, que destrizaron a los verdugos y le dieron al sentenciado la libertad, pero llevándoselo consigo.

Errante y desnudo vivió en las selvas más de veinte años, como instructor de las grandes tribus, en el Capanaparo y en el Vichada; y como cauchero en el Inírida y en el Vaupés, en el Orinoco y en el Guaviare, con los piapocos y los guahibos, con los banivas y les barés, con los cuivas, los carijonas y los huitotos. Pero su mayor influencia la ejercía sobre los guahibos, a quienes había perfeccionado en el arte de las guerrillas. Con ellos asaltó siempre las rancherías de

los sálivas y las fundaciones que baña el Pauto. Cayó prisionero en distintas épocas, cuando una *raya* le lanceó el pie, o cuando las fiebres lo consumían; pero, con riesgosa suerte, se hizo pasar por vaquero cautivo de los hatos de Venezuela, y conoció diferentes cárceles, donde observaba buena conducta, para volver pronto a la inclemencia de los desiertos y al usufructo de las revoltosas capitanías.

—«Yo, decía, seré su lucero en estos confines, si pone a mi cuidado la expedición: conozco las trochas, las vaguadas y los caminos y en algunos caños tengo mis amistades. Buscaremos a los caucheros por dondequiera, hasta el fin del mundo; pero no vuelva a permitir que el mulato Correa duerma conmigo, ni que me satirice con tanta roña. Eso no es corriente entre dos cristianos y desanima a cualquier hombre de sentimiento. Algún día lo rasguño, y en paz quedamos!

Por ese tiempo me invadió la misantropía, ensombreciéndome las ideas y descoyuntando mi decisión. En el sonambulismo de mi congoja devoraba mis propias hieles, inepto y adormilado como la serpiente que muda escama.

Nadie me había vuelto a nombrar a Alicia, por deterrarla de mi pensamiento; mas esa misma delicadeza sublevada en mi corazón todos los odios reconcentrados, al comprender que me compadecían como a un vencido. Entonces se sollamaban mis labios con las blasfemias y un velo de sangre se reteñía sobre mis ojos.

¿Y a Fidel lo atormentaba el tenaz recuerdo? Sólo

me parecía triste en sus confidencias, quizás por acoplarse con mi quebranto. Todo lo había perdido en hora impensada, y sin embargo daba a entender que desde ese instante se sintió más libre y más poderoso, cual si el infortunio fuera simple sangría para su espíritu.

Y yo por qué me lamentaba como un eunuco? ¿Qué perdía en Alicia que no lo topara en cualquiera hembra? Ella había sido un mero incidente en mi vida loca y tuvo el fin que debía tener. Barrera merecía mi agradecimiento!

Además, la que fue mi querida tenía sus taras: era ignorante, era caprichosa y era colérica. Su personalidad no tenía relieve: vista sin el lente de la pasión amorosa, aparecía la mujer común, la de encantos atribuidos por los admiradores que la persiguen. Sus cejas eran mezquinas, su cuello, corto, la armonía de su perfil un poquillo convencional. Desconoció la ciencia del beso y sus manos fueron incapaces de inventar la menor caricia. Jamás escogió un perfume que la distinguiera; su juventud olía como la de todas.

Cuál era la razón de sufrir por ella? Había que olvidar, había que reír, había que empezar de nuevo. Mi destino así lo exigía, y así lo deseaban, tácitamente, mis camaradas. El Pipa, mixtificando la intención con el disimulo, cantó cierta vez un *llorao* genial, a los compases de las maracas, para infundirme la ironía confortadora:

El domingo la ví en misa,
el lunes la enamoré,
el martes ya le propuse,

el miércoles me casé,
el jueves me dejó solo,
el viernes la suspiré;
el sábado el desengaño....
y el domingo a buscar otra
porque solo no me amaño.

Mientras tanto, se iniciaba en mi voluntad una reacción casi dolorosa en que colaboraron el rencor y el escepticismo, la impenitencia y los propósitos de venganza. Me burlé del amor y de la virtud, de las noches bellas y de los días hermosos. No obstante, alguna ráfaga del pasado volvía a refrescarme el ardido pecho, nostálgico de ilusiones, de ternura y serenidad.

Los aborígenes del bohío eran mansos, astutos y pusilánimes, y se parecían como las frutas de un mismo árbol. Llegaron, desnudos, con sus dádivas de *cambures* y de *mañoco*, acondicionadas en cestas de palmarito, y las descargaron sobre el barbecho, en lugar visible. Dos de los indios que manejaron la embarcación traían pescado cocido al humo.

Cuidadosos de que los perros no gruñeran, fuimos al encuentro del arisco grupo, y después de una libre plática en gerundios y monosílabos castellanos, se resolvieron los visitantes a ocupar un extremo de la vivienda, el inmediato a los montes y a la barranca.

Con indiscreta curiosidad les pregunté dónde dejaron a las mujeres, pues que ninguna venía con ellos. Apresuróse a explicarme el Pipa que era imprudencia hacer tan desusadas indagaciones, so riesgo de que se alarmaran los celosos indios, a cuyas *petrivas* les fue

negado, por experiencias inmemoriales, mostrar incautamente su desnudez a los forasteros de raza blanca, siempre abusivos y lujuriosos. Agregó que no tardarían en acercarse las indias viejas para ir aquilatando nuestra conducta, hasta convencerse de que éramos varones morigerados y recomendables.

Dos días después, aparecieron las matronas, en traje de paraíso, seniles y repugnantes, batiendo al caminar los flácidos senos, que les pendían como estropajos. Traían sobre la greña sendas *taparas* de chicha fuerte, cuyos rezumos pegajosos les goteaban por las arrugas de las mejillas, con la apariencia de un sudor ácido. Ofreciéronnos la bebida a pico de calabaza, imponiendo su gesto grave, y luego rezongaron malhumoradas al ver que sólo el Pipa pudo saborear el brevaie cáustico.

Más tarde, cuando principió a resonar la lluvia, acurrucáronse junto al fogón, como gorilas momificadas, mientras los hombres enmudecían en los chinchorros, con el letargo de la desidia. Nosotros callábamos también en el tramo opuesto, viendo caer el agua en la extension de la umbrosa vega, que oprimía el espíritu con sus neblinas y cerrazones.

—Es imperioso, prorrumpió Franco, decidir esta situación poniendo en práctica algún propósito. En la semana entrante dejaremos esta guarida.

—Ya las indias vinieron a prepararnos el bastimento, repuso el Pipa. Remontaremos el río para cruzarlo frente a Caviona, un poco más arriba de las lagunas. Por allí hay una senda terrestre para el Vichada, y en recorrerla no se gastan menos de siete días. Hay que llevar a cuestas las provisiones, mas ninguno de estos

cuñaos quiere acompañarnos como carguero. Yo estoy trabajando para decidirlos. Pero es urgente la compra de algunos *corotos* en Orocué.

—Y con qué dinero los adquirimos? dije alarmado.

—Eso corre de cuenta mía. Sólo les pido que crean en mí y que sigan siendo afables con esta gente. Necesitamos sal, anzuelos, guarales, tabacos, pólvora, fósforos, herramientas y mosquiteros. Todo para ustedes, porque a mí no me falta nada. Y como nadie sabe qué nos espera en esas lejuradas...

—Será preciso vender las sillas y los aperos?

—Y quién los compra? Y quién los vende sin que lo apañen? Ya podemos irlos botando. De aquí para allá, cuando sea posible, no tendremos otro caballo que la canoa.

—Y en qué lugar escondes el oro para tus planes?

—En el garcero de Las Hermosas. Cuatro libras de pluma fina, si mal nos va! Cada semana cambiaremos un manojito por mercancías. Cuando les provoque, yo soy baquiano, pero es muy lejos.

—Eso no importa! Mañana mismo!

Bendita sea la difícil landa que nos condujo a la región de los revuelos y de la albura! El inundado bosque de aquel garcero, millonario de garzas reales, parecía un algodonal de nutridos copos; y en la turquesa del cielo ondeaba, perennemente, un desfile de remos pálidos, sobre los cimborios de los moriches, donde bullía la empeluzada muchedumbre de los polluelos. A nuestro paso se encumbraba en espiras la nivea flota, y, tras de girar con insólito vocerío, se desban-

daba por unidades, que descendían a los esteros, entre cerrando las alas lentas, como un velamen de sedas blancas.

Pensativo, junto a las linfas, demoraba el *garzón soldado*, de rojo kepis, heroica altura y marcial talante, cuyo pico es prolongado como una espada; y a su redor revoloteaba el mundo babélico de zancudas y de pal-mípedas, desde la *corocora* lacre, que humillaría al ibis egipcio, hasta la azul cerceta de dorado moño y el pa-to ilusionante de color de rosa, que en el rosicler del alba llanera tiñe sus plumas. Y por encima de ese alado tumulto volvía a girar la corona eucarística de las gar-zas, y se despetalaba sobre la ciénaga, y mi espíritu sentíase deslumbrado, como en los días de su candor, al evocar las hostias divinas, los coros angelicales, los ci-rios inmaculados.

Parecía imposible que pudiéramos arrimar al sitio de los nidos y de las plumas. El transparente charco nos dejó ver un sumergido ejército de caimanes, en con-torno de las palmeras, ocupado en recoger pichones y huevos, que caían cuando las garzas, entre algarabías y picotazos, desnivelaban con su peso las ramazones. Nadaba por dondequiera la innúmera banda de los ca-ribes, de vientre rojizo y escamas plúmbeas, que se de-voran unos a otros y descarnan en un segundo a todo sér que cruce las ondas de su dominio, por lo cual los hombres y los cuadrúpedos se resisten a echarse a nado, y mucho más al sentirse heridos, que la sangre excita instantáneamente la voracidad del terrible pez. Veíase la traidora raya de aletas gelatinosas y arpón venino, que descansa en el fango como un escudo; la anguila eléc-trica, que inmoviliza con sus descargas a quien la to-

ca, la palometa de nácar y oro, semejante al disco lu-nar, que desciende al fondo y enmugra el agua para escaparse a las dentelladas de la tonina. Y todo el in-menso acuario se extendía hacia el horizonte, como un lago de peltre, donde flotan las plumas ambicionadas.

Bogando en balsitas inverosímiles, nos distribuimos aquí y allá para recoger el caro tesoro. Los indios in-vadían a cortos trechos las espesuras, hurgando en las tinieblas con las palancas, por miedo a los güños y a los caimanes, hasta completar su manojó blanco, que a veces cuesta la vida de muchos hombres, antes de ir a ignotas ciudades a exaltar la belleza de mujeres desconocidas.

Aquella tarde rendí mi ánimo a la tristeza y una emoción romántica me sorprendió con vagas caricias. Por qué viviría siempre solo en el arte y en el amor? Y pensaba con dolorida inconformidad: ¡Si tuviera aho-ra a quién ofrecerle el armiñado ramillete de estos plu-majes, que parecen espigas blancas! Si alguien quisie-ra abanicarse con este alón de *codúa* marina, donde va prisionero el iris! Si hubiera hallado con quién contem-plar el garcero nítido, primavera de aves y de colores!

Con humillada pena advertí después que en el velo de mi ilusión se embozaba Alicia, y procuré manchar con realismo crudo el pensamiento donde la intrusa rea-parecía.

Afortunadamente, tras de penoso viaje por cenago-sas llanuras y caños hondos, dimos con el lugar don-de las curiaras habían quedado, y a golpes de palan-ca comenzamos a remontar los sinuosos ríos, hasta que entramos, casi de noche, en el atracadero de la ramada.

Desde lejos nos llevó la brisa el llanto de un niño; y, cuando ya llegábamos a la huta, salieron corriendo unas indias jóvenes, sin atender a la voz del Pipa que, en idioma terrígeno, alcanzó a gritarles que éramos gente amiga. En los horcones y en las soleras había chinchorros numerosísimos, y en el fogón, a medio rescoldo, gorgoreaba la olla de las infusiones medicinales.

Lentamente, apenas la candela regó su lumbre, se nos fueron presentando los indios nuevos, acompañados de sus mujeres, que les ponían la mano derecha en el hombro izquierdo para advertirnos que eran casadas. Una, que llegó sola, nos señalaba el chinchorro de su marido y se exprimía el lechoso seno, dando a entender que había dado a luz ese mismo día. El Pipa, delante de ella, comenzó a instruirnos en las costumbres que rigen la maternidad en aquella tribu: al presentir el alumbramiento, la parturienta toma el monte y vuelve ya lavada, a buscar a su hombre para entregarle la criaturilla. El padre se encama entonces a guardar dieta, mientras la mujer le prepara los cocimientos contra las náuseas y los cefálicos.

Como si entendiera estas explicaciones, hacía la india signos de aprobación a cuanto el Pipa nos refería; y el cónyuge follón, de cabeza vendada con unas hojas, se quejaba desde el chinchorro y pedía cocos de chicha para aliviar sus padecimientos.

Las indias que habían huído eran las pollonas y cada uno de nosotros podía escoger la que le placiera, cuando el jefe, un cacique matusalénico, recompensara de esa suerte nuestra adhesión. Mas sería candidez pensar que con requiebros y sonrisitas aceptaban nuestro agasajo. Era preciso atisbarlas como a gacelas y correr en

los bosques hasta rendirlas, pues la superioridad del macho debe imponérseles por la fuerza, en cambio de la sumisión y de la ternura.

Yo me sentía incapaz de toda ilusión.

El jefe de la familia me manifestaba cierta frialdad, que se traducía en un silencio continuo. Procuraba yo congraciarme en distintas formas, por el deseo de que me instruyera en sus tradiciones, en sus cantos guerreros, en sus leyendas; inútiles fueron mis cortesías, porque aquellas tribus rudimentarias de vida errante, no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro.

Aconteció que traje del garcero dos patos grises, del tamaño de las palomas, ocultos en el fondo de una mochila. Hallé uno muerto al día siguiente y quise desplumarlo junto al fogón, para que mis perros se lo comieran. Mas de repente, el cacique tomó sus flechas, y me amenazó despiadado con la macana, dando alaridos y trenos graves, hasta que las mujeres y los muchachos recogieron todas las plumas y las soplaron en el aire de la mañana.

Rodeáronme al instante mis compañeros y me arrebataron la carabina, porque no amenazara al abuelo audaz. Este, cubriéndose la cara con ambas manos, se retorció en epilépticas convulsiones y empezó a dar sollozos de despedida, y besaba la tierra y la taraceaba de espumarajos. Luégo quedóse rígido, entre el espanto de las mujeres, pero el Pipa le echó rescoldo por las orejas para que la muerte no le comunicara el fatal secreto.

Entonces supe, por advertencia de nuestro intérprete, que las almas de aquellos bárbaros residen en distintos animalejos y que la del cacique tenía la forma de un pato gris. Probablemente moriría de sugestión por haber contemplado al ave sin vida, y la tribu podía vengarse de mi imprudencia. Apresuréme a sacar el pato que estaba vivo, y lo dejé revolotear entre la ramada, y al verlo, el indio quedóse en éxtasis, ante el poder milagroso de mi persona, y siguió los zig-zags del vuelo sobre la plenitud del cercano río.

El pueril incidente bastó para acreditarme como sér sobrenatural, dueño de las almas y los destinos. Ningún indiano quería mirarme, pero yo estaba presente en sus pensamientos, ejerciendo influencias desconocidas sobre sus esperanzas y pesadumbres. A mis pies cayeron dos muchachones, y se brindaban a completar nuestra expedición, sin que sus mujeres se resintieran. Nunca he podido recordar sus nombres vernáculos, y apenas sé que traducidos a buen romance querían decir, casi literalmente, *Pajarito del Monte* y *Cerrito de la Sabana*. Abracélos en señal de que aceptaba su ofrecimiento, por lo cual descolgaron del techo los palancones, y les remudaron el fique de las horquetas, para que soportaran el impulso de la canoa al hincarse en los *carameros* de las orillas o en los arrecifes de las resacas.

A su vez, las indianas viejas rallaban yuca para la preparación del *cazabe*, que debía alimentar-nos en el desierto. Echaban la mezcla acuosa en el *sebucán*, ancho cilindro de hojas de palma bien retejidas, cuyo extremo inferior se retuerce con un tramojo para exprimir el almidonoso jugo de la rallada. Otras, des-

nudas en contorno de la candela, recalentaban el *budare*, tiesto redondo y plano, sobre cuya superficie iban extendiendo la masa inmunda y la alisaban con los dedos ensalivados hasta que la torta se endureciera. Quiénes torcían sobre los muslos las fibras sacadas del cogollo de los moriches, para tejer un chinchorro nuevo, digno de mi estatura y de mi persona, mientras que el cacique, emocionado, me hacía entender que celebraría con pomposo baile el vasallaje debido a mi fortaleza y autoridad.

Mi espíritu pregustaba el acre sabor de las próximas aventuras.

Los encargados de procurarnos la mercancía fueron estafados por los tenderos en Orocué. En cambio de los artículos que llevaron: seje, chinchorros, pendare y plumas, recibieron baratijas que valían mil veces menos. Aunque el Pipa les repitió cuidadosamente el precio razonable de cada cosa, los indios sucumbieron a su ignorancia y la avilantez de los explotadores empedernidos volvió a enriquecerse con el engaño. Unos paquetes de sal porosa, unos pañuelos rojos y azules y unos cuchillos, fueron írrito pago de la remesa, y los emisarios venían felices de que no los hubieran obligado, como otras veces, a barrer las tiendas y a cargar agua, a desyerbar la calle y empacar cueros.

Fallida la esperanza de acrecentar nuestros equipajes, nos consolamos con la certeza de que el viaje sería menos complicado. Y, por fin, una noche de plenilunio, quedó lista la gran curiara, que, con blando meneo, ofrecía conducirnos hasta Caviona.

Afluyeron al baile más de cincuenta indios, de todo sexo y edad, pintarrajeados y licenciosos, y se fueron amojonando en la abierta playa, al rededor de los calabazos llenos de chicha. Desde por la tarde habían hecho acopio de *mojojoyes*, gruesos gusanos de anillos negros, que viven enroscados en los troncos podridos. Descabezábanlos con los dientes, como el fumador que despunta el puro, y sorbían el contenido mantequilloso, refregándose luego la vacía funda del animal en las cabbelleras, para lustrarlas. Las de las pollonas, de altivos senos, resplandecían como el charol, bajo el nimbo de plumas de guacamayo y sobre los collares de coros y cornalinas.

El cacique se había embijado el rostro con miel y achiote y aspiraba el polvo del *yopo*, introduciendo en las narices dos canutillos. Cual si lo hubiera atacado el *delirium tremens*, bamboleábase embrutecido entre las muchachas, y las apretaba y las perseguía, semejante a un cabrió rijoso, pero impotente. A veces, a media lengua, venía a felicitarme porque, según el Pipa, era yo, como él, enemigo de los vaqueros y les había quemado las fundaciones, cosas que me hacían digno de una macana fina y de un arco nuevo.

En medio de la orgiástica baraúnda prodigábase la chicha de atroz fermento, y las mujeres y los chicuelos irritaban con su vocerío la bacanal. Luego empezaron a girar sobre las arenas en lento círculo, al compás de los fotutos y de las cañas, sacudiendo el pie izquierdo a cada tres pasos, como lo manda el rigor del baile nativo. Parecía más bien la danza un tardo desfile de prisioneros, alrededor de una inmensa argolla, obligados a repisar una sola huella, con la vista al sue-

lo, gobernados por el llorar de la chirimía y el grave paloteo de los tamboriles. Ya no se oía más que el són de la música y el cálido resollar de los bailadores, tristes como la luna, mudos como aquel río que los consentía sobre sus playas. De pronto, las mujeres, que permanecían silenciosas dentro del círculo, se abrazaron a las cinturas de sus amantes, y trenzaban el mismo paso, inclinadas y entorpecidas, hasta que con súbito desahogo corearon todos los pechos un alarido retumbador, que estremecía las selvas y los espacios como una campanada siniestra y lúgubre: Aaaaay.... Ohé!....

Tendido de costado sobre la greda, que resplandecía con las luminarias, miraba yo la singular fiesta, complacido de que todos mis compañeros giraran ebrios entre la danza. Así olvidarían sus pesadumbres y le sonreirían a la vida otra vez siquiera. Mas a poco, advertí que gritaban como la tribu, y que su lamento acusaba la misma pena recóndita, cual si a todos les devorara el alma un sólo dolor. Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas, y era semejante al sollozo mío, ese sollozo de mis múltiples aflicciones que suele repercutir en mi corazón aunque mis labios lo disimulen: ¡Aaaaay.... Ohé!....

Cuando me retiré a mi chinchorro, en la más completa desolación, siguieron mis pasos unas indígenas y se acurrucaron cerca de mí. Al principio conversaban a medio tono, pero más tarde atrevióse una a levantar la punta del mosquitero; las otras, por sobre el hombro de su compañera, me atisbaban y sonreían. Cerrando los ojos sobre mi brazo, rechacé la provocación amo-

rosa, con el profundo deseo de libertarme de la lascivia y pedirle a la castidad su refugio tranquilo y vigorizante.

Al amanecer regresaron a la ramada los de la juega. Tendidos en el piso, como cadáveres, disolvían en el sueño la pesadilla de la embriaguez. Ninguno de mis camaradas había venido, y sonreí al notar que faltaban unas pollonas. Mas cuando bajé al puerto para observar el estado de la curiara, vi al Pipa, boca abajo sobre la arena, exánime y desnudo al rayo del sol.

Cogiéndolo por los brazos lo arrastré hacia la sombra, disgustado por su prurito de desnudarse. Aquel hombre, vanidoso de sus tatuajes y cicatrices, prefería el guayuco a la vestimenta, a pesar de mis amenazas y reprensiones. Dejélo que dormitara la borrachera y allí permaneció hasta por la noche. Y rayó el día siguiente y ni despertaba ni se movía.

Entonces, descolgando la carabina, cogí al cacique por la melena y lo hiqué en la grava, mientras que Franco hacía ademán de soltar los perros. Abrazóme el anciano las pantorrillas trabajando una explicación: ¡Nada, nada! Tomando *yagé*, tomando *yagé*....!

Ya conocía las virtudes de aquella planta, que un sabio de mi país ha llamado *telepatina*. Su jugo hace ver en sueños lo que está pasando en otros lugares. Recordé que el Pipa me habló de ella, agradecido de que sirviera para saber con seguridad a qué sabanas van los vaqueros y en cuáles sitios hay cacería. Habíale ofrecido a Franco tomarla presto para inquirir el punto preciso donde estuviera el raptor de nuestras mujeres.

El visionario fue conducido en peso y recostado frente a mí contra un estantillo. Su cara singular y bar-

bilampiña había tomado un color violáceo. A veces babeaba su propio vientre, y, sin abrir los ojos, se quería coger los pies. Entre el lelo corro de espectadores le sostuve la frente con ambas manos.

—Pipa, Pipa, ¿qué ves? ¿Qué ves?

Con angustioso pujido principió a quejarse y saboreaba su lengua como un confite. Los indios me indicaron que sólo hablaría cuando despertara.

Con descreída curiosidad nuevamente dije: ¿Qué ves? ¿Qué ves?

— Un.... ri....o Hom....bresdos.... hombres....

—¿Qué más? ¿Qué más?

—U....n....a.... ca....no....a....

—¿Gente desconocida?

—Uuuh.... Uuuuuh.... Uuuuh....

—Pipa, ¿te sientes mal? ¿Qué quieres? ¿Qué quieres?

—Dor....mir, dor....mir.... dor....

Las visiones del soñador fueron estrafalarias: procesiones de caimanes y de tortugas, pantanos llenos de gente, flores que daban gritos. Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse tras de las nubes, pero la tierra los agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable e incomprensible. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar los barbechos, las llanuras y las ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un sólo ramaje en cerrada urdimbre, cual en los milenios del paraíso, cuando Dios

flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa llena de lágrimas.

Selva profética, selva enemiga! Cuándo habrá de cumplirse tu predicción?

Llegamos a las márgenes del Vichada derrotados por los zancudos. Durante la travesía los azuzó la muerte tras de nosotros y nos persiguieron de día y de noche, flotando en halo fatídico y quejumbroso, trémulos como una cuerda a medio vibrar. Eranos imposible mezquinar nuestra sangre asténica, porque nos succionaban al través de sombrero y ropa, inoculándonos el virus de la fiebre y la pesadilla.

Las que enantes fueron sabanas úberes, se habían convertido en traidoras ciénagas; y con el agua hasta la cintura seguíamos el derrotero de los baquianos, bañada en sudor la frente y húmedas las maletas que portábamos a la espalda, famélicos, macilentos, pernecando en los altiplanos de breña inhóspite, sin hoguera, sin lecho, sin protección.

Aquellas latitudes son inmisericordes en la sequía y en los inviernos. Cierta vez, en La Maporita, cuando Alicia me amaba aún, salí al desierto, a coger para ella un venadillo de pocos días. Calcinaba el verano la estepa tórrida, y las reses, en el fogaje de los calores, trotaban por todas partes buscando agua. En los meandros de árido cauce escarbaban la tierra del bebedero unas vaquillonas, al lado de un caballejo que agonizaba con el hocico puesto sobre el barrial. Una bandada de caricares cogía culebras, ranas y lagartijas, que palpitaban locas de sed entre carroñas de ca-

chicamos y de *chigüires*. El toro, que presidía la grey vacuna, repartía topes con protectora solicitud, por obligar a sus hembras a acompañarlo hacia otros parajes en busca de alguna charca, y mugía arreando a sus compañeras en medio del banco centelleante y pasionaloso.

Empero, una novilla recién parida, que se destapó las pezuñas cavando el suelo, regresó a buscar a su ternerillo por ofrecerle la ubre cuarteada. Echóse para lamerlo, y allí murió. Recogí entonces la débil cría y expiró en mis brazos.

Mas ahora, al caer de unas cuantas lluvias, invertía el territorio su hostilidad: por doquiera, encaramados sobre los troncos, veíanse las *lapas*, los zorros y los conejos sobreaguando en la inundación; y aunque las vacas pastaban en los esteros, con el agua sobre los lomos, perdían sus tetas en los dientes de los caribes.

Por aquellas intemperies atravesamos a pie desnudo, cual lo hicieran los legendarios hombres de la conquista. Cuando al octavo día me señalaron el lejano monte del río Vichada, sobrecojióme intenso temblor y me adelanté con el arma al brazo, esperando encontrar a Alicia y a Barrera en sensual coloquio, para caerles de sorpresa, como el halcón sobre la nidad. Y jadeante y entigrecido me agazapé sobre los barrancos de la ribera.

Nadie! nadie! El silencio, la inmensidad....

A quién podíamos preguntarle por los caucheros? Para qué seguir caminando río arriba sobre la costa

desapacible? Era mejor renunciar a todo, tendernos en cualquier sitio y pedirle a la fiebre que nos matara.

El fantasma impávido del suicidio, que se sigue esbozando en mi voluntad, me tendió sus brazos aquella noche; y permanecí entre mi chinchorro, con la mandíbula puesta sobre el cañón de la carabina. Cómo iría a quedar mi rostro? Repetiría el espectáculo de Millán? Y este solo pensamiento me acobardaba.

Lenta y oscuramente insistía en adueñarse de mi conciencia un demonio trágico. Pocas semanas antes, yo no era así. Ahora los conceptos de crimen y de bondad se compensaban en mis ideas, y concebí el morboso intento de asesinar a mis compañeros, movido por un impulso de compasión. Para qué la tortura inútil, cuando la muerte era inevitable y el hambre andaría mas lenta que mi fusil? Quise libertarlos rápidamente y morir tras ellos. Con la siniestra mano entre mi bolsillo, principié a contar las cápsulas que tenía, escogiendo para mi la mas puntiaguda. Y a cuál debía matar primero? Franco estaba cerca de mí. En la noche lluviosa extendí mi brazo y le tenté la cabeza febricitante.

—«Que quieres? dijo. Por qué le movías el manubrio al winchester? La fiebre me vuelve loco».

Y pulsándome la muñeca me repetía: «Pobre....! Pobre! La tuya tiene más de cuarenta grados. Abrígate con mi ruana para que sudes».

—Esta noche es interminable.

—Apenas serán las dos de la madrugada. Sabes, agregó, que el mulatico puede *rasgarse*? No has sentido cómo se queja? Ha delirado con Sebastiana y con

los rodeos. Dice que tiene el hígado endurecido como una piedra.

—Tuya es la culpa, tuya es la culpa! No quisiste que se quedara. Ardías por verlo morir en el desamparo.

—Supuse que su propósito de regreso obedecía a la aversión que le tiene al Pipa.

—Yo los reconciliaré para siempre.

—Es que Correa le cogió miedo por la amenaza de que va a hacerle algún maleficio. Ha dado en entristecerse cuando escucha cantar un pájaro.

Recordando los filtros de Sebastiana, dije dudoso: ignorancia, superstición!

—Ayer sacó el tiple de la maleta para reponer la clavija rota. Pero al tocarlo empezó a yorar.

—Dime, no habrá moronas de cazabe en tu maletera? Párate, acércate.

—Para qué? Todo se acabó! Cómo me duele que tengas hambre!

—Las pepas de este árbol serán veneno?

—Probablemente. Pero los indios están pescando. Aguardemos hasta mañana.

Y con los ojos llenos de lágrimas, balbucí, desviando el calibre:

—Bueno, bueno! Hasta mañana....!

Los perros comenzaron a manotear en mi mosquito-ro para que abandonáramos el playón. Evidentemente, seguía creciendo el río.

Cuando nos guarecimos en una laja del promonto-

rio. había estrellas sobre los montes. Los perros dieron en ladrar desde los barrancos.

—Pipa, grité, lláma esos cachorros que no dejan trabajar a los pescadores.

—Y me puse a silbarlos lúgubrementemente.

Franco me aclaró que el Pipa andaba con los indios.

Entonces advertimos el reflejo de una linterna que, muy abajo, parecía surcar el agua. Con intermitencia alumbraba y desaparecía, y al amanecer no la vimos más.

Pajarito del Monte y Cerrito de la Sabana llegaron fatigosos con la noticia: «Falca subiendo río. Compañero, siguiéndola por la orilla. Falca picureándose».

El Pipa nos trajo nuevos informes: Era una canoa ligera, con su techo de palmas entretrejidas. Al notar que en la sombra andaban los indios, apagó el candil y cambió de rumbo. Debíamos acecharla y hacerle fuego.

Como a las once del día, remontó a palanca, con gran sigilo, escondiéndose en los rebalses, bajo los guamos. Se empeñaba en forzar un chorro, y, por escaparse al hervidero de un remolino, tocó la costa para que un hombre la cabestreara al extremo de la cadena. Enderezamos hacia el boga la puntería, mientras que Franco le salió al encuentro con el machete. Al instante, el que timoneaba la embarcación, exclamó de pie: «Teniente! mi Teniente! soy Helí Mesa!»

Y saltando a la orilla, se apretaron enternecidos.

Después, al ofrecernos la *yucuta* hecha de mañoco, que parecía salvado grueso, expuso Mesa, repitiéndonos la ración:

—«Qué pecados deben ustedes, que me preguntan por los caucheros? Barrera se ha robado toda la gente y

se la lleva para el Brasil, resuelto a venderla en el río Guainía. A mí también me enganchó hace ya dos meses, pero me le fugué a la entrada del Orinoco, después de matarle a su capataz. Estos dos indiecitos que me acompañan son de Maipures».

Miré estupefacto a mis camaradas, sintiendo un vértigo más horripilante que el de la fiebre. Callábamos cogitabundos y estremecidos. Mesa nos observaba con inquietud. Franco rompió el silencio.

—Díme, con los caucheros va la Griselda?

—Sí, mi Teniente.

—Y una muchacha llamada Alicia? preguntéle con voz convulsa.

—También, también!...

Junto al fogón que fulgía en la arena, nos envolvíamos en el humo, para esquivar la zumbante plaga. Ya sería la media noche cuando Helí Mesa resumió su brutal relato, que escuchaba yo, sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas.

—Si ustedes hubieran visto el caño del Muco el día del embarque, habrían pensado que aquella fiesta no tenía fin. Barrera prodigaba abrazos, sonrisas y enhorabuenas, satisfecho de la mesnada que iba a seguirlo. Los tiples y las maracas no descansaron, y, a falta de cohetes, disparábamos los revólveres. Hubo cantos, botellas y almuerzo a rodo. Luego, al sacar nuevas damajuanas con aguardiente, pronunció Barrera un falaz discurso, empalagoso de promesas y de cariños, y nos suplicó que llevásemos nuestras armas a un solo bon-

go, no fuera que tanto júbilo provocara alguna desgracia. Todos le obedecemos sin protestar.

Aunque estaba yo muy bebido, me siguió la corazonada de que por aquí no hay monte ninguno para organizar una cauchería, y estuve a punto de volverme a buscar mi rancho, a rejuntarme con la indiecita que abandoné. Pero como hasta la niña Griselda me hacía la burla por mis recelos, resolví gritar como todos al embarcarme: Viva el progresista señor Barrera! Viva nuestro empresario! Viva la expedición!

Ya les referí lo que aconteció después de una marcha de pocas horas. El *Palomo* y el *Matacano* estaban acampados con quince hombres en una playa, y cuando arribábamos a la orilla, nos intimaron requisa a todos, diciendo que habíamos invadido territorios de Venezuela. Barrera, que era el director de aquella jugada, nos ordenó: «Compatriotas queridos, hijos amados, no os resistais. Dejad que estos señores esculquen bongo por bongo, para que se convenzan de que somos gente de paz».

Aquellos hombres entraron y no salieron: se quedaron en popa y proa como centinelas. Seguros de que íbamos desarmados, nos mandaron permanecer en un solo sitio, o dispararían sobre nosotros. Y descalabrarón a los cinco que se movieron.

Entonces clamó Barrera que él seguiría adelante, hacia San Fernando del Atabapo, a protestar contra tal abuso y a reclamar del Coronel Fúnes una crecida indemnización. Iba en el mejor bongo, con las mujeres que hemos nombrado y con las armas y provisiones. Y se fue, se fue, sordo a los llantos y a los reproches.

Aprovechando la borrachera que nos vencía, nos lla-

maba el *Palomo* por nuestros nombres y nos amarraba de dos en dos. Desde ese día fuimos esclavos y en ninguna parte nos dejaban desembarcar. Tirábannos el *mañoco* en unas *coyabras*, y, arrodillados, lo comíamos por parejas, como los perros que andan en yunta, metiendo la cara entre las vasijas, porque nuestras manos iban atadas.

En el bongo de las mujeres van los chicuelos, a pleno sol, sin otro recurso que el de mojarse las cabecitas para no morir carbonizados. Parten el alma con sus vagidos, tanto como las súplicas de las madres, que piden ramas para taparlos. El día que salimos al Orinoco, un niño de pechos lloraba de hambre. El *Matacano*, al verio lleno de llagas por las picaduras de los zancudos, dijo que se trataba de la viruela, y, tomándolo de los pies, volteólo en el aire y lo echó a las ondas. Al punto, un caimán lo cogió en la jeta, y, poniéndose a flote, buscó la ribera para tragárselo. La enloquecida madre se lanzó al agua y tuvo igual suerte que la criatura. Mientras que los centinelas aplaudían la diversión, logré zafarme las ligaduras, y, rapándole el *grazt* al que estaba cerca, le hundí al *Matacano* la bayoneta entre los riñones, lo dejé clavado contra la borda, y, en presencia de todos, me tiré al río.

Los cocodrilos se entretuvieron con la mujer. Ningún disparo hizo blanco en mí. Dios premió mi venganza y aquí me tienen!

Las manos de *Helí Mesa* me confortaron. Estrechélas ansiosamente y me transmitían en sus pulsaciones la contracción con que le hincaron al capataz el filudo acero

en la carne viva. Aquellas manos, que sabían amansar la selva, desbravaban también los ríos con el canalete o con la palanca, y estaban cubiertas de rubio vello como las mejillas del ágil joven.

—No me felicite usted, decía; yo debí matarlos a todos!

—Entonces qué objeto tendría mi viaje? le repliqué.

—Tiene usted razón. A mí no me han robado mujer ninguna, pero un simple sentimiento de humanidad me enfurece el brazo. Bien sabe mi Teniente que sigo siendo su subalterno, como en Arauca. Vamos, pues, a buscar a los foragidos y a libertar a los enganchados. Estarán en el río Guainía, en el *siringal* de Yaguanarí. Dejarían el Orinoco por el caño de Casiquiare, y quién sabe qué dueño tengan ahora, porque allá dizque abundan los compradores de hombres y de mujeres. El Palomo y el Matacano eran los socios de Barrera en este comercio.

—Y tú crees que Alicia y Griselda vivan esclavas?

—Lo que sí garantizo es que valen algo, y que cualquier pudiente dará por una de ellas hasta diez quintales de goma. En eso las avaluaban los centinelas.

Me retiré por el arenal hacia mi chinchorro, sombrío de pesar y satisfacción. Qué dicha que las fugitivas conocieran la esclavitud! Qué vengador el latigazo que las hiriera! Andarían por los montes sórdidos, desgreadas y enflaquecidas, portando en la cabeza los calderos llenos de goma, o el tercio de leña verde o los peroles de fumigar. La venenosa lengua del sobrestante las aguijaría con indecencias y no les daría respiro ni siquiera para gemir. De noche dormirían en el tambuco oscuro con los peones, en hedionda promiscuidad,

defendiéndose de pellizcos y manoseos, sin saber quiénes las forzaban y poseían, en tanto que la guardia pasaría número, como indicando el turno a la hombrada lúbrica: Uno!... Dos!... Tres!...

De repente, con el augurio de estas visiones, el corazón empezó a crecerme dentro del pecho hasta postrarme en una impotencia sofocadora. Alicia llevaría en sus entrañas martirizadas al hijo mío? Qué tormento mas inhumano que mi tormento podía inventarse contra hombre alguno? Y caí en un colapso sibilador y mi cabeza echaba sangre bajo mis uñas.

Insensiblemente, reaccioné de perverso modo. Barre la habría dejado para su negocio y para su lecho, porque aquel miserable era muy capaz de tener concubina y vivir de ella. Qué salaces depravaciones, que voluptuosos refinamientos le habría enseñado! Y de haberla vendido, habría hecho muy bien. Diez quintales de caucho la repagaban! Ella por una libra se entregaría!

Quizás no estaba de peona en los siringales, sino de reina en la entablada casa de un empresario, vistiéndole sedas costosas y encajes finos, humillando a sus siervas como Cleopatra, riéndose de la pobreza en que yo la tuve, sin poder procurarle otro goce que el de su cuerpo. Desde su mecedora de raros mimbres, en el corredor de olorosa sombra, suelta la cabellera y amplio el corpiño, vería desfilas a los cargadores con los bultos de caucho hacia las balandras, sudorosos y desgarrados, mientras que ella, rica y ociosa, entre los abanicos de las iracas, apagaría sus ojos en el bochorno, al són de una victrola de blandas voces, sa-

tisfecha de ser hermosa, de ser deseada, de ser impura.

Pero yo era la muerte y estaba en marcha!....

En el rancherío autóctono de Ucuné nos regaló un cacique cazabe fresco y discutió con el Pipa el derrotero que seguiríamos: cruzar la estepa que va del Vichada al caño del Vúa, descender a las vegas del río Guaviare, ir por el Inírida al Papunagua, atravesar un istmo selvoso en busca del Isana murmurador y pedirles a sus corrientes que nos arrojaran al Guainía, de negras ondas.

Este trayecto, que implica una marcha de largos meses, es acaso más corto que la ruta de los caucheros por el Orinoco y el Casiquiare. Carenamos la embarcación con pendare y musgo y nos dimos a navegar sobre las sabanetas enlagunadas, arrodillados unos tras otros en la canoa, en martirizadora incomodidad, con los perros y con los víveres, sacando, por turnos, en una concha, el agua de los oleajes y de las lluvias.

El mulato Correa seguía con fiebres, ovillado entre la curiara, bajo el bayetón llanero que en otros tiempos le sirvió para defenderse de los toros perseguidores. Cuando le oí decir que inclinaba la cabeza sobre su pecho para escuchar un tenaz gorgojo que le iba carcomiendo su corazón, lo abracé con lástima:

—Animo, ánimo! No pareces el hombre que conocí!

—Blanco, esa es la verdá. El que yo era quedó en los yanos.

Quejóseme de que el Pipa quería *apretarle la maturranga*, porque se resistió a prestarle el tiple. Llamé al

marrullero y lo sacudí. «Si vuelves a asustar a este pobre negro con tus mentiras, te amarraré desnudo en un hormiguero».

—No me crea usted de tan mala índole. Cierto que les apreté la maturranga a los fugitivos, pero a este socio se le ha encajado que el malificio fue para él. Puede convencerse de lo que oye: sacó de su mochila un manojo de paja seca, liada con un alambre por la mitad, como si fuera una escoba inútil, y la desenrolló acentuándome este discurso: «Todas las noches la retorció, pensando en el tal Barrera, para que sienta los apretones en la cintura y se vaya adelgazando hasta que reviente. Ah, si yo le pudiera clavar las uñas! Conste, pues, que se salva por los miedos de este mulatito tan ignorante». Y en diciendo esto, arrojó lejos la hechicería.

A veces llevábamos en *quando* nuestra canoa, por las costas de las raudales, y la cargábamos en hombros, como si fuera la vacía caja de un muerto incógnito, a quien íbamos a buscar en remotas tierras.

—Esta curiara parece un féretro, dijo Fidel. Y el mulato sibilino le respondió:

—Bien puée ser pa nosotros mismos.

—Aunque ignorados ríos nos ofrecían pródiga pesca, la falta de sal nos mermó el aliento y los vampiros se sumaron a los zancudos. Todas las noches agobiaban los mosquiteros, dando chillidos, y era indispensable tapar los perros. Alrededor de la hoguera pujaba el tigre, y hubo momentos en que los tiros de nuestras armas atormentaron las hondas selvas, siempre agresivas e interminables.

Una tarde, casi al oscurecer, en las playas del río

Guaviare advertí una huella humana. Alguien había estampado sobre la greda el contorno de un solo pie, enérgico y diminuto, sin que su rastro reapareciera por parte alguna. El Pipa, que cazaba peces con una flecha, acudió a mi llamamiento, y en breve todos mis camaradas le hicieron círculo a la señal, procurando indagar el rumbo que había seguido. Pero Helí Mesa interrumpió la cavilación con esta noticia:

—Hé aquí la huella de la indiecita Mapiripana!

Y esa noche, mientras le daba vueltas a una tortuga en el asador, dió remate a sus polémicas con el Pipa: no me sigas argumentando que ha sido *El Poirá* el que anduvo anoche por estas playas. El Poirá tiene los pies torcidos, y como carga en la cabeza un brasero ardiente, que no se le apaga ni al sumergirse en los resacones, se ve dondequiera el hilo de ceniza que va regando. Que cada uno trace una mariposa en este arenal, con el dedo del corazón, y procure no afligirse por lo que escuche, pues voy a contar la historia de la indiecita Mapiripana.

Sin una palabra, le obedecemos.

«La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de los manantiales y las lagunas. Vive en el riñón de las hondas selvas, exprimiendo las nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en la felpa de los barrancos, para formar las nuevas vertientes que den su tesoro claro a los grandes ríos. Gracias a ella tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas.

Los indios de estas comarcas le tienen miedo, y

ella les tolera la cacería, a condición de que no hagan ruido. Los que la contrarían no cazan nada; y basta fijarse en la arcilla húmeda para comprender que pasó asustando los animales y marcando la huella de un solo pie, con el talón hacia adelante, como si caminara retrocediendo. Siempre lleva en las manos una parásita, y fué quien usó primero los abanicos de la palmera. De noche se la siente gritar en las espesuras, y en los plenilunios costea las playas, navegando sobre la concha de una tortuga, tirada por los *bufeos*, que mueven sus aletas al són del canto.

En otros tiempos vino a estas latitudes un misionero, que se emborrachaba con el jugo que dan las palmas y dormía en el arenal con indias impúberes. Como era enviado del cielo a derrotarla superstición, esperó que la indiecita Mapiripana bajara cierta noche de los remansos del río Chupave, para enlazarla con el cordón del hábito oscuro, y quemarla viva, como a las brujas. En un recodo de estos playones, talvez en esa arena donde ustedes están sentados, veíala robarse los huevos del *terecay*, y advirtió al fulgor de la luna llena que tenía un vestido de telarañas y la apariencia de una viudita todavía joven. Con lujurioso afán empezó a seguirla, y se le fue escapando entre las tinieblas, y llamábala con premura, y el eco engañoso le respondía; y así lo fue internando en las soledades hasta dar con una caverna donde lo tuvo preso por muchos años.

Para castigarle el pecado de la lujuria, le chupaba los labios hasta rendirlo, y el infeliz, perdiendo su sangre, cerraba las pupilas para no verle el peludo rostro, semejante al de los monos orangutanes. Ella, a los po-

cos meses, resultó encinta y tuvo dos mellizos aborrecibles: un vampiro y una lechuza. Desesperado el misionero porque engendraba seres odiosos, se fugó de la cueva infame, pero sus propios hijos lo persiguieron, y de noche, en dondequiera que se escondía, lo sangraba el vampiro revolador y la lucífuga lo reflejaba, encendiendo sus ojos parpadeadores, como lamparillas de vidrio verde.

Al amanecer proseguía la marcha, dando al flácido estómago alguna ración de frutas y de *palmuto*. Y desde la que hoy se conoce con el nombre de Laguna Mapiripana, anduvo por tierra, salió al Guaviare, por aquí arriba, y, desorientado, remontó el río en una canoa que halló clavada en un varadero; pero le fue imposible vencer el chorrerón de Mapiripán por que la indiecita había enfurecido el agua, metiendo en la corriente piedras enormes. Descendió luego a la hoya del Orinoco y fue atajado por los raudales de los Maipures, obra endemoniada de su enemiga, que hizo también los saltos del Isana, del Inírida y del Vaupés. Viendo perdida toda esperanza de salvación, regresó a la cueva, guiado por los foquillos de la lechuza, y al llegar vio que la indiecita le sonreía en su columpio de floridas enredaderas. Postróse para pedirle que lo defendiera de su prole, y cayó sin sentido al escuchar esta cruel amonestación: «¿Quién puede librar al hombre de sus propios remordimientos?»

Desde entonces se entregó a la oración y a la penitencia, y murió demacrado y envejecido. Antes de la agonía, en su mísero lecho de hojas y líquenes, lo halló la indiecita echado de espaldas, agitando las manos en el delirio, como para coger en el aire a su pro-

pia alma; y ya cuando la muerte le dio su beso, quedó revolando entre la caverna una mariposa de alas azules, inmensa y luminosa como un arcángel, que es la visión final de los que mueren de fiebres en estas zonas».

Nunca he conocido pavora igual a la de aquel día en que sorprendí a la alucinación entre mi cerebro. Por más de una semana viví orgulloso de la lucidez de mi comprensión, de la sutileza de mis sentidos, de la finura de mis ideas: me sentía tan dueño de la vida y de mi destino, hallaba tan fáciles soluciones a sus problemas, que me creí predestinado a lo extraordinario. La noción del misterio surgió en mi sér. Gozábame en sojuzgar a la fantasía y me desvelaba noches enteras, queriendo saber qué cosa es el sueño y si está en la atmósfera o en las retinas.

Por primera vez mi desvío mental se hizo patente en el fosco Inírida, cuando oí que las arenas me suplicaban: «No pises tan recio, que nos lastimas. Apíadate de nosotras y lánzanos a los vientos, que estamos cansadas de ser inmóviles».

Las removí con febril braceo, y me envolvió la nube de polvo, y Franco tuvo que sujetarme por el vestido porque no me arrojara al agua al escuchar las voces de las corrientes: «Y para nosotras no hay compasión? Cógenos en tus manos, para olvidar este movimiento, ya que la arena impía no nos detiene y le tenemos horror al mar».

Apenas toqué las ondas, se aclaró mi conocimiento y comencé a sufrir la injusticia de que mi propio sér me causara espanto.

A veces, por distraer la preocupación, empuñaba los remos hasta morirme, procurando indagar en las miradas de mis amigos el estado de mi salud. Con frecuencia los sorprendía haciéndose guiños de desconsuelo, pero me estimulaban con esta frase: «No te fatigues mucho: hay que saber lo que son las fiebres».

Sin embargo, yo comprendía que se trataba de algo más grave y hacía esfuerzos poderosos de sugestión para convencerme de mi cordura. Enriquecía mis discursos con temas nuevos, resucitaba en la memoria versos antiguos, complacido de la viveza de mi razón, y me hundía luego en letárgicas lasitudes que terminaban de esta manera: Franco, dime por Dios, si me has oído algún disparate.

Poco a poco mis nervios se restauraron. Una mañana desperté alegre y me puse a silbar un aire de amor. Más tarde, me tendí sobre las raíces de una caoba, y, de cara a las frondas reverdecidas, me burlé de la enfermedad, achacando a la neurastenia mis pretéritas aprensiones. Mas de pronto empecé a sentir que me estaba muriendo de catalepsia. En el vahído de la agonía me convencí de que no soñaba. Era lo fatal, lo definitivo, lo irremediable! Quería quejarme, quería moverme, quería gritar, pero la rigidez me tenía cogido y sólo mis cabellos se alborotaban con la premura de las banderas en el naufragio. El hielo me penetró por las uñas de entrambos pies, e iba ascendiendo implacablemente, como el agua que invade un terrón de azúcar; y mis nervios se iban cristalizando, y retumbaba mi corazón en su caja vítrea y el globo de mi pupila relampagueó al endurecerse.

Aterrado, aturdido, noté que mis clamores no herían

el aire; eran ecos mentales que se apagaban en mi cerebro sin emitirse, como si estuviera reflexionando. Mientras tanto, seguía la lucha tremenda de mi voluntad con el cuerpo inmóvil. A mi lado estaba una sombra con la guadaña y principió a esgrimirla en el viento, a la altura de mi cabeza. Despavorido, esperaba el golpe, más la muerte manteníase irresoluta, y levantando un poco el astil lo descargó a plomo sobre mi cráneo. La bóveda parietal, a semejanza de un vidrio leve, retintineó al resquebrajarse y sus fragmentos resonaron en lo interior, como las monedas en la alcancía.

Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores este anatema:

«Picadlo, picadlo con vuestro hierro, para que comprenda lo que es el hacha en la carne viva! Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!»

Por si el bosque entendía mis pensamientos, le dirigí esta meditación: Mátame, si quieres, que aun estoy vivo!

Y una charca podrida me replicó: Acaso mis vapores están ociosos?

Pasos indiferentes avanzaron en la hojarasca. Franco llegó sonriendo y con la yema del dedo índice me tentó la pupila extática. «Estoy vivo, estoy vivo! le gritaba dentro de mí. Pón el oído sobre mi pecho para que escuches las pulsaciones».

Extraño a mis súplicas mudas, llamó a mis compañeros, para decirles, sin una lágrima: «Abrid la sepultura, porque está muerto. Era lo mejor que podía pasarle». Y sentí con angustia desesperada los golpes de la pica en el arenal.

Entonces, en un esfuerzo superhumano, pensé al morir:

Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron cuenta de que yo tenía corazón!

Moví los ojos. Resucité! Franco me sacudía:

—No vuelvas a dormir sobre el lado izquierdo, que das alaridos aterradores.

Pero yo no estaba dormido! No estaba dormido!

Los maipureños que vinieron del Vichada con Helí Mesa parecían mudos. Adivinar la edad que tenían era empresa tan aleatoria como calcularles los años a los *careyes*. Ni el hambre, ni la fatiga, ni las mayores contrariedades alteraron el pasivo ceño de su indolencia. A semejanza de los ánades pescadores que exhiben en la playa su gris pareja, acordes en el vuelo y en el descanso, siempre juntos, siempre señeros y siempre amigos, andaban uno tras otro aquellos indios, entendiéndose a medias voces y apartándose de nosotros en las quedadas, para acomodarse en mellizo grupo a sorber el pocillo de la yucuta, después de cumplir sus obligaciones con la candela, con las puyas de pescar o con los guarales.

Nunca los vi mezclarse con los guahibos de Macucana ni celebrarle al Pipa sus historietas y carantoñas. Ni pedían ni daban nada. El Catire Mesa era su intermediario y con él sostuvieron concisos diálogos, exigiendo la entrega de la curiara —que era su única hacienda— pues querían volver a su río.

—Ustedes deben acompañarnos hasta el Isana.

—No podemos.

—Sepan entonces que la canoa no la entregamos.

—No podemos.

Cuando entrábamos al Inírida, el mayor de ellos me encareció, en el tono mixto de la súplica y la amenaza: «Déjanos regresar hacia el Orinoco. No remontes estas aguas que son malditas. Arriba, caucherías y guarniciones. Trabajo duro, gente maluca, matan los indios».

Esto nos confirmaba viejos informes que nos dio el Pipa, para que desistiéramos de acercarnos a las barracas del Guaracú.

Por la tarde, hice que Franco los interrogara más ampliamente, y, aunque remisos al cuestionario, dijeron que en el istmo del Papunagua vivía una tribu cosmopolita, formado por muchos prófugos de siringales desconocidos, hasta del Putumayo y del Ajajú, del Apoporis y del Macaya, del Vaupés y del Papurí, del Ti-Paraná (río de la sangre) del Tui-Paraná (río de la espuma), y tenían correderos entre la selva, para cuando fueran patrullas armadas a perseguirlos; que desde años atrás unos guyaneses de poca monta establecieron un fábrica cerca al Isana, para ir avasallando a los fugitivos, y lo administraba un corso llamado *El Cayeno*; que debíamos torcer el rumbo de nuestra marcha, porque si dábamos con los prófugos nos tratarían como a enemigos; y si topábamos las barracas nos pondrían a trabajar por todo el resto de nuestra vida.

Destiñóse en las aguas el postrer lampo. Oscureció. Encontradas preocupaciones me combatían con el desvelo. Aquella noticia, real o inventada, me puso triste. En los montes se espesaba la oscuridad. ¿Qué acontecimientos se cumplirían con mi presencia más allá de esas mudas sombras?

Hacia la media noche, sentí ladridos y palabras enardecidas. Frente a la canoa se destacaba el corrillo discutidor.

—«Mátalo! Mátalo», decía Mesa. Franco me llamó a gritos. Acudí presuroso, puñal en mano.

—Estos bandidos iban a largarse con la canoa. Querer botarnos en estas selvas, a morir de hambre! Dicen que el Pipa les formó el plan.

—Quién me calumnia? Eso no es posible! Seré yo capaz de malos consejos?

Los maipureños le argumentaron tímidamente:

—Nos rogaste embarcar tu cama y dos carabinas.

—Confusión lamentable! Yo les propuse que se fugaran por conocerles las intenciones. Dijeron que no. Resulta que sí. No haberlos denunciado de cualquier modo! No poderles clavar las uñas!

Cortando la discusión, decidí flagelar al Pipa y encomendé la tarea a sus mismos cómplices. Culebréabase el hombre más que los látigos, e imploraba clemencia con sus plañidos y hasta llegó a invocar el nombre de Alicia. Por eso, cuando le saltó la primera sangre, lo amenacé con tirárselo a los caribes. Entonces aparentó que se desmayaba, ante el pasmo angustioso de guaibos y maipureños, a quienes advertí, enfáticamente, que en lo sucesivo dispararía sobre cualquiera que se levantara de su chinchorro sin dar el aviso reglamentario.

Las semanas siguientes las malgastamos en domeñar raudales furiosos. Mas cuando creíamos escaladas todas las torrenteras, nos trajo el eco del monte el fragor de otro rápido turbulento, que batía a lo lejos su espuma brava como un gallardete sobre las piedras. Con

zumbadora rapidez se enarcaba el agua, provocando una onda de viento que remecía los ramajes de los bambúes y hacía vacilar el iris en los peñascos, con un bamboleo de arcada móvil sobre las nieblas del hervidero.

A lo largo de ambas orillas se erguía en fragmentos el basalto del cerro que rompió el río—tormentoso torrente en estrecha gorja—y a la derecha, como un brazo que el peñón les tendía a los vórtices, sobreaguaba la hilera de rocas máximas con su serie de cascadas resplandecientes. Era preciso forzar el paso del lado zurdo porque los cantiles no permitían sacar en peso la audaz curiara. Acostumbrados a vencer en estas maniobras, la tirábamos de 'a cuerda por la cornisa de un voladero, pero al dar con el triángulo de las rocas empezó a dar bandazos y cabezadas en el torbellino ensordecedor, falta de lastre y de timonel. Helí Mesa, que dirigía el trajín titánico, montó el revólver al ordenar a los maipureños que descendieran por una laja y ganaran de un salto la embarcación para palanquearla de popa y proa. Los briosos nativos obedecieron, y dentro del leño resbaladizo, que zigzagueaba sobre la espuma, forcejearon por impelerlo hacia la chorrera; mas de repente, al reventarse de las amarras, la canoa retrocedió sobre el tumbo trágico, y antes que pudiéramos dar un grito, el embudo rugiente los sorbió a todos.

Los sombreros de los dos náufragos quedaron girando en el remolino, bajo el iris que abría sus pétalos como la mariposa de la indiecita Mapiripana.

La visión frenética del naufragio me sacudió vigorosamente con una ráfaga de belleza. El espectáculo

fue magnífico. La muerte había escogido una forma nueva contra sus víctimas, y era de agradecerle que nos matara sin verter sangre, sin dar livores repulsivos a los cadáveres. ¡Bello morir el de aquellos hombres, cuya existencia apagóse súbitamente, como una brasa entre las espumas, al través de las cuales subió el espíritu haciéndolas hervir con rumor de júbilo!

Mientras corríamos por la laja del arrecife a tirar el cable de salvamento, en el ímpetu de un apoyo generoso pero tardío, pensaba yo que cualquier maniobra que acometiéramos aplebeyaría la imponentia de la catástrofe; y, con los ojos fijos en la escollera, sentía el temor dañino de que los náufragos sobreaguaran, muertos e hinchados, a mezclarse en la danza de los sombreros. Mas ya el vellón espumante y leve había borrado con oleadas definitivas la última huella de la desgracia.

Impaciente por la insistencia de mis amigos, que, expectantes rondaban de piedra en piedra, grité imperioso:

—Franco, tú eres un necio! Cómo pretendes salvar aún a quienes murieron de un solo golpe? Qué beneficio les brindarías si se salvaran? Déjalos ahí, déjalos ahí, si es que no les envidias su hermosa muerte!

Franco, que recogía desde la margen pedazos de tablones de la curiara se armó con uno de ellos para golpearme. «Nada te importan tus compañeros? Así nos pagas? Jamás creí que fueras tan inhumano, tan detestable!»

Yo, en el estallido de aquella cólera, permanecía perplejo, desconcertado. Tuve vagas nociones de mi deber y busqué con los ojos la carabina. Por sobre el

eco de los torrentes me herían las palabras de la agresión, que Franco seguía emitiendo a gritos, al par que manoteaba frente a mi rostro. Jamás había conocido yo una iracundia tan elocuente, tan tumultuosa. Habló de su vida sacrificada por mi capricho, habló de mi ingratitud, de mi carácter voluntarioso, de mi rencor. Ni siquiera había sido leal con él cuando pretendí disfrazarle mi condición en la Maporita: decirle que era hombre rico cuando la penuria me denunciaba como un herrete; decirle que era casado cuando Alicia revelaba en sus actitudes la indecisión de la concubina! Y celarla como a una santa, después de haberla pervertido y encanallado! Y desgañitarme porque otro se la llevaba, cuando yo, al raptarla, la había iniciado en esos caminos! Y seguirla buscando por el desierto cuando en las ciudades vivían aburridas de su virtud otras mujeres de índole dócil y hermosa estampa! Y arrastrarlos a ellos en la aventura de un viaje horrendo para alegrarme de que murieran trágicamente! Todo porque era yo un desequilibrado tan impulsivo como teatral!

Esta última frase me hizo el efecto de un martillazo. Yo desequilibrado! Por qué? Por qué? Me apresuré a devolver el golpe y fui feliz en la acometida.

—Franco, no seas estúpido! En dónde está mi desequilibrio? Lo que voy haciendo yo por Alicia lo hiciste ahora tiempos por la Griselda! Crees que no lo sabía? Por ella asesinaste a tu Capitán!

Y para ofenderlo con más ahinco, agregué, parodiando un concepto célebre: no está lo malo en tener querida sino en casarse con ella!

Mientras distendía mis risotadas sobre el sarcasmo,

apoyóse Franco en la roca enhiesta. Hubo un instante en que creí que fuera a caer. Mi voz lo había traspasado como una lanza. Entonces escuché revelaciones desconcertantes:

«Yo no le dí muerte a mi Capitán. Lo apuñaló la Griselda misma. Aquí está el Catire Mesa, que fue a buscarme con el aviso. Es verdad que en la sala oscura hice varios tiros, sin saber cómo. Mi propia mujer me quitó el revólver y encendió luz, advirtiéndome con frase heroica: «Este la había apagado para venírseme por las malas, y aquí lo tienes». Se estaba revolcando en su propia sangre!

«Por culpable que fuera, la mujer se había redimido con su bravura. Le quité el puñal y me entregué preso, declarando ser el autor de todo. Pero el Capitán evitó el escándalo. No acusó a nadie!

«Digan éstos que están aquí cómo me expoliaba el Juez de Orocué. Quiso sumariar mi amancebanamiento y vaciló ante la idea de que pudiéramos ser casados. Por eso Griselda, que es mujer viva, no perdía ocasión de predicar nuestro matrimonio. En esa mentira se apoyó nuestra conveniencia. Juro que lo que oyes es la verdad!»

Tan gran sorpresa me causaron aquellos hechos, que sentía el mareo de la confusión y la incertidumbre. Fidel seguía desnudando su corazón e iba descubriéndome dramas íntimos, penas de hogar, hastíos de convivencia con la homicida, proyectos de una anhelada separación. Todos los días cultivó el deseo de que la mujer lo dejará solo, ahorrándole así la vergüenza de abandonarla sin un motivo justificable. Mas ella, por desgracia, no le era infiel, y de tal manera se dió a aten-

derlo y considerarlo, que lo ligó indestructiblemente con una lástima cariñosa, superior a cualquiera falta o al peor desvío. Para ella había organizado, a fuerza de sudores, la fundación de La Maporita. Quería dejarle un pasar mediano, mientras prescribía la desertión y podía regresar a Antioquia. Mas cuando se dio cuenta de que Barrera la enamoraba se encendió en celos. Tal vez sin mi ejemplo perjudicial se hubiera resignado a dejarla libre; pero yo le contagié mi furor nefario y ahora seguía mis pasos hacia el desastre. Y ya era imposible la reflexión. Ya no podía volver atrás. Ni viva ni muerta admitiría a la desertora; pero tampoco iba a hacerle daño. En verdad no sabía qué hacer!

No guardo otra memoria de su discurso, porque aunque lo oía, no lo escuchaba. El velo del pasado se abrió a mis ojos. Olvidados detalles se esclarecieron y me di cuenta de circunstancias inadvertidas. ¡Con razón la niña Griselda quería emigrar! Con razón elevó sus aullidos de consternada el día que empuñé mi cuchillo contra Millán, por impedir que le arrebatara la mercancía a don Rafael! El relampagueo del arma lúcida le representaría la escena trágica, cuando sobre la sangre del seductor encendió la vela y lanzó su frase: «Quiso venírseme por las malas, y aquí lo tienes». Recordé asimismo sus sentencias contra los hombres y hasta el estribillo con que sabía morigerar mis atrevimientos: «Sino has de yevarme, no seás indino! Que tás pensando? Con voz he sido mujer *chancera*, pero con otros.... me hice valé!» Y, estremecida, descargaba el puño sobre mi pecho como para clavarme el hierro mortal.

Y de esa mujer sonriente y salvaje había hecho Ali-

cia su asesora, su confidenta. En su alma inexperta y reconcentrada se iba desarrollando un carácter nuevo, bajo la influencia perniciosa de tal amiga. Pensando talvez que yo la repudiaría en cualquier momento, puso su esperanza en el amparo de la patrona, a quien imitaba hasta en sus defectos, sin admitir mis reconvencciones, para darme a entender que no estaba sola y que podía yo abandonarla cuando quisiera.

Cierta vez la niña Griselda, en ausencia mía, le daba clases de tiro al blanco. Sorprendílas con el revólver casi vacío y permanecieron tan impasibles como si estuvieran con la costura.

—Que es esto, Alicia? A tal punto has perdido la timidez?

Sin responderme, encogiéndose de hombros, pero su compañera exclamó sonriendo:

—Es que las mujeres debemos saber de tóo! Ya no hay garantía ni con los maríos.

Helí Mesa vino a interrumpir mi meditación con este consejo: Una amistad como la de ustedes resiste choques! Esta discusión no tiene importancia. Las manos del Teniente no se han manchado. Puede estrecharlas.

Mientras oprimía las de Fidel, le ordené al Catire:

—Dáme también las tuyas, que se mancharon por justicieras!

El Pipa y los guahibos se fugaron aquella noche.

«Amigos míos, faltaría a mi conciencia y a mi lealtad si no declarara en este momento, cual lo hice anoche, que sois libres de seguir vuestra propia estrella, sin que la suerte mía os detenga el paso. No penséis en

mi vida sino en la vuestra. Dejadme solo, que mi destino desarrollará fatalmente su trayectoria. Aún es tiempo de regresar a donde queráis. El que siga mi ruta, va con la muerte.

Si insistís en acompañarme, que sea corriendo el mundo por cuenta propia. Seremos solidarios por la amistad y el común provecho; pero cada quien afrontará su destino por separado. De otra manera, no aceptaré vuestra compañía.

Decís que desde la boca de estas corrientes en el Guaviare solo se gasta media jornada en salir al pueblo de San Fernando. Si no teméis que el Coronel Fúnes os pueda prender como sospechosos, desandad las orillas de estos raudales, haceos una balsa de plataniños y dejadla rodar hacia el Atabapo. Vuestra despena estará en los montes: Ya conocéis las palmas de seje y las de manaca.

Por mi parte, solo os demando que me ayudéis a ganar la contraria margen. Según aseveraban los mai-pureños, el Papunagua extiende su delta a pocos kilómetros de este salto y allí los indios *puinaves* tienen bohíos. Con ellos quiero atreverme hasta el río Guainía. Y ya sabéis lo que voy a hacer, aunque parezcan cosas de loco».

Así amonesté a mis compañeros esa mañana que amanecimos en el Inírida abandonados sobre unas rocas.

Fue el Catire Mesa el que habló por todos al responderme:

—Los cuatro formaremos un solo hombre. No hemos nacido para reliquias. A lo hecho, pecho!

Y me precedió por la orilla abrupta, buscando el

punto mejor para aventurarnos en travesía, sin llevar otro equipo que las carabinas y los chinchorros.

Yo tuve claramente desde aquel día el presentimiento de lo fatal. Todas las desgracias que han sucedido se me anunciaron en ese instante. Apesar de ello, avancé indomable por la playa arriba, mirando a veces, con afán íntimo, la sombría costa del lado opuesto, con la certeza de que mis plantas no volverían a pisar nunca el suelo de las zonas que recorrían. Cuando mis ojos encontraban los de Fidel, sonreíamos silenciosos.

—Mejor que el Pipa se picuriara, exclamó Correa. Ese bandío repelente y endemoniao era peligroso. ¡Cómo fregó con la cantaleta de que saliéramos al Guainía, por el arrastraero del rio Nauquén. Tóos estos montes le metían mieos! Pero más el Coronel Fúnes.

—Dices bien, le repuse yo. Siempre temía que en cualquier raudal saliera a atacarnos la indiada prófuga que se guarece en este desierto, donde los chorros y la espesura son sus defensas.

—Y dále que dále con la *fregancia* de que veía humos sobre los riscos. Y no admitía que eran vapores de otras cascáas.

—Pero es innegable que ha andado gente por estos rumbos, observó Helí. Miren esa poyata de aquel remanso: espinas de pescado, fogones, cáscaras.

—Algo más raro aún, replicó Franco. Latas de salmón, botellas vacías. No se trata de indios únicamente. Estos son gomeros recién entrados.

Al escuchar aquellas palabras, pensé en Barrera. Mas afirmó el Catire, cual si adivinara mis pensamientos:

—Tengo plena evidencia de que nuestra gente está en el Guainía. Por lo demás, los rastros son pocos. No han pisoteado veinte personas este arenal y todas las huellas son de pies grandes. Estos han sido venezolanos. Conviene tirarnos a la otra orilla para ver qué señas se topan. En la línea oscura de aquellos montes se advierte un claro. Esa será la entrada del Papunagua.

Aquella tarde, semi-acostados en una balsa y braceando en la espuma a falta de remos, nos dejó el rio impulsarla hacia opuesta riba, sobre la onda apacible que teñía el sol.

— Mi dureza contra el vigía resultó bestial. Lo hubiera matado al menor intento de resistencia. Cuando descendía con trémulos pies los escalones del palo oblicuo que le servía de escalera al zarzo, lo empujé para que cayera; y luego, al verlo de bruces, inofensivo y atolondrado, lo agarré por el pelo para saber qué cara tenía. Era un anciano de alta estatura, que me miraba con ojos tímidos y elevaba los brazos sobre la frente por impedir que lo macheteara. Sus labios se estremecían con el balbuceo de algunas súplicas: Por Dios! No me mate usted, no me mate usted!

Al escuchar tal imploración, percibiendo la semejanza que la ancianidad venerable pone en los hombres, me acordé de mi anciano padre y con alma angustiada abracé al cautivo para levantarlo del suelo donde yacía. En mi propio sombrero le ofrecí agua. Perdone, le dije; no me había dado cuenta de su vejez.

Mientras tanto, mis compañeros, que sitiaban el ba-

rracón para garantizar el asalto mío, saquearon el zárzo, antes que pudiera yo contenerlos. Persona alguna se hallaba ahí. Bajaron con la carábina del prisionero.

—De quién es este máusser? le gritó Franco.

—Mío, señor, dijo el aludido con voz cortada.

—Y qué hace usted aquí armado de máusser?

—Me dejaron enfermo hace varios días....

—Usted es centinela de los raudales! Y si lo niega, lo fusilamos!

El hombre, vuelto hacia Franco, quería postrarse:

—Por Dios, no me mate! Piedad de mí!

—Donde están, pregunté, las personas que lo dejaron?

—Se fueron antier para el alto Inírida.

—Qué cadáveres han guindado sobre las barrancas que dan al río?

—Cadáveres?

—Sí, señor, sí, señor! Los encontramos esta mañana porque los zamuros los denunciaron. Cuelgan desnudos de dos palmeras, amarrados con alambres por las mandíbulas.

—Es que el Coronel Fúnes vive en guerra con el Cayeno. Hace una semana que los vigías vieron remontar una embarcación. Y como el Cayeno tiene correos, le llegó el aviso al siguiente día. Trajo desde el Isana un personal de veinticinco hombres y asaltó a los navegantes.

—Esa embarcación, repuso al Catire, fue la de las huellas en los playones. Esos eran los humos que observó el Pipá.

—Díganos usted qué gente era esa.

—Unos cuantos secuaces del Coronel, que venían de

San Fernando a robar caucho y a cazar indios. Todos murieron. Y es costumbre colgarlos para escarmiento de los demás.

—Y el Cayeno dónde se halla?

—Hace lo que los otros venían a hacer.

El viejo agregó después de una pausa:

—Y la tropa de ustedes, en dónde está? Por dónde vino sin que la vieran?

—Una parte esculca los montes; otra, ya remonta el río Papunagua. El Cayeno asesinó nuestra descubierta mientras forzábamos los raudales.

—Señor, dígame a su gente que si encuentra tambores desiertos no coma del mañoco que en ellos haya. Ese mañoco tiene veneno.

—También los mapires que están aquí?

—También. El mañoco que sirve lo tengo oculto.

—Tráigalo, y coma usted en presencia nuestra.

—Cuándo el anciano se movió para obedecerme, le miré las canillas llenas de úlceras. Dióse cuenta de mis miradas y con acento humilde me encareció: Abran ustedes mismos aquel mapíre. Verdaderamente, provoqué asco.

Y al recibir la afrechosa harina que le ofreció el mulato en una totuma, empezó a comerla confiadamente, pero sin poder ocultar sus lágrimas.

Por reanimarlo un poco, le dije suave: No se aflija usted si la vida es dura. Déjenos comer de sus provisiones. Usted es alguien! Ya seremos buenos amigos.

Aquella noche se incendiaba la sombra con los relámpagos y la selva crujía con rumores tétricos. Has-

ta cuando el viento lluvioso apagó la hoguera, estuve escuchando la conversación de mis camaradas con el inválido; pero me vencía un pesado sueño y perdí la hilación de la conferencia. El viejo se llamaba Clemente Silva y decía que era pastuso. Diez y seis años había vagado por esos montes, trabajando como cauchero, y no tenía un solo centavo.

En un momento que desperté, decía en el tono explícito de quien hace constar un favor plausible:

—Yo ví las avanzadas que traen ustedes. Venían tres nadadores cruzando el río. Temeroso de que el Cayeno regresara, callé el aviso. Y hoy cuando había resuelto coger la trocha....

—Hola, exclamé, enderezándome en el chinchorro. Cuántas personas ha visto usted? Y cuándo las vio?

—Tengo seguridad de lo que les digo: Tres nadadores, hace dos días. Serían las siete de la mañana. Por más señas, traían sus ropas amarradas en la cabeza. Ha sido milagro que el Cayeno no los topara. Pasan tantas cosas en este infierno....

—Buenas noches. Sé quienes son. No conversemos más.

Así dije, para evitar posibles indiscreciones de mis amigos. Pero ya no pude dormir, pensando en el Pipa y en los indios. Ante los peligros que nos rodeaban me sentía nervioso y alicaído; mas formé la resolución de acabar con aquella vida de sobresaltos, sucumbiendo de cualquier modo, con mis rencores y mi capricho, antes que cejar ante la impotencia de mis propósitos. Por qué don Clemente Silva no me dió un tiro, si con esa ilusión penetré en el tábmo? Por qué el Cayeno se retardaba con las cadenas y los tormentos? Ojalá me

guindara de cualquier árbol, donde el sol pudriera mis carnes y el viento me agitara como un péndulo de infortunio!

—Dónde está don Clemente Silva?, le pregunté al Catire Mesa apenas amaneció.

—Lavándose la cara allí en la zanjita.

—Y por qué lo dejaron solo? Si se fugara....

—No hay ningún temor: Franco anda con él. Toda la madrugada estuvo quejándose de la pierna.

—Y qué opinas tú de ese pobre viejo?

—Es nuestro paisano y aún no lo sabe. Creo que se le debe confesar todo y pedirle que nos ayude.

Cuando bajé a la fuente me enternecí al ver que Fidel le lavaba las llagas al afligido. Este, al sentir mis pasos, avergonzose de su miseria y alargó sus calzones hasta el tobillo. Con turbado acento contestóme los buenos días.

—Esas lacraduras de que provienen?

—Ay, señor, parece increíble. Son picaduras de sanguijuelas. Por vivir entre el fango picando goma, esa maldita plaga nos atosiga, y, mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él. La selva se defiende de sus verdugos y al fin el hombre queda vencido.

—A juzgar por usted, el duelo es a muerte.

—Eso sin contar los zancudos y las hormigas. Está la *veinticuatro*, está la *tambocha*, tan venenosas como escorpiones. Algo peor todavía: la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino de zarza-mora, y la codicia quema como la fiebre. La ambición de riquezas sostiene al cuerpo desfallecido y

el olor del caucho da la locura de los millones. El peón suda y trabaja con el deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y a emborracharse meses enteros, sostenido por la evidencia que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas por procurarle aquellos placeres, como él lo hizo para su amo en pasados tiempos. Solo que la esperanza va mas despacio que la ambición y el beri-berí es un mal amigo. En el desamparo de las estradas muchos sucumben de calentura, abrazados al árbol que mana leche, pegando sus bocas a la corteza, para calmar, a falta de agua, la sed de la fiebre con caucho líquido; y allí se pudren como las hojas, roídos por las ratas y las hormigas, únicos millones que les llegaron, después de muertos.

El destino de otros, no es tan precario: a fuerza de ser crueles se convierten en capataces, y esperan cada noche, con libro en mano, a que llegue el personal de trabajadores a entregar la goma extraída para ir haciéndoles los abonos. Nunca quedan contentos con el trabajo y el berrenque es medida de su disgusto. Al que trajo diez litros, le apuntan menos, y de esta suerte van enriqueciendo su contrabando y lo venden con gran reserva al empresario de otra región, o lo entierran para cambiarlo por licores y mercancías al primer *chuchero* que visite los siringales. Por su parte, algunos peones hacen lo propio. La selva, por destruirlos, les arma el brazo, y se roban y se asesinan, a favor del secreto y la impunidad, pues no hay noticia de que los árboles hablen de las tragedias que provocaron.

—Y usted por qué soporta tantas desdichas?, clamé indignado.

—Ay, señor, la desgracia lo anula a uno.

—Y por qué no se vuelve para su tierra? Qué podemos hacer para libertarlo?

—Gracias, señor.

—Por ahora, es preciso curar sus llagas. Permita que yo mismo le haga remedios.

Y aunque el viejo, asombrado, se resistía, remanguéle hasta la corva los pantalones y me arrodillé para examinarlo.

—Fidel, estás ciego? En estas úlceras hay gusanos!

—Gusanos! Gusanos!

—Sí, hay que buscar *otora* para ponerles.

El viejo repetía con voz quejosa:

—Será posible? Que humillación! Gusanos, gusanos! Y fue que un día me quedé dormido y los moscones me sorprendieron!

Cuando lo condujimos a la barraca murmuró aún:

—Engusanado, engusanado y estando vivo!

Ha de saber usted, le dije esa tarde, que soy por idiosincracia el amigo de los débiles, de los tristes. Aunque supiera que usted iba a traicionarnos mañana mismo, sería respetada la invalidez en que vive hoy. No sé si tengan crédito mis palabras, pero piense que podríamos ultimarle sin riesgo alguno, sólo por ser cómplice de un bandido como el Cayeno. Me ruega usted que le diga a dónde queremos llevarlo preso y si le permito lavar sus trapos para morir con la ropa

limpia; pues bien, ni lo mataremos ni lo apresamos. Antes, le pido que se encargue de nuestra suerte, porque somos paisanos suyos y estamos solos.

El anciano púsose en pie, para convencerse de que no soñaba. Sus ojos incrédulos y alelados nos medían con insistencia, y, tendiendo las manos hacia nosotros, exclamó trémulo:

—Sois colombianos! Sois colombianos!

—Como lo oye, y amigos suyos.

Paternalmente nos fue estrechando contra su pecho, sacudido por la emoción. Después quiso hacernos muchas preguntas en que promiscuaba temas diversos, acerca de la patria, de nuestro viaje, de nuestros nombres. Pero yo interrumpílo de esta manera:

—Ante todo, jure usted que contaremos con su lealtad.

—Lo juro por Dios y por su justicia!

—Muy bien. Pero qué piensa hacer con nosotros? Cree usted que el Cayeno nos matará? Sera necesario matarlo a él?

Y agregué para ayudarlo en su desconcierto:

—O más bien: El Cayeno puede volver aquí?

—No lo creo. Se fue para Caño Grande a cazar indios y a robar caucho. No tiene interés ninguno en regresar esta semana a sus barracones del Guaracú, porque la *madona* llegó a cobrarle.

—Quién es esa *madona* de que nos habla?

—Es la turca Zoraida Ayram, que anda por estos rios negociando corotos con los caucheros y tiene en Manaos una pulpería de gran renombre.

—Oiga usted. Es indispensable que nos conduzca a las barracas del Guaracú para hablar con la señora Zoraida Ayram, antes que el Cayeno regrese de Caño Grande.

—Yo la conozco perfectamente y fui criado suyo. Ella me trajo del Putumayo para el Rionegro. Me trataban tan mal, que me eché a sus pies para pedirle que me comprara. Aunque mi cuenta valía dos mil soles, la pagó con descuentos considerables, me llevó a Manaos y a Iquitos, sin reconocirme jornal ninguno, y luego me vendió por seis contos de reis a su compatriota Miguel Pezil, para los gomales de Naranjal y Yaguanarí.

—Hola, ¿qué dice usted? ¿Conoce el siringal de Yaguanarí?

Franco, el Catire y el Mulatico nos rodearon dando estas voces:

—Yaguanarí... Yaguanarí. Para allá vamos!

—Sí, señores. Y, según decía la *madona*, llegaron hace un mes a dicho lugar veinte colombianos y unas mujeres a picar goma.

—¡Veinte! ¡Tan solo veinte! ¡Si eran setenta y dos!

Hubo un grave silencio de indecisión. Nos mirábamos unos a otros, fríos y pálidos. Y repetíamos inconscientes:

—¡Yaguanarí! ¡Yaguanarí!..

«Como les dije a ustedes, agregó don Clemente Silva, después que le relatamos nuestra odisea, no puedo suministrarles otros informes. No conozco a Barrera sino de oídas, pero sé que tiene negocios con Pezil y con el Cayeno y que se trata de liquidar esa sociedad porque la *madona* reclama el pago de su dinero y se niega a conceder prórrogas. Entiendo que Barrera se había obligado a sacar de Colombia un per-

sonal de doscientos hombres; mas se apareció con número exiguo, pues ha venido abonando a sus acreedores las deudas viejas con caucheros de los que trae. Por lo demás, los colombianos no tienen precio en estas comarcas: dicen que somos insurrectos y volvedores.

«Comprendo perfectamente el deseo de ponerse al habla con la madona; pero es preciso tener paciencia. Mi turno de vigía sólo se vence el sábado próximo».

—Y si su relevo nos sorprendiera, ¿qué pensaría?

—No hay cuidado. El bajará por el Papunagua y yo me puedo volver por la pica nueva, a condición de dejarle un fogón prendido para que vea que estuve aquí. Desde este zarzo se mira el río y se divisan los navegantes. No me explico cómo ustedes me capturaron.

—Veníamos perdidos por la ribera. Y como los perros encontraron huellas humanas... Mas ese es un detalle que poco importa. ¿Con que será preciso esperar?

—Y presentarnos en las barracas a la hora que el *Váqui* se halle ausente inspeccionando las estradas de los caucheros. Ese capataz es muy malgeniado. Cuando yo les señale los barracones, se presentan ustedes, solos, a quejarse de que traían, para vender, un mañoco fresco y los gendarmes que remontaban se lo quitaron. (El sabe ya que esos gendarmes eran de Fúnes y que el Cayeno los tasajeó). Agreguen que les *trambucaron* en los raudales la embarcación y tuvieron ustedes que venirse por las orillas y por los montes hasta que yo les puse la mano. Adviértanle que, como venían a pedir auxilio, los llevé a la trocha del Guaracú, y que ustedes llegan, acatando mis instrucciones, a implorar garantías y bastimentos. Ese discur-

so le agradará porque aumenta el crédito de la empresa y condena a sus enemigos.

—Cuenta usted con que la novela tendrá más éxito que la historia.

—Yo llegaré más tarde para hacer resaltar el hecho de que ustedes se fueron solos en la confianza de hallar amparo.

—¿Y si nos ponen a trabajá? observó Correa.

—Mulato, repuse: No tengas miedo. Hemos venido a correr la vida!

—En cuanto a eso, no sabría qué aconsejarles. El Cayeno es cauteloso y cruel como un cazador. Es cierto que ustedes nada le deben y que van de paso para el Brasil. Pero si se le antoja decir que se picurearon de otras barracas...

—Explique, don Clemente. Poco sabemos de estas costumbres.

—Cada empresario de caucherías tiene caneyes, que sirven al mismo tiempo de viviendas y de bodegas. Ya conocerán los del Guaracú. Esos depósitos o barracas nunca están solos, porque en ellos se guarda el caucho, las mercancías y las provisiones y moran allí los capataces y sus queridas.

El personal de trabajadores está compuesto, en su mayor parte, de indígenas y enganchados, quienes, según las leyes de la región, no pueden cambiar de dueño en un plazo mínimo de dos años. Cada individuo tiene una cuenta en la que se le cargan las baratijas que se le avanzan, las herramientas, los alimentos, y se le abona el caucho que traiga a un precio irrisorio que el amo fija. Jamás cauchero alguno sabe cuánto le cuesta lo que recibe ni cuánto le abonan por lo

que entrega, pues la mira del empresario está en guardar el modo de que siempre le estén debiendo. Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de muchos hombres y es trasmisible a los herederos.

Por su lado, los capataces inventan diversas formas de expoliación: les roban el caucho a los sirringueros, les arrebatan hijas y esposas, los mandan a trabajar a caños pobrísimos, donde no puedan sacar la goma exigida, y esto da motivo a insultos horribles y a latigazos, cuando no a balas de wíchester. Y con decir que un fulano se picureó o que quizás se murió de fiebres, se arregla el cuento.

Mas no es justo olvidar la traición y el dolo. No todos los peones son palomitas blancas: acontece a menudo que los caucheros piden enganche para robarse lo que reciben y salir a la selva sólo por matar a algún enemigo o para soñsacar a sus compañeros y conducirlos a otras barracas.

Esto dio pie a un convenio rigurosísimo, por el cual se comprometen los empresarios a capturar a toda persona que no justifique su procedencia o no presente su pasaporte con la constancia de que ha pagado lo que debía y fue dada libre por su patrón. Por su parte, las guarniciones de cada río tienen cuidado de que tal requisito se cumpla siempre.

Mas esta medida es fuente inexhausta de abusos y de secuestros. ¿Si el amo se niega a expedir el salvoconducto? ¿Si el empresario capturador despoja de él a quien lo presenta? Réstame aún advertir a ustedes que es frecuentísimo el último caso. El cautivo pasa a poder de quien lo cogió y éste lo encentra en sus sirringales a trabajar como preso prófugo, mientras se

averigua *lo conveniente*. Y corren años y años y la esclavitud no termina nunca. ¡Esto es lo que me pasa con el Cayeno!

¡Y he trabajado diez y seis años! ¡Diez y seis años en la miseria! ¡Mas poseo un tesoro que vale un mundo, que no puede robarme nadie, que llevaré a mi tierra cuando sea libre: un cajoncito lleno de huesos!

«Para poderles contar mi historia—dijo esa tarde—tendría que perder el pudor de mis desventuras. En el fondo de cada alma hay algún episodio íntimo, que constituye nuestra vergüenza. El mío es una mácula de familia: ¡mi hija María Gertrudis *dió su brazo a torcer!*»

Había tal dolor en las palabras de don Clemente, que nosotros aparentábamos no entender esa confesión. Franco se cortaba las uñas con la navaja, Helí Mesa escarbaba el suelo con un palillo, yo hacía coronas con el humo de mi cigarro. Tan sólo el mulato parecía envaído en la historia triste.

«Sí, amigos míos, continuó el anciano: El miserable que la engañaba con promesa de matrimonio, la sedujo en ausencia mía. Mi pequeño Luciano dejó la escuela y fue a buscarme al pueblo vecino, donde yo ejercía un modesto empleo, para contarme que los dos novios hablaban de noche por el solar y que su madre lo había reñido cuando le dió noticia de aquel suceso. Al oír su relato, perdí el aplomo, lo regañé por calumniador, exalté la virtud de María Gertrudis y le prohibí terminantemente que siguiera oponiéndose con celos y malquerencias al matrimonio de los dos jóvenes, que

ya habían cambiado argollas. El pequeñuelo, desesperado, empezó a llorar y me declaró que estaba resuelto a perder la tierra antes que la deshonra de la familia lo hiciera sonrojarse ante sus compañeros de escuela pública.

Montado en una borrica, se lo envié a mi esposa con un peón, que llevaba cartas para ella y María Gertrudis, llenas de consejos y admoniciones. Ya María Gertrudis no era hija mía!

Calculen ustedes cuál fue mi pena cuando supe mi deshonor. Medio loco, olvidé el hogar por perseguir a la fugitiva. Acudí a las autoridades, imploré el apoyo de mi amigos, la protección de los influyentes; todos me hacían tragar las lágrimas obligándome a referirles detalles pífidos, y, al final, con gestos de lástima, me recriminaban de esta manera: «*La responsabilidad la tienen los padres. Hay que saber educar los hijos*».

Cuando humillado por la tortura volví a la casa, no me atreví a darle rienda a mi desespero. La pizarra de Lucianito pendía del muro, cerca al pupitre donde la brisa hacía sonar las hojas de un libro descuadernado; en el cajón vi los premios y los juguetes: la cachucha que le bordó la hermana, el reloj que le regalé, la medallita de la mamá. En la pizarra, reteñidas bajo una cruz, leí estas palabras: ¡*Adios, adios!*....

Más que lá parálisis, fue la pena la que mató a mi pobre esposa. Sentado al borde del lecho, la veía empapar en llanto la almohada, procurando infundirle el consuelo que no he conocido nunca. Me agarraba a veces del brazo y lanzaba su grito suplicatorio: «*Dáme mis hijos! Dáme mis hijos!*» Por aliviarla acudí al engaño: inventéle que había logrado hacer casar a María

Gertrudis y que Lucianito estaba interno en el Instituto. Saboreando su pesadumbre la halló la muerte.

Un día, viendo que nadie, ni parientes ni amigos, me acompañaba, llamé a mi vecina por el cercado para que viniera a cuidar la enferma, mientras yo me ausentaba a buscar al médico. Cuando regresé, vi que mi esposa tenía en las manos la pizarra de Lucianito y que la observaba por todas partes, convencida de que era el retrato del pequeñuelo. Así acabó! Al colocarla en el ataúd sollocé esta frase: *¡Juro por Dios y por su justicia que traeré a Luciano, vivo o muerto, a que acompañe tu sepultura!* Le besé la frente y puse sobre el pecho de la infeliz la pizarra yerta, para que llevara a la eternidad la cruz que su propio hijo había dibujado».

—Don Clemente, roguéle entonces: No resucite esos recuerdos que le hacen daño. Procure omitir en su narración todo lo sagrado y sentimental. Háblenos de sus éxodos en la selva.

Por un momento estrechó mi mano, murmurando profundamente:

—Es cierto. Hay que ser avaros con el dolor.

«Pues bien:—continuó después:—seguí las huellas de Lucianito hacia el Putumayo. Fue en Sibundoy donde me dijeron que había bajado con unos hombres un muchachito pálido, de calzón corto, que no representaba más de doce años, sin otro equipaje que un pañuelo lleno de ropa. Negóse a decir de donde venía, pero sus compañeros predicaban con regocijo que iban buscando las caucherías de Larrañaga, aquel pastuso sin corazón, socio de Arana y otros peruanos que en la hoya amazónica han esclavizado más de treinta mil indios.

En Mocoa sentí la primera vacilación: los viajeros habían pasado, pero nadie pudo decirme qué senda de aquel cuadrivio los vio seguir. Era posible que hubieran ido por tierra al Caño Guineo, para salir al Putumayo, un poco arriba del puerto de San José, y bajar el río hasta encontrar el Igaraparaná; tampoco era improbable que hubieran tomado la trocha de Mocoa a Puerto Limón, sobre el Caquetá, para descender por la dicha arteria hacia el Amazonas y remontar éste y el Putumayo en busca de los cauchales de *La Chorrera*. Yo me decidí por la última vía.

Tuve la fortuna de que en Mocoa me ofreciera su curiara y su protección un colombiano de amables prendas, el señor Custodio Morales, que era colono del Cui-mañí. Indicóme el peligro de acometer los raudales de Araracuara, y me dejó en Puerto Pizarro para que siguiera, al través de los grandes bosques, por el rumbo que va al puerto de la Florida, en el río Caraparaná, donde los peruanos tenían barracas.

Solo y enfermo emprendí ese viaje. Al llegar, solicité enganche y abrí una cuenta. Ya me habían dicho que a mi pequeño no se le conocía en esos lugares; pero quise convencerme de lo que oía y salí a trabajar goma.

Era verdad que en mi cuadrilla no estaba el niño, pero podía hallarse en cualquiera otra. Ninguno de los caucheros oyó su nombre. A veces se alegraba mi reflexión al considerar que Lucianito no había palpado la bruta inmoralidad de aquellas costumbres; mas cuán poco me duraba el feliz consuelo! Era seguro que se encontraba en otras regiones, bajo otros amos, educándose en la crueldad y la villanía, enloquecido de mise-

ria y humillación! Mi capataz principió a quejarse de mi trabajo. Un día me cruzó la cara de un latigazo y me envió preso a los barracones. Toda esa noche estuve en el cepo, y, en la siguiente, me mandaron para *El Encanto*. Ya había conseguido lo que quería: buscar a Lucianito en otros gomales».

Don Clemente Silva quedóse mudo. Tocábase la frente con manos estremecidas, como si aún sintiera en su rostro el culebreo del látigo infame. Después agregó:

Amigos, esta pausa abarca dos años. De allí me picurié para La Chorrera.

* * *

Recuerdo que la noche de mi llegada celebraban el Carnaval. Frente a los barandales del corredor discurría borracha una muchedumbre cosmopolita. Indios de varias tribus, blancos de Colombia, Venezuela, Perú y Brasil, negros de las Antillas, vociferaban pidiendo alcohol, pidiendo mujeres y chucherías. Entonces desde el fondo de una trastienda aventábanles triquitraques, botones, potes de atún, cajas de galletas, tabaco de mascar, alpargatas, franelas, cigarros finos. Los hombres que no podían recoger nada, empujaban, por diversión, a sus compañeros sobre cada objeto que les caía, y encima de él se arracimaba un tumulto humano, entre risotadas y pataleos. Del otro lado, junto a las lámparas humeantes, había grupos de gente absor-ta, escuchando a los cantadores que entonaban aires nostálgicos de sus tierras: el *bambuco*, el *joropo*, la *cumbia-cumbia*. De repente, un capataz velludo y bilioso se encaramó sobre una tarima y disparó al viento su winchester. Se hizo el silencio. Todas las caras se volvie-

ron al orador. «Caucheros, exclamó éste, ya conocéis la munificencia del nuevo dueño. El señor Arana ha formado una compañía que es propietaria de los cauchales de la Chorrera y los de El Encanto. Hay que trabajar, hay que ser sumisos, hay que obedecer! Ya nada queda en la pulpería para regalaros. Los que no hayan podido recoger ropa, tengan paciencia. Los que están pidiendo mujeres, sepan que en las próximas lanchas vendrán cuarenta, oidlo bien, cuarenta, para repartirlas de tiempo en tiempo a los trabajadores que se distingan. Además saldrá pronto una expedición a someter las tribus *andoques* y lleva encargo de recoger *guarichas* donde las haya. Ahora, prestadme todos vuestra atención: cualquier indio que tenga mujer o hija debe presentarla en este establecimiento para saber qué se hace con ella.»

Inmediatamente otros capataces tradujeron ese discurso a la lengua de cada tribu, y la fiesta siguió como antes, coreada por aplausos y exclamaciones.

Yo me escurría por entre la gente, temeroso de encontrarme con Lucianito. Fue la primera vez que no quise verlo. Sin embargo, miraba hacia todas partes y resolví preguntar por él: «Señor, usted conoce a Luciano Silva? Dígame, entre esta gente habrá algún pastuso? Sabe usted, por casualidad, si Larrañaga o Juanchito Vega viven aquí?

Viendo que mis preguntas producían hilaridad, me atreví a penetrar en el corredor. Los centinelas me rechazaron. Un hombre vino a advertirme que el aguardiente lo repartían en las barracas. Y era verdad: por allí desfilaba la multitud presentando los jarros y las totumas al vigilante que hacía la distribución. Un cua-

drillero tísico y borrachoso quería chancearse: vertió kerosén en una ponchera y les ofreció el petróleo a unos indios. Como ninguno aceptó el engaño, les tiró la vasija con el sobrante. No sé quién rastrilló sus fósforos; pero al momento una llamarada crepitadora achicharró los cuerpos de los indígenas, que se abalanzaron sobre el tumulto, con berreadora precipitud, coronados de fuego lívido, abriéndose paso hacia las corrientes, donde se sumergieron agonizando.

Los empresarios de La Chorrera se asomaron a la baranda, con los naipes de póker entré las manos. «¿Qué es esto? ¿Qué es esto?» se repetían. El judío Barchilón tomó la palabra: «¡Hola, muchachos, no sean patanes! Van a quemarnos el *ensoropado* de los caneyes!» Larrañaga calcó la orden de Juancho Vega: «¡No más diversión! ¡No más diversión!»

Y al sentir el hedor de la grasa humana, escupieron sobre la gente y se encerraron a toda prisa.

Así como el caballo entra a los corrales y a coces y mordiscos aparta las hembras de su rodeo, integraron los capataces sus cuadrillas a culatazos y las empujaron a sus barracas, en medio de un bullicio atormentador.

Yo alcancé a gritar con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Luciano! ¡Lucianito, aquí está tu padre!

Al día siguiente, mi paciencia se puso a prueba. Eran casi las dos y los empresarios seguían durmiendo. Por la mañana, cuando las cuadrillas salieron a los trabajos, se me presentó un negrote de Martinica, afilando en la vaina de su machete la hoja terrible. «¡Hola, me dijo, vos por qué te quedás aquí?»

—Porque soy *rumbero* y voy a salir en exploración.

—Vos parecés *picure*. Vos estabas en El Encanto.

—Y aunque así fuera, ¿no son de un solo dueño las dos regiones?

—Vos eras el *sinvergüenza* que escribía el mismo letrero en todos los palos. Agradecé que te perdonaban.

Púsele fin al riesgoso diálogo porque vi al Tenedor de Libros abriendo la puerta de la oficina. Ni siquiera volvió a mirarme cuando el saludo, pero avancé hasta el mostrador.

—Señor Loaisa, le dije del mejor modo, quiero saber, si acaso es posible, cuánto vale la cuenta de un hijo mío.

—Un hijo tuyo? ¿Querés comprarlo? ¿Ya te dijeron que lo vendían?

—Para hacer mis cálculos con la cuenta... Se llama Luciano Silva.

El hombre plegó un gran libro y tomando su lápiz hizo unos números. Mis rodillas temblaban por la emoción: ¡al fin encontraba el paradero de Lucianito!

—Dos mil doscientos soles, dijo Loaisa. ¿Qué recargo te piden sobre esa suma?

—¿Recargo?... ¿Recargo?

—Naturalmente. No estamos para vender personal ninguno. Por el contrario: la empresa busca gente.

—¿Podría usted decirme dónde está ahora?...

—¿Tu muchacho? Fijáte con quién tratás. Eso se les pregunta a los cuadrilleros.

Por desgracia mía, el negrote entró en ese instante.

—Señor Loaisa, exclamó, no pierda palabras con este viejo. Es un *picure* del Encanto y de la Florida, flojo

y destornillado, que en vez de picar los árboles, grababa letreros en las cortezas con la punta de su cuchillo. Vaya usted a los siringales y se convence. Por todas las estradas la misma cosa: «*Aquí estuvo Clemente Silva en busca de su querido hijo Luciano*». ¿Ha visto usted vagabundería?..

Yo, como un acusado, bajé los ojos. Después clamé:

—¡Hombres, bien se conoce que ustedes no han sido padres!

—¿Qué opinan de este viejo tan descocado? ¡Cómo habrá sido de mujeriego cuando hace gala de tener hijos!

Así me respondieron, desenfrenando sus carcajadas; pero yo me erguí como un mástil y mi mano debilitada abofeteó al Contabilista. El negro, de un puntapié, me tiró boca abajo contra la puerta. Al levantarme lloré de orgullo y satisfacción!

En la pieza vecina se alzó una voz trasnochada y amenazante. No tardó en asomar, abotonándose la piyama, un hombre gordote y abotagado, pechudo como una hembra, amarillento como la envidia. Antes que hablara, apresuróse el Contabilista a informarle lo sucedido:

—¡Señor Arana, voy a morir de pena! ¡Perdone usted! Este hombre que está presente vino a pedirme un extracto de lo que está debiendo a la compañía; mas apenas le enuncié el saldo, se lanzó a romper el libro, lo trató a usted de ladrón y me amenazó con apuñalarnos.

El negro hizo señas de asentimiento; permanecí atu-

rrullado de indignación; Arana enmudecía más. Pero con mirada desmentidora consternó a los dos infames, y me preguntó, poniéndome las manos sobre los hombros:

—¿Cuántos años tiene Luciano Silva, el hijo de usted?

—No ha cumplido los quince.

—¿Usted está dispuesto a comprarme la cuenta suya y la de su hijo? ¿Cuánto debe usted? ¿Qué abonos le han hecho por su trabajo?

—Lo ignoro, señor.

—¿Quiere darme por las dos cuentas cinco mil soles?

—Sí, sí, pero aquí no cargo dinero. Si usted quisiera la casita que tengo en Pasto... Larrañaga y Vega son mis paisanos. Ellos podrían darle un informe, ellos fueron mis discípulos.

—No le aconsejo ni saludarlos. Ahora no quieren amigos pobres. Dígame, agregó sacándome al patio: ¿usted no tiene goma con qué pagar?

—No, señor.

—¿Ni sabe cuáles son los caucheros que me la roban? Si me denuncia algún escondite, nos dividiremos la que allí haya.

—No, señor.

—¿Usted no podría conseguirla en el Caquetá? Yo le daría compañerazos para que asaltara los barracones.

Disimulando la repulsión que me producían aquellas rapaces maquinaciones, de mano de la astucia fui a la doblez. Aparenté quedar pensativo. Mi sobornador estrechó el asedio:

—Me valgo de usted porque comprendo que es hombre honrado y que me sabrá guardar la reserva. Su misma cara le hace el proceso. De no ser así, lo trataría como a picure, me negaría a venderle a su hijo y a uno y a otro los enterraría en los siringales. Recuerde que no tienen con qué pagarme y que yo mismo le doy a usted los medios de quedar libres.

—Es verdad, señor. Mas eso mismo obliga mi fe de hombre reconocido. No quisiera comprometerme sin tener la seguridad de poder cumplir. Me gustaría ir al Caquetá, por lo pronto, como *rumbero*, mientras estudio bien la región y abro alguna trocha que sea estratégica.

—Muy bien pensado, y así será. Eso queda al cuidado suyo y el hijo de usted al cuidado mío. Pida un winchester, víveres, una brújula, y llévase un indio como carguero.

—Gracias, señor, pero mi cuenta se aumentaría...

—Eso lo pago yo, ese es mi regalo de carnaval!

El pasaporte que me dio el amo hacía rabiar de envidia a los capataces. Podía yo transitar por donde quisiera y ellos debían facilitarme lo necesario. Mis facultades me autorizaban para escoger hasta treinta hombres y tomarlos de las cuadrillas que me placieran, en cualquier tiempo. En vez de dirigirme hacia el Caquetá, resolví desviarme por la hoya del Putumayo. Un vigilante de las estradas del caño Eré, a quien llamaban *El Pantero*, por sobrenombre, me puso preso y envió en consulta el salvoconducto. La respuesta fue favorable, pero me reformaron la atribución: en ningún caso podía escoger a Luciano Silva.

La citada orden echó por tierra todos mis planes porque yo buscaba a mi hijo para llevármelo. Muchas veces, al sentir el estruendo de los cauchales, derribados por las peonadas, pensaba que mi chicuelo andaría con ellas y que alguna rama podía aplastarlo. Por ese entonces se trabajaba el caucho negro tanto como el *siringa*, llamado *goma borracha* por los brasileños; para sacar éste, se hacen incisiones en la corteza, se recoge la leche en las petaquillas y es necesario cuajarla al humo; la extracción de aquél exigía tumbar el árbol y hacerle lacraduras de cuarta en cuarta, para recoger el espeso jugo y depositarlo en hoyos abiertos, donde lentamente se coagulaba. Por eso era tan fácil que los ladrones lo traspusieran.

Cierto día sorprendí a un peón tapando su depósito con tierra y hojas. Ya circulaba la falsa especie de que yo ejercía fiscalización por cuenta del amo, leyenda que me puso en grandes peligros porque me granjeó muchas odiosidades. El sorprendido cogió el machete para matarme, pero yo le tendí mi wíchester, advirtiéndole: Te voy a probar que no soy espía. No contaré nada. Pero si mi silencio te hace algún bien, dime dónde se encuentra Luciano Silva.

—¡Ah!.. Silvita... Silvita... Está en Capalurco, sobre el río Napo, con la peonada de Juan Muñeiro.

Esa misma tarde principié a picar la trocha que va desde el caño Eré hasta el Tamboriaco. En esa travesía gasté seis meses: tuve que procurarme yuca silvestre y hacer mañoco. ¡Qué tan grande sería mi extenuación, cuando decidí descansar un tiempo, en el abandono y la soledad.

En el Tamboriaco encontré peones de la cuadrilla

que residía en un lugar conocido con el nombre de *El Pensamiento*. El capataz me invitó a remontar el caño, so pretexto de que visitara los barracones, donde me daría víveres y curiara. Esa noche, apenas quedamos solos, me preguntó:

—Y qué dicen los empresarios contra Muñeiro? No lo perseguirán?

—Acaso Muñeiro....

—Se fugó con peones y caucho, hace cinco meses. Noventa quintales y trece hombres!

—Cómo! Cómo! Pero es posible?

—Trabajaron últimamente cerca de la laguna de Cuyabeno, volvieron a Capalurco, se escurrieron por el río Napo, saldrían al Amazonas, y estarán en el extranjero. Muñeiro me había propuesto que tiráramos todos esa parada; pero yo tuve mi recelillo, porque está de moda entre los sagaces picurearse con los caucheros, prometiéndoles realizar la goma que llevan, prorratarles el producido y dejarlos libres. Con esta ilusión se los cargan para otros ríos y se los venden a nuevos amos. Y ese Muñeiro es tan faramallero! Y como hay un resguardo en el río Mazán....

Al oír esta declaración me desconjunté. El resto de mi vida estaba de sobra. Un consuelo triste me confortó: con tal que mi hijo residiera en país extraño, yo, para los días que me quedaban, arrastraría gustoso la esclavitud en mi propia patria.

—Pero —prosiguió mi interlocutor— también se rumora que ese personal no se ha picureado. Piensan que usted lo llevó consigo a no sé qué punto.

—Si ni siquiera he visto el río Napo!

—Eso es lo curioso. Usted sabe muy bien que una

cuadrilla cela a la ótra y que tenemos obligación de contarle al dueño común lo bueno y lo malo. Envié un posta al Encanto con el aviso de que Muñeiro no parecía. Me contestaron que averiguara si usted se lo había llevado con su gente hacia el Caquetá, y que, en todo caso, remitiera preso a Luciano Silva. A usted lo esperan desde hace tiempos y varias comisiones lo andan buscando. Yo le aconsejaría que se volviera a poner en claro esas cosas. Dígales allá que no tengo víveres y que mi personal se está muriendo de calenturas.

Quince días más tarde regresé al Encanto, a entregarme preso. Ocho meses antes había salido a la exploración. Aunque aseveré haber descubierto caños de mucha goma y ser inocente de la fuga de Juan Muñeiro y los de su grupo, me decretaron una novena de veinte azotes por día, y sobre las heridas y desgarrones me rociaban sal. A la quinta flagelación no podía tenerme en pie; pero me arrastraban en una estera hacia un hormiguero de *congas* bravas, y tenía que salir corriendo. Esto divertió de lo lindo a mis victimarios.

De nuevo volví a ser el cauchero Clemente Silva, décrepito y lamentable.

Sobre mis esperanzas pasaron los tiempos.

Lucianito debía tener diez y nueve años.

— —

Por esa época hubo para mi vida un suceso trascendental: un señor francés, a quien llamábamos el *mosiú*, llegó a las caucherías como explorador y naturalista. Al principio se susurró en los barracones que venía por cuenta de un gran museo y de no sé qué socie-

dad geográfica; luégo se dijo que los amos de los gomales le costeaban la expedición.

Y así sería, porque Larrañaga le entregó víveres y peones. Como yo era el rumbero de más pericia, me retiraron de la tropa trabajadora en el río Cahuinari para que guiara al francés por donde él quisiera.

Al través de las espesuras iba mi machete abriendo la trocha, y detrás de mí desfilaba el sabio con sus cargueros, observando las plantas, los insectos y las resinas. De noche, en playones bien despejados, apuntaba a los cielos su teodolito y se ponía a coger estrellas, mientras que yo, cerca del aparato, le iluminaba el lente con la linterna de foco eléctrico. En lengua enrevesada solía decirme:

«Mañana te orientarás en la dirección de aquellos luceros. Fíjate bien de qué lado brillan y recuerda que el sol sale por aquí».

Y yo le respondía regocijado:

—«Desde ayer hice el cálculo de ese rumbo, por puro instinto».

El francés, aunque reservado, era bondadoso. Es cierto que el idioma le oponía complicaciones; pero conmigo se mostró siempre afable y cordial. Admirábase de verme pisar el monte con pies descalzos, y me dió botas; dolíase de que las plagas me persiguieran, de que las fiebres me achajuanaran, y me puso inyecciones de varias clases, sin olvidarse nunca de dejarme en su vaso un sorbo de vino y consolar mis noches con un cigarro.

Hasta entonces parecía no haber observado la condición esclava de los caucheros. ¡Cómo pensar que nos apalearan, nos persiguieran, nos mutilaran aquellos se-

ñores de servil ceño y melosa charla que salieron a recibirlo en la Chorrera y en el Encanto? Mas cierto día que vagábamos en una vega del Yacuruma, por donde pasa un viejo camino que une barracones muy retirados en la soledad de aquellas montañas, se detuvo el francés a mirar un árbol. Acerquéme por alistarle, según costumbre, la cámara fotográfica, y esperar órdenes. El árbol, castrado antiguamente por los gomeros, era un *siringo* enorme, cuya corteza quedó llena de cicatrices, gruesas, protuberantes, y tumefactas, como lobanillos apretujados.

—El señor desea tomar alguna fotografía? le pregunté.

—Sí. Estoy observando unos jeroglíficos.

—Serán amenazas puestas por los caucheros?

—Evidentemente: aquí hay algo como una cruz.

Me acerqué congojoso, reconociendo mi obra de antaño, desfigurada por los repliegues de la corteza: «*Aquí estuvo Clemente Silva.*» Del otro lado, las palabras de Lucianito: «*Adios, adios....*»

—Ay, mosiú, murmuré, esto lo hice yo!

Y, apoyado en el tronco, me dí a llorar.

Desde aquel instante tuve, por vez primera, un amigo y un protector. Compadecióse el sabio de mis desgracias y ofreció libertarme de mis patrones, comprando mi cuenta y la de mi hijo, si aún era esclavo. Le referí la vida horrible de los caucheros, le enumeré los tormentos que soportábamos, y, porque no dudara de mis asertos, lo convencí objetivamente:

Señor, diga si mi espalda ha sufrido menos que ese árbol.

Y, levantándome la camisa, le enseñé mis carnes contusionadas.

Momentos después, el árbol y yo perpetuamos en la kódam nuestras heridas, que vertieron para igual amo distintos jugos: *siringa* y sangre.

De allí en adelante, el lente fotográfico se dió a funcionar entre las peonadas, reproduciendo fases de la tortura, sin tregua ni disimulo, abochornando a los capataces, aunque mis advertencias no cesaban de predicarle al naturalista el grave peligro de que mis amos se disgustaran. El sabio seguía impertérrito, fotografiando mutilaciones y cicatrices. «Estos crímenes, que avergüenzan la especie humana —solía decirme— deben ser conocidos en todo el mundo para que los Gobiernos se apresuren a remediarlos.» Envió notas a Londres, París y Lima, acompañando vistas de sus denuncios, y pasaron tiempos sin que se notara ningún remedio. Entonces decidió quejarse a los empresarios, adujo documentos y me envió con cartas a La Chorrera.

Solo Barchilón se encontraba allí. Apenas leyó el abultado pliego, hizo que me llevaran a su oficina.

—Dónde conseguiste botas de *soche*? gruñó al mirarme.

—El mosiú me las dió con este vestido.

—Y dónde ha quedado ese vagabundo?

—Entre el caño Campuya y Lagarto-cocha, afirmé mintiendo. Poco más o menos a treinta días.

—Por qué pretende ese aventurero ponerle pauta a nuestro negocio? Quién le otorgó permiso para darlas de retratista? Por qué diablos vive alzaprimándose los peones?

—Lo ignoro, señor. Casi no habla con nadie y cuando lo hace, no se le entiende....

—Y por qué nos propone que te vendamos?

—Cosas de él....

El furioso judío salió a la puerta y examinaba contra la luz varias de las postales que dió la kóda.

—Miserable! Este espinazo no será el tuyo?

—No señor, no señor!

—Pélate medio cuerpo, inmediatamente!

Y me arrancó a tirones blusa y franela. Tál temblor me agitaba en aquel momento, que, por fortuna, la confrontación resultó imposible. El hombre requirió la pluma de su escritorio, y, tirándomela de lejos, me la clavó en el homoplato. Todo mi cuadril se tiñó de rojo.

—Puerco, quíta de aquí, que me ensangrientas el entablado.

Me precipitó hacia la baranda y tocó un silbato. Un capataz, a quien le decíamos *El Culebrón*, acudió solícito. Me repreguntaron sobre mil cosas y las contesté maliciosamente. El amo ordenó al entrar:

—Ajústale las botas con unos grillos, porque de seguro le quedan grandes.

Así se hizo.

El Culebrón se puso en camino con cuatro hombres, a llevar la respuesta, según decían.

El infeliz francés no salió jamás!

El año siguiente fue para los caucheros muy fecundo en expectativas. No sé cómo empezó a circular subrepticamente en los gomales y barracones un ejemplar

del diario «*La Felpa*», que dirigía en Iquitos el periodista Saldaña Roca. Sus columnas clamaban contra los crímenes que se cometían en el Putumayo y pedían justicia para nosotros. Recuerdo que la hoja estaba maltrecha, a fuerza de ser leída, y que en el sirigal del caño Algodón la remendamos con caucho tibio, para que pudiera viajar de estrada en estrada, oculta entre un cilindro de chusque grueso, que parecía cabo de hachuela.

Apesar de nuestro recato, un gomero del Ecuador a quien llamábamos *El Presbítero*, le sopló al vigilante lo que ocurría y sorprendieron cierta mañana, entre unos palmares de *chiquichiqui*, a un lector descuidado y a sus oyentes, tan distraídos en la lectura, que no se dieron cuenta del nuevo público que tenían. Al lector le cosieron los párpados con cumare y a los demás les echaron en los oídos cera caliente.

El capataz se puso en marcha para El Encanto, a mostrar la hoja; y como no tenía curiara, me ordenó que lo condujera por entre el monte. Una nueva sorpresa nos esperaba: había llegado un Visitador y en la propia casa recibía declaraciones.

Al darle mi nombre, comenzó a filiarme y en presencia de todos me preguntó: usted quiere seguir trabajando aquí?

Aunque he tenido la desgracia de ser muy tímido, alarmé a las gentes con mi respuesta: No señor, no señor!

Entonces gritó el letrado con voz enérgica:

«Puede marcharse cuando le plazca, por orden mía. Cuáles son sus señales particulares?»

—Estas, afirmé desnudando mi espalda.

El público estaba pálido. El Visitador me acercaba sus espejuelos. Sin preguntarme nada volvió a ordenar:

—Puede marcharse mañana mismo!

Y mis amos dijeron sumisamente:

—Señor Visitador, mande lo que quiera Su Señoría!

Uno de ellos, con el desparpajo de quien recita un discurso bien aprendido, agregó ante el funcionario:

—Curiosas cicatrices las de este hombre, verdad? Tiene tantos secretos nuestra botánica, particularmente en estas regiones! No sé si Su Señoría habrá oído hablar de un árbol maligno, llamado «*Mariquita*» por los gomeros. El sabio francés, a petición nuestra, se interesó mucho por estudiarlo. Dicho árbol, a semejanza de las mujeres de mal vivir, brinda una sombra perfumadísima; mas ay! del que no resista a la tentación: su cuerpo sale de allí veteado de rojo, y la comezón es desesperante, y van apareciendo unos lamparones que se supuran y luego cicatrizan desuniformes. Como este pobre viejo que está presente, muchos siringueros han sucumbido a la inexperiencia.

—Señor,... iba a insinuar; pero el hombre siguió tan cínico:

—Y quién creerá que este detalle insignificante le origina complicaciones a nuestra empresa? Tiene tantas aulagas este negocio, exige tal patriotismo y perseverancia, que si el Gobierno nos desatiende quedarán sin soberanía estos grandes bosques, dentro del propio límite de la Patria. Pues bien: ya Su Señoría nos hizo el honor de averiguar en cada cuadrilla cuáles son las violencias, los azotes y los suplicios a que some-

temos nuestras peonadas, según el decir de nuestros vecinos, envidiosos y despechados, que buscan mil maneras de impedir que nuestra Nación recupere sus territorios y que haya peruanos en estas lindes, para cuyo intento no faltan nunca ciertos escritorillos asalariados.

Ahora retrocedo al tema inicial: La empresa abre sus brazos a quien necesite de sus recursos y quiera enaltecerse por el esfuerzo. Aquí hay trabajadores de muchos lugares, buenos, malos, díscolos, perezosos. Disparidad de caracteres y de costumbres, indisciplina, amoralidad, todo eso ha encontrado en *la mariquita* un cómplice cómodo; porque algunos —principalmente los colombianos— cuando riñen y se golpean o padecen *el mal del árbol*, se vengán de la empresa que los corrige, desacreditando a los vigilantes, a quienes achacan toda lesión, toda cicatriz, desde las picaduras de los mosquitos hasta la más ligera rasguñadura.

Así dijo, y, volviéndose a los del grupo, les preguntó: Es verdad que en estas regiones abunda la *mariquita*? Es cierto que produce pústulas y nacidos?

Y todos respondieron con grito unánime:

—Sí señor, sí señor!

Afortunadamente, agregó el bellaco, el Perú atenderá nuestra patriótica iniciativa: le hemos pedido a la autoridad que militarice nuestras cuadrillas, mediante la dirección de oficiales y de sargentos, a quienes pagaremos con mano larga su permanencia en estos confines, con tal que sirvan a un mismo tiempo de fiscales para la empresa y de vigilantes en las estradas. De esta suerte el Gobierno tendrá soldados, los traba-

jadores garantías insospechables y los empresarios estímulo, protección y paz.

El Visitador hizo un signo de complacencia.

Un abuelo, Balbino Jácome, nativo de Garzón, a quien se le secó la pierna derecha por la mordedura de una tarántula, fue a visitarme al anochecer; y recostando sus muletas bajo el alero de la barraca donde mi chinchorro estaba colgado, me dijo quedo: Paisano, cuando pise tierra cristiana págue una misa por mi intención.

—En premio de que confirma cuanto dicen los empresarios?

—No. En memoria de la esperanza que hemos perdido.

—Sepa y entienda, repuse yo, que usted no debe valerse de mi persona. Usted ha sido el más abyecto de los *lambones*, el favorito de Juancho Vega, a quien superó en renegar de nuestro país y en desacreditar a los colombianos.

—Sin embargo, dijo, mis compatriotas algo me deben. Pues que usted se va, puedo hablarle claro: he tenido la diplomacia de enamorar a los enemigos, aparentando esgrimir el foete para que hubiera un verdugo menos. He desempeñado el puesto de espía para que no pusieran a otros, de verdaderas capacidades. No hice mas que amoldarme al medio y jugar mi *tute* con cartas propias. ¿Que era necesario atajar un chisme? Yo lo sabía y lo reformaba; que a un tal lo maltrataron en la cuadrilla? Aplaudía el maltratamiento, ya inevitable, y luego me vengaba del capataz. ¿Por qué los vigilantes me miman tanto? Porque soy el hombre

de las influencias y la confianza. Oye, le digo a uno: Los amos han sabido cierta cosita.... Y éste se me arroja prorrumpiendo en explicaciones. Entonces obtengo lo que nadie conseguiría: No me les pegues a los paisanos; si aprietas allá, te remacho aquí!

De esta manera practico el bien, sin escrúpulos y sin gloria, y con sacrificios que nadie advierte. Siendo una escoria andante, hago lo que puedo como patriota, disfrazado de mercenario. Usted mismo se irá muy pronto, odiándome y maldiciéndome, y al pisar su valle, fértil como el mío, sentirá alegría de que yo sufra en tierra salvaje la expiación de pecados que son virtudes.

Confíeselo, paisano: cuando su viaje hacia el Caquetá no le rogué que se picureara? ¿No le pinté, para decidirlo, el caso de Julio Sánchez, que en una canoa se fugó con la esposa encinta, por toda la vena del Putumayo, sin sal ni fuego, perseguido por lanchas y guarniciones, guareciéndose en los rebalses, remontando tan solo en noches oscuras, y en tan largo tiempo, que al salir a Villa-Mocoa la mujer penetró en la iglesia llevando de la mano a su muchachito, que le había nacido entre la curiara?

Pero usted despreció muchas facilidades. ¿Si las hubiera tenido yo, si no me maneara esta enfermedad! Todos los que se fugan, por mis consejos, me prometieron venir por mí y llevarme en hombros; luego se largan sin avisarme, y si los prenden, cargo la culpa, y vienen a decir que he sido su cómplice, por lo cual tengo que exigir que les echen palo, para recuperar así mi influencia mermada. ¿Quién le rogó al francés que pidiera de rumbero a Clemente Silva? ¿Qué mejor

coyuntura para un picure? Y usted, lejos de agradecer mis indicaciones, me trató mal! Y en vez de impedir que el sabio se metiera en tantos peligros, lo dejó solo, y tuvo la ocurrencia de venir con esas cartas donde el patrón, para que sucediera lo sucedido. ¡Y ahora quiere que yo me ponga a contradecir lo que el amo diga, cuando nos ha perdido el Visitador!

—¡Hola, paisano, explíqueme eso!

—No, porque nos oyen en la cocina. Si quiere, más tardecito nos meteremos en la curiara, con el pretexto de ir a pescar.

Así lo hicimos.

En el puerto había diferentes embarcaciones. Mi compañero se detuvo a hablar con un boga que dormía a bordo de una gran lancha. Ya me impacientaba por la demora cuando oí que se despidieron. El boga prendió el motor y encendiéndose la luz eléctrica. Encima del bombillo de más volumen comenzó a zumbiar el ventilador.

Entonces, por un tablón que servía de puente, pasaron a la barca varias personas, de vestidos almidonados, y entre ellas una dama llena de joyas y de arandelas, que se reía con risa de rico. Mi compañero se me acercó. «Mire, dijo en voz baja, los señores amos están de té. Esa hermosura a quien le da la mano Su Señoría es la madona Zoraida Ayram».

Nos metimos en la curiara, y a poco andar, la amarramos en un remanso, desde donde veíamos luces de focos reflejadas en la corriente. Balbino Jácome dio principio a su exposición:

«Según me contaba Juanchito Vega, las cartas que

el francés mandó al extranjero habían producido alarmas muy graves. A esto se agrega que el francés desapareció, como desaparecen aquí los hombres. Pero Arana vive en Iquitos y su dinero está en todas partes. Hace como seis meses, empezó a mandar los periódicos enemigos, para que la empresa los conociera y tomara con tiempo sus precauciones.

Al principio, ni siquiera me los mostraban; después me preguntaron si podían contar conmigo y me gratificaron con la administración de la pulpería.

Cierta vez que los empresarios se marcharon a La Chorrera, unos cuadrilleros pidieron quinina y pólvora. Como bien conozco qué capataces no deletrean, hice varios paquetes en los periódicos y los despaché a los barracones y siringales, por si algún día, al quedar por ahí volteando, daban con un lector que los recogiera.

—Paisano, repuse, ahora sí le creo. Entre nosotros circuló uno. ¡Por causa de él vine a dar aquí, a encontrarme la salvación! ¡Gracias a usted! ¡Gracias a usted!

—No se alegre, paisano: ¡Estamos perdidos!

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Por la venida de este maldito Visitador! ¡Por este Visitador que al fin no hizo nada! Mire usted: quitaron el cepo, el día que llegó, y pusieronlo de puente al desembarcar, sin que se le ocurriera reparar en los agujeros o en las manchas de sangre que lo veían; fuimos al patio, al lugar donde estaba fija la dicha máquina de tormento, y no advirtió los trillados que dejaron los prisioneros al sacudirse, pidiendo agua y pidiendo sombra. Por burlarse de él, olvidaron en la baranda un berrenque de cuatro puntas, y preguntó

el muy simple si estaba hecho de piel de toro. Y Macedo, con gran descaro, le dijo riéndose: «Su Señoría es hombre sagaz. Quiere saber si comemos carne vacuna. Evidentemente, aunque el ganado cuesta carísimo, en aquel botalón apegamos las *resecitas*».

—Sin embargo, argüí, el Visitador es un hombre enérgico.

—Pero sin malicia ni observación. Es como un toro ciego que sólo le embiste al que le haga ruido. ¡Y aquí nadie se atreve a hablar! Aquí ya estaba todo bien arreglado y las cuadrillas reorganizadas: a los peones descontentos o resentidos los encentraron quién sabe en dónde, y los indios que poco entienden el español ocuparon los caños próximos. Las visitas del funcionario se limitaron a reconocer algunas cuadrillas, de las ciento y tantas que trabajan en estos ríos y en muchos otros inexplorados, de suerte que en recorrerlas e interrogarlas nadie gastaría menos de cinco meses. Aún no hace una semana que llegó el Visitador y ya está de vuelta.

Su Señoría se contentará con decir que estuvo en la calumniada selva del crimen, que les habló de *hábeas corpus* a los gomeros, oyó sus quejas, impuso su autoridad y los dejó en condiciones inmejorables, facultados para el regreso al hogar lejano. Y de aquí en adelante, nadie prestará crédito a las torturas y expoliaciones, y sucumbiremos sin esperanza, porque el informe que presente Su Señoría será respuesta obligada a todo reclamo, si es que quedan personas cándidas que se atrevan a insistir sobre asuntos ya desmentidos oficialmente.

Paisano, no se sorprenda al escucharme estos razo-

namientos, en los cuales no tengo parte. Es que se los he oído a los empresarios. Ellos temblaron ante la idea de salir de aquí con la soga al cuello; y hoy se ríen del temor pretérito porque aseguraron el porvenir. Cuando el Visitador se movía para tal caño, en ejercicio de sus funciones, quedábamos en casa sin más distracción que la de apostar a que no pasarían de cinco, de tres o dos los gomeros que se atrevieran a dar denuncios y a que Su Señoría tendría para todos la misma frase: «Usted puede irse cuando le plazca».

—Paisano, ¡Si estamos libres! ¡Si nos han dado la libertad!

—No, compañero, ni se lo sueñe. Quizás algunos podrían marcharse, pero pagando, y no tienen medios. No saben el por dónde, el cómo, ni el cuándo. «*Mañana mismo*». ¡Ese es un adverbio que suena bien! ¡Y el saldo, y la embarcación, y el camino y las guarniciones? Salir de aquí por quedar allá, no es un negocio que pague el gasto, muy menos hoy que los intereses sólo se abonan a rejoy y sangre.

—¡Yo me olvidaba de esa verdad! ¡Me voy a hablarle al Visitador!

—¡Cómo! ¿A interrumpirle sus coloquios con la madona?

—¡A pedirle que me lleve de cualquier modo!

—No se afane, que mañana será otro día. El boga con quien hablé al venir aquí, dañará el motor de la lancha esta misma noche y durará el daño hasta que yo quiera. Para eso está en mis manos la pulpería. Ya ve que los lambones de algo servimos.

—¡Perdóneme, perdóneme! ¿Qué debo hacer?

—Lo que manda Dios: confiar y esperar. ¡Y lo que yo mando: seguir oyendo!

Sin hacer caso de mis angustias, Balbino Jácome prosiguió:

—Su Señoría no se lleva ni un solo preso, aunque se le hubieran dado algunitos, por peligrosos; no a los que matan y a los que hieren, sino a los que roban. Pero el Visitador no pudo hacer más. Antes que llegara, fueron espías a las barracas a secretear el chisme de que la empresa quería cerciorarse de cuáles eran los servidores de mala índole, para ahorcarlos a todos juntos, con cuyo fin les tomaría declaraciones cierto socio del extranjero, que se haría pasar por Juez de instrucción. Esta medida tuvo un éxito completísimo: Su Señoría halló por doquiera gentes felices y agradecidas, que nunca oyeron decir de asesinatos ni de vejámenes.

Mas el crimen perpetuo no está en las selvas sino en dos libros: en el Diario y en el Mayor. Si Su Señoría los conociera, encontraría mas lectura en el DEBE que en el HABER, ya que a muchos hombres se les lleva la cuenta por simple cálculo, según lo que informan los capataces. Con todo, hallaría datos inicuos: peones que entregan kilos de goma a cinco centavos y reciben franelas a veinte pesos; indios que trabajan hace seis años, y aparecen debiendo aún el mañoco del primer mes; niños que heredan deudas enormes, procedentes del padre que les mataron, de la madre que les forzaron, hasta de las hermanas que les violaron, y que no cubrirán en toda su vida, porque cuando conozcan la pubertad, los solos gastos de su niñez les darán medio siglo de esclavitud!

Mi compañero hizo una pausa, mientras me ofrecía su tabaquera. Yo, aunque consternado por lo que oía, quise defender al Visitador:

—Probablemente Su Señoría no tendrá orden judicial para ver los libros.

—Aunque la tuviera. Están bien guardados.

—Y cómo será posible que Su Señoría no lleve pruebas de tantos atropellos que fueron públicos? Se estará haciendo el disimulado?

—Aunque así fuera. Qué ganaríamos con la evidencia de que fulano mató a zutano, robó a mengano, hi rió a perensejo? Eso, como dice Juanchito Vega, pasa en Iquitos y en donde quiera que existan hombres: cuánto más aquí en una selva sin policía ni autoridades. Líbrenos Dios de que se compruebe crimen alguno, porque los patrones lograrían realizar su mayor deseo: la creación de Alcaldías y de Panópticos, o mejor, la iniquidad dirigida por ellos mismos. Recuerde usted que aspiran a militarizar los trabajadores, a tiempo que en Colombia pasan cosillas reveladoras de algo muy grave, de subterránea complicidad, según la frase de Larrañaga. Los colonos colombianos no están vendiendo a esta empresa sus fundaciones, forzados por la falta de garantías? Ahí están Calderón, Hipólito Pérez y muchos otros, que reciben lo que les dán, creyéndose bien pagados con no perderlo todo y poder escurrir el bulto. Y Arana, que es el despojador, no sigue siendo, prácticamente, Cónsul nuestro en Iquitos? Y el Presidente de la República no dizque envió al General Velasco a licenciar tropas y resguardos en el Putumayo y en el Caquetá, como respuesta muda a la demanda de protección que

los colonizadores de nuestros ríos le hacían a diario? Paisano, paisanito, estamos perdidos! Y el Putumayo y el Caquetá se pierden también!

Oigame un consejo: No diga nada! Dicen que el que habla yerra, pero el que hable de estos secretos errará más. Vaya predíquelos en Lima o en Bogotá, si quiere que lo tengan por mentiroso y exagerado. Si le preguntan por el francés, diga que la empresa lo envió a explorar lo desconocido; si le averiguan la especie aquella de que El Culebrón mostró cierto día el reloj del sabio, adviértales que eso fue solo con ocasión de una borrachera, y que por siempre la está durmiendo. Al que lo interroge por *El Chispita*, respóndale que era un capataz bastante ilustrado en lenguas nativas: yeral, carijona, huitoto, muinane; y si usted, por adobar la conversación, tiene que referir algún episodio, no cuente que esa paloma les robaba los guayucos a los indígenas para tener pretexto de castigarlos por inmorales, ni que los obligaba a enterrar la goma, sólo por esperar que llegara el amo y descubrirle ocasionalmente los escondites, con lo cual sostenía su fama de adivino honrado y vivaz; hable de sus uñas, afiladas como lancetas, que podían matar al indio más fuerte con imperceptible rasguñadura, no por ser mágicas ni enconosas, sino por el veneno de *curare* que las teñía.

—Paisano, exclamé, usted me habla de Lima y de Bogotá, como si estuviera seguro de que puedo salir de aquí!

—Sí, señor. Tengo quién lo compre y quién se lo lleve: la madona Zoraida Ayram!

—De veras? De veras?

—Como ser de noche. Esta mañana cuando Su Señoría lo mandó llamar para interrogarlo, la madona lo veía desde la baranda, con su binóculo: y cuando usted declaró en voz alta que no quería trabajar más, ella pareció muy complacida por la insolencia. «Quién es, me preguntó, ese viejo tan arriesgado?» Y yo respondí: «Nada menos que el hombre que le conviene: es el rumbero llamado *El Brújulo*, a quien le recomiendo como letrado, ducho en los números y en las cuentas, perito en tratos de goma, conocedor de barracas y sirringales, avisado en asuntos de contrabando, buen mercader, buen boga, buen pendolista, a quien su hermosura puede adquirir por muy poca cosa. Si lo hubiera tenido cuando el asunto de Juan Muñeiro, no me contaría complicaciones».

—Asunto de Juan Muñeiro? Complicaciones?

—Sí, descuidillos que ya pasaron. La madona les compró el caucho a los picures de Capalurco, y en Iquitos se lo querían decomisar. Pero ella triunfó. Para eso es hermosa! Les habían prohibido a las guarniciones que la dejaran subir los ríos de esta región, y ya ve usted que el Visitador le compuso todo, y hasta de balde. Sin embargo: la mujer cuando da, pide; y el hombre pide cuando da.

—Compañero, la madona tendrá noticias de Lucianito! Quiero hablar con ella! Aunque no me compre!

Veinte días después estaba en Iquitos.

La lancha de la madona remolcaba un bongo de cien quintales, en cuyo popa gobernaba yo la *espadilla*, sufriendo sol. Frecuentemente atracábamos en bohíos del

Amazonas, para realizar la *corotería* aunque fuera permutándola por productos de la región, jebe, castañas, pirarucú, ya que hasta entonces la agricultura no había conocido adictos en esos territorios tan dilatados. Doña Zoraida misma pactaba las permutas con los colonos, y era tál su labia de mercachifle, que siempre al reembarcarse tuvo el placer de que yo inscribiera en el Borrador las cicateras utilidades que había obtenido.

No tardé en convencerme de que mi ama era de carácter insoportable, tan atrabiliaria como un canónigo. Negóse a aceptar la idea de que yo fuera el padre de Lucianito, habló despectivamente de Juan Muñeiro, y a fuerza de humillaciones pude saber que los prófugos, tras de engañarla con un siringa, que *era robado y de mala clase*, burlaron las guarniciones del Amazonas y remontaron el Caquetá hasta la confluencia del Apoporis, por donde subieron en busca del río Taraira, que tiene una trocha para el Vaupés, a cuyas márgenes fue a buscarlos apenas pudo, con el objeto de que la indemnizaran de los perjuicios provenientes del contrabando, sin lograr más que decepciones y hasta calumnias contra su decoro de mujer virgen, pues hubo deslenguados que se atrevieron a comentar un drama de amor.

—No olvides, viejo, gritóme un día, tu condición de criado mendigo! No tolero que me interrogues familiarmente sobre asuntos que apenas serían pasables en conversaciones de camaradas. Basta de preguntarme si Lucianito es un mozo apuesto, si tiene bozo, buena salud y modales nobles. Qué me importan a mí semejantes cosas? Ando tras de los hombres para in-

ventariarles sus lindas caras? Está mi negocio en preferir los clientes gallardos? Sigue tú de atrevido y necio, para vender tu cuenta a quien me la compre!

—Madona, no me trate usted así, que ya no estamos en los cauchales! Harto estoy de sufrir por hijos ingratos! Ocho años llevo de buscar al que se me vino, y él, quizás, mientras yo lo anhele, no habrá pensado nunca en hallarme a mí! El dolor de este pensamiento sería suficiente para abreviarme la pesadumbre, porque soy capaz, en cualquier instante, de soltar el timón del bongo y lanzarme al agua! Sólo quiero saber si Luciano ignora que yo lo busco; si topaba mis señas en los troncos y en los caminos; si se acordaba de su mamá!

—¡Ay, arrojarte al agua! ¡Arrojarte al agua! ¿Será posible? ¿Y mis dos mil soles? ¿Mis dos mil soles? ¿Quién me paga mis dos mil soles?

—¿Ya no tengo derecho ni de morir?

—¡Eso sería un fraude!

—¿Pero cree usted que mi cuenta es justa? ¿Quién no cubre en ocho años de labor diaria lo que se come? ¿Estos harapos que llevo encima no están gritando la miseria en que viví siempre?

—Y el robo de tu hijo...

—¡Mi hijo no roba! ¡Aunque haya crecido entre bandoleros! No lo confunda con los demás. ¡El no le ha vendido caucho ninguno! Usted hizo el trato con Juan Muñeiro, recibió la goma y nada le dio. ¡He revisado todos los libros!

—¡Ay, este hombre es espía! ¡Me engañaron los de El Encanto! ¡Traición del viejo Balbino Jácome! ¡Pero

de mí no te burlarás! ¡Cuando desembarquemos, te haré prender!

—¡Sí, que me entreguen al Juez Valcárcel, para quien llevo muchas revelaciones!

—Alá! ¿Piensas meterme en nuevos embrollos?

—¡Pierda cuidado! No seré delator cuando he sido víctima.

—Yo arreglo eso. ¡Me echarás encima el odio de Arana!

—No mentaré lo de Juan Muñeiro.

—¡Vas a crearte enemigos muy poderosos! ¡En Maños te dejaré libre! ¡Irás al Vaupés y abrazarás a Luciano Silva, a tu hijo querido, quien de seguro te anda buscando!

—No desistiré de hablar con mi Cónsul. ¡Colombia necesita de mis secretos! ¡Aunque muriera inmediatamente! ¡Ahí le queda mi hijo para luchar!

A las pocas horas, desembarcamos.

El altercado con la madona me enalteció. A las últimas frases, me troqué en amo, temido por mi dueña, mirado con respeto por la servidumbre de lancha y bongo. El motorista y el timonel, que en días anteriores me ordenaban lavar sus ropas, no sabían qué hacer con el *señor Silva*. Al saltar a tierra, uno de ellos ofrecióme sus cigarrillos, mientras que el otro me alargaba la yesca de su eslabón, con sombrero en mano.

—«Señor Silva, usted nos ha vengado de muchas cosas!»

—La mestiza de Parintins, camarera de la madona, pidió a los hombres, desde la lancha, que descorrieran las cortinas de lona cruda.

—Pronto, que la señora tiene cefálicos. Ya se ha tomado dos aspirinas. ¡Es necesario guindar la hamaca!

Mientras los marineros obedecían, empecé a meditar mis planes: ir al Consulado de mi país, exigirle al Cónsul que me asesorara en la Prefectura o en el Juzgado, denunciar los crímenes de la selva, referir cuanto me constaba sobre la expedición del sabio francés, solicitar mi repatriación, la libertad de los caucheros esclavizados, la revisión de libros y cuentas en La Chorrera y en El Encanto, la redención de miles de indígenas, el amparo de los colonos, el libre comercio en caños y ríos. Todo, después de haber conseguido la orden de amparo a mi autoridad de padre legítimo, sobre mi hijo menor de edad, para llevármelo, aun por la fuerza, de cualquier cuadrilla, barraca o monte.

La camarera se me acercó:

—Señor Silva, nuestra señora ruega a usted que ordene sacar del bongo lo que allí venga y que haga en la Aduana las gestiones indispensables, como cosa propia, por ser usted el hombre de más confianza.

—Dígale que me voy para el Consulado.

—¡Pobrecita, cómo ha llorado al pensar en *Lú*!

—¿Quién es ese *Lú*?

—Lucianito. Así le decía cuando anduvieron juntos en el Vaupés.

—¡Juntos!

—Sí señor, como beso y boca. Era muy generoso, le conseguía lotes de caucho. La que tiene detalles ciertos es mi hermana mayor, que actualmente está en el Río Negro, como querida de un capataz del turco Pezil, y fue primero que yo camarera de la madona.

Al escuchar esta confidencia, temblé de amargura y resentimiento. Volví el rostro hacia la ciudad, disimulando mi indignación. Ignoro en qué momento me puse en marcha. Atravesé corrillos de marineros, filas de cargadores, grupos del resguardo. Un hombre me detuvo para que le mostrara mi pasaporte. Otro me preguntó de dónde venía, y si en mi canoa quedaban legumbres para vender. No sé cómo recorrí calles, suburbios, atracaderos. En una plaza me detuve frente a un portón que tenía un escudo. Llamé.

—¿El Cónsul de Colombia se encuentra aquí?

—¿Qué Cónsul es ese? preguntó una dama.

—El de Colombia.

—¡Ja, ja!

En una esquina vi sobre el balcón el asta de una bandera. Entré.

—Perdone, señor: ¿el Consulado de la República de Colombia?

—Este no es.

Y seguí caminando de ceca en meca, hasta por la noche.

—Caballero, le dije a un nadie: ¿dónde reside el Cónsul de Francia?

Inmediatamente me dio las señas. La oficina estaba cerrada. En la placa de cobre leí este anuncio: Horas de despacho, de nueve a once.

Pasada la primera nerviosidad, me sentí tan acobardado, que eché de menos la salvajeza de los sirringales. Siquiera allá tenía *conocidos* y para mi chinchorro no faltaba un lugar; mis costumbres estaban hechas, sa-

bía desde por la noche la tarea del día siguiente y hasta los sufrimientos me venían reglamentados. Pero en la ciudad advertí que me faltaba el hábito de las risas, del albedrío, del bienestar. Vagaba por las aceras con el temor de ser importuno, con la melancolía de ser extranjero. Me parecía que alguien iba a preguntarme por qué andaba ocioso, por qué no seguía fumigando goma, por qué había desertado de mi barraca. Donde hablaran recio, mis espaldas se estremecían; donde hallaba luces, encandilábanse mis ojos, habituados a la penumbra. La libertad me desconocía, porque no era libre: tenía un amo, el acreedor; tenía un grillo, la deuda; y me faltaban la ocupación, el techo y el pan.

Varias veces había recorrido el pueblo, sin comprender que no era muy grande. Al fin, me dí cata de que todos los edificios se repetían. En uno de ellos desocupábanse los vehículos. Adentro, aplausos y músicas. La madona bajó de un coche, en compañía de un caballero gordo, cuyos bigotes eran gruesos y retorcidos como dos cables. Quise volver al puerto y vi en una tienda al motorista y al timonel.

—Señor Silva, estamos aquí porque no hay cuidado en la embarcación. Ya entregamos todo. Mañana, a las doce en punto, sale el vapor de línea que entra al Río Negro. La madona compró pasaje. Pero los tres viajaremos en nuestra lancha. Saldremos cuando lo ordene. Le aconsejaríamos dejar sus secretos para Manaos. Aquí no le oyen. ¿Qué esperanzas le dió su Cónsul?

—Ni siquiera sé dónde vive.

—¿Ustedes podrían decirme, les preguntó el timonel a los parroquianos, si el Consulado de Colombia tiene oficina?

—No sabemos.

—Creo que donde Arana, Vega y Compañía, insinuó el motorista. Yo conocí de Cónsul a don Juancho Vega.

La ventera, que lavaba las copas en un caldero, advirtió a sus clientes:

—El latonero de aquí adelante me ha contado que a su patrón lo llaman El Cónsul. Pueden indagar si alguno de ellos es colombiano.

Yo, por honor del nombre, rechacé la burla:

—Ustedes no sospechan por quién pregunto!

Sin embargo, al amanecer tuve el pensamiento de visitar la latonería y pasé varias veces por la acera opuesta, con actitudes de observador, mientras llegaba la hora de presentarme al Cónsul de Francia. La gente del barrio era madrugadora. No tardó en abrirse la indicada puerta. Un hombre, que tenía delantal azul, soplabá fuera del quicio, con grandes fuelles, un brasero metálico. Cuando llegué, comenzó a soldar el cuello de un alambique. En los estantes se alineaba una profusa cacharrería.

—Señor, ¿Colombia tiene Cónsul en este pueblo?

—Aquí vive, y ahora saldrá.

Y salió, sorbiendo su pocillo de chocolate. El tal no era un ogro, ni mucho menos. Al verlo, aventuré mi campechanada:

—¡Paisano! ¡Paisano! ¡Vengo a pedir mi repatriación!

—Yo no soy de Colombia, ni gano sueldo. Su país no repatria a nadie. El pasaporte vale cincuenta soles.

—Vengo del Putumayo, y esto lo compruebo con la miseria de mis *chanchiras*, con las cicatrices de los azotes, con la amarillez de mi rostro enfermo. Lléveme al Juzgado a denunciar crímenes.

—Yo no soy abogado ni sé de leyes. Si no puede pagar a un procurador...

—Tengo revelaciones sobre la exploración del sabio francés.

—Pues que las oiga el Cónsul de Francia.

—A un hijo mío, menor de edad, me lo secuestraron en esos ríos.

—Eso se debe tratar en Lima. ¿Cómo se llama el hijo de usted?

—Luciano Silva, Luciano Silva!

—¡Oh, oh, oh! Le aconsejo no decir nada. El Cónsul de Francia tiene noticias. Ese apellido le será ingrato. Un tal Silva fue a La Chorrera, después que el sabio desapareció, usando los vestidos del hombre ilustre. La orden de captura no tardará. ¿Conoce usted al rumbero apodado El Brújulo? ¿Cuáles van a ser sus revelaciones?

—Versarán sobre cosas que me contaron.

—Las sabrá de seguro el señor Arana, quien se interesa por ese asunto; pero refiéraselas usted y pídale trabajo, de parte mía. El es hombre muy bueno y le ayudará.

Porque no percibiera mi agitación, me despedí sin darle la mano. Cuando salí a la calle, no acertaba a encontrar el puerto. El motorista y el timonel estaban a bordo con unos peones.

—Vámonos, les rogué.

—Venga conozca tres compañeros, del personal del señor Pezil, el caballero grueso que anoche estuvo en cine con la madona. Todos vamos para Manaos, y vamos solos porque nuestros patrones toman el buque.

Al instalarnos para partir, me dijo alguno de esos muchachos:

—De todo corazón lo acompañamos en sus desgracias.

—De igual manera les agradezco sus expresiones.

—En el propio raudal de Yavaraté, contra las raíces de un jacarandá.

—¿Qué me dice usted?

—Que es preciso esperar tres años para poderle sacar los huesos.

—¿A quién? ¿A quién?

—A su pobre hijo. ¡Lo mató un árbol!

El trueno del motor apagó mi grito:

—¡Vida mía! ¡Lo mató un árbol!

TERCERA PARTE

Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! Viví entre el fango de los rebalses, en el silencio de las montañas, con una cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de árboles fuertes, que tienen sangre blanca, como los dioses.

A mil leguas del hogar en donde nací, maldije la memoria que trae recuerdos, porque no hay uno solo que no sea triste: el de los padres que envejecieron en la pobreza, esperando el apoyo del hijo ausente; el de las hermanas, bellas y núbiles, que sonríen a las decepciones, sin que la fortuna cambie su ceño, sin que el hermano les lleve el oro restaurador!

A menudo, al clavar la hachuela en el tronco vivo, sentí deseo de descargarla contra mi mano, que tocó las monedas sin atraparlas; mano desventurada que no produce, que no roba, que no redime, y ha vacilado en libertarme de mi vivir! Y pensar que tantas gentes en esta selva están soportando el mismo dolor!

Quién estableció el desequilibrio entre la realidad y el alma incolmable? Para qué nos dieron alas en el vacío? Nuestra madrastra fue la pobreza, nuestro tirano la aspiración! Por mirar la altura tropezábamos en

la tierra; por atender al vientre misérrimo fracasamos en el espíritu. La medianía nos brindó su angustia. Solo fuimos los héroes de lo mediocre!

El que logró entrever la vida feliz, no ha tenido con qué comprarla; el que buscó la novia, topó el desdén; el que soñó en la esposa, halló la querida; el que intentó elevarse, cayó vencido, ante los magnates indiferentes, tan impasibles como estos árboles que nos miran laguidecer de fiebres y de hambre entre las sanguijuelas y las hormigas!

Quise hacerle descuentos a la ilusión, pero una fuerza incógnita disparóme mas allá de la realidad! Pasé por encima de la ventura, como flecha que marra el punto de mira, sin poder corregir su fatal impulso y sin otro destino que el de caer! Y a esto lo llamaban mi *porvenir*!

Sueños irrealizados, triunfos perdidos! Por qué sois fantasmas de la memoria, cual si me quisiérais avergonzar? Ved en lo que ha parado este soñador: en herir al árbol inerme para enriquecer a los que no sueñan; en soportar desprecios y vejaciones en cambio de un mendrugo al anocheecer!

Esclavo, no te quejes de las fatigas; preso, no te duelas de tu prisión; ignoráis la tortura de vagar sueltos en una cárcel como la selva, cuyas bóvedas de verdura tienen por muros ríos inmensos. No sabéis del suplicio de las penumbras, viendo al sol que ilumina la playa opuesta, a donde nunca podemos ir! La cadena que muerde vuestros tobillos es mas piadosa que las sanguijuelas de estos pantanos; el carcelero que os atormenta no es tan adusto como estos árboles que nos vigilan sin murmurar!

Tengo trescientos troncos en mis estradas y en martirizarlos gasto seis días. Les he limpiado los bejuqueros y para cada uno desvié un camino. Al recorrer la taimada tropa de vegetales para derribar a los que no lloran, suelo sorprender a los castradores recogiendo la goma ajena. Reñimos a mordiscos y a machetazos, y la leche medio cuajada se salpica de gotas enrojecidas. Mas qué importa que nuestras venas aumenten la savia del vegetal? El capataz exige diez litros diarios y el foete es usurero que no perdona!

Y qué mucho que mi vecino, el que trabaja en la vega próxima, muera de fiebre? Ya lo veo tendido en las hojarascas, sacudiéndose los moscones, que no lo dejan agonizar. Mañana tendré que irme de estos lugares, derrotado por la hediondez; pero le robaré la goma que haya sacado y mi trabajo será menor. Otro tanto harán conmigo cuando me muera. Yo, que no he robado para mis padres, robaré cuanto pueda para mis amos!

Mientras le ciño al tronco goteante el tallo acanallado del *caraná*, para que corra hacia la tazuela su llanto trágico, la nube de mosquitos que lo defiende chupa mi sangre y el vaho de los bosques nubla mis ojos. Así el árbol y yo, con tormento vario, somos lacrimatorios ante la muerte y nos combatiremos hasta morir!

Mas yo no compadezco al que no protesta. Un temblor de ramas no es rebeldía que inspire afecto. Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil? Aquí no siento tristeza sino desesperación! Quisiera tener con quién conspirar! Quisiera librar la batalla de las especies,

sucumbir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cósmicas! Si Satán dirigiera esta rebelión....!

Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!

—

Sepa usted don Clemente Silva —le dije hace varios meses, al tomar la trocha del Guaracú— que las tribulaciones que ha padecido nos han ganado para su causa. Su redención encabeza el programa de nuestra vida. Siento que en mí se enciende un anhelo de inmolación; mas no es la piedad del mártir la que me aúpa, sino el ansia de contendor con esta fauna de hombres de presa, a quienes venceré con armas iguales, aniquilando el mal con el mal, ya que la voz de paz y justicia solo prospera entre los rendidos. Qué ha ganado usted con sentirse víctima? La mansedumbre le prepara terreno a la tiranía y la pasividad de los explotados sirve de incentivo a la explotación. Su bondad y su timidez han sido cómplices inconscientes de sus verdugos.

Aunque ya mis iniciativas parecen súplicas al fracaso, porque mi mala suerte las contraría, tengo el presentimiento de que esta vez se mueven mis pasos hacia el desquite. No sé cómo se cumplirán los hechos futuros, ni cuántas pruebas ha de resistir mi perseverancia; lo que menos me importa es morir aquí, con tál que pueda morir a tiempo. Y por qué pensar en la muerte ante los obstáculos, si, por grandes que sean, nunca cerraron al animoso la posibilidad de so-

brevivirlos? La creencia en el destino debe valernos para caldear la resolución. Estos jóvenes que me siguen son hazañosos; mas si usted no quiere afrontar las tremendas incertidumbres, escoja el que le provoque y escápense en una balsa por este río.

—Y mi tesoro? No sabe que el Cayeno tiene guardados los despojos de Lucianito? Cree usted que sin esa prenda andaría yo suelto?

Por lo pronto nada tuve qué replicar.

—Los huesos de mi hijo son mi cadena. Vivo forzado a portarme bien para que me permitan asolearlos. Ya les dije a ustedes que ni siquiera los poseo todos: el día que los exhumé, tuve que dejarle a la sepultura algunas falanjes que estaban frescas. Los cargaba envueltos en mi cobija, y cuando el Cayeno me capturó, a mi regreso del río Vaupés, en la trocha que enlaza al Isana y al Kerarí, pretendía botármelos por la fuerza. Ahora los guardo, limpios y blancos, entre una caja de kerosén, bajo la barbacoa de mis patrones.

—Don Clemente, tiene usted evidencia de que esos restos.....

—Sí! Esos son! La calavera es inconfundible: en la encía superior un diente encaramado sobre los ótros. Tal vez con la pica alcancé a perforar el cráneo, pues tiene un agujero sobre el frontal.

Hubo una pausa. No sé si en aquel instante se había agrietado la decisión de mis compañeros, que callaban en corro meditabundo. El mulato dijo, aproximándose a don Clemente:

—Camaráa, siempre es mejorcito que nos volvamos. Mi máma se quedó sola, y mi ganao se mañosea.

Tengo cuatro cachonas de primer parto, y de seguro que ya tán parías. Déjese de güesos, que son guiñosos. Es malo meterse en cosas de sepulturas. Por eso dice la letanía: «Aquí te entierro y aquí te tapo; el diablo me yeve si un día te saco». Ruéguele a estos señores que reclamen la güesamenta y la sepulten bajo una cruz, y verá usted que la suerte se le compone. Resuelva ligero, que se hace tarde!

—Cómo! Arriesgarnos a que nos prenda el Coronel Fúnes? Usted no sabe en qué tierra está. Los secuares del Coronel merodean por todas partes.

—Y ya no es tiempo de indecisiones, gruñí colérico. Mulato, adelante! Ya te pasó la hora!

Entonces Helí Mesa se acercó al tambo, a prenderle fuego. Don Clemente lo miraba sin protestar.

—Nó, nó! exclamé: se quemarían los mapires envenenados. Los cazadores de indios pueden volver y ojalá se envenenen todos!

Hubiera deseado que mis amigos no marcharan tan silenciosos: me hacían daño mis pensamientos y una especie de pánico me invadía al meditar en mi situación. Cuáles eran los planes que había forjado? En qué se apoyaba mi altanería? Qué debían importarme las desventuras de los demás, si con las propias iba de de rastra? Por qué hacerle promesas a don Clemente si Barrera y Alicia me tenían comprometido? El concepto de Franco empezó a angustiarme: «Era yo un desequilibrado tan impulsivo como teatral».

Paulatinamente llegué a dudar de mi propio espíri-

tu: estaría loco? Imposible! La fiebre me había olvidado en muchas semanas. Loco por qué? Mi cerebro era fuerte y mis ideas limpias. No solo comprendía que era apremiante ocultar mis vacilaciones, sino que me daba cuenta de los detalles más minuciosos. La prueba estaba en lo que iba viendo: el bosque en aquella parte no era muy alto, no había camino, y don Clemente seguía adelante, partiendo las ramitas en el rastrojo para dejar señales del rumbo, como se acostumbra entre cazadores; Fidel llevaba la carabina atravesada sobre su pecho, engarzando con el calibre, por encima de las clavículas, los cabestros de la talega, rica en mañoco, que fingía sobre su espalda una gran joroba; portaba el mulato el hatillo de las hamacas, un caldero y dos canaletes; Mesa, en aquel momento, bajo sus bártulos, saboreaba un cuesco maduro y mecía en el aire el tizón humeante, que cargaba en la diestra, a falta de fósforos.

Loco yo? Qué absurdo más grande! Ya se me había ocurrido un proyecto lógico: entregarme como rehén en las barracas del Guaracú, mientras el viejo Silva se marchaba para Manaos, llevando secretamente un pliego de acusaciones dirigido al Cónsul de mi país, con el ruego de que viniera inmediatamente a devolverme la libertad y a redimir a mis compatriotas. Quién que fuera anormal razonaría con tanto acierto?

El Cayeno debía aceptar tan feliz propuesta: a cambio de un viejo inútil adquiriría un cauchero joven, o dos o más, porque Franco y Helí no me abandonaban. Para halagarlo, procuraría hablarle en francés: «Señor, este anciano es pariente mío; y como no le puede pagar la cuenta, déjelo libre y dénos trabajo hasta can-

celarla». Y el antiguo prófugo de Cayena accedería sin vacilar.

Cosa fácil habría de serme adquirir la confianza del empresario, mediante la paciencia y el disimulo. No emplearía contra él la fuerza sino la astucia. Cuánto iban a durar nuestros sufrimientos? Dos o tres meses. Acaso nos enviara a *siringuear* a Yaguanarí, pues Barrera y Pezil eran socios suyos. Y aunque no lo fueran, le expondríamos la conveniencia de sonsacar para sus gomales a los colombianos de aquella zona. En todo caso, al oponerse a nuestros deseos, nos fugaríamos por el Isana, y, cualquier día, enfrentándome a mi enemigo, le daría muerte, en presencia de Alicia y los enganchados. Después, cuando nuestro Cónsul desembarcara en Yaguanarí, en vía para el Guaracú, con una guarnición de varios gendarmes, a devolvernos la libertad, exclamarían mis compañeros: «El implacable Cova nos vengó a todos y se internó por este desierto!»

Mientras discurría de esta manera, principié a notar que mis pantorrillas se hundían en las hojarascas y que los árboles iban creciendo a cada segundo, con una apariencia de hombres acucillados que se empinaban desperzándose hasta elevar los brazos verdosos por encima de la cabeza. En ciertos instantes creí advertir que el cráneo me pesaba como una torre y que mis pasos iban de lado. Efectivamente, la cara se me volvió sobre el hombro izquierdo y tuve la impresión de que un espíritu me decía: «Vas bien así, vas bien así! Para qué marchar como los demás?»

Aunque mis compañeros andaban cerca, no los veía, no los sentía. Parecióme que mi cerebro iba a entrar en ebullición. Tuve miedo de verme solo y eché a co-

rrer hacia cualquier parte, con pavor de mis perros, que me seguían. No supe más. De entre una malla de trepadoras me desenredaron mis camaradas.

—Por Dios! Qué te pasa? No nos conoces? Somos nosotros!

—Qué ha sucedido? Por qué me cogen? Por qué me cogen?

—Don Clemente —prorrumpió Franco— desandemos este camino: Arturo está enfermo.

—Nó, nó! Ya me tranquilicé. Creo que quise coger una ardilla blanca. Las caras de ustedes me impresionaron. Tan horribles muecas...!

Así dije, y aunque todos estaban pálidos, porque no dudaran de mi salud me puse de guía por entre el bosque. Un momento después se sonrió don Clemente Silva:

—Paisano, usted ha sentido el embrujamiento de la montaña.

—Cómo! Por qué?

—Porque pisa con desconfianza y a cada momento mira hacia atrás. Pero no se afane ni tenga miedo. Es que algunos árboles son burlones.

—En verdad, no entiendo...

—Nadie ha sabido cuál es la causa del misterio que nos trastorna cuando vagamos en estas selvas. Sin embargo, creo acertar en la explicación: Cualquiera de estos árboles se amansaría, tornándose amistoso y hasta risueño, en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo persiguiera ni lo sangrara; mas aquí todos son perversos, o agresivos o hipnotizantes. En estos silencios, bajo estas sombras, tienen su manera de combatirnos: algo nos destempla, algo nos to-

ca, algo nos oprime, y viene el mareo de las espesuras, y queremos huír y nos extraviarnos, y por esta razón miles de caucheros no volvieron a salir nunca.

Yo también he sentido la mala influencia en distintos casos, especialmente en Yaguanarí.

Por primera vez, en todo su horror, se ensanchó ante mí la selva inhumana. Árboles deformes sufren el cautiverio de las enredaderas advenedizas, que a grandes trechos los ayuntan con las palmeras y se descuelgan en curva elástica, semejantes a redes mal extendidas, que a fuerza de almacenar en años enteros hojarascas, chamizas, frutas, se desfondan como un saco de podredumbre vaciando en la yerba reptiles ciegos, salamandras mohosas, arañas peludas.

Por doquiera el bejuco de *matapalo* —rastrero pulpo de las florestas— pega sus tentáculos a los troncos, acogotándolos y retorciéndolos, para ingertárselos y trasfundírselos en metempsícosis dolorosas. Vomitan los *bachaqueros* sus trillones de hormigas devastadoras, que recortan el manto de la montaña y por anchas veredas vuelven al túnel, como abanderadas del exterminio, con sus gallardetes de hojas y tallos. El comején enferma los árboles cual una sífilis galopante, que solapa su lepra suplicatoria mientras va carcomiéndoles los tejidos y pulverizándoles la corteza, hasta derrocarlos, súbitamente, bajo su pesadumbre de ramas vivas.

Entre tanto, la tierra cumple en su seno las interminables renovaciones: al pie del coloso que se derrumba, el germen que brota; en medio de los miasmas, el

pólen que vuela; y por todas partes el hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación.

¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores translúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!

Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! Aquí, los resposos de sapos hidrópicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como una droga: la liana maligna cuya peluza enceguece los animales; la *pringamosa* que inflama la piel, la pepa del *curujú* que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica, la uva purgante, el coroso amargo.

Aquí, de noche, voces desconocidas, pausas consternadoras, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse hace la promesa de su semilla; el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno; el chasquido de la mandíbula, que devora con temor de ser devorada; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo sobreviviente: el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. ¡Todo por el júbilo breve de vivir unas horas más!

Esta selva sádica y vírgen procura al ánimo la alu-

cinación del peligro próximo. El vegetal es un sér sensible cuya psicología desconocemos. En estas espesuras, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades: el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos!

No obstante, es el hombre civilizado el paladín de la destrucción. Hay un valor magnífico en la epopeya de estos piratas que esclavizan a sus peones, explotan al indio y se debaten contra la selva. Atropellados por la desdicha, desde el anonimato de las ciudades, se lanzaron a los desiertos buscándole un fin cualquiera a la vida estéril. Delirantes de paludismo, se despojaron de la conciencia, y, connaturalizados con cada riesgo, sin más armas que el wíchester y el machete, sufrieron las más atroces necesidades, anhelando los goces y la abundancia, al rigor de las intemperies, siempre famélicos y hasta desnudos porque las ropas se les podrían sobre la carne.

Por fin, un día, en la peña de cualquier río, alzan una choza y se llaman «amos de empresa». Teniendo a la selva por enemigo, no saben a quién combatir, y se arremeten unos a otros y se matan y se sojuzgan en los intervalos de su denuedo contra los bosques. Y es de verse en algunos sitios cómo sus huellas son semejantes a los aludes: los caucheros que hay en Colombia destruyen anualmente millones de árboles. En los territorios de Venezuela el *balatá* desapareció. De esta suerte ejercen el fraude contra las generaciones del porvenir.

Uno de aquellos hombres se escapó de un presidio célebre, al que el océano sirve de foso. Aunque sabía que los carceleros ceban los tiburones para que no se alejen de la muralla, sin zafarse los grillos se arrojó al mar. Vino a las vegas del Papunagua, asaltó los tambos ajenos, sometió a los caucheros prófugos, fundó una empresa por cuenta propia, y vivía con sus parciales y sus esclavos en las barracas del Guaracú, cuyas luces lejanas, al través de las espesuras, palpitan ante nosotros aquella noche.

¡Quién nos hubiera dicho en ese momento que nuestros destinos describirían la misma trayectoria de la crueldad!

Durante los días empleados en el recorrido de aquella trocha hice una humillante comprobación: mi fortaleza física era aparente, y mi musculatura—que desgastaron fiebres pretéritas—se aflojaba con el cansancio. Sólo mis compañeros parecían inmunes a la fatiga, y hasta el viejo Clemente, apesar de sus años y laceraduras, resultaba más vigoroso para las marchas. A cada momento se detenían por esperarme; y aunque me aligeraron de todo peso, del morral y la carabina, seguía necesitando de que el cerebro mantuviera en tensión mi orgullo para no echarme a tierra y confesarles mi decaimiento.

Iba descalzo, sudoroso, malhumorado, esguazando lagunas y tembladeros, por en medio de un bosque altísimo cuyas raigambres han olvidado la luz del sol. La mano de Fidel me prestaba ayuda al pisar los troncos semipodridos que utilizábamos como puentes, mien-

tras los perros plañían en vano porque los libertara de los collares en aquel paraíso de cazadores, que, ni por serlo, me entusiasmaba.

Esta situación de inferioridad me tornó desconfiado, irritable, díscolo. Nuestro jefe en tales momentos era, sin duda, el anciano Silva, y principié a sentir contra él una secreta rivalidad. Sospeché que de aposta buscó ese rumbo, deseoso de hacerme experimentar mi falta de condiciones para medirme con el Cayeno. No perdía don Clemente oportunidades de ponderarme los sufrimientos en la vida de las barracas y la contingencia de cualquier fuga, sueño perenne de los caucheros, que lo ven esbozarse y no lo realizan porque saben muy bien que la muerte cierra todas las salidas de la montaña.

Estas prédicas tenían eco en mis camaradas, y se multiplicaron los consejeros. Yo no les oía. Me contentaba con replicar:

—Aunque vosotros andáis conmigo, sé que voy solo. ¿Estáis fatigados? Podéis ir caminando detrás de mí.

Entonces, silenciosos, me tomaban la delantera y al esperarme cuchicheaban mirándome de soslayo. Esto me indignaba. Sentía contra ellos un odio súbito. Probablemente se burlaban de mis arrestos. ¿O habrían tomado un rumbo que no fuera el del Guaracú?

—Oigame, viejo Silva, grité deteniéndolo: Si no me lleva para el Isana, le pego un tiro!

El anciano sabía que no lo amenazaba por bromear. Nunca sintió sorpresa ante mi amenaza. Comprendió que el desierto me poseía. ¡Matar a un hombre! ¿Y qué? ¿Por qué no? Era un fenómeno natural. ¿Y la costumbre de de-

fenderme? ¿Y la manera de emanciparme? ¿Qué otro modo más rápido de solucionar los diarios conflictos?

Y por este proceso—oh selva!—hemos pasado todos los que caemos en tu vorágine.

* * *

Agachados entre la fronda, con las manos en las rodillas, atisbábamos las barracas, miedosos de que alguien nos descubriera. En aquel escondite debíamos pernoctar sin encender fuego. Cabrilleando en la oscuridad pasaba una corriente desconocida. Era el Isana.

—Don Clemente, dije abrazándolo: En esto de rumbos es usted la más alta sabiduría!

—Sin embargo, le cogí miedo a la profesión: anduve perdido más de dos meses en el siringal de Yaguanarí.

—Tengo presentes los pormenores. Cuando su fuga para el Vaupés...

—Eramos siete caucheros prófugos.

—Y quisieron matarlo....

—Creían que los extraviaba intencionalmente.

—Y unas veces lo maltrataban....

—Y ótras, me pedían de rodillas la salvación.

—Y lo amarraron una noche entera....

—Temiendo que pudiera dejarlos solos.

—Y, por fin, se apartaron a buscar rumbo....

—Pero sólo toparon el de la muerte.

Este mísero anciano Clemente Silva siempre ha tenido el monopolio de la desgracia. Desde el día que yendo de Iquitos para Manaos tuvo noticias del hijo muerto, cifró su esperanza en la esclavitud. Quería ser

cauchero unos años más, hasta que la tierra le permitiera exhumar los restos. La selva, indirectamente, lo reclamaba como a su prófugo, y era el espectro de Lucianito el que le pedía volver atrás.

Aunque la madona hubiera querido dejarlo libre, qué ganaría con la libertad si de nuevo debía engancharse, obligado por la indigencia, en la cuadrilla de cualquier amo que quizás lo alejara del río Vaupés? En Manaos fue a las agencias donde buscan trabajo los inmigrantes, y salió descorazonado de esos tugurios donde se contrata la esclavitud, porque los patrones solo «avanzaban» gente para el Madeira, para el Purús, para el Ucayali. Y él quería irse al infausto río que guardaba en las cercanías de su raudal la enmalezada tumba, distinguida por cuatro piedras.

El turco Pezil no tenía trabajos en esos montes, pero se lo llevaba al alto Río Negro, y eso era mucho. Solo que fingía no querer comprarlo, y al fin accedió a sus ruegos estipulando con la madona una especie de retroventa, por si no le gustaban las aptitudes del «colombiano». Lo trajo a su hermosa quinta de Naranjal, en la margen opuesta a Yaguanarí, y lo tuvo un tiempo en oficios fáciles, bajo su vigilancia de musulmán taciturno y despreciativo, sin maltratarlo ni escarnerlo.

Mas cierta vez riñeron unas mujeres en la cocina y despertaron a su señor, que dormía la siesta. Don Clemente estaba en el corredor, observando el mapa del muro. En esa actitud lo sorprendió el amo. Ordenóle a gritos que desnudara a las contrincantes hasta la cintura y las azotara. El viejo Silva se resistió a cum-

plir la orden. Esa misma tarde lo despacharon a siririgear a Yaguanarí.

Una de las cuitadas era la antigua camarera de la madona, la que conoció en el Vaupés a Luciano Silva cuando la mancebía con doña Zoraida. «No lo vió muerto», pero sabía el lugar de la sepultura, junto al correntón de Yavaraté, y le había dado ya a don Clemente todas las señas indispensables para encontrarla.

La desobediencia del colombiano no consiguió indultarla de los azotes, porque el turco feroz, con un látigo en cada mano, la llenó de sangre y de contusiones. Gimoteando entre la despensa escribió un papel para su querido, que trabajaba en los siringales, y rogó a don Clemente que se lo entregara al destinatario, sin omitir detalle ninguno sobre la cobarde flagelación.

Este hombre, que se llamaba Manuel Cardoso, era capataz en una barracón del caño Yurubaxí. Al saber los percances de su mujer, ofreció matar a Pezil donde lo encontrara, y, por vengarse interinamente, quiso proceder contra los intereses de su patrón aconsejándoles a los gomeros que se fugaran con la goma que había en el tambo.

El viejo Silva aparentó rechazar la idea, receloso de alguna celada. Sin embargo, en los días siguientes, comentaba con los peones las palabras del vigilante, mientras procedían a fumigar la leche extraída. La respuesta no cambió nunca: «Cardoso sabe que no hay rumbero capaz de enfrentársele a estas montañas».

De noche, los caucheros dictaminaban sobre la hipótesis, tan sugestionadora como imposible, por tener de qué conversar:

—Es claro que la fuga sería irrealizable por el Rio-negro: las lanchas del amo parecen perros de cacería.

—Mas logrando remontar el Cababurí es fácil descender al Maturacá y salir al rio Casiquiare.

—Conforme. Pero el Rionegro tiene una anchura de cuatro kilómetros. Hay que descartar los afluentes de su banda izquierda. Mas bien, aguas arriba, por este caño Yurubaxí, a los sesenta y tantos días de curiara, dizque se encuentra un «igarapé» que desemboca en el Caquetá.

—Y para el rio Vaupés no hay rumbo directo?

—A quién se le ocurre esa estupidez?

El barracón estaba situado sobre un arrecife que no se inunda, único refugio en aquel desierto. Mensualmente llegaba la lancha de Naranjal a recoger la goma y a dejar víveres. Los trabajadores eran escasos y el beriberi mermaba el número, sin contar los que perecían en las lagunas, lanzados por la fiebre desde el andamio donde se trepaban a herir los árboles.

Pese a todo, muchos pasaban meses enteros sin ver la capa del capataz, guareciéndose en chozas mínimas, y volvían al tambo con la goma ya fumigada, convertida en bolones duros que entregaban a la corriente, en vez de conducirlos en las curiaras. Acostumbrados a no alejarse de las orillas, carecían del instinto de orientación, y esta circunstancia ayudó al prestigio de don Clemente, cuando se aventuraba por la floresta, y clavando el machete en cualquier lugar, los instaba días después a que lo acompañaran a recogerlo, partiendo del sitio que le indicaran.

Una mañana, al salir el sol, vino una catástrofe imprevista. Los hombres que en el caney curaban su

hígado, oyeron unos gritos desaforados y se agruparon sobre la laja. Nadando en medio del río, como si fueran patos descomunales, bajaban los bolones de goma fina, y el cauchero que los arreaba venía detrás, en canoa minúscula, apresurando con la palanca a los que se demoraban en los remansos. Frente al barracón, mientras pugnaba por encerrar su rebaño negro en la ensenada del puertecito, elevó estas voces, de más gravedad que un pregón de guerra:

—Tambochas, tambochas! Y los caucheros están aislados!

Tambochas! Esto equivalía a suspender trabajos, dejar la vivienda, poner caminos de fuego, buscar otro refugio en alguna parte. Tratábase de la invasión de hormigas carnívoras, que nacen quién sabe dónde, y al venir el invierno emigran para morir, barriendo el monte en leguas y leguas, con ruidos lejanos, como de incendio. Avispas sin alas, de cabeza roja y cuerpo cetrino, se imponen por el terror que inspiran su veneno y su multitud. Toda guarida, toda grieta, todo agujero; árboles, hojarascas, nidos, colmenas, sufren la filtración de aquel oleaje espeso y hediondo, que devora pichones, ratas, reptiles y pone en fuga pueblos enteros de hombres y bestias.

Esta noticia derramó la consternación. Los peones del tambo recogían sus herramientas y *macundales* con revoltosa precipitud.

—Y por qué lado viene la ronda?, preguntaba Manuel Cardoso.

—Parece que ha cogido las dos orillas. Las dantas y los cafuches cruzan el río desde esta margen, pero en la ótra están las abejas alborotadas!

—¿Y cuáles caucheros quedan aislados?

—Los cinco de la ciénaga de «El Silencio», que ni siquiera tienen canoa!

—¿Qué remedio? ¿Que se defiendan! ¿No se les puede llevar socorro! ¿Quién se arriesga a extraviarse en estos pantanos?

—Yo, dijo el anciano Clemente Silva.

Y un joven brasileño, que se llamaba Lauro Coutinho:

—Iré también. Allá está mi hermano!

Recogiendo los víveres que pudieron y provistos de armas y fósforos, se aventuraron los dos amigos por una trocha, que, partiendo de la barraca, profundiza las espesuras en la dirección del caño Marié.

Marchaban presurosos por entre el barro de las malezas, con oído atento y ojo sagaz. De pronto, cuando el anciano, abriéndose de la senda, empezó a orientarse hacia la ciénaga de El Silencio, lo detuvo Lauro Coutinho.

—Ha llegado el momento de picurearnos!

Don Clemente, minutos antes, pensaba en ello, mas supo disimular su satisfacción.

—Habría que consultarlo con los caucheros...

—Yo le respondo de que convienen, sin vacilar!

Y así fue, porque al día siguiente los hallaron en un bohío, jugando a los dados sobre un pañuelo y emborrachándose con vino de palmachonta, que se ofrecían en un calabazo.

—¿Hormigas? ¿Qué hormigas! ¿Nos reímos de las tambochas! ¿A picurearnos, a picurearnos! ¿Un rumbero como usted es capaz de sacarnos de los infiernos!

Y allá van por entre la selva, con la ilusión de la libertad, llenos de risas y de proyectos, adulando al guía y prometiéndole su amistad, su recuerdo, su gratitud. Lauro Coutinho ha cortado una hoja de palma y la conduce en alto como un pendón; Souza Machado no quiere abandonar su bolón de goma, que pesa más de diez y ocho kilos, con cuyo producto piensa adquirir durante dos noches las caricias de una mujer, que sea blanca y rubia y que trascienda a brandy y a rosas; el italiano Peggi habla de salir a cualquier ciudad para emplearse de cocinero en algún hotel donde abunden las sobras y las propinas; Coutinho, el mayor, quiere casarse con una moza que tenga rentas; el indio Venancio anhela dedicarse a labrar curiaras; Pedro Fajardo aspira a comprar un techo para hospedar a su madre ciega, don Clemente Silva sueña en hallar una sepultura. Es la procesión de los infelices cuyo camino parte de la miseria y llega a la muerte!

¿Y cuál era el rumbo que perseguían? El del río Curicuriarí. Por allí entrarían al Ríonegro, setenta leguas arriba de Naranjal, y pasarían a Umarituba, a pedir amparo. El señor Castanheira Fontes era muy bueno. En aquel sitio el horizonte se les ampliaba. En caso de captura, era incuestionable la explicación: salían del monte derrotados por las tambochas. Que le preguntaran al capataz!

Al cuarto día de montaña principió la crisis: las provisiones escasearon y los fangales eran interminos. Se detuvieron a descansar, y, despojándose de las blusas, las hacían jirones para envolverse las pantorrillas, atormentadas por las sanguijuelas. Souza Machado, generoso por la fatiga, a golpes de cuchillo dividió su bo-

lón de goma en varios pedazos para obsequiar a sus compañeros. Fajardo se negó a recibir su parte: no tenía alientos para cargarla. Souza la recogió. Era caucho, *oro negro*, y no se debía desperdiciar.

Hubo un indiscreto que preguntaba:

—¿Hacia dónde vamos ahora?

Todos le replicaron, reconviniéndolo:

—¡Hacia adelante!

Mientras tanto, el rumbero había perdido la orientación. Avanzaba a tientas, sin detenerse ni decir nada para no difundir el miedo. Por tres veces en una hora volvió a salir a un mismo pantano, sin que sus camaradas reconocieran el recorrido. Concentrando en la memoria todo su sér, mirando hacia su cerebro, recordaba el mapa que tantas veces había estudiado en la casa de Naranjal, y veía las líneas sinuosas, que parecían una red de venas, sobre la mancha de un verde pálido en que resaltaban nombres inolvidables: Téiya, Marié, Curí-curiarí. ¡Cuánta diferencia entre una región y la carta que la reduce! ¡Quién le hubiera dicho que aquel papel, donde apenas cabían sus manos abiertas, encerraba espacios tan infinitos, selvas tan lóbregas, ciénagas tan letales! Y él, rumbero curtido, que tan fácilmente solía pasar la uña del índice de una línea a otra línea, abarcando ríos, paralelos y meridianos, cómo pudo creer que sus plantas eran capaces de moverse como su dedo?

Mentalmente empezó a rezar. Si Dios quisiera prestarle el sol... ¡Nada! La penumbra era fría, la fronda transpiraba un vapor azul. ¡Adelante! El sol no sale para los tristes!

Uno de los gomeros declaró con certeza súbita que

le parecía escuchar silbidos. Todos se detuvieron. Eran los oídos, que les zumbaban. Souza Machado quería meterse entre los demás: juraba que los árboles le hacían gestos.

Estaban nerviosos, tenían el presentimiento de la catástrofe. La menor palabra les haría estallar el pánico, la locura, la cólera. Todos se esforzaban por resistir. ¡Adelante!

Como Lauro Coutinho pretendía mostrarse alegre, le soltó una pulla a Souza Machado, que se había detenido a botar el caucho. Esto forzó los ánimos a resignarse a la hilaridad. Hablaron un trecho. No sé quién le hizo preguntas a don Clemente.

—¡Silencio! gruñó el italiano. ¡Recuerden que a los pilotos y a los rumberos no se les debe hablar!

Pero el anciano Silva, deteniéndose de repente, levantó los brazos, a la manera del hombre que se da preso, y encarándose a sus amigos, con un sollozo, les confesó:

—¡Andamos perdidos!

Al instante, el grupo desventurado, con los ojos hacia las ramas y aullando como los perros, elevó su coro de blasfemias y de plegarias:

—¡Dios inhumano! ¡Sálvanos, mi Dios! ¡Andamos perdidos!

«Andamos perdidos». Estas dos palabras, tan sencillas y tan comunes, hacen estallar, cuando se pronuncian entre los montes, un pavor que no es comparable ni al «sálvese quien pueda» de las derrotas. Por la mente del que las escucha pasa la visión de un abismo

antropófago, la selva misma, abierta ante el alma como una boca que se engulle los hombres enflaquecidos, a quienes el hambre y el desaliento le van colocando entre las mandíbulas.

Ni los juramentos, ni las advertencias, ni las lágrimas del rumbero, que prometía corregir la ruta, lograban aplacar a los extraviados. Mesábanse la greña, retorciábanse las falanges, se mordían los labios, llenos de una espumilla sanguinolenta que envenenaba las inculpaciones:

—¡Este viejo es el responsable! ¡Perdió el rumbo por querer largarse para el Vaupés!

—¡Viejo remalo, viejo bandido, nos llevabas con engaños para vendernos quién sabe dónde!

—¡Sí, sí, criminal! ¡Dios se opuso a tus planes!

Viendo que aquellos locos podían matarlo, el anciano Silva se dio a correr, pero un árbol cómplice lo enlazó por las piernas con un bejuco y lo tiró al suelo. Allí lo amarraron, allí Peggi los exhortaba a volverlo trizas. Entonces fue cuando don Clemente pronunció aquella frase de tanto efecto:

—Hombres, ¿queréis matarme? ¿Cómo podríais andar sin mí? ¡Yo soy la esperanza!

Los agresores, maquinalmente, se contuvieron.

—Sí, sí, es preciso que viva para que nos salve!

—Pero sin soltarlo, porque se nos va!

Y aunque no le quitaron las ligaduras, postráronse de rodillas a implorarle la salvación y le limpiaban entrambos pies con besos y llantos!

—No nos desampare!

—Regresemos a la barraca!

—Si usted nos abandona moriremos de hambre!

Mientras unos berreaban de este jaez, otros halábanlo de la cuerda, suplicando el regreso. Las explicaciones de don Clemente parecían reconciliarlos con la cordura. Tratábase de un percance muy conocido de rumberos y cazadores y no era razonable perder el ánimo a la primera dificultad, cuando había tantos modos de solucionarla. Para qué lo asustaron? Para qué se pusieron a pensar en el extravío? No los había instruído una y otra vez en la urgencia de desechar esa tentación, que la espesura infunde en el hombre para trastornarlo? El les aconsejó no mirar los árboles, porque hacen señas, ni escuchar los murmurios, porque dicen cosas, ni pronunciar palabra, porque los ramajes remedan la voz. Lejos de acatar esas instrucciones, entraron en chanzas con la floresta, y les vino el embrujamiento, que se trasmite como por contagio; y él también, aunque iba adelante, empezó a sentir el influjo de los malos espíritus, porque la selva principió a moverse, y los árboles le bailaban ante los ojos, y los bejuqueros no le dejaban abrir la trocha, y las ramas se le escondían bajo el cuchillo y repetidas veces quisieron quitárselo. ¿Quién tenía la culpa?

Y ahora, por qué diablos se ponían a gritar? ¿Qué lograrían con hacer tiros? Quién sino el tigre correría a buscarlos? Acaso les provocaba aquella visita? Bien podían esperarla al oscurecer!

Esto los aterró y resolvieron guardar silencio. Mas tampoco hubieran podido hacerse entender a más de dos yardas: a fuerza de dar aullidos, la garganta se les cerró, y, dolorosamente, hablaban a la sordina, con un jadeo gutural y torpe, como el de los gansos.

Antes de la hora en que el sol sanguíneo empenacha

las lejanías, fuéles imperioso encender la hoguera, porque entre los bosques la tarde se enluta. Cortaron ramas, y, esparciéndolas sobre el barro, se amontonaron al rededor del anciano Silva, a esperar el suplicio de las tinieblas. ¡Oh, la tortura de pasar la noche con hambre, entre el pensar y entre el bostezar, a sabiendas de que el bostezo ha de prolongarse en el día siguiente! ¡Oh, la pesadumbre de sentir sollozos entre la sombra cuando los consuelos saben a muerte! Perdidos! Perdidos! El insomnio les echó encima todo su tropel de alucinaciones. Sintieron la angustia del indefenso cuando sospecha que alguien lo espía en lo oscuro. Vinieron los ruidos, las voces nocturnas, los pasos medrosos, los silencios impresionantes como un agujero en la eternidad.

Don Clemente, con las manos en la cabeza, estrujaba su pensamiento para que brotara alguna idea lúcida. Sólo el cielo podía indicarle la orientación. Que le dijera de qué lado nace la luz! Eso le bastaría para calcular otro derrotero. Por un claro de la techumbre, semejante a una claraboya, columbró un retazo de éter azul, sobre el cual inscribía su varillaje una rama seca. Esta visión le recordó el mapa. Ver el sol, ver el sol! Allí estaba la clave de su destino. ¡Si hablaran aquellas copas enaltecidas que todas las mañanas lo ven pasar! Por qué los árboles silenciosos han de negarse a decirle al hombre lo que debe hacer para no morir? Y, pensando en Dios, comenzó a rezarle a la selva una plegaria de desagravio!

Trepase por cualquiera de aquellos gigantes era casi imposible: los troncos tan gruesos, las ramas tan altas y el vértigo de la altura acechando en las frondas. Si se atreviera Lauro Coutinho, que ahora dormía abrazándolo por los pies.... Quiso llamarlo, pero se contuvo: un rui-

dillo raro, como de ratones en madera fina, rasguñó la noche: eran los dientes de sus compañeros, que roían pepas de tagua!

Don Clemente sintió por ellos tál compasión, que resolvió darles el alivio de la mentira.

—Qué hay? le susurraron a media voz, acercándole las caras oscuras.

Y palpaban los nudos de la soga que le ciñeron.

—Estamos salvados!

Estúpidos de gozo, repitieron la misma frase: «Salvados! Salvados!» Y postrándose en tierra apretaban el lo- do con las rodillas, porque el dolor los dejó contritos, y entonaron un gran ronquido de acción de gracias, sin preguntar en qué consistía la salvación. Bastó que otro hombre la prometiera para que todos la proclamaran y bendijeran al salvador.

Don Clemente recibió abrazos, súplicas de perdón, palabras de enmienda. Algunos querían atribuirse el exclusivo mérito del milagro:

—Las oraciones de mi madrequita!

—Las misas que ofrecí!

—El escapulario que llevo puesto!

Mientras tanto, la Muerte debió reírse en la oscuridad.

Amaneció.

La ansiedad que los sostenía les acentuó en el rostro la mueca trágica. Magros, febricitantes, con los ojos enrojecidos y los pulsos trémulos, se dieron a esperar que saliera el sol. La actitud de aquellos dementes bajo los árboles infundía miedo. Olvidaron el sonreír, y cuando

pensaban en la sonrisa les plegaba la boca un rictus fanático.

Recelaron del cielo, que no se divisaba por parte alguna. Lentamente empezó a llover. Nadie dijo nada, pero se miraron y se comprendieron.

Decididos a regresar, moviéronse sobre el rastro del día anterior, por la orilla de una laguna donde las señales desaparecían. Sus huellas en el barro eran pequeños pozos que se inundaban. Sin embargo, el rumbo cogió la pista, gozando del silencio más absoluto como hasta las nueve de la mañana, cuando entraron a unos chuscales de plebeya vegetación donde ocurría un fenómeno singular: tropas de conejos y de guatines, dóciles o atontados, se les metían por entre las piernas buscando refugio. Momentos después, un grave rumor como de linfas precipitadas se sentía venir por la inmensidad.

—Santo Dios! Las tambochas!

Entonces no pensaron sino en huír. Prefirieron las sanguijuelas y se guarecieron en un rebalse, con el agua sobre los hombros.

Desde allí miraron pasar la primera ronda. A semejanza de las cenizas que a lo lejos lanzan las quemas, caían sobre la charca las fugitivas tribus de cucarachas y de coleópteros, mientras que las márgenes se poblaban de arácnidos y reptiles, obligando a los hombres a sacudir las aguas mefíticas para que no avanzaran en ellas. Un temblor continuo agitaba el suelo, cual si las hojarascas hirvieran solas. Por debajo de troncos y de raíces avanzaba el tumulto de la invasión, a tiempo que los árboles se cubrían de una mancha negra, como cáscara movediza, que iba ascendiendo furiosamente a

afligir las ramas, a saquear los nidos, a colarse en los agujeros. Alguna comadreja desorbitada, algún lagarto moroso, alguna rata recién parida eran ansiadas presas de aquel ejército, que, entre chillidos, las descarnaba, con la premura de los ácidos disolventes.

¿Cuánto tiempo duró el martirio de aquellos hombres, sepultados en cieno líquido hasta el mentón, que observaban con ojos pávidos el desfile de un enemigo que pasaba y pasaba y volvía a pasar? Horas horripilantes en que saborearon a sorbo y sorbo las refinadas hieles de la tortura! Cuando calcularon que se alejaba la última ronda, pretendieron salir a tierra, pero sus miembros estaban paralizados, sin fuerzas para despegarse del barrizal donde se habían enterrado vivos.

Mas no debían morir allí. Era preciso hacer un esfuerzo. El indio Venancio logró cogerse de algunas matas y comenzó a luchar. Agarróse luego de unos bejucos. Varias tambochas desgarradas le royeron las manos. Poco a poco sintió ensancharse el molde de fango que lo ceñía. Sus piernas al desligarse de lo profundo produjeron chasquidos sordos. “¡Upa! otra vez y no desmayar! ¡Animo!” “Animo!”

Ya salió. En el hoyo vacío burbujeó el agua.

Jadeando patas arriba, oyó desesperarse a sus compañeros, que imploraban ayuda. “Déjenme descansar!” Una hora después, valiéndose de palos y de maromas, consiguió sacarlos a todos.

Esta fue la postrera vez que sufrieron juntos. Hacia qué lado quedó la pista? Sentían la cabeza en llamas y el cuerpo rígido. Pedro Fajardo empezó a toser convulsivamente y cayó bañándose en sangre por un vómito de hemoptisis.

Mas no tuvieron lástima del cadáver. Coutinho, el mayor, les aconsejaba no perder tiempo. «Quitarle el cuchillo de la cintura y dejarlo ahí. Quién lo convidó? Para qué se vino si estaba enfermo? No los debía perjudicar». Y en diciendo esto, obligó a su hermano a subir por una copaiba para observar el rumbo del sol.

El desdichado joven, con pedazos de su camisa, hizo una manea para los tobillos. En vano pretendió adherirse al tronco. Lo montaron sobre las espaldas para que se prendiera de más arriba, y repitió el forcejeo titánico, pero la corteza se despegaba y lo hacía deslizarse y recomenzar. Los de abajo lo sostenían, apuntalándolo con horquetas, y, alucinados por el deseo, como que triplicaban sus estaturas para ayudarlo. Al fin ganó la primera rama. Vientre, brazos, pecho, rodillas le vertían sangre. Ves algo? ¿Ves algo? le preguntaban. Y con la cabeza decía que nó!

Ya no se acordaban de hacer silencio para no provocar la selva. Una violencia absurda les pervertía los corazones, y les requintaba un furor de naufrago que no reconoce deudos ni amigos cuando a puñal mezquina su bote. Manoteaban hacia la altura al interrogar a Lauro Coutinho. ¿No ves nada? ¿Hay que subir más y fijarse bien!

Lauro sobre la rama, pegado al tronco, acezaba sin responderles. A tamaña altitud, tenía la apariencia de un mono herido que anhela ocultarse del cazador. «¡Cobarde, hay que subir más!» Y locos de furia lo amenazaban.

Mas, de pronto, el muchacho intentó bajarse. Un gruñido de odio sonó debajo. Lauro, despavorido, les contestaba: ¡Vienen más tambochas! Vienen más tambo...

La última sílaba le quedó magullada entre la garganta, porque el otro Coutinho, con un tiro de carabina, que le sacó el alma por el costado, lo hizo descender como una pelota.

El fratricida se quedó viéndolo. «¡Ay, Dios mío, maté a mi hermano, maté a mi hermano!» Y, arrojando el arma, se echó a correr. Cada cual corrió sin saber a dónde. Y para siempre se dispersaron.

Noches después, los sintió gritar don Clemente Silva, pero temió que lo asesinaran. También había perdido la compasión, también el desierto lo poseía. A veces lo hacía llorar el remordimiento, y se sinceraba ante su conciencia con sólo pensar en su propia suerte. A pesar de todo, regresó a buscarlos. Halló las calaveras y algunos fémures.

Sin fuego ni fusil, vagó dos meses entre los montes, hecho un idiota, ausente de sus sentidos, animalizado por la floresta, despreciado hasta por la muerte, masticando tallos, cáscaras, hongos, como bestia herbívora, con la diferencia de que observaba qué clase de pepas comían los micos, para imitarlos.

No obstante, alguna mañana tuvo una repentina revelación. Paróse ante una palmera de *cananguche*, que, según la leyenda, describe la trayectoria del astro diurno, a la manera del girasol. Nunca había pensado en aquel misterio. Largas horas estuvo en éxtasis, constatándolo, y creyó observar que el alto follaje se iba moviendo pausadamente, con el ritmo de una cabeza que gastara doce horas justas en inclinarse desde el hombro derecho hasta su contrario. La secreta voz de las cosas llenó su alma. ¿Sería cierto que esa palmera, encumbrada en aquel destierro como un índice hacia

el azul, le estaba indicando la orientación? Verdad o mentira, él lo oyó decir. ¡Y creyó! Lo que necesitaba era una creencia definitiva. Y por el derrotero del vegetal comenzó a perseguir el propio.

Fue así como al poco tiempo encontró la vaguada del río Tiquié. Aquel caño de estrechas curvas parecióle rebalse de alguna ciénaga, y se puso a tirarle hojitas para ver si el agua corría. En esa tarea lo encontraron los Albuquerques, y, casi de rastra, lo condujeron al barracón.

—¿Quién es ese espantajo que han conseguido en la cacería? les preguntaban los sirringueros.

—Un picure que sólo sabe decir: Coutinho!.... Peggi!.... Souza Machado...!

De allí, al terminar el año, se les fugaba en una canoa para el Vaupés.

Ahora está aquí sentado, en mi compañía, esperando que raye el alba para que lleguemos a las barracas del Guaracú. Quizás piensa en Yaguanarí, en Yavaraté, en los compañeros que se extraviaron. «No vaya usted a Yaguanarí», me aconseja siempre. Yo, recordando a Alicia y a mi enemigo, exclamo colérico:

—¡Iré, iré, iré!

Al amanecer suscitóse una discusión en que, por fortuna, no perdí el aplomo. Tratábase de la forma como debíamos demandar la hospitalidad.

Era indudable que la presencia inesperada de cuatro hombres desconocidos provocaría en los tambos serias alarmas. Uno de nosotros debía arriesgarse a explorar el ánimo del empresario, para que los demás, que

quedarían en expectativa, con la selva libre, no se expusieran a sufrir servidumbres irreparables. Al fin, se convino en que aquella misión me correspondía; pero mis compañeros se negaban resueltamente a dejarme llegar armado.

Con esta precaución desconfiaban de mi cordura, y, sin embargo, la acepté de manera tácita. Es evidente que ciertos actos como que se anticipan a mis ideas: cuando el cerebro manda, ya mis nervios están en ejecución. Era bueno privarme de cualquier medio que pudiera encender mi agresividad; y todo hombre armado está siempre a dos pasos de la tragedia.

Entregándoles el revólver que tenía al cinto, les hice las postreras indicaciones: Esperadme aquí. Si algo grave sucede, escaparé esta misma noche y nos reuniremos para...

Y partí solo. con el día ya entrado, hacia la vivienda del capataz.

Mientras que marchaba con paso azaroso, empezó a tomar cuerpo mi decisión y recordé el proyecto del Catire Mesa: asaltar la barraca, apoderarnos del tesoro de don Clemente, coger los víveres que encontráramos y huír con el rumbero por entre el bosque, en busca de las cercanas fuentes del río Guainía, apercebidos para descenderlo, sin correr contingencias con el Isana, su tributario.

¿No sería mejor invadir los tambos a plomo y sangre? ¿Por qué llegar como limosnero a pedir amparo? Me detuve indeciso y miré hacia atrás. Mis camaradas, sacando las cabezas de entre las frondas, esperaban alguna orden. En otra situación, les hubiera gritado con

voces ásperas: ¡Mentecatos! ¡Para qué dejan venir los perros!

Porque Martel y Dóllar venían presurosos sobre mi rastro; y en breve instante, desesperándome de inquietud, llevaban por las barracas el anuncio de mi presencia. Imposible retroceder!

Avancé. No creía lo que estaba viendo. Esas pobres ramadas de estilo indígena eran los tan mentados barracones del Guaracú? ¿Esas viles casuchas, amenazadas por el rastrojo, podían ser la sede de un sátrapa, que tenía esclavos y concubinas, señor de los montes y amo de los ríos? Ciertamente que los caucheros sólo construyen habitaciones ocasionales y mudan su residencia de un caño a otro, conforme a la abundancia del siringal; cierto que el Cayeno, establecido unos años antes cerca de los raudales del Guaracú, fue moviéndose Isana arriba, sin cambiarle el nombre a la empresa, hasta situarse en el istmo del Papunagua para ejercer dominio sobre el Inírida, en contra de Fúnes. Pero estas razones no aliviaban mi desencanto ante el mal aspecto de la cauchería.

Uno de los tambos, a paciencia de las gentes que lo habitaban, estaba casi cubierto por un bejuco de hojas lanudas y calabacitas amarillentas. Por el suelo, espinas de pescado, conchas de armadillo, vasijas de lata carcomidas por el orín. En sucios chinchorros, extendidos sobre el humazo de los tizones que ahuyentaban a los zancudos, se aburrían unas mujeres de fístulas hediondas a yodoformo y pañuelos amarrados en la cabeza. No me sintieron, no se movieron. Parecía-me haber llegado a un bosque de leyenda donde dormitaba la Desolación.

Fueron mis cachorros los que disiparon aquel marasmo: en el caney próximo hicieron chillar un mico, que, amarrado por la cintura, se colgaba de un palo al extremo de su cadena. La dueña salió. Gentes enfermas aparecieron. Por todas partes, chicuelos desnudos y mujeres grávidas.

—¿Usted trajo mañoco para vender?

—Sí. ¿El amo está en casa?

—En aquel caney. Dígale que compre. ¡Estamos con hambre!

—¡Mañoco, ay, mañoco! ¡De cualquier modo se lo pagamos!

Y con anticipada salivación saboreaban su propio deseo.

El caney del amo no tenía paredes; tabiques de palma dividían los departamentos. Propiamente carecía de puertas, pero sus huecos se tapaban con planchas de chusque. Yo no supe en aquel momento a dónde llamar. Por encima de la palmicha que le servía de muro a una alcoba, miré hacia adentro con sutil sospecha. En una hamaca de floreados flecos fumaba una mujer vestida de encajes. Era la madona Zoraida Ayram. ¡Y me vió fisgándola!

—¡Váquiro, Váquiro! ¡Aquí hay un hombre!

No hallé qué decir. Me acerqué a la puerta inmediata. La madona tenía en la mano un revólver, pequeño como un juguete. Mis camaradas estarían observando mis movimientos. El entrar sin sombrero en el barracón era la señal de que el capataz estaba presente. Más tardé yo en pensarlo que él en salir de la pieza próxima, encapsulando la carabina.

—¿Qué quiere *busté*?

— Señor, soy Arturo Cova. Gente de paz.

La madona, como burlándose de sus nervios, dijo con pintoresca pronunciación, reparando en mí, mientras que guardaba el revólver entre el corpiño:

— ¡Oh, Alá! ¡Lleven a ese mugroso hacia la cocina!

El Váquiro repuso extendiéndome su derecha:

— ¡Soy Aquiles Vácates, veterano de Venezuela, guapo pal plomo y pa cualquier hombre!

Por lo cual murmuré, descubriéndome reverente:

— ¡Salud, General!

El Váquiro ocupó su chinchorro del corredor, con la carabina sobre las piernas. Ordenóme que me sentara en el banco próximo. Quedéme perplejo, pero expliqué mi indecisión con estas razones:

— General, ¿podrá ser posible que yo tome asiento al lado de un Jefe? Sus fueros militares me lo prohíben.

— Eso sí es verdá.

El Váquiro era borracho, bizco, gangoso. Sus bigotes, enemigos del beso y de la caricia, se le alborotaban, inexpugnables, sobre la boca, en cuyo interior la caja de dientes se movía desajustada. En su mestizo rostro pedía justicia la cicatriz de algún machetazo, desde la oreja hasta la nariz. Por el escote de su franela irrumpía del pecho un reprimido bosque de vello hirsuto, tan ingrato de emanaciones como abundante en sudor termal. Su cinturón de cuero curtido se daba pretensiones de muestrario bélico: cuchillo, puñal, cápsulas, revólver. Vestía pantalones de kaki sucio y calzaba cotizas sueltas, que, al moverse, le palmoteaban bajo el talón.

— ¿Cómo hizo *busté* pa adivinar los grados que tengo?

— Un veterano tan eminente debe haber recorrido el escalafón.

— Dígame: ¿y en Colombia suena mi nombre?

— ¿Quién no ha oído nombrar al «valiente Aquiles?»

— Eso sí es verdá.

— ¡Paladín homérida!

— Le advierto que no soy de Mérida sino de Coro.

En ese momento, en grupo acezante, aparecieron mis camaradas al extremo del corredor. El Váquiro, sospechoso, se mantuvo en pie. Hice una modesta presentación:

— Señor General, estos son compañeros míos.

Los tres, sin acercarse, murmuraron confusos:

— ¡Señor General... señor General!

Comprendí que era tiempo de improvisar un discurso lírico para que el Váquiro se calmara. Tergiversé las instrucciones de don Clemente. Pronto adquirió mi lengua un tono irresistible de convicción. Yo mismo me admiraba de mi inventiva, riendo, por dentro, de mi propia solemnidad.

Eramos barraqueros del río Vaupés y residíamos en una zona equidistante de Calamar y de la confluencia del Itilla con el Unilla. Trabajábamos en mañoco, sirringa y tagua. Teníamos en Manaos un cliente espléndido, la casa Rosas, en cuyo poder me quedaba un ahorro de unas mil libras, que representaban mi trabajo de muchos meses como productor y comisionista.

Al decir esto, noté que la madona ponía cuidado a mi relación, porque dejó de sonar la hamaca en el cuarto próximo. Este detalle me produjo cierta zozobra y viré de rumbo en mis fantasías.

—Señor General, por nuestra desgracia, el Vaupés nos opone raudales pérfidos; y perdimos en un trambuque, en el correntón de Yavaraté, nuestra cosecha de ahora tres años.

Y repetí intencionalmente: en el propio raudal de Yavaraté, contra las raíces de un jacarandá.

La madona asomó a la puerta, llenando con su figura quicio y dintel. Era una hembra adiposa y agigantada, redonda de pechos y de caderas. Ojos claros, piel láctea, gesto vulgar. Con sus vestidos blancos y sus encajes tenía la apariencia de una cascada. Luengo collar de cuentas azules se descolgaba desde su seno, cual una madreselva sobre una sima. Sus brazos, resonantes por las pulseras y desnudos desde los hombros, eran pulposos y satinados como dos cojincillos para el placer, y en la enjoyada mano tenía un tatuaje que representaba dos corazones atravesados por un puñal.

Entre tanto que la miraba, absolví mentalmente tu inexperiencia, desventurado Luciano Silva, y adiviné el desenlace de tu pasión!

—¿Cuáles son los muchachos que conocen el río Vaupés? preguntó, regando en la atmósfera el cálido perfume de su abanico.

—Los cuatro, señora.

—¿Y el afiliado de la casa Rosas? ¿El comisionista?

—Su admirador.

—¿A cómo le ordenaron pagar el caucho?

—El de primera, a un conto de reis. Poco más o menos a trescientos pesos.

—¿No te lo dije, Váquiro, que no se puede pagar a más?

—¡Míre: no le permito apodarme así! Dígame por mi

nombre: ¡General Vácates! ¡Aprenda del joven Cova, que sí sabe tratar los Jefes!

—Nada tengo qué ver con nombres y títulos. Devuélvanme mi plata o páguenme en caucho, a razón de trescientos pesos, menos el flete, porque yo no viajo de balde. ¡Lo demás, me importa un comino!

—¡No sea grosera!

—¡Pues entonces no sea tramposo, no sea canalla, ni tál por cuál! Sepa que a las damas se les atiende con guante blanco. Aprenda también de este caballero, que me ha dicho «su admirador».

—Calma, mi señora; calma, General.

El sofocado Jefe ordenóme con gesto heróico:

—¡Vamonós pa juera, onde no nos vengan a interrumpir!

Al despedirme de la madona hice una profunda genuflexión.

... Y como le decía, la casa Rosas me ordenó que en lo sucesivo esquiváramos el Vaupés y por Caño Grande descendiéramos al Inírida, hacia San Fernando del Atabapo, donde podíamos consignarle al Gobernador los productos que consiguiéramos, pues era agente suyo y tenía el encargo de remitírselos a la isla de Trinidad.

—Chicos! ¿Y no sabían que a Pulido lo asesinaron?

—General, vivimos en el limbo de los desiertos....

—Pues lo descuartizaron, por robarle lo que tenía y por coger la Gobernación.

—El Coronel Fúnes!

—Qué Coronel! Está degradao! Escupa ese nombre! Cuidao con volverlo a mentar aquí!

Y por darme el ejemplo, dejó caer una ancha saliva y la refregó con los calcañales.

—Señor General, yo fuí precavido: le hice saber a la casa Rosas que en ningún caso respondería por los accidentes que ocasionara la nueva ruta; y, aprobada esta base, dejamos nuestras barracas hace dos meses, cargados de mañoco, sarrapia y goma. Pero el Inírida es tan envidioso como el Vaupés, y al llegar a la boca del Rapunagua perdimos todo! ¡Hemos venido por entre el maste, en el colmo de la miseria, a pedir amparo!

—Y qué será lo que busté quiere?

—Que me tripulen una canoa para enviar un posta a Manaos, a llevar el aviso de la catástrofe y a traer dinero, sea de la Caja de nuestro cliente, sea de mi cuenta; y que nos den posada a los cuatro náufragos hasta que regrese la expedición.

—No tenemos marina.... estamos escasísimos de mañoco!....

—Déme usted un boga conocedor y el mulato Correa se irá con él. Pagaremos lo que nos pida. Los jefes no conocen dificultades!

—Eso sí es verdá!

La madona, que oía este diálogo, me llamó aparte:

—Caballero, yo le podría vender un boga que es mío.

—No interrumpa busté! Déjenos conversar!

—Es que acaso no es mío el picure Silva? No les probé que era del personal de Yaguanarí? No saben que Pezil no me lo pagó?

—Señora, si usted desea.... Si el General no me lo prohíbe....

—Qué General! Este no es el que manda, sino el Cayeno! Este es un pobre diablo que se las da de administrador.

—No sea deslenguada! ¡Le voy a probar que sí tengo mando: joven, puede contar con la embarcación!

—Gracias! Gracias! En cuanto al boga, si la señora vende el picure, si me acepta un giro sobre Manaos....

—Y qué me da en prenda mientras lo pagan?

—Nuestras personas.

—Oh, no! Eso no! Alá!

—No me sorprende la desconfianza. Es verdad que nuestras figuras contradicen nuestra solvencia: descalzos, astrosos, necesitados. Sólo aspiro a poner en manos de ustedes cuanto tenemos. Escojan el personal que ha de realizar esta comisión. Lo indispensable es que salga pronto con nuestras cartas y tenga cuidado con los valores y mercancías que solicitamos, y que ustedes recibirán: drogas, vituallas, y, especialmente, algunos licores, porque conviene alegrar la vida en este desierto.

—Eso sí es verdá.

Cuando la madona, pensativa, nos dejó solos, le rogué al jefe:

—Júreme, General, que contaremos con su valía!

—Joven, poco me gusta jurar en cruz, porque soy ateo. Mi religión es la de la espada!

Y llevando la diestra al cinto, como garantía de su juramento, murmuró solemne:

—Dios y Federación!

* * *

Al atardecer, la madona reapareció. Por frente a la ramada que nos dio el Váquiro, me hizo el honor de pasear su tedio, cubierta con un velo de gasa nívea que la defendía de los jejenes.

Junto al fogón ocioso bostezábamos en silencio, es-

perando a los pescadores que fueron al río a buscar la cena. Franco vació mañoco de su bolsillo, y lo comíamos a puñadas cuando reparamos en la mujer. Al verla, volví la cara hacia otro lugar, con el sombrero sobre la frente, avergonzado de la miseria en que me encontraba.

—Me está mirando?

—Mucho, pero aparenta disimular.

—Se fue?

—Les está haciendo cariños a los dos perros.

—Déjate de observarla, porque se acerca.

—Ya viene! Ya viene!

Levanté el rostro para afrontarla, y la ví venir hollando las yerbas, blanca entre la penumbra semilunar. Pasó junto a mí, saludándome con la mano, y envolvió este reproche en una sonrisa:

—Caramba! Estamos esquivos. ¡No hay como tener saldo en la casa Rosas!

Mudo, la vi alejarse hacia su caney cuando Franco me sacudió:

—Oíste? Ya está intrigada por el dinero. Hay que conquistarla inmediatamente!

—Sí! A ver si me vuelve a decir «mugroso.» Caerá! Caerá! El desprecio de una mujer no tiene perdón! Mugroso! Esta noche lavaremos nuestros vestidos y los secaremos a la candela. Mañana....

La turca extendió en el patio su silla portátil y se arrellenó bajo los luceros a respirar fragancias del monte. Aquella actitud no tenía más fin que el de fascinar-me, aquellos ojos dirigidos a las alturas querían que los contemplara, aquel pensamiento que fingía vagar en la noche estaba conspirando contra mi reposo. ¡Otra vez,

como en las ciudades, la hembra bestial y calculadora sedienta de provechos, me vendía su tentación!

Observándola de reojo, comencé a sentir la agresividad que precede a los desafíos. Mujer singular, mujer ambiciosa, mujer varonil! Por los ríos más solitarios, por las correntadas más peligrosas, atrevía su batelón en busca de los caucheros, para cambiarles por baratijas la goma robada, exponiéndose a las violencias de toda suerte, a la traición de sus propios bogas, al fusil de los salteadores, deseosa de acumular centavo a centavo la fortuna con que soñaba, ayudándose con su cuerpo cuando el buen éxito del negocio lo requería. Por hechizar los hombres selváticos se ataviaba con grande esmero, y al desembarcar en los barracones, limpia, olorosa, confiaba la defensa de sus haberes a su prometedora sensualidad.

Cuántas noches como ésta, en desiertos desconocidos, armaría su catre sobre las arenas todavía calientes, desilusionada de sus esfuerzos, ansiosa de llorar, huérfana de amparo y de protección. Tras el día sofocante, cuyo sol retuesta la piel y enrojece los ojos con doble llama al quebrarse en la onda fluvial, la sospecha nocturna de que los bogas van a disgusto y han concebido algún plan siniestro; tras el suplicio de los mosquitos, el tormento de los zancudos, la cena mezquina, el rezongo del temporal, la borrasca encendida y vertiginosa. Y aparentar confianza en los marineros que quieren robarse la embarcación, y ayudarles a hacer la guardia, y aguantar refunfuños y malos modos para que al alba continúe el viaje, hacia el raudal que prohíbe el paso, hacia las lagunas donde el gomero prometió entregar un kilo de goma, hacia los ranchos de los deu-

dores que nunca pagan y que se ocultan al divisar la nave tardía!

Así, continuando el éxodo repetido, al monótono chapoteo de los canaletes, debió de medir la inmensa distancia que hay entre la miseria y el oro espléndido. Sentada sobre sus fardos, en la proa del batelón, al abrigo de su paraguas, repasaría en la mente sus cuentas íntimas, confrontando las deudas y los ingresos, viendo impaciente cómo pasaba un año tras ótro, sin dejarle en las manos valiosa dádiva, igual a esos ríos que donde confluyen sólo dejan espumas en el arenal. Quejosa de la suerte, agravaría su decepción al pensar en tantas mujeres nacidas en la abundancia, en el lujo, en la ociosidad, que juegan con su virtud por tener en qué distraerse y que aunque la pierdan siguen con honra, porque el dinero es otra virtud! Y ella, uncida al yugo de la pobreza, luchando a brazo partido por comprar el descanso de la vejez, y volver a su tierra, que le negó todos los placeres, menos el de quererla, el de recordarla! Quizás tendría madre a quién mantener, hermanos qué educar, deudas sagradas qué redimir. Y por eso la forzaría la necesidad a pulir su rostro, ataviar su cuerpo, refinar su labia, para que los artículos adquirieran categoría, los cobros, provecho, las ofertas, solicitud.

Esto pensaba ya con juicio romántico, desposeído de todo encono, viéndola ingeniarse por adquirir imperio sobre mi sér. Ambicionaba mi oro o mi juventud? Bien podía escoger lo que le placiera. En aquel momento sentía por ella la solidaridad de los desgraciados. Su alma, endurecida por el comercio, debía pagar tributo a la pesadumbre y a la ilusión, aunque sus ambiciones fueran vulgares. Quizás, como yo, del amor humano

solo conocería la pasión sexual, que no deja lágrimas sino tedio. Alguien habría rendido su corazón? Pareció no acordarse de Lucianito cuando, al mencionar a Yavaraté, hice veladamente la evocación de la sepultura. Acaso otros pesares constituirían el patrimonio de su dolor, pero era seguro que su maciza feminidad no vivía insensible a las sugerencias espirituales: sus grandes ojos, adoradores del disco rubio, denuncian a ratos una congoja sentimental, que parece contagiada por la tristeza de los ríos que ha recorrido, por el recuerdo de los paisajes que no ha vuelto a ver.

Lentamente, dentro del perímetro de los ranchos, empezó a flotar una melodía semirreligiosa, leve como el humo de los turibulos. Tuve la impresión de que alguna flauta estaba dialogando con las estrellas. Luégo me pareció que la noche era más azul y que un coro de monjas cantaba en el seno de las montañas, con acento adelgazado por los follajes, desde lejanías inconcebibles. Era que la madona Zoraida Ayram tocaba sobre sus muslos un acordeón.

Aquella música de secreto y de intimidad les daba motivo a las evocaciones y a las saudades. Cada cual comenzó a sentir en su corazón que una voz conocida lo interrogaba. Varias mujeres con sus chicuelos vinieron a acurrucarse junto a la tañedora. Paz, misterio, melancolía. Elevado en pos del arpegio, el espíritu se desligaba de la materia y emprendía fabulosos viajes, mientras el cuerpo quedaba inmóvil, como los vegetales circunvecinos.

Mi psiquis de poeta, que traduce el idioma de los sonidos, entendió lo que aquella música les iba diciendo a los circunstantes. Hizo a los caucheros una prome-

sa de redención, realizable desde la fecha en que alguna mano (ojalá que fuera la mía) esbozara el cuadro de sus miserias y dirigiera la compasión de todos los pueblos hacia las florestas aterradoras; consoló a las mujeres esclavizadas, recordándoles que sus hijos han de mirar la aurora de libertad que ellas nunca vieron, e individualmente nos trajo a todos el dón de encariñarnos con nuestras penas por medio del suspiro y la ensoñación.

En breves minutos volví a vivir mis años pretéritos, como espectador de mi propia vida. Cuántos antecedentes indicadores de mi futuro! Mis riñas de niño, mi pubertad agreste y voluntariosa, mi juventud sin halagos y sin amor! Y quién me conmovía en aquel momento hasta ablandarme a la mansedumbre y desear tenderles los brazos, en un ímpetu de perdón, a mis enemigos? Tál milagro lo realizaba una melodía casi pueril. Indudablemente, la madona Zoraida Ayram era extraordinaria! Intenté quererla, como a todas, por sugestión. La bendije, la idealicé! Y recordando las circunstancias que me rodeaban, lloré por ser pobre, por andar mal vestido, por el síno de tragedia que me persigue.

* * *

Franco fue a despertarme por la mañana y encontró el chinchorro vacío. Corrió luego hacia el caño donde cumplía mi ablución matinal y me dió esta noticia despampanante:

—Vístete ligero, que la madona va a proponerte una transacción!

—Mis ropas están húmedas todavía!

—Qué importa? Hay que aprovechar! Ella salió del baño, al amanecer, y ya nos hizo un presente regio: galletas, café, dos potes de atún. Quiere hablar contigo, ahora que estamos solos, pues el Váquiros se marchó desde muy temprano a vigilar a los sirigueros y sólo volverá con la tardecita.

—Y qué quiere decirme?

—Que la prefieras en el negocio. Que si pides dinero con el objeto de comprar caucho, le tomes al Cayeno todo el que tenga en estos depósitos, para que él le pague lo que le debe! Aprisa, vamos!

La madona, en el patio, conversaba animadamente con el Mulato y con el Catire, mostrándoles los dedos y los encajes, cual si quisiera instarlos a desmayarse de admiración. Es un muestrario andante, advirtiéndome Franco: nos propone que le compremos telas, sortijas, joyas, semejantes a las que usa o de mejor laya. Dice que llegó sola en una curiara, tripulada por tres muchachos, y que dejó su lancha en el caserío de San Felipe, en pleno Ríonegro, porque el alto Isana es intran-sitable. Pero dónde tiene la mercancía que nos ofrece? Podría jurar que su batelón está escondido en algún rebalse, por temor de que puedan desvalijarlo, y que gentes adictas la esperan allí.

Al sopor de la siesta, resolví presentármele a la mujer en su propia alcoba, sin anunciarme, repensando un discurso muy preparado y con cierta emoción que aumentaba mi palidez. La sorprendí aspirando su cigarrillo en boquilla de ámbar, tendida en la hamaca balanceadora, un pie sobre el ótro, y el ruedo de la falda barriendo el suelo en tardo compás. Al verme, logró sentarse, con fingido disgusto de mi imprudencia,

ajustóse la blusa desabrochada, y, observándome, enmudeció.

Entonces, con ilusoria teatralidad, que, por cierto, fue muy sincera, murmuré bajando los ojos:

—No repares, señora, en mis pies descalzos, ni en mis remiendos ni en mi figura: mi porte es la triste máscara de mi espíritu, mas por mi pecho pasan todas las sendas para el amor!

Me bastó una mirada de la madona para comprender mi equivocación. Tampoco entendía la sinceridad de mi rendimiento, cuando hubiera podido darle a mi ánima, ansiosa de un afecto cualquiera, las orientaciones definitivas; tampoco supo velarse con el espíritu para hacerme olvidar la hembra ante la mujer.

Disgustado por mi ridículo, me senté a su lado, decidido a vengarme de su estupidez, y tendiéndole el brazo sobre los hombros la atraje hacia mí, casi por la fuerza, y mis dedos tenaces le quedaron impresos sobre la piel. Arreglándose las peinetas protestó anhelante:

—Estos colombianos son atrevidos!

—Sí, pero en empresas de mucha monta!

—Quieto! Quieto! ¡Déjeme reposar!

—Eres insensible como tus cabellos.

—Oh! Alá!

—Te besé la cabeza y no sentiste.

—Para qué!

—Cual si hubiera besado tu inteligencia!

—Oh, sí!

Durante un momento quedóse inmóvil, menos pudorosa que alarmada, sin mirarme ni protestar. De repente, se puso en pie.

—Caballero, no me pellizque! Está equivocado!

—Nunca se equivoca mi corazón!

Y en diciendo esto, le mordió la mejilla, una sola vez, porque mis dientes quedaron llenos de vaselina y polvos de arroz. La madona, estrechándome contra el seno, prorrumpió llorosa:

—Angel mío, prefírame en el negocio! Prefírame!

Lo demás, fue de cuenta mía.

Hasta diez chiquillos panzudos me cercaron con sus totumas, gimoteando una petición enseñada por sus mamás, quienes en corrillo necesitado los instigaban desde el caney, ayudándoles con los ojos en la súplica mendicante: *mañoco, ay, mañoco!*

Entonces la madona Zoraida Ayram, con su mano usurera y blanca, que aún tenía la inquietud de las últimas sensaciones, quiso demostrar su munificencia y obtener un aplauso mío: ejerciendo derechos de ama de casa, franqueó la despensa a los pedigüeños y les ordenó colmar sus vasijas hasta saciarse. Abalanzáronse los muchachos sobre el mapire, como chisgas sobre el trigal, cuando, de súbito, una vieja envidiosa los alarmó con estas palabras: «*Uií! Güipas! El viejo!*» Y la turba despavorida desbandóse con tal premura, que algunos cayeron derramando el afrecho que habían sacado, pese a lo cual, los que eran más listos recogieron del suelo varias puñadas y lleváronlas a la boca, con tierra y todo.

El espanto de aquellos párvulos era el rumbero Clemente Silva, que, habiendo ido a pescar, regresaba con las redes ineficaces. Grave recelo sienten ante el an-

ciano, con quien los asustan desde que salen de la lactancia, enseñándoles que, cuando crezcan, va a extraviarlos en el centro de los rebalses, bajo siringales oscurecidos, donde la selva habrá de tragárselos.

La arisca timidez de los indiecitos crece al influjo de grotescas supersticiones. Para ellos el amo es un sér sobrenatural, amigo del *máguare*, es decir, el diablo, y por eso los montes le prestan ayuda y los ríos le guardan los secretos de sus violencias. Ahí está la isla del *Purgatorio*, en donde han visto perecer, por mandato del capataz, a los caucheros desobedientes, a las indias ladronas, a los niños díscolos, amarrados a la intemperie, en total desnudez, para que los zancudos y los murciélagos los ajusticien. Semejante castigo apavora a los pequeñuelos, y antes de cumplir cinco años de edad salen a los cauchales en la cuadrilla de las mujeres, con miedo al patrón, que los obliga a picar los troncos, y con miedo a la selva, que debe odiarlos por su crueldad. Siempre anda con ellos algún hachero que les derriba determinado número de árboles, y es de verse entonces cómo, en el suelo, suplician al vegetal, hiriéndole las ramas y las raíces con clavos y puyas, hasta extraerle la postrera gota de jugo elástico.

—Qué opina usted, don Clemente, de estos rapaces?

—Que en mí le tienen miedo a su porvenir.

—Pero usted es hombre de buen agüero. Compare nuestros temores de hace dos días con la tranquilidad de que disfrutamos.

Así dije; y pensando en nuestra pronta separación, nos arrepentimos íntimamente de haber hablado, y en-

mudecimos, procurando que nuestros ojos no se encontraran.

—Hoy ha conferenciado con mis amigos?

—Como trasnochamos hablando tanto, estarán durmiendo la siesta.

—Vamos a verlos!

Y cuando pasamos junto a un caney, situado en el declive que daba al río, vi un grupo de niñas, de ocho a trece años, sentadas en el suelo, en círculo triste. Vestían todas *chingues* mugrientos, terciados en forma de banda y suspendidos por sobre el hombro con un cordón, de suerte que les quedaban pecho y brazos desnudos. Una espulgaba a su compañera, que se le había dormido sobre las rodillas; ótras preparaban un cigarri-
llo en una corteza de *tabarí*, fina como papel; ésta, de cuando en cuando, mordía con displiscencia un caimito lechoso; aquella de ojos estúpidos y greñas alborotadas, distraía el hambre de una criatura, que le pataleaba sobre las piernas, metiéndole el meñique entre la boquita, a falta del pezón exhausto. Nunca veré otro grupo de más infinita desolación!

—Don Clemente, qué se quedan haciendo estas indiecitas mientras tornan sus padres a la barraca?

—Estas son las queridas de nuestros amos. Se las cambiaron a sus parientes por sal, por telas y cachivaches o las arrancaron de sus bohíos como un impuesto de esclavitud. Ellas casi no han conocido la serena inocencia que la infancia respira, ni tuvieron otro juguete que el pegado tarro de cargar agua o el hermanito sobre el cuadril. ¡Cuán impuro fue el holocausto de su trágica doncellez! Antes de los diez años, son llevadas al lecho, como a un suplicio; y, descaderadas por sus patrones,

crecen entecas y taciturnas, hasta que un día sufren el espanto de sentirse madres, sin comprender la maternidad!

Mientras íbamos caminando, estremecidos de indignación, observé un semitecho de mirití, sostenido por dos horcones, de los cuales pendía chinchorro misérri-mo, donde descansaba un sujeto joven, de cutis cerosa y aspecto extático. Sus ojos tendrían alguna lesión, porque los velaba con dos trapillos amarrados sobre la frente.

—Cómo se llama aquel individuo que se tapó la cara con la cobija, como disgustado por mi presencia?

—Un paisano nuestro. Es el solitario Estaban Ramírez, que tiene la vista a medio perder.

Entonces, acercándome al chinchorro y descubriéndole la cabeza, le dije con voz tenue y emocionada:

—Hola, Ramiro Estévez! Crees que no te conozco?

Un singular afecto me ligó siempre a Ramiro Estévez. Hubiera querido ser su hermano menor. Ningún otro amigo logró inspirarme aquella confianza que, manteniéndose dignamente sobre la esfera de lo trivial, tiene elevado imperio en el corazón y en la inteligencia.

Siempre nos veíamos, nunca nos tuteábamos. El era magnánimo; impulsivo yo. El, optimista; yo, desolado. El, virtuoso y platónico; yo mundano y sensual. No obstante, nos acercó la semejanza, y, sin desviar las innatas inclinaciones, nos completábamos en el espíritu, poniendo yo la imaginación, él la filosofía. También, aunque distanciados por las costumbres, nos influí-

mos por el contraste. Pretendía mantenerse incólume ante la seducción de mis aventuras, pero al censurármelas lo inundaba una cierta curiosidad, una especie de regocijo pecaminoso por los desvíos de que lo hizo incapaz su temperamento, sin dejar de reconocerle un vital atractivo a las tentaciones. Creo que, por encima de sus consejos, más de una vez hubiera cambiado su temperancia por mis locuras. De tal suerte llegué a habituarme a comparar nuestros pareceres, que ya en todos mis actos me preocupaba una reflexión: Qué pensará de esto mi amigo mental?

Amaba de la vida cuanto era noble: el hogar, la patria, la fé, el trabajo, todo lo digno y lo perdurable. Arca de sus parientes, vivía circunscrito a su obligación, reservándose para sí los serenos goces espirituales y conquistando de la pobreza el lujo real de ser generoso. Viajó, se instruyó, comparó civilizaciones, comprendió a los hombres y a las mujeres, y por todo aquello adquirió después una melancólica sonrisilla, que tomaba relieve cuando ponía en sus juicios la pimienta de los análisis y en sus charlas la coquetería de las paradojas.

Antaño, apenas supe que galanteaba a cierta beldad de categoría, quise preguntarle si era posible que un joven pobre pensara comprometerle a persona alguna el pan escaso que conseguía para sus padres. Nada le dije a fondo, porque me interrumpió con su frase justa: ¿No me queda derecho ni a la ilusión?

Y la loca ilusión lo llevó al desastre. Tornóse melancólico, reservado, y acabó por quitarme su intimidad. Con todo, algún día le dije por indagarlo: Quiera el destino reservarle mi corazón a cualquier mujer cuya pa-

rentela no se crea superior, por ningún motivo, a la gente mía! Y me replicó: Yo también he pensado en ello. Pero qué quíeres? En esta doncella se detuvo mi aspiración!

Al poco tiempo de su fracaso sentimental no lo volví a ver. Supe que había emigrado hacia no sé dónde, y que la fortuna le fue risueña, según lo predicaban, tácitamente, las relativas comodidades de su familia. Y ahora lo encontraba en las barracas del Guaracú, hambreado e inútil, usando otro nombre y con una venda sobre los párpados!

Gran desconcierto me produjo su pesadumbre, y, por una compasiva delicadeza, no me atreví a inquirir detalle ninguno sobre su suerte. En vano esperé que iniciara la confidencia. El tal Ramiro estaba cambiado: ni un apretón, ni una palabra de intimidad, ni un gesto de regocijo por nuestro encuentro, por todo ese pasado que en mí vivía y del cual poseíamos partes iguales. En represalia, adopté un mutismo glacial. Después, por mortificarlo, le dije a secas:

—Se casó! Sí sabías que se casó?

Al influjo de esta noticia resucitó para mi amistad un Ramiro Estévanez desconocido, porque en vez del suave filósofo apareció un hombre mordaz y amargo, que veía la vida tal como es por ciertos aspectos. Cogiéndome de la mano me interrogó:

—¿Y será verdadera esposa, o sólo concubina de su marido?

—Quién lo podrá decir?

—Claro que ella posee virtudes para ser la esposa ideal de que nos hablan los Evangelios; pero unida a un hombre que no la pervirtiera y encanallara. Entien-

do que el suyo es uno de tantos como conozco, viudos de manecebía, momentáneos desertores de los burdeles, que se casan por vanidad o por interés, y hasta por adquirir una hembra de alcurnia a beneplácito de los demás. Mas pronto la depravan y la relegan, o en el santuario del propio hogar la convierten en meretriz, pues su ardor de maridos ya no prospera sino reviviendo las prácticas del prostíbulo.

—Y eso qué importa? Con tál de llevar apellido ilustre que se cotice en el alto mundo....

—Bendito sea Dios, porque aún existe la candidez!

Esta frase me hizo la impresión de un alfilerazo en mi epidermis de hombre corrido. Y me dí a acechar el momento de probarle a Ramiro Estévanez que yo también comprendía la mordacidad; pero la ocasión no se presentaba y Ramiro expuso:

—A propósito de apellidos, recuerdo cierta anécdota de un Ministro, que me hizo el honor de admitirme como escribiente. Qué Ministro tan popular! Qué Despacho tan visitado! Pronto me dí cuenta de un fenómeno paradógico: los aspirantes salían sin gangas, pero rebosaban de orgullo prócer. Una vez penetraron en la oficina dos caballeros de punta en blanco, elegantes de profesión, profesores de simpatía en los garitos y en los salones. El Ministro, al darles la mano, puso mucha atención a sus nombres propios:

—Yo soy Zárraga, dijo uno.

—Yo soy Cómbita, murmuró el otro.

—Ah, sí! Ah, sí! Cuánto honor, cuánto gusto! Ustedes son descendientes de los Zárragas y de los Cómbitas!

Y cuando salieron, le pregunté a mi augusto jefe:

—¿Quiénes son los antepasados de estos señores, cuya prosapia arrancó a usted un elogio tan espontáneo?

—Elogio? Qué se yo! Mi pleitesía fue de simple lógica: si el uno es Cómbita y el otro es Zárraga, sus respectivos padres llevarán esos apellidos. Nada más!

Porque Ramiro no comprendiera que su talento provocaba mi admiración, aparenté displicencia ante sus palabras, sin celebrarle en manera alguna cuanto decía. Quise tratarlo como a pupilo, desconociéndolo como mentor, para demostrarle que los trabajos y decepciones me dieron más ciencia que los preceptores de filosofismo, y que las asperezas de mi carácter eran más a propósito para la lucha que la prudencia débil, la mansedumbre utópica y la bondad inane. Ahí estaban los resultados de tan grande exioma: entre él y yo, el vencido era él. Retrasado de las pasiones, fracasado de su ideal, sentiría el deseo de ser combativo, para vengarse, para imponerse, para redimirse, para ser hombre contra los hombres y rebelde contra su destino. Viéndolo inerme, inepto, desventurado, le esboqué con cierta insolencia mi situación para deslumbrarlo con mis audacias:

—¿Hola, no me preguntas qué vientos me empujan por estas selvas?

—La energía sobrante, la búsqueda del Dorado, el atavismo de algún abuelo conquistador....

—Me robé una mujer y me la robaron! Vengo a matar al que la retenga!

—Mal te cuadra el penacho rojo de Lucifer.

—Pero no crees acaso en mi decisión?

—Y la tal mujer merece la pena? Si es como la madona Zoraida Ayram...

—Sabes algo?...

—Me pareció que entrabas en su caney....

—De modo que tus ojos no están perdidos?

—Todavía no. Fue una incuria mía mientras fumigaba un bolón de goma. Prendí fuego, y, al taparlo con el embudo que se habilita de chimenea, una rama rebelde que chirriaba entre los tizones me lanzó al rostro un chorro de humo.

—Qué horror! Como si se tratara de una venganza contra tus ojos!

—En castigo de lo que vieron!

Esta frase fue para mí una revelación: Ramiro era el hombre que, según don Clemente Silva, presencié las tragedias de San Fernando del Atabapo y solía contar que Fúnes enterraba la gente viva. El había visto cosas extraordinarias en el pillaje y en la crueldad, y yo ardía por saber detalles de esa crónica pavorosa.

Hasta por ese aspecto Ramiro Estévanéz resultaba interesantísimo; y como, al parecer, reaccionaba contra el divorcio de nuestras fraternas intimidades, fuése amenguando en mi corazón el resentimiento y empezamos a hacer el canje de nuestras cuitas, refiriéndolas a grandes rásgos. Aquel día no cambiamos ni una pregunta sobre la tiranía del Coronel Fúnes, porque Ramiro no cesaba de hacerme el inventario de sus aulagas, como deseoso de protección.

Lo que más me dolió de cuanto contaba fueron las inauditas humillaciones a que dió en someterlo un capataz a quien llamaban *El Argentino*, por decirse oriundo de aquel país. Este hombre odioso, intrigante y adulator les impuso a los sirigueros el tormento del ham-

bre, estableciendo la práctica insostenible de pagar con mañoco la leche de caucho, a razón de puñada por litro. Había llegado a las barracas del Guaracú con unos prófugos del río Ventuario, y, queriendo vendérselos al Cayeno, convirtiéndose en explotador de sus propios amigos, forzándolos con el foete a trabajos agobiadores, para demostrar la pujanza física de los cuitados y exigir por ellos un óptimo precio. Gerenciaba también el zarzo de las mujeres, premiando con sus cuerpos avejentados la abyección de ciertos peones, y a fuerza de mala índole ganóse el ánimo del Cayeno, hasta posponer al Váquiro mismo, que lo odiaba y que lo reñía.

En el preciso instante en que relataba Ramiro Estévez tan torpes abusos, principió a llegar a los tambos la desolada fila de los caucheros, con los tarros de goma líquida y las ramas verdes del árbol *massaranduba*, que preferían para fumigar porque producen humo copioso. Mientras unos guindaban sus chinchorretas para tenderse a sudar la fiebre o a lamentarse del beriberi que los hinchaba, otros procedían a prender fuego, y las mujeres amamantaban a sus criaturas, antes de tener tiempo para quitarse de la cabeza las tinajas llenas de jugo.

Llegó con ellos y con el Váquiro un individuo que usaba abrigo impermeable y volteaba en los dedos un latiguillo de balatá. Hizo limpiar una gran vasija y se puso a medir con una totuma la leche que cada gomeero le presentaba, regalándolos con insultos, con amenazas y con reclamos y mermándoles el mañoco a que tenían derecho para cenar.

—Mira, exclamó temblando Ramiro Estévez: ¡mi hombre es aquel sujeto del impermeable!

—¡Cómo! ¿Ese que me observa por bajo el ala de su sombrero? No hay tal argentino. ¿Ese es el famoso *Petardo Lesmes*, popularísimo en Bogotá!

Al sentirse objeto de mi atención, multiplicaba las reprensiones, y caminaba de aquí y de allá, como para que yo me quedara lelo ante sus portentosas actividades de hombre de empresa y me diera cata de lo difícil que me sería contentar al patrón futuro. Dándolas de afanoso y ocupadísimo, marchó hacia mí, fingiendo escribir, mientras caminaba, en una libreta, para tener pretexto de atropellarme.

—Amigo, ¿el nombre de usted? ¿Los informes de su cuadrilla?

Picado por la insolencia de aquel fantoche, volví la cara hacia los caucheros y respondí por avergonzarlo:

—Soy de la cuadrilla de los *pepitos*. Los envidiosos que me conocieron en Bogotá me han apodado el *petardo* Lesmes, aunque hace tiempos que no acudo a pedirles nada, pese a los desembolsos que ocasiona la sociedad. Prefería empeñar mi argolla de compromiso en los cubículos y trastiendas, aun a riesgo de que lo supiera mi prometida, con tal de ser munífico, cual lo requiere mi posición. Ocupé mis ratos de estudio en dirigir anónimos a mis primas contra sus pretendientes que no eran ricos, que no eran *chic*. Alegré los corrillos de las esquinas, señalando con dedo cínico a las mujeres que desfilaban, calumniándolas en mil formas, para acreditar mi cartel de perdonavirgenes. Fui Cajero de la Junta de Crédito Distrital, por llamamiento unánime de sus miembros. Los cien mil dólares del alcance no salieron todos en mi maleta: me dieron únicamente el quince por ciento. Acepté la designación con previa exigencia de dar recibo por un

caudal que ya no existía. Palabra dada, palabra sagrada. Al principio tuve vagos escrúpulos de inexperto, pero la Junta me decidió. Recordóme el ejemplo de tanto «pisco» que saquea con impunidad Habilitaciones, Bancos, Pagadurías, sin menoscabar su buena reputación. Fulano de tal falsificó un cheque; sutano adulteró las cuentas y los depósitos, perensejo se puso por la derecha un sueldo adecuado a su categoría de novio elegante, en lo cual procedió muy bien, pues no es justo ni humano trajinar con talegas y mazos de billetes, padeciendo necesidades, con el suplicio de Tántalo día por día, y ser como el asno que marcha hambriento llevando la cebada sobre su lomo. Vine por aquí mientras olvidan aquel desfalco; tornaré presto, diciendo que andaba por Nueva York, y llegaré vestido a la moda, con abrigo de pieles y zapatos de caña blanca, a frecuentar mis relaciones, mis amistades y a obtener otro empleo fructuoso. ¡Estos son los informes de mi cuadrilla!

Así terminé, remirando a Ramiro Estévanéz y feliz de haber encontrado ocasión de exhibir mi mordacidad. El petardo Lesmes, sin inmutarse, me argumentó:

—¡Mis tías y mis hermanas pagarán todo!

—¿Con qué, con qué? Ustedes son pobres, hijos de rico. Dividida la herencia, nos igualamos.

—¿Arturo Cova igualarse a mí? ¿Cómo, de qué manera?

—¡De ésta! Y rapándole el látigo, le crucé el rostro.

El petardo salió corriendo, entre el ruido del impermeable, gritando que le prestaran la carabina. ¡Y no me mató!

El Váqui, la madona y mis compañeros acudieron

a contenerme. Entonces un cauchero corpulentísimo sonrió cuadrándose:

—Eso sí no sería con yo. ¡Si usted me hubiera tocao la cara, uno de los dos estaría en el suelo!

Varios del corrillo que nos rodeaba, le replicaron:

—¡No se meta de guapetón, acuérdesse del Chispita, que en el Putumayo le echaba rejo!

—¡Sí, pero onde lo vea le corto la mano!

—Franco, ¿qué te dice Ramiro Estévanéz, qué se murmura en los barracones?

—Ramiro se entusiasma por tu ardentía y se apoca ante tu imprudencia. Los gomeros aplauden la humillación del petardo Lesmes, pero en todos veo cierta inquietud, el presentimiento de alguna cosa sensacional. Yo mismo empiezo a sentir una desconfianza preocupadora. Ayudado por el Catire, he procurado cumplir tus órdenes con respecto a la insurrección; pero nadie quiere meterse en sublevaciones, desconfían de nuestros planes y de tí mismo. Suponen que los quieres acaudillar para esclavizarlos en otra parte. Hemos corrido el riesgo de haberles hablado a los delatores. El Petardo Lesmes partió esta mañana en exploración y quería llevarse como rumbero a Clemente Silva. Gracias a que el Váqui no convino en que éste marchara.

—¿Qué has dicho! ¡Es imperioso que la canoa salga esta misma noche para Manaos!

—Lo lamentable es que sea tan pequeña. Si pudiéramos caber todos...

—¿Pero no comprendes tu desvarío? Aquí debemos permanecer. Nuestra residencia en el Guaracú es la ga-

rantía de los viajeros. Si los atajaran, si los prendieran, ¿quién velaría por su destino? Hay que darles tiempo de que descendan por el Isana. Después haremos lo que se pueda para escaparnos. Mientras tanto, nuestro Cónsul estará en viaje y lo avistaremos en el Río-negro. Dos meses de espera, porque la madona presta su lancha a los emisarios, y la tomarán desde San Felipe.

—Oyeme: el viejo Silva dice que no quiere dejarte solo, que no puede admitir favores que provengan de esa mujer, quien lo tuvo de esclavo tras de haber sido la concubina de Lucianito!

—¡Si eso quedó arreglado desde ayer tarde! ¡Se irá don Clemente con el mulato y dos bogas más! Ya les tengo firmados los pasaportes. Ya los víveres están listos. ¡Sólo falta escribir la correspondencia!

Alarmado por este informe, corrí luego a buscar al anciano Silva y le rogué con acento suplicario, provocando sus lágrimas:

—No se detenga por mis peligros! Váyase, por Dios, con los huesos de su pequeño! Piense que si se queda, descubren todo y no saldremos jamás de aquí! Guarde ese llanto para ablandar el alma de nuestro Cónsul y hacer que se venga inmediatamente a devolvernos la libertad! Regrese con él y viajen de día y de noche, en la seguridad de encontrarnos pronto, porque para entonces estaremos en el Guainía. Búsquenos usted en Yaguanarí, en el barracón de Manuel Cardoso; y si le dicen que nos internamos en la montaña, coja nuestra pista, que muy en breve nos topará. Desde ahora le repito las mismas súplicas de Coutinho y Souza Machado, cuando, perdidos en la floresta, le besaban los pies:

«Apiádese de nosotros! Si usted nos abandona, moriremos de hambre!»

Después, estrechando contra mi pecho al mulato Antonio Correa:

—Véte, pero no olvides que merecemos la redención! No nos dejen botados en estos montes! Nosotros también queremos regresar a nuestras llanuras, también tenemos madre a quién adorar! Piensa que si morimos en estas selvas, seremos mas desgraciados que el infeliz de Luciano Silva, pues no habrá quién repatrie nuestros despojos!

Y aunque el Váquiro ebrio y la madona concupiscente me esperaban para yantar, me encerré en la oficina de mi patrón, y, en compañía de Ramiro Estévez, redacté para nuestro Cónsul el pliego que debía llevar don Clemente Silva, una tremenda requisitoria de estilo borbollante y apresurado como el agua de los torrentes.

Ya de noche, el Váquiro, deteniéndose en el umbral, interrumpía nuestra labor con impertinencias de toda clase:

—Pida cachaza, pida tabaco y tiros de winchester!

A su vez, el Catire Mesa, provisto de una antorcha resplandeciente, se presentaba para advertir:

—La canoa está lista, pero no hay quien entregue el quintal de caucho que deben llevar para hacer dinero y cubrir los costos del viaje.

Y la madona, con fastidiosa desfachatez, entraba en el cuartucho mal alumbrado, me interrogaba familiar-

mente, me servía pocillos de café negro que ella misma endulzaba a sorbos, dándome la punta del delantal como servilleta. En presencia del casto Ramiro Estévez, inclinó la mejilla sobre mi hombro, viendo correr la puma sobre las páginas, a la luz del candil humeante, admirada de mi destreza en trazar aquellos signos que ella no entendía, tan diferentes al alfabeto de su nación.

—Quién supiera escribir tu idioma! Angel mío, qué pones ahí?

—Le estoy diciendo a la casa Rosas que tienes un caucho maravilloso.

Ramiro, indignado, se retiró.

—Amor, no le digas eso porque me pedirá que se lo dé en pago.

—Acaso le debes?

—La deuda no es mía, pero.... quisiera que me ayudasen!....

—Te obligaste como fiadora?

—Sí.

—Pero el deudor te daba lotes de caucho.

—Eran para mí, no para la deuda.

—Y lo mató un árbol! ¿No es verdad que lo mató un árbol, el de la ciencia del bien y del mal?

—Oh! Tú sabes? Tú sabes?

—Recuerda que he vivido en el río Vaupés!

La madona, desconcertada, retrocedía, pero yo, sujetándola por los brazos, la obligué a hablar:

—No te afanes, no te emociones! ¿Es tuya la culpa de que el muchacho se suicidara? No me niegues que se mató!

—Sí, se mató! Pero no lo cuentes a tus amigos! Te-

nía tantas deudas! Quería que me quedara en los siringales viviendo con él! Imposible! O que nos casáramos en Manaos! Un absurdo! Y en el último viaje, cuando pernoctamos en el raudal, lo desengañé, le exigí que me dejara, que se volviera! Empezó a llorar. El sabía que yo cargaba mi revólver entre el corpiño! Inclinóse sobre mi hamaca, como oliéndome el pecho, como enjugándose. De pronto, un disparo! Y me bañó los senos en sangre!

La madona, sacudida por el relato, fue ganando la puerta, con las manos sobre la blusa, como si quisiera tapar la mancha caliente. Y me quedé solo!

Entonces sentí ascender palabras de llanto, juramentos, imprecaciones, que salían del caney próximo. Don Clemente Silva y mis camaradas me rodearon enfurecidos:

—Me los botaron! Ah, miserables! Me los botaron!

—Cómo! Será posible!

—Los huesos de mi hijo, de mi hijo desventurado, los tiraron a las corrientes, porque la madona, esa perra cínica, les tenía escrúpulo! Ahora sí, cuchillo con estas fieras! Mátelos a todos!

Momentos después, sobre la canoa desatracada, ví eruirse en la sombra el perfil colérico del anciano. Entré en el agua para abrazarlo una y otra vez, y escuché sus postreras admoniciones: Mátelos, que yo vuelvo! Pero perdone a la pobre Alicia! Hágalo por mí! Como si fuera María Gertrudis!

Y se fue la canoa, y yo comprendía que los viajeros agitaban sus brazos hacia nosotros en la lobreguez del cauce siniestro. Llorando, repetíamos las palabras de Lucianito: Adios, adios!

Arriba, el cielo sin límites, la constelada noche del trópico.

Y las estrellas infundían miedo!

Va para seis semanas que, por insinuación de Ramiro Estévanéz, distraigo la ociosidad escribiendo las notas de mi odisea, en el libro de Caja que el Cayeno tenía sobre su escritorio como adorno inútil y polvoriento. Peripetias extravagantes, detalles pueriles, páginas truculentas forman la red precaria de mi narración, y la voy exponiendo con pesadumbre al ver que mi vida no conquistó lo trascendental y en ella todo resulta insignificante y perecedero.

Erraría quien imaginara que mi lápiz se mueve con deseos de notoriedad, al correr presuroso sobre el papel, en seguimiento de las palabras para ir las clavando sobre las líneas. No ambiciono otro fin que el de emocionar a Ramiro Estévanéz con el breviario de mis aventuras, confesándole por escrito el curso de mis pasiones y defectos, a ver si aprende a apreciar en mí lo que en él regateó el destino, y logra estimularse para la acción, pues siempre ha sido provechosísima disciplina para el pusilánime hacer confrontaciones con el arriscado.

Todo nos lo hemos dicho, y ya no tenemos qué conversar. Su vida de comerciante en Ciudad Bolívar, de minero en no se qué afluente del Caroní, de curandero en San Fernando del Atabapo, carece de relieve y fascinación; ni un episodio característico, ni un gesto personal, ni un hecho descolante sobre lo común. En cambio, yo sí puedo enseñarle mis huellas en el camino, porque si son efímeras, al menos no se confunden con

las demás. Y tras de mostrarlas quiero describirlas, con jactancia o con amargura, según la reacción que producen en mis recuerdos, ahora que las evoco bajo las barracas del Guaracú.

Si el Váquiro deletreará las apreciaciones que me suscita, se vengaría soltándome, libre de ropas, en la isla del Purgatorio para que las plagas dieran remate a las sátiras y al satírico. Pero el General es más ignorante que la madona. Apenas aprendió a dibujar su firma, sin distinguir las letras que la componen, y está convencido de que la rúbrica es elevado emblema de sus títulos militares.

A ratos escucho el taloneo de sus cotizas y penetra en el escritorio a charlar conmigo.

—Calculo que la curiara va más abajo del raudal de Yuruparí.

—Y no habrán tenido dificultades....? El Petardo Lesmes....

— Pierda cuidado! Anda por el Inírida, y en esta semana debe llegar.

— Señor General, él cumple ciertas órdenes de usted?

—Lo mandé a perseguir a los indios del Caño Pendare, pa aumentar los trabajadores. Y busté, joven Cova, qué es lo qué escribe tanto?

—Ejercito la letra, mi General. En vez de aburrirme matando zancudos....

—Eso ta bien hecho. Por no haber practicaao, se me olvidó lo poco que sé.

Afortunadamente, tengo un hermano que es un belitre en cosas de pluma. Dicen que era de malas pa la ortografía, pero cuando me vine lo ví *jalar* hasta medio pliego sin diccionario.

—Su hermano también estuvo en San Fernando del Atabapo?

—Nó, nó! Ni pa qué!

—Mi paisano Esteban Ramírez era amigo suyo?

—Cuántas veces le he repetido que sí y que sí! Juntos nos le fugamos al indio Fúnes, porque sabrá busté que el Tomás es indio. Si nos coge, nos despescueza. Y como yo conocía al Cayeno, resolvimos ir a buscarlo. Remontamos el río Guainía, desde Maroa, y por el arrastradero de los caños Mica y Rayao nos pasamos para el Inírida. Y aquí nos ve, establecidos en el Isána.

—General, mi paisano agradece tanto....

—A él le constá que si me vine no fue de miedo, sino por no empuercarme matando al Fúnes. Busté sabe que ese bandido debe más de seiscientas muertes. Puros racionales, porque a los indios no se les lleva número. Dígale a su paisano que le cuente las matazones.

—Ya me las contó. Ya las anoté.

En el pueblecito de San Fernando, que cuenta apenas sesenta casas, se dan cita tres grandes ríos que lo enriquecen: a la izquierda, el Atabapo, de aguas rojizas y arenas blancas; al frente, el Guaviare, flavo; a la derecha, el Orinoco, de onda imperial. Al rededor, la selva, la selva!

Todos aquellos ríos presenciaron la muerte de los gomeros que mató Fúnes el 8 de mayo de 1913.

Fue el siringa terrible —el ídolo negro— quien provocó la feroz matanza. Sólo se trata de una trifulca entre empresarios de caucherías. Hasta el Gobernador negociaba en cacho.

Y no pienses que al decir «Fúnes» he nombrado a persona única. Fúnes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida. Muchos son Fúnes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico.

La costumbre de perseguir riquezas ilusas a costa de los indios y de los árboles; el acopio paralizado de chucherías para peones, destinadas a producir hasta mil por ciento; la competencia del almacén del Gobernador, quien no pagaba derecho alguno, y al vender con mano oficial recogía con ambas manos; la influencia de la selva, que pervierte como el alcohol, llegaron a crear en algunos hombres de San Fernando un impulso y una conciencia que los movió a valerse de un asesino, para que iniciara lo que todos querían hacer y que le ayudaron a realizar.

Y no creas que delinquía el Gobernador al pegar la boca a la fuente de los impuestos, con un pie en su despacho y otro en la tienda. Tan contraria actitud se la imponían las circunstancias, porque aquel Territorio es algo así como una heredad cuyos gastos paga el favorito que la disfruta, inclusive su propio sueldo. El Gobernador de dicha comarca es un empresario cuyos subalternos viven de él; siendo sus empleados particulares, tienen una función constitucional. Uno se llama Juez, otro, Jefe Civil, otro, Registrador. Les imparte órdenes promiscuas, les fija salario y los remueve a voluntad. Los tiempos del Pretor, que impartía justicia en las plazas públicas, reviven en San Fernando bajo otra forma: un funcionario plenipotente legisla, gobierna y juzga por conducto de sus parciales asalariados.

Y no es raro ver en la población á individuos que, llegados de lueños tierras, se detienen frente a un vento-

rrero y dicen al ventero con voz urgida: «Señor Juez, cuando se desocupe de pesar caucho, háganos el favor de abrir la oficina para presentarle nuestras demandas.» Y se les responde: «Hoy no les atiende. En esta semana no habrá justicia: el Gobernador me tiene atareado en despachar un mañoco fresco para sus barraqueros del Casiquiare.»

Esto allí es legal, correcto y humano. Cualquiera tiene derecho de preocuparse por las entradas de su patrón: las rentas son el termómetro de los sueldos. Bolsillo flojo, pago mezquino.

El Gobernador Roberto Pulido, competidor comercial de sus gobernados, no había establecido impuestos estúpidos, y sin embargo, fraguábase la conjura para suprimirlo. Su mala estrella le aconsejó dictar un decreto en el cual disponía que los derechos ocasionados por las patentes de exportar caucho se pagaran en San Fernando, con oro o con plata, como era justo, y no con pagarés de procedencia particular girados sobre el comercio de Ciudad Bolívar. Quién tenía dinero listo? Los guardadosos. Mas éstos no lo ahorran para prestarlo: compraban goma barata a quien tuviera necesidad de pagar tarifas de exportación. Al principio, los mismos conspiradores entraron en concurrencia en este negocio; luego sacaron de allí el pretexto para estallar: decir que Pulido dictó el decreto, aprovechando la carencia de numerario, para hacerse vender la goma, a precio irrisorio, por intermedio de compinches confabulados. Y lo mataron, y lo saquearon y lo arrastraron, y en una sola noche desaparecieron setenta hombres!

Desde días atrás —me refiere Ramiro Estévez— ad-

vertí los preparativos del ominoso acontecimiento. Ya se decía, a boca tapada, que varios sujetos habían logrado infundirle a Fúnes la creencia de que era apto para adueñarse de la región y hasta para ser Presidente de la República, cuando quisiera. No resultaron falsos profetas los que concibieron aquel augurio: porque jamás, en ningún país, se vió tirano con tanto dominio en vida y fortunas, como el que atormenta la inmensurable zona cauchera cuyas dos salidas están cerradas: en el Orinoco, por los chorros de Atures y de Maipures; y en el Guainía por la aduana de Amanadona.

Un día acudí a la casa del Coronel, a tiempo que éste ajustaba la puerta del patio. Aunque intentó cerrarla rápidamente, alcancé a ver que en el interior había considerable número de caucheros, sentados en los pretilos y en los poyos de la cocina, limpiando sus armas. Estos hombres fueron traídos de las barracas del Pasimoni, como después se dijo, y llegaron a media noche a la población, en compañía de otros barraqueros pertenecientes al personal de distintos patrones, que los ocultaron con gran sigilo.

Fúnes alarmóse sobre manera al notar que yo había observado la presencia de los gomeros, y, acercándose-me al oído, dijo con taimada amabilidad:

—No los dejo salir porque se emborrachan! Son de los nuestros! ¿Qué se le ofrece?

—Le debo mil bolívars a Espinosa y me tiene fundido a fuerza de cobros. Si usted quisiera prestármelos....

—Yo nací para los amigos! Espinosa jamás volverá a cobrarle. Usted con sus propias manos tendrá ocasión de saldar la deuda. Esperemos que llegue el Gobernador.

Y Pulido llegó esa tarde, de regreso del Casiquiare, en una lancha de kerosén que se llamaba la *Yasaná*. En compañía de varios empleados, recogióse al oscurecer porque venía enfermo de fiebres. Mientras tanto, sus enemigos, que habían limpiado de embarcaciones toda la costa para evitar las fugas posibles, quitáronle el timón a la lancha recién llegada y lo escondieron en la trastienda del Coronel, cuyas tapias dan sobre el Atabapo.

Vino a poco la noche, una noche medrosa y relampagueante. De la casa de Fúnes salieron grupos armados de winchesters, embozados en bayetones para que nadie los conociera, tambaleantes por el influjo del ron maligno que les enardeció la animalidad. Por las tres callejas desamparadas se distribuyeron para el asalto, recordando los nombres de las personas que debían sacrificar. Algunos, mentalmente, incluyeron en esa lista a cuanto individuo les inspiraba antipatías o resentimientos: a sus acreedores, a sus rivales, a sus patrones. Marchaban recostados a las paredes, tropezándose con los cerdos que dormitaban sobre la acera. «Marrano maldito, me hace caer!»

—«Chist! Silencio! Silencio!»

En el estanco de Capecci, gente indefensa jugaba naipes, acaballada en el mostrador. Cinco hombres, entre ellos Fúnes, se quedaron acechándola entre lo oscuro, para cuando se abriera el fuego en la esquina próxima. Allá, en la alcoba del sentenciado, había una lámpara de petróleo que lanzaba contra la lluvia lívidas claridades. El grupo de López, felinamente, se acercó a la ventana abierta. Adentro, Pulido, abrigado entre su chinchorro, sorbía la poción que le prepararon sus enfermeros. De

repente, volviendo los ojos hacia la noche, alcanzó a sentarse. «Quiénes están ahí?» Y las bocas de veinte rifles le contestaron, llenando la estancia de humo y de sangre!

Y esta fue la señal terrible, el comienzo de la hecatombe. En las tiendas, en las calles, en los solares reventaban los tiros. Confusión, fogonazos, lamentaciones, sombras corriendo en la oscuridad! A tál punto cundía la matazón, que hasta los asesinos se asesinaron. A veces, hacia el río, una procesión consternaba el pasmo de las tinieblas, arrastrando cadáveres que prendían de los miembros y de las ropas, atropellándose sobre ellos, como las hormigas cuando transportan frutas pesadas. Por dónde escapar, a dónde acudir? Las mujeres y los chicuelos, desorbitados por un refugio, salían en busca de la pandilla, que los abaleaba antes de llegar. «Viva el Coronel Funes! Abajo los impuestos! Viva el comercio libre!»

Como una saeta, como una ráfaga, empezó a correr una voz: «A la casa del Coronel! A la casa del Coronel!» Mientras tanto, en el puerto lóbrego tableteaba el motor de la *Yasaná*. «A dejar el pueblo! A embarcarse! A la casa del Coronel!»

Cesaron los tiros. En su sala, en su tienda, trajinaba el bandido Fúnes, recibiendo a la gente incauta, separando con sonrisitas a los que pronto serían asesinados en el solar. «Usted, a la lancha! Usted conmigo!» En breves minutos colmóse el patio de rostros pavóricos. En la puerta del muro que da sobre el río, se situó González con el machete. «A bordo, muchachos!» Y el que iba saliendo, rodaba decapitado, entre los hoyos que dieron tierra para hacer la edificación.

Ni un grito, ni una queja!
La noche, el motor y la tempestad!

Asomándome a la ventana del corredor, donde parpadeaba una lamparilla, vi arremolinarse en la oscuridad el rebaño de detenidos, recelosos de desfilas por la horrible puerta, escalofriados por la intuición del peligro cruento, erizados como los toros que perciben sobre la yerba un olor de sangre.

—«A bordo, muchachos!» repetía la voz cavernosa, desde el otro lado del quicio fúnebre. Nadie salía. Entonces la voz pronunciaba nombres.

Los de adentro intentaron una tímida resistencia: «Salga primero!» «Al que llaman es a usted!» «Pero por qué me acosan a mí?» Y ellos mismos se empujaban hacia la muerte!

En la pieza donde yo estaba comenzaron a descargar bultos y más bultos: caucho, mercancías, baúles, mañoco, el botín de los muertos, la causa material de su sacrificio. Unos murieron porque la codicia de sus rivales estaba clamando por el despojo; otros fueron sacrificados por ser peones en la cuadrilla de algún patrón a quien convenía mermarle la gente, para ponerle coto a la competencia; contra éstos fue pronunciado el fatal designio, pues debían fuertes avances, y, dándoles muerte, se aseguraba la ruina del empresario que los tuviera; aquéllos cayeron, estrangulando su grito agónico, porque eran del tren gubernamental, empleados, amigos o familiares del aborrecido Gobernador. Los demás, por celos, inquinas, enemistades.

—¿Cómo es posible que lo encuentre sin carabina? pre-

guntóme Fúnes. Usted no me ha querido ayudar en nada. Y eso que ya le cubrí la deuda! En este machete se lee el recibo!

Y enseñaba contra el farol la hoja amellada y sanguinolenta.

—No se exponga, agregó, a que el pueblo lo considere como enemigo de sus derechos y libertades. Es preciso adquirir cualquier credencial: una cabeza, un brazo, lo que se pueda. Tome este winchester y *rebúsquese!* Ojalá se topara con Dellepiani o con Baldomero!

Y cogiéndome por el hombro, muy amablemente me echó a la calle.

Por el lado del puerto, hacia la laja de Maracoa, se agruparon unas linternas y descendieron a lo largo de las orillas, alumbrando las aguas y el arenal. Eran unas mujeres que gimoteaban al través de sus pañolones, buscando los cadáveres de sus deudos.

—Ay! aquí le arrancaron los intestinos! Lo tiraron a la resaca, pero ha de flotar al amanecer!

En tanto, entre los solares, tipos enmascarados movían sus velas, con afán de esconder entre los hoyos de las basuras los cuerpos de las víctimas y la responsabilidad de los matadores.

—«Bótenlos al río! No me los dejen en este patio, que no tardarán en ponerse hediondos.»

Así clamaba una vejezuela, y, como se vio desobedecida, quiso amontonar las cenizas de su fogón sobre las sepulturas improvisadas.

A veces ambulaba por las esquinas alguna ronda de hombres protervos, que se atisbaban con recíproca desconfianza, disfrazando sus estaturas y movimientos por hacer imposible la identidad. Algunos se acercaban pa-

ra tentarse la manga de la camisa, que debía estar remangada en el brazo izquierdo, pero nadie supo de fijo con quién andaba ni a quién perseguía su acompañante, y se separaban sin interrogarse ni reconocerse. Pasó la lluvia, desaparecieron los cadáveres insepultos, y, sin embargo, el alba indolente se retrasaba en ponerle fin a tan nefanda noche de pesadilla. Cuando el pelotón iba a disgregarse, un hombre inclinó la cara sobre el vecino, alumbrándolo con la brasa de su tabaco.

—Vácares?

—Sí!

Y, en oyendo la voz gangosa, le infirió profunda falcada en el ancho pómulo.

Hoy el Váquiro me asegura que el mismo Fúnes fue quien le anduvo por el carrillo queriendo sajarle la yugular. Solo que en San Fernando no se atrevía a revelar el nombre de su agresor, por miedo a las reincidencias del Coronel, ante quien daba pábulo a la leyenda de que su herida fue ocasionada en osado duelo, al abatir en la oscuridad a diez contendores apandillados.

Y hubieras visto a qué extremos tan deplorables se abajaron los fernandinos por salvar su débil pellejo, haciéndose gratos al déspota y a sus áulicos. Qué adhesiones, qué aplausos, qué intimidaciones! La delación fue planta parásita que enredaba a vivos y a muertos y el chisme y la calumnia progresaron como una peste. Los que sobrevivieron a la catástrofe perdieron el derecho de lamentarse y de conversar, so riesgo de que por siempre los silenciaran. Cada cual tornóse en espía de su compañero, y tras de las cerraduras y las rendijas se agrandan los ojos y los oídos. Nadie puede salir del pueblo, ni averiguar por el deudo desaparecido, ni inqui-

rir por el paradero del conterráneo, sin exponerse a ser denunciado como traidor y enterrado vivo hasta la tilla en la excavación que, forzosamente, lo obligan a hacer en un arenal, donde el calor lo vaya soasando y los zamuros le piquen los ojos.

Mas no sólo a los aledaños del caserío se circunscriben estos desmanes: por selvas, ríos y estradas va creciendo la onda del sobresalto, de la conquista y el exterminio. Cada cual mata por cuenta propia, mientras que muere, y ampara sus crímenes bajo supuestas órdenes del tirano, quien les da su aprobación tácita, para deshacerse de los autores, que deja entregados a su mutua ferocidad.

La especie de que Pulido prosperaba adquiriendo caucho, es inicua farsa. Bien saben los gomeros que el oro vegetal no enriquece a nadie. Los potentados de la floresta no tienen más que créditos en los libros, contra peones que nunca pagan si no es con la vida, contra indígenas que se merman, contra bongueros que se roban lo que transportan. La servidumbre en estas comarcas se hace vitalicia para esclavo y dueño: uno y otro deben morir aquí. Un síno de fracaso y de maldición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los aniquila, la selva los retiene, la selva los llama para tragárselos. Los que escapan, aunque se refugien en las ciudades, llevan ya el maleficio entre sus personas. Mustios, envejecidos, decepcionados, no tienen más que una aspiración: volver, volver, a sabiendas de que si vuelven perecerán. Y los que se quedan, los que desoyen el llamamiento de la montaña, siempre declinan en la miseria, víctimas de dolencias desconocidas, siendo carne palúdica de hospital, entregán-

dose a la cuchilla que les recorta el hígado por pedazos, como en pena de algo sacrílego que cometieron contra los indios, contra los árboles.

¿Cuál podrá ser la suerte de los caucheros de San Fernando? Causa pavora considerarla. Pasado el primer acto de la tragedia, palidecieron; pero el caudillo que improvisaron ya tenía fuerza, ya tenía nombre. Le dieron a probar sangre y aún siente sed. Venga acá la Gobernación! El mató como comerciante, como gomero, sólo por suprimir una competencia; mas como le quedan competidores en los ventorros y en las barracas, ha resuelto acabarlos con igual fin y por eso va asesinando a sus mismos cómplices.

—¡La lógica triunfa!

—¡Que viva la lógica!

Calamidades de cuerpo y ánima se han aliado contra mi vida en el sopor de estos días viciosos. Mi decaimiento y mi excepticismo tienen una causa que los germina: el cansancio lúbrico, la astenia del vigor físico, succionado por las caricias de la madona. Cual se agota una esperma invertida sobre su llama, acabó presto con mi ardentía esta loba insaciable, que oxida con sus besos mi virilidad.

Y la odio y la detesto por calurosa, por mercenaria, por incitante, por sus pulpas tiranas, por sus senos trágicos. Hoy, como nunca, siento nostalgia de la mujer ideal y pura, cuyos brazos brinden serenidad para la inquietud, frescura para el ardor, olvido para los vicios y las pasiones. Hoy, como nunca, añoro lo que perdí en tantas doncellas ilusionadas, que me miraron

con simpatía y que en el secreto de su pudor halagaron la idea de hacerme feliz.

La misma Alicia, con todos sus caprichos e inesperienza, jamás traicionó su índole aseñorada y sabía mantenerse digna hasta en las mayores intimidaciones. Mi encono irascible, mi rencor perenne, el enojo que siento al pensar en ella, no alcanzan a deslucir esa honestidad que, por fuerza, debo reconocerle y abonarle, aunque por otro aspecto me parezca degradada y aborrecida. ¡Cuánta diferencia entre ella y la turca, a quien vence en todo, hasta en gracia y en juventud! Porque este diablo de vieja infanda toca los lindes de la marchitez y la obesidad. Así lo noté desde el primer día. Aunque pasa de los cuarenta, no se le ve ni una *cana blanca*, por milagro de sus cosméticos; pero yo se las adivino!

—¡Oh fatiga de la presencia que nos disgusta! ¡Oh asco de los besos que no se piden! Estaba obligado a disimular, en provecho de nuestros planes, esa repulsión que la madona genera en mí, y a no tener descanso en mi descontento, pues ninguno de mis amigos ha podido sustituirme en el ruin oficio de tenerla propicia. Ella los rechaza porque recuerda que el del saldo en la casa Rosas sólo soy yo. Ensayé, para liberarme, el gesto cansado, la frase dura, el desprecio que levanta ampolla. Por fin, rompí con ella violentamente. Y hoy no hallo qué hacer para congraciarse.

Sucede que estas noches los sirgueros han invadido el zarzo de las mujeres, para gozarlas como premio de su semana, según costumbre. Hediondos a humo y a mugre, apenas acaban de fumigar, se le presentan al centinela y con gesto lascivo encargan el tur-

no. Los menos rijosos cambian su derecho a los impacientes por tabacos, por goma o por píldoras de quinina. Anoche, dos niñas montubias se dieron a plañir desde lo alto de la escalera, porque todos los hombres las preferían y les era imposible resistir más. El Váquiro vino y las insultó. Una de ellas, desesperada, se tiró al suelo y se partió un brazo. Acudimos con luces a recogerla y la guarecí entre mi chinchorro.

—¡Infames, infames! ¡Basta de abusos con estas mujeres desamparadas! ¡La que no tenga hombre que la defienda, me tiene a mí!

¡Silencio! Algunas indianas se me acercaron. En el otro caney sonrieron unos jayanes que estimulaban su sensualidad con chistes obscenos. Y, mirándome, continuaron su ocupación encendidos en la trémula llamada de los fogones, sobre cuyo humo hacían voltear —a la manera de un asador— el palo en que se cuajaba el bolón de goma, bañándolo en leche a cada momento con la *tigelina* o con la cuchara.

—Oiga, me dijo uno: si tanto le duele lo sucedido, hagamos un cambio: préstenos la madona para probarla.

Y la madona se enfureció porque no salté contra el atrevido.

—¿Te quedas manicruzado ante lo que oíste? ¿Para mí sí no habrá respeto? ¿Quiere decir que no tengo hombre? ¡Alá!

—¡Los tienes a todos!

—¡Pues entonces me paga lo que me debe!

—¡Nada le debo!

Y esta mañana, cuando por consejo de mis amigos fui a ofrecerle satisfacciones y a reconocerme como deudor, la encontré ataviada, energúmena, lacrimosa.

—¡Ingrato, decirme que no cumple sus compromisos!

Cogíle las mejillas con ambas manos, sin saber en dónde besarla, cuando, de pronto, retrocedí, descolorido por la emoción, y gané la puerta.

—¡Franco, Franco, por Dios! ¡La madona con los zarcillos de tu mujer! ¡Con las esmeraldas de la niña Griselda!

¿Cómo pintar la emoción penosa que fue ensombreciendo el rostro de Franco al escuchar mis exclamaciones? Sentado en la barbacoa, en compañía de Ramiro Estévanez, miraba tejer mapires de palma al Caltire Mesa, quien les explicaba el modo sencillo de ir combinando la tramazón. Con denuedo instintivo, apenas pronuncié el nombre de su mujer, apretó los puños como aperebiéndose a defenderla; pero luego inclinó los ojos avergonzados, mientras que por su frente corría el rubor de la honra ofendida. ¿Qué me importa la suerte de esa señora? afirmó rabioso. Y, des-tejiendo la canastilla, aparentaba tranquilidad.

De repente, dijo con tono brusco, como una cuchillada en nuestro silencio: Quiero ver los zarcillos y vencerme. ¿Dónde estará la turca ladrona?

—Cállate, que nos pierdes, le suplicábamos, porque Zoraida en aquel momento salía del tambo trayendo en la boca su cigarrillo sin encender. Franco, agresivo, brindó un fósforo, y cuando la madona inclinó los labios hacia la llama, nuestro amigo venció el impulso de agarrarla por las orejas. ¡Esos son, esos son! repetía al volver. Y se echó boca abajo entre su chinchorro, sin decir más.

Definitivamente, desde este instante me abandonó la paz del espíritu. Matar a un hombre! He aquí mi programa, mi obligación!

Siento en mi rostro el hálito frío con que se anuncian las tempestades. A mal tiempo llega la hora tan calculada, tan perseguida. Lo que pedí al futuro es presente ya. Mientras avancé sobre la venganza, el conflicto final parecía pequeño, por lo remoto; mas hoy, al verme de cerca ante el desenlace, hallo desmesuradas las consecuencias de esta aventura, cuando estoy sin salud y sin energías para engallarme y arremeter.

Pero no me verán buscarles las curvas a los peligros. Iré de frente, contrariando la reflexión, y sin atender el oscuro aviso que se eleva en el fondo de mi conciencia: morir, morir!

Lo que más enardece mi aturdimiento es la opinión unánime de mis amigos sobre el modo de dar remate a la situación: «Si Barrera está por aquí, cuál es mi deber?»

—«Matarlo, matarlo!»

Y tú mismo, Ramiro Estévanez, sostuviste el fatal consejo, a tiempo que yo, momentáneamente inclinado a la cobardía, esperaba de tu cordura una fórmula más piadosa. Seré inexorable, pues lo queréis. Gracias a vosotros, estoy decidido por la tragedia!

Que conste!

La niña Griselda, la niña Griselda!

Franco y Helí la vieron anoche sobre el puente de un batelón que ha dado en venir al rebalse próximo a embarcar el caucho robado. Alumbraba con una lámpa-

ra la faena contrabandista, y, si no distinguió a mis compañeros, al menos sabe que la buscamos, porque Martel y Dólar se lanzaron a agasajarla, y ella, al partir el barco, se llevó los perros consigo.

Fue Ramiro Estévanez el que primero tuvo noticia de que los indios transponían la goma de los depósitos, cargándola, entre las tinieblas, hacia embarcaderos insospechados. Hízole el denuncia mi protegida, cierta noche que le vendaba el brazo partido; y, enterados nosotros de la ocurrencia, nos apostó la india en un escondite para que viéramos desfilan la línea de bultos por entre las malezas encubridoras. Diez, quince, veinte nativos de los que solo entienden lengua yeral, pasaban con sus cargas furtivamente, pisando en el silencio como en una alfombra. Para mayor sorpresa de nuestros ojos, cerraba el desfile la madona Zoraida Ayram.

«Cogerla! Secuestrarla! Impedir el viaje!» Tales eran las voces que cuchicheábamos al verla fundirse en la oscuridad. Sin tiempo de echar mano a las carabinas, ocultas desde el día de nuestra llegada, corrimos al tambo de la mujer. La lamparilla destinada a contrarrestar el asalto de los murciélagos latía temblorosa como una víscera. El equipaje se hallaba intacto. La hamaca, aún tibia, repleta de mantas y de cojines, para simular bajo el mosquitero un cuerpo dormido; las chinelas de piel de tigre; la colilla del último cigarri-
llo, humeando todavía desde el rincón. Todos estos detalles nos permitieron respirar sosegadamente. La madona no había salido para escaparse. Pero debíamos vigilar.

En la noche siguiente dimos comienzo a nuestros

planes preconcebidos. Franco y Helí se proveyeron de taparrabos y entraron desnudos, con fardo al hombro, en la fila de los cargueros, por conocer la ruta del puerto incógnito y atisbar las maniobras de los indígenas. Mientras tanto, Ramiro entretuvo al Váqui en su caney y yo pasé la noche con la madona. Sobrevino una imprevisión adversa o propicia: los perros, viéndose solos, cogieron el rastro de los cargueros, y encontraron a su antigua dueña, que, mañosamente, se los llevó, sin decir palabra.

—A no haber sido por los cachorros, me declaraba Franco al amanecer, no la hubiera reconocido. Tan espectral, tan anémica y consumida! Grave error cometimos al desertar de los aborígenes cuando columbramos la luz del barco. Abiertos de la fila, en la oscuridad, observámos a corto trecho lo que pasaba. Pero si hubieran descubierto nuestra presencia nos habrían asesinado. La pobre mujer, alzando la luz, miraba angustiosa hacia todas partes; y, en breve, desatracaron la embarcación.

—Qué desgracia! Corremos el peligro de que no vuelva!

Entonces el Catire me argumentó:

—Desenterradas las carabinas, y con pretexto de ir a cauchar, rondaremos estas lagunas desde mañana. Fácil cosa es hallar la guarida del batelón. Si la niña Griselda está con los perros, basta silbarlos.

Hace ya cinco días que están ausentes, y la incertidumbre me vuelve loco!

La madona está cavilosa. Su disimulo es incompatible con mi paciencia. A ratos he querido reducirla con

amenazas, hablarle de Barrera y los enganchados, obligarla a revelar todo. Otras veces, desligado de la esperanza, intento resignarme a los caprichos de mi destino, a la fatalidad de los sucesos sobrevinientes, dando la espalda a sus consecuencias, por sentirlas llegar sin palidecer.

En quién esperar? En el anciano Clemente Silva? Sábelo Dios si la tál curiara habrá perecido! De juro que si bajan hasta Manaos, nuestro Cónsul, al leer mi carta, replicará que su valimiento y jurisdicción no alcanzan a arropar estas latitudes, o lo que es lo mismo, que no es colombiano sino para contados sitics de este país. Tal vez, al escuchar las relaciones de don Clemente, extienda sobre la mesa aquel mapa costoso, aparatoso, mentiroso y deficientísimo que trazó la Oficina de Longitudes de Bogotá, y le responda tras de prolija meditación: «Aquí no figuran ríos de esos nombres! Quizás pertenezcan a Venezuela. Diríjase usted a Ciudad Bolívar.»

Y, muy campante, seguirá atrincherado en su estupidez, porque a esta pobre patria no la conocen sus propios hijos, ni siquiera sus geógrafos e ingenieros!

Mientras tanto, ante la madona es preciso vivir alerta. Antes odiaba solo su idiosincrasia menesterosa, que tiene dos antenas, como los cangrejos: torpeza en el amor y astucia en el lucro. Hoy, más que todo eso, me desazona su hipocresía, que la mantiene inmune contra mis sagaces indagaciones. Pero esta habilidad en el fingimiento data de pocos días.

Acaso, como piensa Ramiro Estévanez, le llegó algún aviso contra nosotros? Qué será de Barrera, qué del Petardo Lesmes y del Cayeno?

—Zoraida, el que nos dijera que hemos cambiado tendría razón.

—Alá! Como tú prefieres las indias....

—Harto convencida debes estar de que no es así. Tu desvío tiene por causa aquel arretrato.... Y hasta me reprochaste que no pagaba! Qué testimonio puedo aducir como garantía de mi honradez? Sólo un hombre, con quien tuve negocios en otras épocas y reside en este desierto, podría darte informes de mi rectitud en los compromisos. Cuando regrese la curiara que fue a Ma-naos, iré a buscarlo a Yaguanarí, porque le debo un saldo de varios contos. Se llama Ba-rre-ra!

La madona cambió de postura en el catrecillo y pestañeaba abriendo los labios.

—Narciso? El paisano tuyo?

—Sí, que tiene negocios con un señor llamado Pezil. Sin conocerme, hízome el honor de enviarme dinero al alto Vaupés para que le enganchara algunos peones. A los pocos días, recibí la orden de suspender aquella gestión porque él mismo pensaba ir a contratarlos en Casanare. Un hombre raro y emprendedor, de ideas audaces! Me ofrecía, a última hora, cederme a bajo precio los sirringueros que le sobraran. Sin recordar que ya le debía el dinero que me confió! Iré a verlo, a pagarle y a hacer buen trato porque a los caucheros sí se les gana en el río Vaupés. Si yo pudiera, no negociaría en goma sino en gomeros.

Al oír esto, la madona, poniéndome sus palmas en las rodillas, hizo la emocionante revelación:

—Los peones de Barrera no valen nada! Todos con hambre, todos con peste! A lo largo del río Guainía desembarcaban en las casas de los *caboclos*, a robarse

cuanto encontraran, a tragarse lo que podían: gallinas, cerdos, fariña cruda, cáscaras de bananos. Tosiendo como demonios, devorando como langostas! En algunas partes era preciso hacerles disparos para decidirlos a reembarcarse. Pezil subió a encontrarlos hasta su fundación de San Marcelino. Allí estaban enfermas unas mujeres y me dió una a precio de costo.

—Cómo se llama?

—No sé! No sé! Te importa saberlo?

—Sí.... Nó.... Si hubiera venido, hablaría con ella, primero, para pedirle datos sobre esa gente, y, segundo, para encarecerle mucha reserva y circunspección.

—En qué asunto? Por qué?

—No daré mi confianza a quien me la quita.

—Díme! Díme! Cuándo tuve secretos para mi amor? Entonces avoqué el problema de lleno:

—Zoraida, quiero ser generoso con la mujer que me hizo erótica dádiva de su cuerpo. Pero en ningún caso toleraré que se comprometa imprudentemente, confiada en mí. Zoraida, aquí todos saben que en alta noche transportas el caucho de los depósitos del Cayeno a tu batelón.

—Mentira! Mentira de tus amigos, que no me quieren!

—Y que una mujer llamada Griselda les escribió una carta a mis compañeros.

—Mentira! Mentira!

—Y que al Cayeno se le avisó lo que está pasando.

—Tus amigos! En eso andan! Tú permitiste!

—Y que algunos gomeros encontraron el escondrijo de tu barco pirata.

—Ah! Qué hago! Me roban todo!

Entonces yo, esquivo a la mano que me imploraba, salí del tambo, repitiendo con sardónica displiscencia: —Mentira! Mentira!

* * *

Acabo de ver al Váquiro tendido en la hamaca de su caney, donde lo consume una fiebre alcohólica. A su redor, denunciando el soborno de la madona, hay una desocupada botillería, cuyos capachos despiden aún el olor a brea, peculiar de los barcos recién llegados. Ramiro Estévanez, quien debe a la complacencia del capataz el descanso de su trabajo, sospechó a tiempo las repentinas intimidaciones de la pareja, desde que a solas se encerraban en el depósito a cambiar palabras de miel: «mi señora!» «mi general!». Por orden de éste vino a llamarme, advertido del disgusto con que veía la desaparición de mis compañeros. El Váquiro, baboso y amodorrado, parecía dormitar con hipo anhelante, sin admitir otro remedio que la cachaza.

—No lo dejes beber, le dije a Ramiro, porque revienta.

Y el enfermo, clavando en mí sus ojillos idiotizados, me reprendió:

—Nada le importa! Basta de abusos! Basta de abusos!

—Mi general, respetuosamente pido permiso para explicarle....

—Entréguese preso! O me presenta sus compañeros, o queda preso!

Entonces Zoraida le explicó a Estévanez que el Petardo Lesmes llegaría a los tambos con el Cayeno en

hora impensada, y que pesaban contra nosotros graves sospechas.

—Como cuál?, respondí con reposo afectado. Es que me calumnia el Petardo Lesmes por mi adhesión al General Vácares? Pues si así fuere, vengan sobre mí las calamidades, porque tengo el valor de reconocer el mérito ajeno y seguiré proclamando siempre que el que tenga una espada está por encima de los demás. Aquí y dondequiera!

Y el Váquiro dijo, levantándose del chinchorro:

—Eso sí es verdad!

—Si es, agregué, porque mis amigos contaron mis palabras a los peones y éstos inducen que se trata de incitarlos a una revuelta contra el Cayeno, la culpa no está en lo que bien se dice sino en lo que mal se entiende. Si es porque despaché a mis camaradas a trabajar en la cuadrilla que les placiera, por el pudor de verlos ociosos, por el deseo de corresponder en cualquiera forma a la protección generosa de quien me hospeda, por compensar con algún esfuerzo el descanso que el general le ha concedido a Ramiro Estévanez, castíguese en mí la omisión de no haber pedido permiso previo a quien lo concede, si alguna vez necesitó la delicadeza autorización de manifestarse.

—Eso sí es verdad!

—Si es porque tú, Zoraida, andas repitiendo que jamás estuve en Manaos, según has colegido de mis respuestas a tus preguntas sobre edificios, plazas, bancos y calles, te has enredado en tu desconfianza, porque nunca he dicho que conocí esa capital. Para ser cliente de la casa Rosas no es indispensable pasar el umbral de sus almacenes; al menos, yo no necesité de tal

requisito. Le debo al Cónsul de mi país el honor de ser afiliado a tan rica firma. Al Cónsul, oyes? al Cónsul, quien a la fecha surca el Rionegro y viene a corregir con con su autoridad no sé qué desmanes, como lo anuncia en la última carta que recibí.

La madona y el Váquiro repitieron a dúo:

—El Cónsul! El Cónsul!

—Sí, el amigo mío, que, apenas supo mi viaje a San Fernando del Atabapo, me recomendó que, con gran sigilo, tomara informes de los abusos y asesinatos que en tierras colombianas ha cometido el Coronel Fúnes!

Así dije, y cuando salí haciendo campear mi falso orgullo de hombre influyente, el Váquiro y la madona no cesaban de murmurar.

—El Cónsul! El Cónsul! Y son amigos!

* * *

—Podría decirme busté, me rogaba el Váquiro, si en estas cosas del indio Fúnes habrá de resultarme complicación?

—Pero acaso mi General tomó parte activa en la noche aciaga?....

—Obligao! Obligao!

Y la madona nos interrumpía de esta manera:

—El señor Cónsul podría ayudarme a cobrar mis créditos? Ya ves, el Cayeno niega la deuda y se fue del tambo por no pagarme. Descríbeme en tu libro todas las cuentas.

—Acaso el caucho que sacaste de los depósitos....

—Es un *sernambí* de pésima clase. Por fuera, el bólón muy denso y pulido; por dentro, arenas, trapos y hasta basuras. Se perdió el transporte de aquella goma

porque no resistió la prueba: al ponerla en el agua, presto se hundía. Si escuchara mis quejas el señor Cónsul....

—Habría que ir a donde él esté.

—Y si no ha venido....

—Viene, viene, y ha llegado a Yaguanarí. Esa mujer llamada Griselda dice en su carta no sé qué cosas. Hay que interrogarla.

—Le tengo recelo. Es de malos hígados. Entre ella y la ótra le cortaron la cara al pobre Barrera.

—Al pobre Barrera!

—Por eso no permito que ande conmigo.

—Conviene interrogarla inmediatamente.

—¿Te atreverías?

—¡Sí!

Y la niña Griselda vino.

Jamás en la vida volveré a sentir una emoción tan asfixiadora como la que embargó mi ánimo aquella tarde, al oscurecer, cuando la madona Zoraida Ayram colgó la linterna sobre la puerta de su cuartucho, del lado del río. Era la señal. Sobre la linfa trémula del Isana corría el reflejo, ordenando el arribo del batelón, en cuya prora se alistarían los tripulantes para cuando llegara la media noche.

Con certeza no sé decir en qué momento convinimos con la madona en abandonar subrepticamente los barracones del Guaracú. Mi cerebro ardía más que la lámpara del dintel, como un faro que convida las naves a entrar al puerto. Una frase, una sola frase zumbaba frenética en mis oídos, proyectando en mis ojos la

imagen lúcida: «entre ella y la ótra le cortaron la cara al pobre Barrera». La ótra, la ótra, ¿quién podía ser? ¿Y por qué motivo? ¿Por celos, por venganza, por escaparse? ¿Alicia, era Alicia? ¿Cuál de las dos se había anticipado con mano débil a marcar el trazo mortífero que mi másculo encono debía ensanchar? Y mientras me agobiaba la agitación, bailaba ante mis retinas la mueca de un rostro herido, que no era un rostro, ni una cabeza, sino la mandíbula de Millán, partida por el golpe de la cornada, que se reía injuriosamente, con risa enigmática y dolorosa como la de Barrera, como la de Barrera!

¡Bebí, bebí, bebí y no me embriagué! Mis nervios resistían la acción maléfica del alcohol. Le arrebatava la copa al Váquiro, y, al apurarla, veía que el farol le prestaba al vidrio tonalidades lívidas de puñal. Impaciente por la tardanza del batelón, iba del tambo al río, y avizoraba en el cielo claro la hora de media noche, viendo viajar la estrella tardía, calculando su paso por el cenit. Seguíame por doquiera el Váquiro tambaleante, acosándome con chismes y repreguntas:

Le entregó a la madona el caucho de los depósitos por saber que yo respondía de su valor.

—«¡Muy bien, muy bien!»

—Ella había instigado al Petardo Lesmes a montar resguardo en el sitio de Santa Bárbara para que detuviera la embarcación de Clemente Silva; pero la curiara pasó, pasó!

—«¿Verdad, verdad?»

Si el Cayeno notaba merma en el caucho del almacén, sindicaría a Zoraida como ladrona.

—«¡Muy bien, muy bien!»

¿Había maliciado yo que la madona quería fugarse? Pondría guarniciones para impedirlo, a menos que el señor Cónsul pensara subir hasta el Guaracú y yo garantizara que el señor Cónsul no intentaría...

—«Pierda cuidado, que sólo viene a tomar informes para acogotar al tirano Fúnes».

—¿Por qué les avisaba el Petardo Lesmes que tenía pruebas de que no éramos gomeros sino bandidos?

—¡«Calumnias, calumnias! ¡Somos amigos del señor Cónsul y nada más!»

—Zoraida, Zoraida, decíale yo, apartándome del borracho: cuando regresen mis camaradas abandonaremos este presidio. Y ella insistía: ¿Pero de veras no los mandaste a indisponerme con el Cayeno? ¿Me quieres, me quieres?

—«¡Sí, sí!» Y cogiéndola por los brazos, la apretaba nerviosamente, y la hacía gritar, y la miraba con ojos alucinados, y la figura de la mujer se borraría de mi presencia, quedando sólo el paño sangriento, sobre el busto lascivo, que la sien de Luciano Silva empapó de cálida púrpura.

La noche era azul y en los barracones no había caucheros. Ramiro Estévanez, quien no se apartaba de las orillas, vino a avisarnos que por la corriente bajaban ramas. El batelón debía de hallarse arriba, en el atracadero desconocido, enviando señales.

Al oír esta nueva, operóse en mí un fenómeno orgánico: mis plantas se enfriaban, mis pulsaciones se moderaron y empecé a sentir un vago reposo que me llenaba de indiferencia, a pesar de la fiebre súbita que prestaba a mi piel un ardor de brasa. ¿Emocionarme yo porque una aventurera llegara al tambo? Ya no te-

nía interés en verla, ya no me importaba saber de nadie! Si ella quería hablar conmigo, que me buscara! Y me embocé en un desdén irónico.

—No me invites, Zoraida, a marchar al puerto, porque no voy. Si aún insistes en mi entrevista con tu sirvienta, ha de ser a solas y en tu caney!

Minutos más tarde, cuando advertí que las dos mujeres habían llegado, quise moverme a velar la llama de la farola. Dí algunos pasos, y el pie derecho no obedecía: un leve hormigueo, una especie de parálisis cosquillosa me estremeció. Lerdamente, avancé con dificultad, sin sentir el roce del suelo, como si pisara sobre algodones. La niña Griselda corrió a abrazarme! Rechazándola con el gesto, le dije a secas, en presencia de la madona:

—¡Salud!

Hoy escribo estas páginas en el Rionegro, río sugestivo que los naturales llaman Guainía. Desde há tres semanas, en el batelón de la madona Zoraida Ayram, huímos de las barracas del Guaracú. Sobre la cresta de estas ondas ennegrecidas que nos van acercando a Yaguanarí, frente a estas orillas que vieron bajar a mis compatriotas esclavizados, sobre estos remolinos que venció la curiara del viejo Silva, hago memoria de los sucesos aterradores que precedieron a nuestra fuga, inconforme con mi destino, que me obligó a dejar un rastro de sangre.

Aquí va la niña Griselda, de sabrosa sonrisa y rictus enérgico, cuyo rostro, desgastado por el dolor, aprendió a iluminarse bajo las lágrimas. Cariño y coraje infúndeme al par esta desgraciada, que no se inmuta an-

te los peligros y supo desarmar mi cólera estúpida la noche que nos hallábamos, frente a frente, solos, bajo la barraca de la madona.

—¡Salud!, repetí, haciendo ademán de salir del tambo.

—Esperáte, desconocío. ¡Aquí me han tréido a garlar con vos!

—¿Conmigo? ¿De qué? ¿Viene usted a contarme cómo le ha ido?

—¡Lo mismo que a vos. Fregaíta pero contenta!

—¿Y su negocio? ¿Cómo va la asistencia de las peonadas? ¿A cómo tiene amasijo fresco?

—Pa vos no tengo, porque no fío. Pero como te veo la necesidá, vení y arreglamos.

Conmovido, al verla taparse el rostro con el pañuelo, le pregunté:

—¿Te enseñó a llorar el niño Barrera?

—¿Yorar? ¿Y por qué? Es que dende el día que me pegaron un pescozón quedé resabiáa a tarme limpiando.

Reprochándome de esta suerte la escena brutal de La Maporita, intentó reír, pero, de repente, convulsionada por los sollozos, cayó a mis pies:

—¡Dejáte de burlas, mirá que somos tan desgraciaos!

Casi maquinalmente inclinéme por levantarla, con secreta satisfacción de verla rendida. Sentíame anonadado ante aquella escena, pero mi orgullo irguióse como una esfinge, y enmudecí. ¿Preguntar por Alicia, averiguar por su paradero, demostrar interés por saber de ella? ¡Jamás! Sin embargo, creo que, inconsciente, balbucí alguna pregunta, porque Griselda, sonriendo entre su llanto, me replicó:

—¿A cuál de eyas te referís, ¿a tu Clarita?

—¡Sí!

—Pues recibí mi pésame má sentío, porque ahora la tiene el Coronel Fúnes. Barrera se la dió en pago de la licencia pa podé pasá por el Orinoco y el Casiquiare. La pobre yoraba de ver su suerte, y nosotras también yorábamos, pero, metía entre una canoa, sin entregarle ni su ropita ni su baulito, se la yevaron pa San Fernando del Atabapo, con una carta y otros presentes.

—¿Y la ótra, la ótra, cuál fue la de la cortada?..

—¡Ah, descarriao! ¡Con que al fin preguntás por eya! Confesáme primero que la Clarita fue concubina tuya cuando tabas en Hato-Grande. ¡Si nosotras supimos tóo!

—Nunca! Pero díme, aquel miserable....

—Nos yevó la noticia, personalmente, y toas las noches mandaba a Mauco a afligí a la niña Alicia; que te la pasabas enchinchorrao con la tal mujé, que te la yevabas pa Venezuela y no sé qué má! Decí, pué, si la ótra tuvo razón en desesperarse. Por eso se vino! Por eso me la traje, porque yo también queaba en el viento. Fidel quería desenyugarse! Me trataba mal....!

—Te advierto que no me importan estas cuestiones. Cada cual merece su síno! Lo que no acepto es que compiques a Barrera en tantas intrigas, queriendo dárte las de inocente! Y los paseítos en la curiara? Y las entrevistas a media noche?

—Pero no era pa náa malo! Tenés razón en juzgar-me así, por haberme metío en chanzas con vos! Ese fue mi pecaio, pero ha sío más grave la penitencia. Yo necesitaba de alguna ayúa, y como la niña Alicia quería volverse pa su casa de Bogotá con don Rafael, me sobrevino la tentación! Pero hartó me pesa! Jamás de los jamases le falté a Franco!

—Ah, si hablara el espectro del Capitán....!

—No me lo recordés! La pagó caro por atrevío! Preguntáale a Fidel, si querés detayes, pero no me lo recordés! He sufrío tanto! Imaginá lo que fue pa mí tenderlo boqueando al pie de mi honra! Y dejá que Fidel se lo echara encima pa salvarme, pa defenderme! Y luego, el suplicio de véa mi hombre, triste, desamoraio, arrepentío, dejándome sola en la Maporita días y semanas, pa no mirarme, pa no tené que darme la mano, repitiéndome que deseaba largarse lejos, a otros países, onde nadie supiera lo suceído y no tuviera que tar de peón jugando la vida con las toráas. En esas el tal Barrera se presentó, y Franco me daba rienda pal entusiasmo, como queriendo salir de mí, diciéndome, unas veces, que nos veníamos, ótras, que él se queaba; hasta que Barrera, pa obligarme a cogé camino, me cobró los regalos que me había hecho, y yo no tenía con que pagá, y me amenazaba con demandá al pobre Fidel! Esas eran las entrevistas! Eso es lo que vos suponés de malo!

—Y quisiste saldar la cuenta entregando a la niña Alicia?

—Ponéle conciencia a lo que decís! Cómo me vas a hacé ese cargo!

Yo le dí al Barrera cuanto era mío, sortijas, zarciyos, y hasta quise vendé mi máquina pa pagá! Después, volvióa decirme que vos era rico, que te pidiera plata prestáa. La niña Alicia, que me sentía yorá de noche, ofreció ayuarme, hablando con él, pa conseguir que me rebajara siquiera el saldo. En esas, me pegaste, y querías matarnos, y te fuiste pa onde Clarita, y Barrera me fue a decir que no esperara a Franco de ningún móo, porque vos le ibas a meté no sé cuántos chismes y me podía molé a palos! Y huyendo, ella

de vos y yo de Fidel, nos vinimos solas ponde pudimos: a buscá la vida en el río Vichada!

—El cariño y el viento soplan de cualquier lado.

—Hice mal en decirte eso. Como vos me gustabas y la niña Alicia quería volverse.... Pero ya ves qué viento tan inhumano, tan espantoso: cayó sobre tóos, y nos ha dispersao que ni basuras, lejos de nuestra tierra y nuestro cariño!

La infeliz mujer principió a llorar y una ternura desesperada inundó mi pecho:

—Griselda, Griselda! Dónde está Alicia?

—Tras de la camorra con el Barrera, nos separaron y me vendieron. Debe tar en Yaguanarí! Afortunadamente, yo la enseñé a amarrarse las naguas en la cintura, a sabé portarse. No la desamparaba en tóo el camino: si salíamos del bongo, salíamos juntas, si dormíamos en la playa, úna contra ótra, bién tapáas con la cobija. El Barrera taba chocao, pero sin atreverse a ser abusivo. Una noche, entre el bongo, boteya en mano, pretendía emborracharnos casi por fuerza! Como náa le recibíamos, les dijo a los bogas que me sacaran y se lanzó a forzá a la niña Alicia; pero ésta desfondó la boteya contra la borda, y le hizo al beyaco, de un solo golpe, ocho sajaduras en plena cara!

Cuando la mujer acabó de hablar, había partido yo mis uñas contra la mesa, creyendo que mis dedos eran puñales. Fue entonces cuando noté que mi mano derecha estaba insensible. Ocho sajaduras! Ocho sajaduras! Y con ojos llameantes buscaba al hombre en la habitación, para ultimarle, para morderlo, para mascarlo!

La niña Griselda me suplicaba:

—Calmáte, calmáte! Vamonós por eya a Yaguanarí.

Esa es una mujé honráa! Te puéo jurá que no la han comprao, porque ahora no sirve pa los trabajos, porque ta encinta!

Al oír esto, ya no supe qué fue de mí. Recuerdo vagamente que la patrona me repetía con voz lejana, como un eco que me llegaba de no sé donde:

—Vamonós, vamonós! Fidel y el Catire me toparon esta mañana y tán en el bongo! Tóos reconciliaos!

Indudablemente, dí alarmantes voces, porque aparecieron en el umbral Ramiro Estévanez y la madona.

—Qué pasa? Qué pasa?

Y la niña Griselda, viéndome afónico, les repetía:

—Nos vamos! Nos vamos! Dijeron los bogas que el Cayeno puée yegá!

Afanosa, Zoraida empezó a arreglar los bártulos, a brumando a su sierva con órdenes perentorias de ama gruñona. Ramiro, desconcertado, se acercó a tomarme el pulso. Las mujeres trajinaban por dondequiera haciendo envoltorios, y en breve, la madona, bajo su gran sombrero, me preguntó:

—Tienes alguna cosa para llevarte?

Señalando difícilmente el libro desplegado sobre la mesa, el libro de esta historia fútil y montaraz, sobre cuyos folios tiembla mi mano, acerté a decir:

—Eso! Eso!

Y la niña Griselda se lo llevó.

—Dime, alcanzaste a poner en claro la cuenta que te pedí? La escribiste bien explicada para mostrársela al señor Cónsul? Ya ves que Barrera también me debe, y las joyas que tomé en pago son ordinarias. Pero tú

me darás el saldo que le tienes en tu poder. Podías firmarme una obligación! Qué te dijo la mujerzuela? Vámonos. Tengo miedo!

Y Ramiro advirtió, haciendo una seña:

—El Váquiro está despierto, en el corredor!

No acierto a describir lo que fui sintiendo en esos instantes: me parecía que estaba muerto y que estaba vivo. Evidentemente, sólo la zona del corazón y gran parte del lado izquierdo daban señales de una perfecta vitalidad; lo demás no era mío, ni la pierna, ni el brazo, ni la muñeca; era algo postizo, horrible, estoroso. A la par ausente y presente, que me producía un fastidio único, como el que puede sentir el árbol que ve pegada a su parte viva una rama seca. Sin embargo, el cerebro cumplía divinamente sus facultades. Reflexioné. Era alguna alucinación? Imposible! Los síntomas de otro sueño de catalepsia? Tampoco. Hablaba, hablaba, me oía la voz y era oído, pero me sentía sembrado en el suelo, y, por mi pierna, hinchada, fofa y deforme como las raíces de ciertas palmeras, ascendía una savia caliente, petrificante. Quise moverme y la tierra no me soltaba. Un grito de espanto! Vacilé! Caí!

Ramiro Estévez exclamó, inclinándose presuroso:

—Déjate sangrar!

—Hemiplejia! Hemiplejia!, le repetía desesperado.

—No! El primer ataque de beriberi!

Toda la madrugada estuve llorando, sin más compañía que la de Ramiro, el cual, sentado a la diestra de mi chinchorro, no profería ni una palabra. El hálito fresquísimo de la aurora me restauraba el cuerpo do-

liente; y por la heridilla que la lanceta me abrió en el brazo escapó la fiebre maligna. Probé a caminar y la pierna torpe se retrasaba, desnivelándome, porque, en apariencia voluminosa, era menos pesada que leve pluma. Ahora sí comprendía por qué algunos gomeros, al sentir la presencia del beriberi, intentan, enloquecidos, amputarse de un hachuelazo el tobillo inútil, para correr hacia la barraca, donde mueren comidos por la gangrena.

—No permito que nadie salga de aquí, replicaba el Váquiro, en el caney próximo, donde altercaba con la madona. Aunque esté borracho, me doy cuenta de lo que pasa. ¡Busté me conoce!

—¿Oyes? me decía Ramiro Estévez. Es aventurado pensar en fugas. ¡Al menos, yo no lo intentaré!

—¿Cómo! ¿Piensas quedarte aquí, donde la timidez te puso cadenas?

—La timidez y la reflexión, es decir, lo que tú no tienes. Y puedes añadir estas otras causas: el fracaso, la decepción.

—¿Pero no te entusiasma la libertad?

—Ella no me bastó para ser feliz. Volver yo a la vida de las ciudades, desmedrado, pobre y enfermo? El que dejó sus lares por la conquista de la fortuna no debe tornar pidiendo limosna. Por aquí siquiera nadie conoce las viscisitudes de mi vivir, y la miseria toma apariencias de voluntaria renunciación. Véte, la vida nos amasó de distinto modo, dándonos sustancias contradictorias. No podemos seguir el mismo camino. Si algún día ves a mis padres, cúrate de decirles en dónde estoy. ¡Cáiga el olvido sobre el que nunca puede olvidar!

Estas frases con que Ramiro se despedía de la ilusión y la juventud, nos hicieron llorar de nuevo. ¡Todo por el amor a aquella Marina, cuyo dulce nombre le escribió el destino entre dos palabras:

¡Siempre! ¡Jamás!

—¿Por qué discuten? le pregunté a Ramiro cuando volvía, al amanecer.

—Por el caucho de los depósitos. El Váquiro sostiene que le han sacado más de ciento cincuenta arrobas. Y afirma que son robadas porque las embarcaron sin su permiso. La madona promete que tú respondes.

—¿Qué hago, Ramiro?

—Es una terrible complicación.

—Aconsejémosle a la madona que lo devuelva y que nos fuguemos. O si no, prendamos al Váquiro. ¡Lláma a Fidel y a Helí que están en el bongo! ¡Díles que traigan las carabinas!

—El bongo está encostado en la orilla opuesta. Los que llegaron sólo trajeron una canoa.

—¿Qué hago, Ramiro?

—Esperemos que el Váquiro duerma la siesta.

—Pero te irás conmigo, ¿verdad? ¡A seguir mi suerte! ¡A encentrarnos en el Brasil! ¡Trabajaremos como peones, donde no nos conozcan ni nos persigan! ¡Con Alicia y nuestros amigos! ¡Esa varona es buena y yo la perdí! ¡Yo la salvaré! ¡No me reproches este propósito, este anhelo, esta decisión. No tomes a mal que sea mi querida, porque ahora no es más que la madre de una criatura que va a nacer. ¡Tántos en el mundo han tenido que resignarse a convivir con una mujer que no

es la soñada, y, sin embargo, es la consentida porque la maternidad la santificó! Piénsa que Alicia no ha delinquido, y que yo, despechado, la denigré! ¡Vén, sobre el cadáver de mi rival habrás de vernos reconciliados! Vamos a buscarla a Yaguanarí. Nadie la compra porque está encinta. ¡Desde el vientre materno mi hijo la ampara!

De repente, Ramiro, desencajado, exclamó alejándose:

—¡El Cayeno! ¡El Cayeno!

Aún me estremezco ante la visión de aquel hombre rechoncho y rubio, de rubicunda calva y bigotes lacios, que cogiendo al General Vácara por el cuello lo sacó afuera, ordenando que lo colgaran de entrambos pies y le pusieran humo bajo la cara. ¡Rediablós!, repetía mascando las erres. ¡Rediablós! ¿No mandé que montaras guarniciones en el raudal? ¿Quién despachó canoa para el Brasil?

Y mientras los verdugos cumplían el mandato suplicatorio, rugió rapándole a la madona su gran sombrero:

—¡Cocota! ¿No te descubres? ¿Qué haces aquí? ¿No te probé que nada te debo? ¿Dónde tienes el caucho que me robaste?

Y como la madona me señalaba, el gabacho alevoso marchó hacia mí:

—¡Bandido! ¿Sigues alebrestándome los gomeros? ¡Ponte de pie! ¿Dónde se hallan tus dos amigos?

Quise obedecerle rápidamente, pero la pierna hinchada me lo impidió. Entonces el hombre, a patada y foete, me cayó encima, llamándome ladrón, llamándome aliado

del indio Fúnes, hasta dejarme exánime sobre el suelo.

Cuando me enderecé, cubierto de sangre, sentí que el Cayeno andaba por los depósitos. A la sazón, la antigua peonada invadió los tambos, donde había una patrulla de indios cautivos, con los puños engusana-dos bajo las sogas. Por entre ellos trajinaba el Petardo Lesmes, apresurando a los capataces, que examinaban el rebaño recién cogido para distribuirlo entre sus cuadrillas. Una sorda algarada llenaba el ámbito, cuando vi sacar del montón de hombres, con las manos unidas por la coyunda, al Pipa, al Pipa, que venía a identificarme, de acuerdo con las órdenes del Petardo. Acercóse a mí, y, afirmando sus pies inmundos sobre mi pecho, exclamó triunfante: ¡Este es el espía de San Fernando!

—Y vós, animal, replicóle el cauchero corpulentísimo, que lo seguía, sos el Chispita de La Chorrera, el que, rasguñándolos, mataba los indios a su sabor, el que tantas veces me echaba rejo! ¡Prestáme las uñas pa examinártelas!

Y tirándolo de la cuerda, lo llevaba de rastra, entre las rechiflas de los gomeros, hasta que, furibundo, le cercenó los brazos con el machete, de un solo tajo, y boleó en el aire, cual racimo lívido y sanguinoso, el par de manos amoratadas. El Pipa, atolondrado, levantóse del polvo como buscándolas, y agitaba a la altura de la cabeza los dos muñones, que llovían sangre sobre el rastrojo, como surtidorcillos de un jardín bárbaro.

Apenas el Cayeno reapareció, quedaron en silencio los barracones del Guaracú.

—¡Colombiano! ¡A decirme dónde está el bongo! ¡A

devolverme el caucho escondido! ¡A entregarme tus compañeros!

Y cuando me metieron en la canoa y cruzámos el río hacia el batelón, vi por última vez a Ramiro Estévanez y a la madona Zoraida Ayram, sobre la barranca del puertecito, llorosos, trémulos, espantados.

La niña Griselda, al verme contuso, adivinó lo que había pasado y salió a recibirnos desde la borda. El Cayeno, apagando la pipa contra la suela de sus zapatos, pareció vacilar ante una sospecha, porque obligó a los bogas de la curiara a costear el bongo. Los perros, iracundos, defendían el puente a grandes ladridos.

—Mujer, prorrumpí, encadéna esos animales, que el señor viene a requisar esta embarcación.

—Explicále al amo que aquí no tenemos má que la mercancía. Toa la goma queó tapáa en los rebalses de la laguna. ¡Si el amo quiere, vamos ayá!

El Cayeno, de un salto, se instaló en prora y ordenó que desatracarán.

—¿Cuánta gente tienen aquí? ¿Dónde están los otros bribones?

—Mi amo, yo toy solita con los tres indios: dos pa los canaletes y el del timón.

El tirano gritó a los marineros de la canoa:

—¡Upa! ¡Vuélvanse a las barracas a traer cargueros!

Mientras tanto, el bongo seguía agua abajo y la niña Griselda vino a situarse frente al Cayeno, murmurando contritas explicaciones, por impedirle que reparara en los fardos de mercancía. Allí estaban ocultos mis compañeros, mal tapados con un costal, bajo cuyo extremo les salían los pies. Por mi cara corría un su-

dor de muerte. El Cayeno los vio, y, montando el revólver, bajó hacia ellos.

—Señor, balbucí: son dos muchachos que están con fiebres!

El déspota inclinóse por descubrirlos, y, súbito, Fidel le agarró el revólver con ambas manos, mientras el Catire lo sujetaba por la cintura. Salté como pude sobre el grupo forcejeador, y el expresidiario, sinuoso como una víbora, se nos zafó repentinamente y se lanzó al río. La niña Griselda le alcanzó a dar un canaletazo. Sobre las burbujas que el fugitivo dejó en el agua cayeron los perros. El Cayeno se sumergió. Listas, en las dos bandas, esperaban las carabinas. «¡Aquí está, aquí está, prendido al timón!» Uno, dos, diez disparos! El hombre se puso a flote, haciéndose el muerto, mientras se alejaba de los fusiles, y después los cachorros no lo alcanzaban. «Allí!, allí!, no lo dejen tomar respiro!» Bogábamos en el bongo furiosamente, y la cabeza desaparecía, rápida como pato zabullidor, para emerger en punto impensado, y Martel y Dólar seguían la ruta en la onda carmínea, aullando presurosos tras de la presa, hasta que presenciamos sobre la costa el cuadro crispante: uno de los perros cabestreaba el cadáver por el remanso, al extremo del intestino, que se desenrollaba como una cinta, larga, siniestra!

Así murió aquel extranjero, aquel invasor, que en los lindes patrios taló las selvas, mató los indios, esclavizó a mis compatriotas!

El domingo tocamos en el villorio de San Joaquín, frente a la boca del río Vaupés, y no nos permitieron desembarcar. Nos creen apestados, nos ven hambrien-

tos, temen que les robemos víveres y gallinas. Mezclando el castellano y el portugués, nos ordenó el Alcalde salir del puerto, y la gente que se agrupaba en el arenal, viejos, mujeres, niños, nos amenazó repetidas veces, blandiendo escopetas, palos, escobas. «¡Colombianos nó, colombianos nó!» Y lanzaban maldiciones sobre Barrera, que les llevó al Rionegro tamaña plaga.

Y en San Gabriel, pueblo edificado sobre el congo, to por donde el río gigante se precipita, tuvimos que abandonar el bongo de la madona para no arriesgarlo sobre el raudal. El Prefecto Apostólico, Monseñor Massa, nos acogió benévolamente y nos ha ofrecido la gasolina de la Misión para bajar hasta Umarituba. El me dió la noticia cierta que nos ha llenado de júbilo: don Clemente bajó hace tiempos, y el Cónsul de Colombia subirá, a fines de la semana, en el vapor *Inca*, que hace el recorrido entre Manaos y Santa Isabel!

¡Umarituba! ¡Umarituba! Joao Castanheira Fontes, no contento con regalarnos ropa, mosquiteros y provisiones, nos está equipando una gran canoa para el viaje a Yaguanarí. El martes seguiremos por el Rionegro, radiantes de esperanza, trémulos de ansiedad. El beriberi me dejó la pierna dormida, insensible, como de caucho. Pero el alma late en mis ojos, poderosa como una llama. ¡Yo no sé lo que va a pasar!

¡Hoy, agua abajo! ¡Aquí está el solemne cerro cuya base lame el río Curi-curiarí, el río que buscaron Clemente Silva y los siringueros cuando andaban perdidos en la floresta!

Santa Isabel! En la Agencia de los vapores dejé una carta para que se la entreguen al señor Cónsul. En ella invoco sus sentimientos humanitarios en favor de mis compatriotas, víctimas del pillaje y la esclavitud, que agonizan entre la selva, lejos de hogar y patria, mezclando al jugo del caucho su propia sangre. En ella me despido de lo que fui, de lo que anhelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. Tengo el presentimiento de que mi senda toca a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine!

Animo! Animo! Hoy vamos a llegar a Yaguanarí, y bogamos a todo músculo porque supimos que mi rival está de salida para Barcelos. Es posible que se quiera llevar a Alicia.

Aquí el río se divide en inmensos brazos, como por no soltar las islas incultas. En el monte de esa península que nos queda al lado derecho, se ve el caney de los apesados, que están detenidos en cuarentena. Por detrás desemboca el Yurubaxí.

—Catire, algún capataz puede reconocerte. Guárdate mi revólver en la pretina.

Vamos a llegar!

* * *

Esto lo escribo aquí, en el barracón de Manuel Cardoso, donde vendrá a buscarnos el viejo Silva. Ya libré a mi patria del hijo infame. Ya no existe el enganchador. Lo maté! Lo maté!

Aún me veo saltando de la curiara sobre el escueto

patio que precede al caney de Yaguanarí. Circundados por hogueras medicinales, tosían entre el humo los apesados, sin darme razón del paradero de mi enemigo, por quien yo preguntaba ansioso, antes que se enterara de mi presencia. En tal momento me había olvidado de averiguar por la pobre Alicia. La niña Griselda la tenía abrazada al cuello y yo me detuve sin saludarla: sólo quería mirarle el vientre!

No sé quién me dijo que Barrera estaba en el baño, y corrí inerme entre el gramalote hacia el río Yurubaxí. Hallábase desnudo sobre una tabla, junto a la margen, desprendiéndose los vendajes de las heridas, ante un espejo. Al verme, abalanzóse sobre la ropa, a coger el arma. Yo me interpuse. Y empezó entre los dos la lucha tremenda, muda, titánica.

Aquel hombre era fuerte, y, aunque mi estatura lo aventajaba, me derribó. Pataleando, convulsos, arábamus la maleza y el arenal, en nudo apretado, trocándonos el aliento de boca a boca, él debajo unas veces, otras, encima. Trenzábanse nuestros cuerpos como dos sierpes, y nuestros pies chapoteaban dentro del agua, y de nuevo volvíamos sobre la ropa, y rodábamos por la orilla, hasta que yo, casi desmayado, en supremo ímpetu, le agrandé con los dientes las sajaduras, lo ensangrenté, y, rabiosamente, lo sumergí de bruces bajo la linfa para asfixiarlo como a un pichón.

Entonces, descoyuntado por la fatiga, presencié el espectáculo más terrible, más pavoroso, más detestable: millones de caribes acudieron sobre el herido, entre un temblor de aletas y centelleos, y aunque él manoteaba y se defendía, lo descarnaron en un segundo, arrancando la pulpa a cada mordisco, con la precipitud de po-

llada hambrienta que le quita granos a una mazorca. Burbujeaba la onda en hervor dantesco, sanguinosa, turbida, trágica; y, cual se ve sobre el negativo la armazón del cuerpo radiografiado, fue emergiendo en la móvil lámina el esqueleto mondo, blancuzco, semihundido por un extremo al peso del cráneo, y temblaba contra los juncos de la ribera como en un estertor de misericordia!

Allí quedó, allí estaba cuando corrí a buscar a Alicia, y, tomándola en brazos, se lo mostré!

Lívida, exánime, la acostamos en el fondo de la cunariara, con los síntomas del aborto.

* * *

Antenoche, entre la miseria, el abandono y el desamparo, nació el pequeñuelo sietemesino. Su primera queja, su primer grito, su primer llanto fueron para las selvas interminables. Vivirá! Me lo llevaré en una canoa por estos ríos, en pos de mi tierra, lejos del dolor y la esclavitud, como el cauchero del Putumayo, como Julio Sánchez!

* * *

Ayer aconteció lo que preveíamos: la lancha de Naranjal vino a tirotearnos, a someternos. Pero le opusimos fuerza a la fuerza. Mañana volverá. Si viniera también la del señor Cónsul!

Franco y Helí vigilan sobre la peña, para impedir que lleguen las *montarías* de los apestados. Allá escucho toser la flotilla mendigadora, que me pide ayuda, pretendiendo alojarse aquí. Imposible! En otra circunstancia, me sacrificaría por aliviar a mis conterráneos. Hoy

nó! Peligraría la salud de Alicia! Pueden contagiar al recién nacido!

* * *

Es imposible convencer a estos importunos, que me apellidan su *redentor*. Hablé con ellos, exponiéndome a su contagio, y están resistidos a regresar. Ya les repetí que no tengo víveres. Si me acosan, nos obligarán a tomar el monte. Por qué no se van al caney de Yaguanarí en espera del vapor *Inca*? De hoy a mañana debe arribar.

* * *

Sí, es mejor dejar este rancho y guarecernos entre la selva, dando tiempo a que llegue Clemente Silva. Improvisaremos algún refugio a corta distancia de este lugar, donde sea fácil a nuestro amigo dar con nosotros y se consiga leche de seje para el niño.

Que preparen la parihuela donde vaya acostada la joven madre! La llevarán en peso Franco y Helí. La niña Griselda portará la escasa ración. Yo marcharé adelante, con mi primogénito bajo la ruana.

Y Martel y Dólar detrás!

* * *

Don Clemente: Sentimos no esperarlo en el barracón de Manuel Cardoso, porque los apestados están encima. Aquí, desplegado en la barbacoa, le dejo este libro como señal, para que en él se entere de nuestra ruta por medio del croquis, imaginado, que dibujé. Cuide mucho esos manuscritos y póngalos en manos del señor Cónsul.

Son la historia nuestra, la desolada historia de los caucheros. Cuánta página en blanco, cuánta cosa que no se dijo!

* * *

Viejo Silva: Nos situaremos a media hora de esta barraca, buscando la dirección del caño Marié, por la trocha antigua. Caso de encontrar imprevistas dificultades, le dejaremos en nuestro rumbo grandes fogones. No se tarde! Sólo tenemos víveres para seis días! Acuértese de Coutinho y Souza Machado!

Nos vamos, pues!

* * *

En nombre de Dios!

EPILOGO

El último cable de nuestro Cónsul, dirigido al señor Ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova y sus compañeros, dice textualmente:

«Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva. Ni rastro de ellos! Los devoró la selva!»

FIN

ERRATAS

Página:	Línea:	Dice:	Léase:
87	17	Ya cuando en la tarde	Ya cuando la tarde
178	27	repuso al Catire	repuso el Catire
245	28	capaz de enfrentársele	capaz de enfrentárseles
246	21	sin ver la capa del capataz	sin ver la cara del capataz
290	18	acento suplicario	acento suplicante

**Biblioteca
Universidad Eafit**



6 2000 00102563 7

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

